

EL CUIDO DE LA SEMILLA
Enraizar *La Nasa We'sx* en la Ciudad.

Tesis Doctoral realizada por:
Vivian Lissette Ospina Tascón

Dirigida por:
Adolfo Albán Achinte Ph.D

Doctorado en Antropología
Universidad del Cauca
Popayán-2024

INDICE

Agradecimientos

Exordio

Dejarse Romper. De qué va este caminar

Hundir las manos en la tierra, rastro y horizonte de la mudanza (onto-epistémica)

Réquiem a la nostalgia preservacionista

Capítulo 1- Caminar la lucha

Ausencia

¡Lo indígena es un chicharrón!

Un impensable cabildo de mujeres en la ciudad

¿Y entonces yo qué soy?

¿Qué es eso de la reparación simbólica?

Los decretos son un canto a la bandera

Capítulo 2 - Caminar y re-tejer la nasawesx

¿Quién o qué nos va a seguir uniendo en la ciudad?

Ahora sí tengo las lomas bajo mis pies

Ese garabato quiere trabajar

La Apagada del Fogón

Sek Buy- el recibimiento del sol

Saakhelu -el matrimonio del sol y la luna

El Cxapuç y el otro espacio

Capítulo 3- Caminar el Cuido

Abrir camino

A´te Dixi´te/ El camino de la luna

Colibrí

Cuidar la semilla no es atender niñas y niños

Una pedagogía comunitaria y del sentir

El andar del tiempo

Caminar la queja: esperando a Godot

Caminar la queja, tejer la vida

Dinamizadoras: comuneras y mujeres-comunidad

Altos de Menga: ¿yo para qué quiero ser indígena?

Altos de Nápoles: ¿allá donde los indios? ¿qué van a hacer allá?

Siloé: ¿aprenderá lo que necesita cuando vaya a primaria?

Casa Semillas Siloé

Casa Semillas Fincas

Aquí los niños no vienen a ser cuidados

El trompo tiene la vida

Ultima Estación del Camino Escritural

Agradecimientos

A lxs comunerxs, autoridades, niñxs, jóvenes, del Cabildo Nasa, por su hospitalidad, generosidad y confianza en mi andar.

Por compartirme con alegría sus luchas milenarias y cotidianas.

Por insistir obstinadamente en la vida digna y permitirme aprender.

A Adolfo Albán, por su serena y sabia manera de acompañar que me permitió escucharme en mis nudos con gentileza, por su lectura respetuosa de los ritmos, por criar en mí la escucha a los misterios con los que la vida orienta el caminar. Por enseñarme a ver la potencia del retazo.

A Cristóbal Gnecco por abrir(nos) tenazmente el camino a la indisciplina, a la escritura con crujidos propios y al trabajo académico políticamente comprometido. Por rehusarse a creer que podíamos ser solo desvencijados efectos de la disciplina.

A mis compas de doctorado por su amor, presencia, por enseñarme que es posible aprender en comunidad incluso en la academia.

A mis seres amados, por sostenerme la vida estos años mientras impulsaba este andar.

Exordio

“No puedo anticipar mi recorrido solo puedo proponerme seguirlo (...) no puedo siquiera anticipar que llegaré a algún destino en particular; solo puedo saber que intentaré seguir las huellas, hacia donde me lleven, incluso si a ningún lado”

Alejandro Haber,
Al otro lado del Vestigio



Círculo en Aconcagua, Argentina. Richard Long 2012.

Criar la vida como lucha cotidiana. La crianza del ser nasa bajo corrientes estatales, mansas, tormentosas, que empujan, ahogan y son las mismas bajo las cuales se crían niñas y niños Nasa. La crianza contra y con la corriente. La vida criada y sus amarres vitales, sus juntas, redescubrimientos, sus fricciones, rodeos, colisiones, tensión y posibilidad en y con la ciudad. Criar la vida con el cuerpo, con los saberes-haceres de mundos que se entrecruzan bajo conversaciones sordas por el ruido de las equivalencias entre lo moderno y lo no moderno. Recibir en el cuerpo la crianza, criar las relaciones y los pensares que abren la ruta de este camino que es un caminar.

Poner el cuerpo, pensar con el cuerpo, con los sentidos, con los pies, con los dedos. La brújula en el olfato, en el oído, en el tacto. Caminar el pensar. Pensar el

caminar. Invitaciones que me hace el Cabildo Nasa y también la obra de Richard Long, desde lugares existenciales distintos. Un hilo fino atraviesa toda la propuesta de este artista británico: caminar, no como metáfora, no como representación. Richard Long involucra su cuerpo y admite las huellas de su presencia en los caminos recorridos. Durante su caminar registra sonidos, carga y traslada piedras, se dispone con atención sobre los materiales presentes en su caminar. Barro, agua, roca, piedra, madera, ceniza, disposición atenta a las materialidades a su paso. Él, todo cuerpo, es parte del acontecer de espirales, círculos y líneas de vida, huellas tras su paso. No aspira al borramiento corporal en sus creaciones. Yo tampoco. Conversar con la obra de Richard Long y sus elecciones vitales para ser-relacionarse-contar, retumba con los aprendizajes de este recorrido que le voy a presentar y en la manera de componerlo.

En este proceso he abrazado la experiencia y el gusto por la simplicidad del caminar. Asumo que investigar como acto creativo involucra desplazamientos, mudanzas epistémicas y corporales, pensamientos y existencias espiraladas antes que lineales, habitar espacialidades propias y las de aquellxs a quienes acompaño a caminar.

Dejarse Romper. De qué va este caminar

Dejarse romper. Dejarme romper. Me he roto. He precisado dejar que la hilacha suelta se deje ir y junto con ella el resto de los hilos. Sin detenerles. Me he dispuesto a buscar maneras pertinentes de atender a lo que me convocó. En principio, el saber sobre *el a'te dxi'j - el caminar de la luna* del pueblo nasa¹. Deje obrar la incertidumbre, ¿cómo volver a aprender estando vestida de disciplina? ¿cómo volver a recomponerme con otrxs? No era posible seguir vestida. El vestido obraba como vestuario y me sentía personaje de una obra que no podía llevar a la escena. No había opción. No había punto de retorno. Me fui con los hilos mientras los hilos se iban conmigo. Con lo que la disciplina había hecho conmigo. Me entregué al sonido de las rasgaduras.

Tomé con seriedad lo que admitía no comprender, y en vez de empobrecerlo en un problema o en un proyecto, he permitido que el enigma obre en mí, como camino de vida.

¹ El pueblo Nasa en Colombia está organizado por comunidades políticas locales, que tienen como forma de gobierno los cabildos a partir de los cuales ejercen su derecho a gobernarse según sus propios procesos organizativos. Actualmente, el pueblo Nasa vive disperso en 8 departamentos de Colombia (Cauca, Valle, Putumayo, Caquetá, Nariño, Huila, Meta y Tolima). Las poblaciones Nasa desplazadas por violencia política y sus diversas afecciones económicas, se consideran también como comunidades políticas con derecho a constituir una autoridad tradicional. El cabildo Nasa Santiago de Cali es una de estas comunidades políticas. Comienza su proceso organizativo a partir de 1998 y en el 2003 logra el reconocimiento ante el municipio.

¿Qué ha tenido para revelarme la manera de vivir y re-tejer la vida de un cabildo conformado mayormente por mujeres en la ciudad de Cali e impulsado por el deseo de revitalizar *el cuidado de la semilla*?

¿Cómo pugnan estas maneras de vivir por entreverarse -enredarse-desenredarse de los relatos y prácticas moderno-estatales? ¿Cómo agrietan los destinos asignados por los imaginarios de Estado y desde la ciudad?

Rasgar la vestidura es rasgarse una misma. Me he dejado romper para permitirme caminar la palabra junto con mujeres-autoridad y comunerxs del cabildo Nasa del Distrito Especial de Cali. He permitido *que el cuidado de la semilla me agencie y me cuide* en la ciudad, para pensar y aprender juntxs. Vestida de mi artillería disciplinar, con mis ropajes, no habría sido posible la relación. Tal vez habría querido diseccionar, observar interacciones, relaciones por fuera de mí. Tal vez me habría interesado *la diferencia o la diversidad cultural*, esa retórica de las culturas totalizadas e incontaminadas que termina produciendo guiones fijos de identidad (Segato, 2002). Me habría rehusado a ser parte de la maraña.

No quise ser un personaje en busca de un autor. No quise ser más personaje de la disciplina, ni si quiera de la interdisciplina. El primer llamado que escuché fue el de Alejandro Haber y su *nometodología payanesa* (2017). Si una está acostumbrada a la coartada de los métodos, entonces la incertidumbre puede obnubilar y una se puede dramatizar porque la disciplina enseñó a confiar en los resultados, los hallazgos, y a creer que una investigación y la propia existencia se trata de tener metas claras, un campo de problemas definidos y especialmente haber afinado muy bien al propio hermeneuta. Un punto donde arribar. Un puerto seguro para enfrentar la angustia de tener como pertenecer a la industria y el negocio del conocimiento. Un haz bajo la manga para sostener la empleabilidad y saber navegar las aguas del capitalismo cognitivo.

La disciplina enseña a recortar, precisa de unidades de análisis y toda la retórica neopositivista que confiere tanta tranquilidad al investigador (en masculino). Coincido con la filósofa Isabelle Stengers (2019 y 2020), y con tantas otras mujeres filósofas y antropólogas feministas, como Sara Ahmed (2010), Lila Abu Lughod (2019): el investigador que construyó la modernidad está generizado. Enlodado de patriarcales intereses. El perfecto cómplice para la maquila de productividad neoliberal. Ha privilegiado el tono adusto con semblante imparcial y convincente. El revés de la madera de investigador, ha sido la fobia a todo aquello que le pueda hacer inquietar, dice Stengers (2019). Tal madera reposa en tener exclusiva lealtad hacia trabajo en el propio campo y en ser habilidoso para evitar los cantos de sirenas. Está ávido de hacer crecer la propia disciplina y ser relevante para ella.

Aprendí a interesarme y deleitarme con el revés de las costuras y esta tesis está llena de ellas. También, con lo que necesito conjurar. En un viaje a España, y frente al monumento de Ernest Hemingway, en Ronda, la cuna de la

tauromaquia, leí mi conjuro para que su escritura milimétrica, racional y perfecta, no fuera más mi búsqueda. Me despedí de esa manera del coraje para enfrentar la cercanía con la muerte que una vez necesité. Me libré de ese tormento. Le conté que había descubierto otros corajes.

Asumí con los años mi lugar como traidora, conforme le daba lugar a mi necesidad de honrar las relaciones que criaba y que me criaban y que me han enseñado a cultivar una mirada arbórea, olfativa, atenta a los caminos de tierra, al espacio onírico. Aprendí a diferenciar mis lealtades. Y entonces, he aquí, en esta tesis, una traidora del Estado y de la disciplina. Entendí que no podía honrar las lealtades a los monumentos que ambxs exigen. Son destructivas de muchas concepciones y maneras de pensar, sentir y vivir que históricamente se han otrorizado-alterizado. El ímpetu destructivo siempre es autodestructivo.

Me desmovilicé de la tropa disciplinar tan dispuesta siempre a seguir adelante con sus daños colaterales. También de la tropa estatal tan poco dispuesta a ver y pensar las consecuencias de sus actuaciones. Lo pude ver gracias a Isabelle Stengers (2019). Me dejé afectar. Sucumbí a la desaceleración del pensamiento. Y la vacilación, y los escrúpulos, hacen carne en mi escritura. Pude leer los indicios de mal augurio que siempre hubo sobre mi porvenir como profesional disciplinada. Mi compromiso, como el de Vinciane Despret (2022), y como el del cabildo nasa del Distrito Especial de Cali, está de lado de los regímenes que cultivan vitalidades. Por ello, he decidido dejarme enseñar y vivificar por uno, por *el cuidado*. Si quería aprender, me dijo Catalina Achipiz, debía de acompañar, y acompañar siempre fue trabajar-hacer-pensar, juntxs. Por encima de todo, dejarme enseñar.

Solo después de 6 años de un caminar conjunto puedo discernir con claridad la pertinencia de la *nometodología*. Acogió mi preocupación principal: honrar las relaciones y las experiencias vividas en el camino de aprender con. Admite mis dolores por las rasgaduras del mundo y entre mundos, y por pensar junto a otrxs posibilidades para que la vida pueda seguir siendo vida y vivible en coexistencia. No me lanzó a las fauces de la imposición. No precisó de mí que fuera hermeneuta. Precisa que cultive otras figuras y que haya podido imaginar y descubrir, qué hay más allá de la hermenéutica y de los datos.

Me comprometí con bordar una escritura sobre mis mudanzas, onto-epistémicas y escriturales, las que precisé, de las que me fui percatando. De las que continúo percatándome. Las que hasta último momento me actúan. Un caminar y una escritura que han permitido que la mudanza obre en mí. Me han permitido ser lo que podía ser y no continuar siendo lo que era. Me dio un lecho sobre el cual metamorfosearme y desplegar mis alas metamórficas.

Aprendí que honrar escrituralmente la amplitud de los relacionamientos que fue descubriendo y que me fueron poblando, demanda de otros tonos, de otras maneras de contar. Las maneras de contar, son también maneras de pensar.

Precisó que aprendiera a contar con hilos y con poéticas materiales. Que me habitaran las metáforas textiles y las corporales. Aprender a tejer las múltiples voces y actantes, requirió dejarme enseñar a tejer y aprender a apreciar la ontología relacional que se dispone desde estos oficios y se revelan en las materialidades del mundo nasa. Las sabidurías sobre el hacer la vida que allí residen.

Me acompañan en mis maneras de contar, las voces de muchas madres nasa y no nasa. Madres no porque hayan precisado de hijas, sino por su infinita capacidad de parir. Por su capacidad de atender el reclamo que lo vital les hace. Nos hace. Las preguntas sobre las maneras posibles de sostener la vida nos convocan, nos conectan parcialmente.

Y entonces, sin proponérmelo, en el camino se me fueron revelando mis antiguas lealtades ontológicas, las que la disciplina me exigía y a las que adherí sin darme cuenta, como toda herencia transgeneracional, incluso cuando por fuera de la disciplina podía tener otras amplitudes. Saberes no sabidos también me habitaban. Saberes de los que no quería saber. Saberes que se han activado en mi caminar con. Aprender -con y desde, también ha sido activar mis propios saberes acallados.

Fui descubriendo que estaba poblada por ellos y resultaban mejores lugares para habitar la conversación con quienes devinieron amigxs y personas muy cercanas, con las cuales comparto diversas luchas, festejos, preocupaciones, pesares, sensibilidades e intereses. Compartir y conectarnos no hace que sean equivalentes tales cosas entre mi mundo no tan moderno y su mundo en recomposición.

Acompaño, participo, aprendo y sigo su trabajo político de re-existencia, como lo ayuda a pensar Adolfo Albán (2009). La re-existencia como invención. La invención siendo habitados por la acción de Estado. Inventar como obstinado modo de insistir en vivir con dignidad.

Renuncié a la vocación de la comisión corográfica y su influjo de realismo. El embrujo representacional que ha alimentado la empresa colonial y los imaginarios voyeristas de los colonos. La comisión asumió la misión de construir el retrato de un país y sus gentes, y con ello, la mirada que se tenía sobre ellas. Un retrato también termina construyendo la manera en que miramos, y omite enunciar que son maneras de mirar. A veces los retratos son contruidos desde el reconocimiento, otras desde el desprecio. La pintura es un arte que me resulta ajena, y, sin embargo, al ser educada en un colegio español, en las clases de historia del arte me presentaron a Pablo Ruiz Picasso y el cubismo me cautivó. Solo ahora puedo entender y valorar, la traición en la que se basó. De traidora a traidor, podemos conversar. Aunque no celebro su agujereada vida relacional con las mujeres.

Conversé con su mirada sobre Jaqueline, una de sus esposas. Conversé con el cuadro de Jaqueline sentada. Entendí que su apuesta no era por un retrato realista y con ello su traición a la herencia renacentista, interesada en desarrollar todo tipo de trucos para engañar al ojo simulando profundidades, ilusiones visuales, cuyo epítome son los trampantojos. Su traición, como la mía, no ha sido buscar “copiar la realidad”, ni desarrollar diversidad de artilugios visuales o escriturales para simular realismo en la representación lograda. Su manera de mirar se hace explícita, en aquello que selecciona, en los rasgos que privilegia esquematizar, que tienen mucho de él, y seguramente mucho de ella. ¿Acaso, no lo ve cada uno a su manera? Una expresión propia del pintor.

Me interesan más bien las escrituras-evocaciones. La evocación a diferencia de la representación, es gentil con la propia presencia corporal. Da la bienvenida a otras presencias y provoca otras en cada quien. Invita a que una escuche las voces, las fragancias, texturas, espíritus que nos habitan. Es consciente de ello. No se avergüenza. Desde ahí que conmina a hurgar en el interior (que nunca es solo interior), otros lugares de conversación posibles con aquellos y aquello que puede exceder los límites de la propia racionalidad.

La escritura-evocación, en movimiento, que he explorado no me reclama autora y dueña de la representación ni busca convencer a nadie. Imagina otras relaciones posibles entre caminantes, y entre quien escribe y quien lee, más allá de la domesticación. Relaciones desmovilizadas y desaceleradas. Relaciones mutuamente generativas. Esta ha sido mi manera de hacerme cargo en mi caminar de los consabidos problemas ya bien tematizados acerca de la escritura etnográfica y esa práctica que llaman trabajo de campo (Rappaport, 2007), en la antropología.

Ya Marilyn Strathern (2004) genera sus propias refracciones a las reflexiones propuestas en la década de los 80 por Stephen Tyler acerca de su imagen de las posibilidades de la etnografía como evocación. Tyler dirige su esfuerzo reconceptualizador para proponer pensar que a lo que puede aspirar la etnografía puede ser propiciar en los lectores conexiones con las sociedades con quien a su vez el/la antropólogo/a se ha conectado.

Stephen Tyler defiende la necesidad de trabajar escrituralmente para construir concebibles, y para que la etnografía pueda ser entendida como proceso de partida y de regreso. Strathern (2004), encuentra riqueza en esta provocación, a la que devuelve otra provocación aún mayor, ¿cómo no arribar a la figura del turista? También me he tomado muy en serio este filo en mi caminar, y en el cruce de caminos devenido. Me he tomado muy en serio las narraciones que he construido y las meta-reflexiones que me genera este camino. Tan en serio como la vida de relación que cuidamos-trabajamos y que impulsa el caminar. A diferencia de Tyler, yo no concibo punto de regreso. Albergo la pausa y el movimiento. Me he dispuesto a poner el cuerpo en el campo y en la escritura.

El mío no es un espíritu corográfico, pero sí retorno a las evocaciones-fabulaciones de otros en torno a la comisión corográfica que habilitan la imaginación. El escritor Juan Cárdenas (2023), en su libro *el Peregrino Transparente* se dejó llevar por la mirada de Manuel de Ancízar, a su vez situada en el libro de crónicas de viaje por la Nueva Granada bautizado *las Peregrinaciones de Alpha*, publicado entre 1850 y 1851. *Me dejo llevar* por la mirada de ambos. Un pasaje, una imagen, una cosa-símbolo-pensamiento-anudamiento-afectividad nos captura a los tres. Manuel Ancízar, el personaje y también en parte, resonancia en Juan Cárdenas (p 38), debe atravesar un puente construido por indígenas, que lo deja asombrado. Un puente para atravesar el río Cantino.

Donde Manuel se deja asombrar, sus compañeros de la comisión ven con desprecio colonial, lo que nombran como “apaño rústico”.

“A flor de agua, aprovechando la inclinación natural de los dos inmensos árboles que extienden sus ramas frondosas hacia el centro del río, los constructores consiguen entretejer un armazón central, una barbacoa, como la llama Ancízar, además de una compleja y tupida trama de palos de guadua sostenidas por un espejo tejido de bejucos, que como injertos que descienden desde las ramas, acaban de darle firmeza a la construcción (...) p 38.

(...) Se pregunta Ancízar, ¿es esto una máquina propiamente dicha? Las máquinas, piensa, ¿no son más bien como unos aparatos artificiales que la mente humana opone a la naturaleza, sino para dominarla, al menos sí para que sus impulsos coincidan con los intereses de los hombres? (...) p 39.

(...) El puente es un concepto desnudo, una literalidad encarnada. El puente se amarra a la naturaleza que de todos modos sigue oculta y no deja ver su verdadero rostro, el puente la persuade y confunde sus intenciones con las de ella, deja que los bejucos prosperen (...) la tecnología que aquí se suspende **obedecería más al principio de entrelazamiento y no de oposición**. Ese puente no ha sido tanto construido como cultivado (...) p 40.

Cultivar esta capacidad de mirar, dejarse llevar, dejarse afectar por preguntas por fuera de los propios linderos, dejarse instruir por los acontecimientos como lo propone Despret (2022), y que también encuentro en la mirada de Juan Cárdenas y de Ancízar, requiere coraje. Como el que me ha requerido dejarme romper. Tiró del hilo por el que me iba Catalina Achipiz, consejera mayor del cabildo nasa que habita el otro espacio, cuando me preguntó, cuando habitaba este espacio, que yo cómo iba a hacer para pensar y trabajar con ellxs, si yo venía formada en lo que debía traicionar. Auguró el desfiladero. Yo también tiraba de sus hilos al señalarle cómo la poblaban algunas de las categorías de la disciplina jurídica en la que se formó, y entonces reíamos. He necesitado mucho de esta risa para alejar a los espantos que se espantan de mi metamorfoseo.

En mi auxilio, los trabajos de Bruno Latour (2007), Marilyn Strathern (2004), Isabelle Stengers (2019, 2020), Vinciane Despret (2022), Marisol de la Cadena (2020), Mario Blaser (2013), Arturo Escobar (2019), Luis Alberto Suárez (2022). Voces valientes que me impulsaron en mi cometido y búsqueda por saber bordear la existencia relacional, que, como el puente persuasivo que permite prosperar la vida frondosa a su alrededor, propone el caminar del cabildo nasa en Cali. Miradas que habilitan el saber apreciar otras tecnologías que cuidan la vida, antes que imponerse, fallidamente, sobre la misma.

Mi caminar no metodológico es afín a la invitación que hace Bruno Latour de seguir a los actantes, en su guiño que busca hacerse a un lado de las prácticas antropocéntricas. Especialmente, he encontrado muy útil la invitación que hacen Bruno Latour e Isabelle Stengers (2020) a seguir la voz media. Me hicieron pensar lo habituados que estamos a la voz activa (el sujeto gramatical que hace) y el sujeto pasivo (el sujeto sobre el cual recae la acción).

La disciplina y el Estado han estado convencidos de que su lugar es la voz activa, hacer a los otros, y también que los otros, poblaciones administradas, informantes, objetos de investigación, deben dejarse hacer. La raíz latina de nuestras lenguas no ha sido sin consecuencias en nuestra manera de concebir las bifurcaciones del mundo. Entre la voz activa y la voz pasiva, desaparecen la multiplicidad de anudamientos, plantea Stengers (2020).

La voz media, en la escritura, y en la manera de mirar, puede coexistir y permitir los flujos y vaivenes propios de los mundos relacionales. De los que me he dejado enseñar, los que he aprendido a ver cada vez más.

Y fueron los caminos, las lomas, la laguna, la coca, los hilos, las agujas, los telares, las telas, las que me permitieron ser cada vez más habitada y habitar, la voz del medio. Y entonces, la materialidad del mundo nasa es maestra en la que una se puede dejar enseñar por los actantes. Con lxs actantes una puede entender *que hacen y hacen hacer*, pista que me revela Despret (2022). Y fue trabajar juntxs, cargar, organizar, limpiar, mover, tejer, jugar, lo que exorcizó en definitiva las intromisiones de la mirada turista-disciplinar, de la que advierte Isabelle Stengers. Trabajar juntxs, como manera de sentir las fibras y las hilachas cotidianas por donde pasa el cuidado y el tejido de las relaciones y de la vida. Tejer familiaridades con el nasa yuwe con profesores particulares pero especialmente en espacios colectivos en el cabildo.

A acompañar las vidas mientras están siendo vividas, invita Luis Alberto Suárez (2022). Lo encarno, como manera de ampliar el espectro de lo que me importa y de mis responsabilidades con el mundo y lo que me reclama participación y mi propio cuidado. Y este caminar, devenido tesis, también como manera de contribuir a la visibilización de la mujer indígena en la ciudad, sus luchas políticas, protagonismos y participaciones en la apropiación y transformación de la ciudad. Sus contribuciones intelectuales y el legado que generan en su insistencia por re-

hacer maneras relacionales de llevar la vida que permitan enraizar el caminar nasa en la ciudad.

Leo en la politicidad de sus *cuerpos-territorio*, la digna ferocidad de quien se rehúsa al designio colonial de engrosar los modernos regímenes de marginalidad urbana a modo de *los condenados de la ciudad* (Wacquant, 2007), la resistencia colectiva (no certera, ni exitosa y más bien teñida de variopinto sinsabores) a dejarse absorber por formas de ciudadanía que borren su experiencia identitaria y comunal, y la permanente interpelación a la hegemonía de los saberes disciplinares en las prácticas y políticas de Estado, nutridas por *archivos culturales occidentales* que suelen invisibilizar las contribuciones indígenas, y que por el contrario, han disciplinado unilateral e históricamente la mirada sobre la naturaleza humana (Tuhiwai Smith, 2014). Prácticas, políticas y archivos con los que se las tienen que ver a diario y de las que yo misma he sido parte. Esta no es una etnografía sobre, ni habla por, ni en nombre de, más bien me ha importado preservar los trazos del pensamiento vivo gestado en encuentros, relacionamientos, caminatas, asambleas, mingas, mientras se trabaja y se hace y se lleva la vida en la ciudad.

La presencia de comunidades indígenas con sólida organización político-administrativa en la ciudad, como la del cabildo Nasa, interroga las construcciones jurídicas del sujeto colectivo indígena como circunscrito a ruralidades y a nociones estáticas de territorio por oposición a las dinámicas de espacialidades discontinuas y a los múltiples fenómenos de movibilidades contemporáneas que cobijan las dinámicas sociales y económicas de los mundos indígenas en el país y en Latinoamérica (Chavez y Nova, 2018). Ya desde hace más de dos décadas, trabajos etnográficos como el de Manuela Camus (2002), cuestionan la invisibilización de las presencias indígenas en las ciudades y documentan maneras en que éstas también son estelas de recomposición y no solo de anonimato y precariedad.

Tal vez un día los temblores de la multiplicidad irradian la imaginación en torno lo urgente de otros posibles realmente plurales onto-epistémica y políticamente, distintos a los regímenes modernos de cuidado estatales, cargados de menos espanto univocal y no solo entregados al despliegue de la maquinaria de gastos productivos del Estado (Harvey, 2013). Soy una desencantada de la estatalidad moderna. No quiero contribuir a la generación de conocimientos que engrosen los dispositivos de gobierno de la diferencia a través del gobierno de las vidas de las niñas y niños indígenas. Más bien, sí, un poco, al rastreo de “los usos y costumbres del Estado”.

Entregada al dejarme enseñar y educada por el trascender de Catalina, he podido seguir el caminar de mujeres-autoridad, mujeres-comunidad, familias, niñxs, en su apuesta por retejer los desgarros en su manera de vivir. Me he enredado con sus múltiples entreveramientos y con sus búsquedas porque siga habiendo

anudamientos entre *los espacios* y capacidad de *üus yahtxya (pensar con el corazón)*². Todo ello, desde un lugar, desde un Aleph borgiano: las casas semillas de vida³. Me ha interesado rastrear las invenciones, despliegues y complejidades alrededor de este proyecto político para acunar modos de cuidar y hacer la vida como nasas en la ciudad.

Me he ocupado de relatar algo de mis aprendizajes (parciales como mi participación en) y revelar la manera en que se fueron yendo otros hilos en 3 estaciones del camino: caminar la lucha, caminar el re-tejer comunidad y caminar el cuidado. Me dejé tejer por *el cuidado de la semilla*. Y mi escritura desvela también cómo obró en mi manera de existir y en lo que cada vez me importa más en mi lucha por germinar brotes para un mundo más amplio y generoso. Encontrará entonces, a falta de linealidad, multiplicidad de hilos narrativos, de actantes, de voces, de tonos, de ritmos, relatos, temporalidades, espacialidades, sensorialidades. No será fácil discernir la figura del fondo, a veces hará relieve al tacto una materialidad, a veces otra. Será difícil hacer un recorte, porque como al tejer, cuando algo se recorta no se obtiene una parte del tejido, se daña el entramado. No es ingenuo. Tampoco premeditado, ha sido parte de aprender con otros, no sobre otros. Ha sido parte de aventurarme en escrituras permeadas y que buscan permear modos de sentir.

Será importante que en se abstenga como lector/a de la búsqueda de traducciones inmediatas o de la sensación de claridad aparente que puede otorgar en el castellano una palabra traducida por lxs comunerxs. Como en la espiral de la vida nasa, después de cada giro en el caminar, volver sobre un término nunca es igual. Nunca estará agotada la significación, ni los giros, ni el caminar.

Hundir las manos en la tierra, rastro y horizonte de la mudanza (onto-epistémica)

² Subyace a esta capacidad una compleja conceptualización en el mundo nasa, desde el cual se reconoce que uno de los efectos de la colonización y por donde duele la herida colonial, es en la afectación de talante racionalista instalada a través de los procesos de educación desde los cuales se desarrollaron los programas de asimilación cultural en la historia del país. El horizonte de una educación propia, y la investigación realizada por décadas en los tejidos de educación de los territorios y lo que de manera más corriente he escuchado estos años en los comunerxs nasa yuwe hablantes, es el deseo de revitalizar esta capacidad del *üus yahtxya*, cuya traducción al castellano como pensar con el corazón no alcanza a recoger la amplitud existencial tras esta búsqueda de enfrentar la necesidad de que *el corazón regrese al cuerpo*, como es planteado en el documento de fundamentación de la educación propia de la asociación de cabildos indígenas ACIN-CXHAB WALA KIWE.

³ Para la subsecretaría de Primera Infancia en Cali, las casas semillas de vida constituyen una nueva modalidad de atención no institucional (modalidad propia) para niñas y niños indígenas menores de 5 años en la ciudad de Cali. Es financiada por la Subsecretaría de Primera Infancia y el ICBF regional, y son administradas por un operador de servicios privados. Son orientadas por lineamientos proporcionados por el Cabildo Nasa del Distrito Especial de Cali y el Modelo Distrital para la Atención de la Primera Infancia (Modelo Cariño). Esta modalidad comenzó a operar en el 2020 y tiene como antecedente la iniciativa de atención institucional denominada Colibrí, que funcionó durante 3 años para las diversas comunidades indígenas que viven en Cali. Las casas semillas atienden niñas y niños específicamente de cada comunidad indígena.

Desde que trabajo en el jardín me acompaña una extraña sensación, una sensación que antes no conocía y que también siento corporalmente, es una sensación de tierra que me hace dichoso. Quizá la tierra sea un sinónimo de la dicha.

Byung-Chul Han, *Loa a la tierra. Un viaje al Jardín.*

Son redes las voces que me atraviesan, los otros en mí, los ecos de su presencia, me envuelven, me acompañan. La red como sostén, no como aquello que atrapa. Las huellas, la piel que habito. Las de la curiosidad de mi propia experiencia infantil, resguardada por Norberto, mi abuelo, *el papito*. Los juegos más importantes de mi infancia en su solar; como en las casas de pueblo, el solar de la casa de *papito* era más grande que la casa. Mi compañero de juegos, un palo de carambolos. En mis recuerdos atesorados aún tengo la sensación de que el único en la familia que sabía de jugar y del no tiempo, o el otro tiempo en el universo del jugar, del duende y como despistarlo, de la luna como poema, o como calendario para cosechar, de cómo cuidar los aguacates, los parrales, las pomarrosas y las abejas, de cómo trabajar la madera, cómo ahumar el pescado, era el abuelo. Él sabía de cosas importantes para vivir en mi mirada de niña.

Un ser misterioso, tanto como su historia. Papito y su propia experiencia infantil. La historia de mi abuelo me toca en la voz de mi madre, mi madre fue tocada por la infancia de mi abuelo en la voz de mi abuelo. Aún me toca un estrato de la experiencia infantil de mi abuelo en la voz de mi madre cuando viene de visita a mi casa en las afueras de la ciudad. Mi madre siempre trae consigo una semilla que ha recogido para sembrar en casa, tiene una enorme capacidad de ver semillas donde otros solo ven pepas de la fruta comida. Cuando hunde sus dedos en la tierra para sembrar o para esculcar encontrando el tubérculo, siempre habla del abuelo, y también habla el abuelo.

Como me lo sugiere pensar Alejandro Haber (2017), los espectros se acercan y nos soplan al oído. Hoy puedo pensar que tal vez mi elección de vivir más cerca de la tierra y del monte, silenciando la voz humana, es una búsqueda por avivar la voz de los espectros. Esta tesis también lo es. Los hilos de mi historia vital, son los mismos que embrollan mi pensar y lo han impulsado al encuentro con otras vidas. Estos hilos, que comienzo a desenrollar estarán pues muy presentes en mi caminar.

Cuando amasamos la tierra juntas, mi madre amasa la vida de mi abuelo, amasa sus relatos de infancia, amasa la infancia de mi abuelo. La edad no es importante en los relatos de mi madre sobre el abuelo, lo importante es amasar el sufrimiento del abuelo por ser amarrado por su padre en los palos del solar de su casa, durante toda la noche, cuando era terco o grosero, o callejero. El abuelo con un desgarro de esos que vuelve coraje, escapó de su casa de pueblo siendo niño, se fue a vivir a la montaña. Nunca entendí si fue encontrado o él encontró, lo que

sí sé es que lo acogió una comunidad indígena, creció con ellxs. Tampoco sé quiénes específicamente.

Regresó al pueblo a los 17 años. ¿Quién era mi abuelo? ¿Se hizo indígena con los indígenas? ¿Si se hizo indígena dejó de serlo al regresar al pueblo? ¿dejó de ser de pueblo al irse con los indígenas? Híbridez, estratos en la interioridad, maneras de estar en el mundo y hacerse la vida. No estoy segura de la relevancia de las preguntas, pero silenciosamente me han acompañado.

Tal vez el relieve para mí, está en que siempre sentí en los amasijos de relatos, que se podía ser niño de muchas maneras. El niño que fue mi abuelo no es el *enfance*, sin voz de los griegos, ni el niño- alumno de la pedagogía moderna, ni el niño-angelical del catolicismo, ni el niño con un cuerpo dócil de Foucault, ni el perverso polimorfo de Freud, ni el que desarrolla asépticamente un lenguaje, un pensamiento, o un mundo emocional. Ni siquiera el de los derechos del niño concedidos por los adultos. No creo ni siquiera, que el niño que fue mi abuelo hubiera desaparecido siendo mi abuelo. Ni los lugares, espacios y temporalidades nos habitan linealmente, tampoco nos dejan de habitar con el paso del tiempo. De alguna manera, ese niño que fue mi abuelo me habita y es un lugar reposado de pensamiento. Es un lago calmo.

Ese niño no me cabe en las verdades que se proponen esculpir en mármol sobre la infancia. Mi abuelo escapó de su familia, los niños escapan de nuestras ideas sobre la infancia. Los infantes no huelen a mármol, tal vez a barro o a tierra. Amasando la tierra con mi madre huelo más cercanamente la infancia de mi abuelo. Ni el niño que sufre, o el niño que juega de otras maneras, como jugar con el destino, son las inscripciones triunfalistas del mármol.

Y sin embargo, uno de mis domicilios para habitar el pensamiento, los mundos, está allí, entre un mundo de adultos que esculpen mármol, y las conversaciones con otros adultos que toman decisiones sobre qué necesitan los niños y niñas, y mi propia sensibilidad, resguardada por mi propia experiencia infantil, que a veces me permite amasar y palpar la tierra, entrar en contacto, con el niño que habla, no con el que es hablado. Encontrarme con su cuerpo, sus gestos, sus determinaciones, sus desbordes, sus curiosidades, sus cerramientos, con su capacidad de hacerse a un mundo propio, con sus intereses volátiles, temporalidades otras, su cuerpo sonoro, bullicioso, ruidoso, con movimientos no pautados, punteados, disímiles, chisporroteantes, que buscan cercanías corporales.

Si la conversación con adultos es inestable, conversar con los más pequeños e incluso con los recién llegados, me demanda que pueda saberlos conversadores y requiere que mi corporalidad admita relaciones cuerpo a cuerpo, que habite el suelo, el piso, la tierra, la pared, los caminos no rectilíneos, la planta de los pies no vestidas. Mi propia experiencia infantil, estrato de mi vida interior, habitante de mi cuerpo, es también otro espectro desde el que puedo conversar.

Jugar con niños tanto como amasar la tierra, desde siempre agujereó mi vestido disciplinar de psicóloga, porque los niños y quienes les cuidan me conmueven, más que el vestido. Me hago raíz en la tierra en el encuentro con los niños. Por años mi vestido ha estado roto. Con el traje roto llego al doctorado de antropología, con el traje roto he iniciado conversaciones que han contribuido a deshacer costuras, tumbar botones, e incluso zafar bellos encajes. El deseo que me habita desde hace varios años no es otro que el de deshacerme del traje y que solo importen las manos que amasan. La sensación de tierra, brújula y horizonte de la mudanza.



La mudanza y las migraciones tienen este halo común del desplazarse, con mucho o poco o ningún equipaje, entre la esperanza, el temor o el terror, según el hilo viajero que oriente la vida en este momento. Me he mudado y he migrado muchas veces en la vida, siempre el hilo común ha sido la agonía. Desde que inicié el doctorado en antropología, la migración ha sido el domicilio permanente.

Réquiem a la nostalgia preservacionista

El primer lugar del pensamiento y borde existencial del cual tuve que deshacerme al criar una relación con el cabildo y la comunidad nasa en Cali, fue lo que después de varios años pude nombrar como *nostalgia preservacionista*. En principio, y antes de que pudiera nombrarlo, podía circular como sensaciones. Afectos muy etéreos pero presentes como telón de fondo. Una suerte de atmósfera, un tono que baña, una manera de posar la mirada. Una sutileza que tenía con algún tipo de expectativa melancólica, la fantasía sobre lo perdido y añorado respecto a la presencia *de los mundos indígenas* en la ciudad. Mi propia geografía de la imaginación del Cauca colombiano activada, si evoco a Trouillot (2011a).

Renato Rosaldo (2000), en su libro *Cultura y Verdad* conceptualiza *la nostalgia imperialista*. Ese afecto paradójico y que como puerta giratoria posibilita un batido de experiencias subjetivas en apariencia irreconciliables. Mientras la puerta gira todo está revuelto y no es posible distinguir nada. *La nostalgia imperialista* permite visualizar ese hilo de continuidad entre misioneros y etnógrafos en su manera de evocar añoranzas por transformaciones en los modos de vivir en pueblos y comunidades. Matar la persona y añorarla en vida, dice crudamente Renato Rosaldo (2000).

La advertencia tácita y que obra como portazo y freno de la puerta giratoria, incluyendo la náusea vertiginosa, es la percatación de que tras todas las intenciones bonachonas, misionero y etnógrafo no se pueden librar de la responsabilidad del efecto de su presencia; relacional, escritural, representacional. Y sin embargo, tal nostalgia evoca con ternura y un talante de ingenuidad *al nativo perdido*. Oficiando así, la expiación de culpas y consciencias. Antídoto y antihemético.

Tal vez sean parientes *la nostalgia imperialista* y *la nostalgia preservacionista*, y sin embargo, a la que hago referencia también se cruza con una vocación disciplinar de juzgar la suficiente indianización o desindianización de las comunidades y personas, y la asunción de un lugar de enunciación con pretensión de suficiencia moral e intelectual para sojuzgar procesos vitales y no solo políticos. O lo que tal vez pueda pensar hoy como una política vital o una defensa política de la vida.

Relacionarme, trenzar afectos, admiración, expandir la perplejidad, empantanarme en la inquietud, disentir, aprender, acrecentar silencios interiores que admiten no saber, ha sido el paulatino efecto frente al despojo de tal nostalgia, que renuncia a la pretensión de estabilización de un lugar ontológico que no asumen en su caminar lxs comunerxs del cabildo nasa del Distrito Especial de Cali.

La nostalgia preservacionista precisa de delimitación. Hace que una se sienta cómoda de alguna manera con la purificación latouriana. Reclama claridades. Desde este lugar afectivo y epistémico una pretende saber muy bien qué perdió el/la otro/a, y se asume una posición de dolor frente a lo que una imagina que perdió. Se está compungida con certezas y se lamenta que las cosas no puedan volver a ser tal como se supone fueron un día. La nostalgia preservacionista, es rizoma subterráneo, y también se enreda con *el buen salvaje* y *el salvaje aborrecido*.

De lejos y al tacto, con una mano o unos dedos que escarban, la distinción entre lo uno y lo otro no es tan diáfana, es maraña. Total, Trouillot (2011a) ya ha advertido que el nicho del salvaje sobre el que se construyó la antropología es un campo abierto para las ilusiones, su espacio no estático y sus contenidos pueden ser cambiantes, incluso con variantes regionales y temporales: según el interlocutor de turno, el salvaje que construya podrá ser sabio, violento, bárbaro, noble.

La nostalgia preservacionista me habitaba en el 2016 antes de conocer algún hombre o mujer nasa en la ciudad de Cali. Se ha difuminado durante 7 años de este caminar. Guiaba mi manera de mirar y estar en la ciudad. Ciertos sectores, barrios y circuitos estaban bajo mis pies. Otros eran puntos ciegos para mi cuerpo de mujer blanco-mestiza, psicóloga y docente universitaria.

No se me ocurría que las y los indígenas podrían y querrían habitar en la ciudad, e incluso la veía como destino inequívoco de *aculturación*. No deseaba ver

indígenas en la ciudad. Lamentaba su presencia. Me dolían mis propias fantasías de ese lugar llamado *el territorio*. Ese lugar remoto, que suponía distanciado y desconectado de la ciudad, donde imaginaba sí era posible ser nasa.

La presencia de mujeres y hombres nasa en Cali, irrumpe y excede la pretensión de resignación frente a los múltiples lugares asignados en los relatos de Estado, en los relatos de ciudad, en las promulgaciones de las políticas públicas.

Presencia y accionar impensable.

Una gran irrupción en los destinos de la nación es (¿ha sido?) pensar la presencia indígena en las ciudades. La constitución de 1890 legislaba toda suerte de decretos para gobernar/castigar quebrantar los límites y fronteras designadas para *la indigenidad*. En las memorias jurídicas de la nación, en su inconsciente colectivo, yacen los sedimentos de lo que se naturaliza como lugar de pertenencia y única posibilidad y aspiración para ser indígena. Los confines dentro de los cuales puede habitar *el indio permitido* (Charles Hale, 2005).

Ley 89 de 1890

Determina la manera como deben ser gobernados los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada.

Esta antiquísima legalidad fundó una partición cuyos efectos en la manera de pensar, regular, y concebir el ordenamiento no soportan la presencia indígena en la ciudad: o se pertenece a un resguardo y se es gobernado por un cabildo o se reduce a la vida civil y rigen las leyes generales de la república.

Artículo 40

Los indígenas asimilados por la presente ley a la condición de menores de edad, para el manejo de sus porciones en los resguardos podrán vender con sujeción a las reglas prescritas por el derecho común para la venta de bienes raíces de los menores de veintiún años

Reconocerme habitada por *la nostalgia preservacionista* me ha implicado conversar con este afecto. Este es un vicio de una de las casas en las que aprendí a mirar el mundo, casa maldita y que sin embargo me habita: la psicología. Algunos de estos vicios me gustan, estarán presentes de vez en vez en este texto, que antes que escritura, son relaciones criadas, brotes de vida. Ya no vivo en esa casa de muros altos e inamovibles, aunque sus paredes susurrantes pueblen muchos de mis gestos. Vivo en el insilio. Sin embargo, sus marcas se pueden develar en mi manera de andar. Abdiqué. Busqué guarida en la antropología. Esa que sensatamente pudo problematizar la historicidad de una curiosidad, que vuelta profesión, fue el perfecto informante para la empresa colonial (Trouillot, 2011a).

En los primeros años de fascinación pensé que la antropología podría ser un domicilio más grato con la capacidad de pensar desde móviles afectivos. Lo que no sospechaba es que aun cuando pernoctara en algunas sus acogedoras

habitaciones, mi caminar asumiría la intemperie. Se tornó urgencia de vida buscar des-hacerme de lo que pudiera fungir como coartada.

Escribiendo esta tesis, un libro llega a mis manos. Me lo regala mi padre. Un empresario, un hombre gentil y generoso, que también mira con sospecha a mujeres y hombres indígenas. Como muchos empresarios en Cali, especialmente después del estallido social del 2021. Por mi cuenta no habría comprado un libro titulado *La Extorsión Indigenista* y difundido en algunas librerías de Cali. Leo quién lo escribe. En la presentación él hace énfasis en que es analista político, escritor y director de la Sociedad Colombiana Tradición y Acción. También que es defensor de los valores católicos en la sociedad. Sonrío suspicazmente al ver algunos los escandalosos subtítulos. Sospecho por dónde va el agua al molino. Por dónde va el interés representacional:

- La narco-guerrilla indigenista llega al Cauca
- Un problema que afecta a toda Colombia
- Una denuncia mundial: el marxismo impulsa el movimiento indigenista

Títulos para capturar la mirada de los incautos y temerosos. El feroz representador y defensor de los valores católicos prosigue...

(En este punto recordé un vecino simpático que vivía en el condominio en el que vivo. Un día lo encontré durante una caminata y me confesó que se mudaba de ciudad porque el problema de *las guerrillas indígenas bolivarianas* lo tenía muy preocupado. Recuerdo haber pensado en un delirio colectivo en esa ocasión. Me tomo muy en serio los siguientes subtítulos después de que esa imagen se anclara como daga en mi memoria)

- La subversión pretende crear “repúblicas independientes” en varias regiones de Colombia
- La alianza narco-indígena reciente
- Protección del Estado a los indígenas
- Privilegios concedidos por el Estado a los indígenas
- Los territorios indígenas son un Estado paralelo

Con ánimo benefactor, el escribiente propone la solución a lo que el libro construye como “el problema indígena”: retomar la exitosa empresa que quedó truncada. Evangelizar, civilizar, culturizar y educar a las poblaciones indígenas. Una solución animosa, si restituyo el sentido en que Clifford Geertz vuelve sobre el ánimo religioso: poderoso y persuasivo. Tal y como lo cuenta Trouillot (2011). Revelador de la manera en que ciertas clases y grupos sociales pugnan por construir/inventar y relacionarse con “lo indígena” en Cali, como herencia y remasterización del *nicho del salvaje local y nacional*, que recoge lo ya dispuesto en las jurisdicciones de Estado desde 1890. Sórdido y risible. Preocupante el arquetipo vigente de la conversación entre fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés Sepúlveda. La remasterización de *la duda indiana*.

Si algo nos ha enseñado Trouillot (2011a), es a detenernos sobre los campos discursivos, de significación y simbólicos que anteceden los linderos disciplinares, y por qué no, los discursos de Estado. Desde 1890, siempre hay un patrón-blanco mestizo que sabe con certeza cómo los indígenas deben ser indígenas, cómo deben dejar de serlo y especialmente, dónde deben serlo. En Cali, se sigue construyendo lo indígena como peligroso⁴. Ciertos sectores siguen proponiendo domesticarlo con religión. Antes de ello, siempre hubo un fray y un cronista tratando de dirimir el tratamiento que debían de recibir los que mal nombraron como los primitivos del nuevo mundo.

La etnógrafa y el misionero (sentado a la cabeza) de la sociedad acción y tradición comparten la misma mesa, una vez más aunque en orillas (ideológicas) opuestas. Como la junta de Valladolid. Sobre el mantel y en una hermosa batea, *la nostalgia preservacionista* con la que se saciarán. Es el pan con el que se han saciado tantas veces mientras coinciden en la única conversación posible: el mejor destino posible para *los indígenas* es fuera de la ciudad. Es la única comida posible que les congrega.

⁴ En el contexto amplio de la pandemia de COVID 19, y durante abril, mayo y junio de 2021, la ciudad de Cali fue epicentro de grandes movilizaciones sociales, lo que fue reconocido social y popularmente como un gran Paro Nacional, que tuvo como detonante la inconformidad popular frente a la reforma tributaria que el gobierno del presidente Iván Duque pretendía promover. En esta movilización fueron grandes protagonistas políticos las juventudes del país y la ciudad. Cali vivenció una gran polarización de sectores sociales y una franja se autodenominó “personas de bien” y utilizaron como emblema camisetas y camionetas blancas y se organizaron a través de grupos de WhatsApp que han cobrado especial relevancia en la sedimentación del imaginario que consolida el discurso y afecto en torno a lo indígena como peligroso. Esta franja cuenta con la representación política del partido centro democrático, y en especial, el representante a la cámara Cristian Garcés, quien ha sido promotor de proyectos de ley que buscan la legalización del porte de armas y estuvo al frente de la organización armada de estos sectores sociales con el beneplácito y participación de oficiales retirados del ejército y policía como lo puso en evidencia el portal de noticias Cuestión Pública.

En este contexto, *la minga indígena* se desplazó a Cali para apoyar la protección en los márgenes de la ciudad donde se organizaron los puntos de resistencia. De igual forma, ofrecieron mercados a las familias vinculadas a los cabildos urbanos y en general a la ciudadanía. El enfrentamiento entre personas con camisetas blancas y la guardia indígena en el que terminaron heridos con arma de fuego 8 miembros de la guardia, fue rodeado por un manejo mediático a través de fake news-noticias falsas, desde los que se difundían lecturas distorsionadas, en el que estuvieron vinculados incluso comunicados oficiales de la policía. Sumado a lo anterior, se incrementa la polarización a partir de textos como el libro que menciono, en el que se hace una lectura del paro nacional como “ataque terrorista”, de la presencia indígena en la ciudad como invasores de la ciudad “que siembran terror” cuyo lugar de pertenencia “natural” es el territorio rural, de los derechos políticos y culturales como “privilegios constitucionales”.

Lo anterior pone en evidencia varias cosas: 1) la imposibilidad de reconocer como sujeto histórico y político a los indígenas, puesto que toda intencionalidad política y la tensión que conlleva es vivenciada como fuente de amenaza. Luego su lugar “natural” es la participación cultural despolitizada y ojalá su contribución al modelo económico capitalista 2) se construye como conflicto/problema indígena toda posición que no esté dispuesta a la subordinación 3) se difunde en los imaginarios sociales la ciudad como escenario de pertenencia para los ciudadanos no indígenas y se reserva el discurso de ciudadano para aquel que está por fuera del “conflicto indígena”.

El portal de noticias Colombia Check, jugó un papel importante en la desmitificación de los diversos fake news asociados al evento del 9 de Mayo de 2021: <https://colombiacheck.com/especiales/que-paso-en-el-sur-de-cali-el-9m-con-la-guardia-indigena-y-los-camisetas-blancas>

La etnografía, se indigesta, en esta ocasión, el plato servido le revuelve el estómago. Le genera agrieras desde el esófago. Ya no se lo puede comer. Lo intenta. Las arcadas explotan. Se para intempestivamente de la mesa. El gesto es leído como un acto de grosería por el misionero. No se puede volver a sentar. La única opción y su elección: comenzar a caminar.

Capítulo 1



Una línea hecha al caminar. Richard Long, 1967.

Detrás de la andanza que revela nuevas maneras de caminar, hay senderos previos que impulsaron a seguir caminando, deslizamientos por donde el impulso vital palpita. Caminos con aliento y onda respiración. En 1967, Richard Long empezó las caminatas que aún hoy son parte de su hacer creativo, no disociado de su vida. *Una línea hecha al caminar* es esa primera experiencia corpórea dejada por las hojas pisadas a su paso al recorrer una y otra vez el mismo sendero. En videos y documentales⁵ cuenta que en medio de un mundo salvaje y hostil, le interesa la experiencia de la caminata ritualizada y velar porque su presencia deje huellas que si bien se integran a la composición dada con el todo que le rodea, puedan borrarse con el tiempo.

Elige la fotografía como registro y herramienta para contar. Sabe que un registro no es la experiencia vivida, no la reemplaza. Me lleva a pensar que es una elección intencionada para contar con ella y permitir que la experiencia siga obrando en él y en otrx.

En este capítulo, elijo hacer un registro de las huellas de algunas de las luchas que leo dejan el caminar del Cabildo Nasa del Distrito Especial de Cali en la ciudad. Esas primeras líneas de hojas sobre el asfalto. Este registro no es la lucha, y estos relatos no son las mujeres. Es mi elección intencionada para que obren en usted y componer una línea escritural con las huellas de la manera en que han obrado en mí.

Ausencia

⁵ Ver <https://www.youtube.com/watch?v=TLPnvde71p4>, <http://www.richardlong.org/>

Abril 28 de 2021

*Tu muerte, cacica
inercia de la vida
potencia en semilla
que enterrada es
dolorosa siembra*

La primera vez que escuché hablar a Catalina María Achipiz Achipiz quedé estupefacta. Fue en un salón de la escuela integral indígena, en la sede del Colegio Santa Librada Eustaquio Palacios, ubicada junto a la Loma de la Cruz, en el 2017, en Cali.

En medio de pupitres rayados con lapicero, cubiertos por una pintura verdosa desvencijada, asistí a mi primer encuentro con la presencia sobrecogedora de muchas mujeres lideresas nasa en Cali. No tenía como anticipar las vehementes voces, las agrietadas y pujantes historias, los flameantes posicionamientos con los que crucé caminos por primera vez. Fue inevitable realizar una torsión en mi manera de andar.

En los años siguientes pactamos conversar, discutir, pensar, conceptualizar desde la presencia mutua. Nos reencontramos en el 2020, después de su segundo exilio. En la biblioteca departamental. Esta vez, ella tenía el convencimiento de que el punto de partida del *desaprender para volver a aprender en el proceso* tendría que iniciar con las semillas de vida. Resonamos en nuestras terquedades. Pactamos caminar las lomas de Cali, recorrer territorios de origen. Generar algún surco de posibilidad en medio de la imposibilidad y aridez burócrata. Resolver y generar alternativas fueron algunas de las experticias que le conocí.

Donde quiera que escuchaba sobre Catalina Achipiz en la ciudad, se derrochaban todo tipo de gestos, gemidos, exclamaciones. No pasaba desapercibida. Generaba diversidad de afecciones. Su temperamento no dejaba indemne a nadie.

- ¿Usted qué piensa profe? - era una de las preguntas más habituales que solía hacerme. Siempre un guiño para hablar con ella, frente a ella y junto a las otras mujeres nasa.

Pactamos entre muchas cosas, una tesis que crecería junto *al proceso*, y la vida misma, **su nicho sería la presencia**. Así fue sembrada. Ahora deberá seguir creciendo en su ausencia física y deberá encontrar cómo caminar también la muerte, su muerte, tu muerte, aquel lugar desde el cual también se impulsa la vida desde una inercia que aún no logro comprender pero que comienzo a vivenciar.

Quiero sentir que la vida,

*tu vida, no termina con tu muerte.
Quiero encontrar ese camino de ida y vuelta
entre ambas orillas.*

Antes de tu fallecimiento conversaba mucho contigo en los sueños, en el último te vi muy triste, y te lo conté. Sentí que dejamos conversar en mis sueños el domingo 24 de abril de 2022, se lo dije a mi esposo al despertar. A las 11 am, Adriana Menza me escribió para anunciarme que habías partido de este mundo.

Junto a las mujeres nasa aprendo que trasciendes al mundo espiritual estando muy aferrada a la vida, por lo cual – dicen- no querías irte. Aprendo también que se cuida el buen vivir, pero también se acompaña a un buen morir. Te acompañaron espiritualmente a hacer el paso, dijo el mayor Wilson Valencia. *Te preparó la casita, refrescó la tierra, brindó,* como lo hicieron tantas comuneras en tus horas fúnebres en la casa del cabildo. No podía ser en otro lugar que se te acompañara, en la casa, en tu casa, en la casa de la comunidad nasa en Cali.

-EL DIA MÁS TRISTE PARA EL CABILDO- dijo con la voz arenosa doña Luz Dary a quienes te acompañamos en la despedida. Una voz temblorosa, como nunca antes ni después le he escuchado. El temblor se instaló en las paredes del cabildo.

Tal vez por eso el profe Rubén al que le hablabas con tanto cariño del amor y el amar, a quien siempre había escuchado solo tocar y dirigir, cantó, aunque no le guste hacerlo. Lo escuché tocar la guitarra y cantar solo en los rincones de la casa, *sobreviviendo* de Víctor Heredia. Su voz consolaba las paredes.

Te sembraron en una lomita en el cementerio jardines del recuerdo, muy cerca de La Laguna de la Estrella, y siento que esto reconforta a lxs comunerxs, y a mí también. Todas las mujeres de la guardia te hicieron calle de honor, y las mujeres de la danza tocaron y bailaron en tu memoria.

Elvira leyó sus palabras de despedida y nos dejó claro que en Cali quedan 5.000 Catalinas.

- ¿Hasta cuándo? -gritaron los comuneros junto a tu féretro.

-Hasta siempre consejera- vitoreamos con ahínco.

Caminar la Lucha

Ninguno de mis caminos de vida anteriores al 2016 habría podido permitirme cruzar palabra o encuentro con Catalina María Achipiz Achipiz, consejera mayor del Cabildo Nasa del Distrito de Cali -hasta el 24 de Abril del 2022- o al menos

eso sospeché cuando la conocí. Llevaba una década siguiéndole el rastro a las formas en que los modos rutinarios burocráticos de pensar y actuar se aposentaban cada vez más sobre las formas en que maestras, cuidadoras, madres comunitarias e investigadores que se aproximaban “a la cuestión” de las infancias en Colombia.

En el transcurso de una década he visto cómo estos adultos y más aún en escenarios de la *res pública*, dan por sentadas toda suerte de promulgaciones sobre las que se asientan las políticas de infancia: pedagogía y educación inicial, actividades rectoras, el desarrollo integral de niñas y niños. Si son escenarios públicos, entonces se hablará con seriedad, glamour y especialmente mucho temor, de atención, fichas, cupos, operadores de servicio, “el cuentame”, planeaciones, unidades de servicio, agentes educativos, convenios, ejecuciones, supervisiones, contratos, raciones de alimento, hallazgos, indicadores de calidad...

Promulgaciones de la razón técnica y de la razón disciplinar, que generan un armazón de concreto, con un común de aridez en los que las vidas y las crianzas, van perdiendo los aromas del vivir, de la calle, y por supuesto, los corporales.

Me genera terror, que estos discursos y actantes se invoquen como mantras sosegadores y exculpadores donde quiera que haya un profesional dirimiendo algún tema de las vidas de las niñas y los niños en este país. Un mantra que se reitera mientras se ejerce la vocación de ser ladrillo y vaciarse sobre el armazón diseñado por la arquitectura patriarcal- estatal. Uno de los afectos de los que ha bebido esta investigación es pues del horror. Como el que me produjo siendo funcionaria estatal de la subsecretaría de primera infancia en Cali, encontrar por doquier identificación absoluta con los enunciados de las políticas y la relación casi dogmática con las mismas, y toda suerte de capacitaciones para formatear a todos los profesionales para que sus prácticas coincidan con las políticas.

Me abrumó sentir que había una incapacidad profunda de generar conmoción alguna en el dispositivo estatal, que parece buscar confirmaciones a sus imaginarios sobre el “buen hacer”. Por años, me ha hecho mucho ruido el carácter homogéneo del infante que se presenta en las políticas públicas de primera infancia, la neutralidad y apuesta benevolente con la que se construyen performativamente todas las intervenciones estatales para lo que se presupone es salvaguardar a niñas y niños.

Las memorias del Estado, también se construyen desde las políticas, los manuales operativos, y los lineamientos técnicos. Son prístinas y pragmáticas. Como toda memoria estatal, suelen ser heroicas. Monumentales. Rinden pleitesía a los presupuestos, las ejecuciones y a los cumplimientos. Son expropiadoras, soberbias, grandilocuentes y contradictoriamente escuetas y escasas de textura. Construyen imaginarios de una nación y sus habitantes y también prefiguran los modos de ser en esa y para esa nación. Incluso si se habla de niñas y niños.

Svetlana Alexiévich (2015) en *La Guerra No Tiene Rostro de Mujer*, se propone escribir sobre la guerra femenina, la guerra vivida por mujeres que participaron en el ejército rojo ruso, luego no es una historia sobre la guerra, sino sobre las vidas de mujeres.

Siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, todo lo que sabemos por la guerra lo sabemos por la voz masculina. Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones masculinas. De las palabras masculinas. Las mujeres mientras tanto guardan silencio (...) Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores y olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. (...) en esta guerra sufren la tierra, los pájaros, los árboles (p 13).

Relatos, caminos, experiencias, luchas silenciadas, nudos ciegos que no aparecen en el registro de las memorias del Estado me interesan en esta tesis, que también es el despliegue textual de unas vidas entrelazadas -entre ellas la mía- cuyo ensamble no se reduce al texto. Filigranas, puntos medios y altos, de lana, hilos guajiros y cabuya, que se ensamblan de maneras no anticipadas por los vericuetos de las institucionalidades y por fuera de ellas. Relatos, saberes y prácticas que bordean, se encuentran y se nutren de los asuntos del cuidar, criar, y el recomponer un mundo comunal nasa en la ciudad y con ello y simultáneamente, un mundo no tan moderno, con el horizonte de *desaprender para volver a aprender*, como señalaba Catalina. Diseñando con ello otra ciudad, otros márgenes no marginales.

Me enredo con las maneras de tejer una vida posible para ser nasa en la ciudad y con ello se agrietan (mis)categorías modernas disciplinares, se sacuden discursos de Estado y geografías del poder y la diferencia, y también se erosionan los compactos regímenes de verdad modernos del cuidado, sus discursos y prácticas, y en general del conocimiento objetivista-cientista.

Desenrollo las madejas de mis aprendizajes junto a mujeres y hombres, jóvenes, niñas y niños nasa, pero especialmente caminando, tejiendo y en la conversa con mujeres nasa que re politizan lo despolitizado y por tanto expropiado desde la razón de Estado. Las mujeres nasa tienen otra de manera de vivir y de contar sobre los asuntos del cuidar, en una ciudad, sobre cuyo selvático cemento se pugna por construir *lo indígena como obstáculo peligroso*. Un terreno con sedimentos discursivos muy antiguos: el nicho local del buen salvaje y el salvaje aborrecido.

¡Lo indígena es un chicharrón!

Mi trabajo siguiéndole los tentáculos y voracidad a la estatalidad sobre la primera infancia en Colombia le había hecho sospechar a una buena amiga que debía conocer a Yuly Chasqui en el 2017, mujer indígena nasa, quien por ese entonces lo que denominaban “el enlace indígena” en la subsecretaría de primera infancia de Cali. Fui a conocerla en la oficina de la subsecretaría cuando en ese entonces la subsecretaria era Ivette Adames o la Dra Adames, como todos sus subordinados funcionarios le llamaban.

En medio de ese laberinto estrecho sin ventanas, de un séptimo piso (arriba de la subsecretaría de poblaciones y etnias), con una única oficina para la subsecretaría, de aire sofocante y guardado, pasillos cerrados, una cocineta que parece de aparta estudio, una salita para reuniones en la que la mesa central no deja espacio para circular, unos 8 computadores viejos distribuidos en dos cuartos pequeños para las tareas y asignaciones de unos 45 funcionarios, se arrinconan y apertrechan los asuntos de la infancia en Cali.

Una funcionaria conocida en esta oficina, me saludó con efusividad y cariño. Nos conocíamos de tiempo atrás. Me preguntó si me dirigía donde *la doctora*. Le dije que tenía una reunión con Yuly Chasqui y me respondió en voz muy baja, con una mueca en el que se amalgamaba la sorpresa y el desconcierto

-¡uy cuidado, todo lo indígena es un chicharrón!-

Esta afirmación-acertijo que me fue ofrecido por el oráculo, me dejaría un rastro que he intentado seguir durante estos años y que me ha llevado a tocar las tramas y las figuras del *salvaje aborrecido*.

Un chicharrón en Colombia, es una parte de la piel de cerdo – tocino con o sin carne- que se fritita y resulta muy grasoso y crujiente. Para quienes comen carne de cerdo, es una parte muy apetecida y es incómoda de comer porque por lo general se come con las manos, y deja su rastro de grasa en los labios. Es cosa poco elegante comer chicharrón. No hay manera ni protocolo sobre cómo tomar o comer chicharrón. Realmente puede poner en aprietos a un comensal preocupado por las buenas maneras.

Yuly fue mi portal a la comunidad nasa en Cali. Me llevó por primera vez a una reunión del cabildo en un saloncito en la escuela integral indígena. Cuando la conocí aún no se había graduado de abogada, tenía un *cargo técnico* y desde este lugar abría la trocha que comenzaba a desestabilizar los palafitos de la institucionalidad y sus modos de ordenamiento de la vida.

Hacia el 2016 en el gobierno de Juan Manuel Santos, se lanzaba por primera vez en el país *La Estrategia de Cero a Siempre* que ponía en marcha la ejecución de la política pública para primera infancia y se suponía transformaría la centralización que hasta el momento se concentraba en el ICBF de Bogotá para la administración y *línea técnica* en los asuntos de infancia para todo el país.

Los expertos en infancia capitalinos repudiaban que el ICBF tuviera el manejo de la línea pedagógica, lo sentían muy “asistencialista” y sin embargo al día de hoy, uno de los grandes presupuestos de la nación se sigue desembolsando al ICBF... un rife y rafe, sobre quién pone la plata y quién decide cómo se administra y decide lo que niñas y niños necesitan. Lo que pude comprender de mi tiempo como funcionaria es que ¡quien tiene la plata manda! Así de evidente es el ADN patriarcal de nuestra estatalidad. Razón por la cual a una “provincia” como Cali, y con una ley desfinanciada con la política de primera infancia a nivel nacional, no hay dedo que se mueva sin que lo apruebe un comité centralista llamado CIPI.

A nivel local de la ciudad la oferta pública para el cuidado de niñas y niños estuvo centralizada por ICBF hasta la creación de la Subsecretaría de Primera Infancia, que aspiró en algún momento a poder tener autonomía frente a la centralidad nacionalista. Si me pidieran escoger el título de una novela que he leído para esta historia le pondría un título de la novelista Laura Restrepo “Historia de un entusiasmo”.

Para el 2010, se aposentaban en la ciudad los discursos científicistas neurobiológicos que miran a las niñas y niños por conexiones neuronales, especialmente en las élites dirigentes. La esposa del ex alcalde Rodrigo Guerrero fue una de ellas, y así presentaba la necesidad de gestar una inversión para *la primera infancia*. La mirada del niño-neurona ha coexistido con la defensa de una inversión para que *lxs niñxs empobrecidos no sean los ladrones del mañana*, como me han contado algunas contratistas sobre los decires en alguna fundación que vela por las infancias en la ciudad, cuando presenta su misión buscando inversionistas ante empresarios.

La subsecretaria Ivette Adames (primera subsecretaría de primera infancia en la ciudad de Cali), siempre vestida de sastre y de modos muy elegantes y relaciones con círculos sociales muy privilegiados, fue una defensora del niño-neurona, admiró las políticas centralistas y su moderna pedagogía. Es muy reconocida en Cali. En cambio, muy desconocida y atropellada, es la manera en que lo nasa irrumpe, perturba, y hace cambuche para instalar desde allí y especialmente por fuera de allí, lo que leo, aprendo y me afecta como *una práctica y una política femenina nasa de un re-tejer comunal de arraigo desde y en la ciudad*. Y le aclaro lector/a, que esta lectura no aspira a verdad alguna, sí a un punto de vista parcial, abierto a la transformación desde y en la conversación. Especialmente abierto, a mi propia transformación vital, y por supuesto, onto-epistémica. Es tal vez este el único lugar certero desde el que puedo narrar.

Desde un cabildo de ciudad gobernado mayormente por mujeres se prepara la tierra para que familias nasa puedan vincularse a un *cuido de la semilla*, que permita que sus *luuçx* -niñas y niños- puedan un día vivir orgullosamente como niñas y niños nasa en Cali -o en cualquier lugar-. Diseñan y abren camino. Con ello me ha sido donada la posibilidad de imaginar la belleza de la multiplicidad

en la que podría reverberar la vida y ello precisa desvelar y martillar el compacto mito moderno de los universales y la única realidad (Blaser, 2013).

Hace unos 10 años, cuando incursionaba en las cuestiones de las infancias en la ciudad, un colega en broma me sugirió que usara collar y aretes de perlas cada que fuera a un evento sobre “primera infancia”. En su parecer, a las mujeres de perlas se las escucha de otra manera cuando hablaban sobre temas que aluden a niñas y niños. Difícilmente una persona con perlas en el cuello se sentirá cómoda comiéndose un chicharrón con las manos.

No es ésta una etnografía con las perlas puestas. Mi caminar y mis letras admiten el sudor, estar descalza, con tierra y a veces con grasa en las manos. Olfateo y le sigo el rastro a mis incomodidades y a las de las institucionalidades ¿cómo procede la institucionalidad con lo que percibe, lee y promulga como chicharrón?, pero ¡no se equivoque! éste no es mi cometido aunque siempre se entrometa en mi escritura y en su lectura, tal y como se entromete en el caminar de las y los nasa. Me interesa escribir desde mis conmociones corpóreo-sensitivas e intelectivas y especialmente desde un lugar, que es casa para el pensamiento y los afectos, es relación, es *conexión parcial* (Strathern, 2004) entre mi no tan moderno mundo académico, el despertar de hilos de crianza que me constituyen y me empujan en todos mis límites, y el permanentemente mundo nasa en recomposición en la ciudad.

La conexión parcial (Strathern, 2004) es un lugar analítico que me acompaña y que busca hacerle frente a la posición epistémica que genera dualidades, separaciones, particiones propias de la ontología moderna (purificaciones), nicho fecundo para analíticas coloniales como el yo- y el otro. Fue Bruno Latour (2007), quien ha ayudado a historizar la manera en que se generó la invención de la distinción ontológica entre humanos y no humanos en la modernidad occidental. Para Marisol de la Cadena (2020), la conexión parcial es simultaneidad caleidoscópica, similitud y diferencia. Me ayuda a rastrear el mundo nasa co-habitando con otros mundos y prácticas la ciudad y la estatalidad, y la estatalidad y la ciudad siendo co-habitados e irrumpidos por otros mundos, que les exceden.

En este caminar aprendo sobre las formas en que lo que leo una práctica política femenina nasa penetra el asfalto con la fuerza que solo puede tener un organismo que está vivo persigue y es animada por su inteligencia vital y conversa desde otros lenguajes, camina otros caminos, lucha por diseñar unos arraigos y maneras de vivir en territorios no prefigurados por *la razón práctica* de Estado, desacralizados por la razón empresarial y de mercado. Las formas en que los fetiches y oscilaciones de magnificencia y banalización de Estado se entrometen en este caminar, y en que las fantasmagorías estatales despliegan artilugios que sostiene la ilusión de las ejecuciones, revelan su permanente intromisión.

Mientras esta maquinaria moderno-colonial, estatal-mortífera, instrumental, pragmática sigue andando, los fogones siguen encendidos, se fritan masitas en la

cocina, las mujeres tejen mientras esperan y se brinda con *yu'beke-chirrincho*⁶ en las mingas de pensamiento. Se caminan las lomas de Cali y se activan las reconexiones con los territorios de origen.

Un impensable cabildo de mujeres en la ciudad



Foto Casa del Cabildo Nasa-Distrito Especial de Cali
Tomada por Vivian Ospina.



Foto de Tulpa, Casa del Cabildo Nasa

⁶ Es una bebida alcohólica destilada de la caña de manera artesanal. Es una bebida que se ofrenda como la chicha, la chaguasgua/ Cxawaswa a los espíritus mayores. He aprendido que se usa para brindar a los espíritus antes y durante las ritualidades, y también cuando se va a hablar de ciertos temas espirituales que requieren protección, equilibrio o permiso.

Tomada por Vivian Ospina.

El Cabildo Nasa del Distrito Especial de Cali es una presencia que desconcierta en la ciudad y en los territorios de origen. Es un *impensable*. Para Trouillot (2011b), quimera impensable fue para los patronos franceses durante 1790, una revolución en Haití. La carta del colono/capataz La Barre, presentada por el historiador Roger Dorsinville refería sobre la situación en Haití: “no tenemos nada que temer de los negros; son tranquilos y obedientes” (p 353). Tranquilizaba así los ánimos, no había sospecha frente algún tipo de insurgencia. También los hacendados, nos recuerda Trouillot, banalizaron todo tipo de manifestaciones de la resistencia para negarla. Esta condición de inimaginable, inaceptable – imposibilidad de ver y asir lo que está sucediendo-, la atribuye Trouillot a *la hegemonía* (aun cuando no es el término que usa Trouillot) de *una organización ontológica inamovible del mundo y sus habitantes* (p 354).

Marisol de la Cadena (2020) cuenta que impensable ha sido en los relatos de la política moderna y de Estado peruano, que presencias como los Seres-Tierra, hayan participado y triunfado de las luchas de los Runakuna contra la invasión española, así como de su participación en la luchas por la reforma agraria contra los hacendados. Impensable en la ontología moderna es, dice De la Cadena, que continúen participando de luchas políticas. Es su más allá. El historiador Dipesh Chakrabarty (2000) sugiere de alguna manera que impensable fue para el dispositivo de inscripción de la historia universal, la participación y agencia de los dioses en las rebeliones campesinas en la India. Para Chakrabarty (2000, p 45) “los dioses y los espíritus son existencialmente coétáneos con lo humano (...) y la cuestión del ser humano implica la cuestión de existir junto a dioses y espíritus”. Incluso si el pensamiento moderno no los admite y seculariza todo a su paso.

La presencia del cabildo nasa en Cali, desafía muchos inamovibles y muchas certezas onto- epistémicas y políticas. Muchos de estos inamovibles también están relacionados con la occidental y moderna manera de pensar lo que niñas y niños son y necesitan para vivir: el regimen de cuidado moderno- estatal que se autoerige como un regimen de verdad totalizante. ¡Huele a chicharrón en cada desencuentro onto-epistémico! Aunque solo cunda la atmósfera chicharronesca para cada quien y no se hable o no se perciban los conflictos onto-epistémicos que esta presencia pone en evidencia. Yo me permitiré rastrear y poner sobre la mesa aquellos que logro discernir.

El cabildo es accionar visible, trabajo vivo con pulso propio y fuerza política potente en riesgo permanente. Su fuerza es proporcional a la inminencia de desaparición. Se sostiene fuera de todo pronóstico y expectativa ante las corrientes que individualizan y fragmentan la vida. También contra toda fuerza determinista, o bien las de la tradición, desde donde ha tomado tiempo asumir la existencia de una reconfiguración de la forma de la vida nasa en la ciudad, pero también las de los discursos jurídicos y las tramas de la estatalidad que en un

vínculo ambiguo que semeja un espejismo en el desierto, les reconoce y niega la existencia, una y otra vez.

Siento que se enraíza en la voluntad y lucha por existir como indígenas nasa en Cali, no en la certeza de poder hacerlo, ni en las condiciones de un terreno fértil para este proceso. Ni en una defensa vetusta de la identidad. Cuando acompaño, descubro de manera recurrente lo que puedo pensar como una vocación permanente por la pregunta sobre lo que ha sido y sigue siendo posible y deseable para vivir como nasas. Mi sensación ha sido más bien la de un impulso colectivo que abre trocha incluso a pesar del propio escepticismo. Tampoco se afinca en la garantía de saber cómo hacerlo. Su fuerza y determinación no parece albergarse allí. ¿Qué las y los anima en su fuero interno a existir como nasa? Retumba como corrientazo en mi cuerpo. No lo podría dar por sentado.

Aun cuando el ejercicio político administrativo y de gobernanza que se ha caminado desde noviembre del 2003, ha sido continuo y sostenido desde una andanza de colectividad y comunalidad, es la singularidad, fuerza, tiempo de vida y trayectorias individuales de diversas mujeres nasa, la que elijo poner de relieve a manera de prolegómeno en este relato. Mujeres nasa que anudan su lucha individual con la lucha común por crear un horizonte posible que conjure y haga posible desarticular los lugares designados en la espacialidad, temporalidad y geometrías del poder para el modo de la vida indígena en la ciudad y su destino dentro de los confines imaginados de la nación.

El cabildo y la comunidad Nasa en Cali, aspiran al *wēt wēt fxi'zenxi* en la ciudad. No podría aproximarme a éste desde la traducción del buen vivir. Las mujeres que conforman el consejo educativo del cabildo, tienen claridad de que plantearlo de esta manera tendría una raigambre más cercana desde lo *kichwa*, y en la conversación con el consejo educativo se lo vincula con *vivir bonito*, *pensar y sentir bonito*, vivir con felicidad en y con *uma kiwe*.

Para compartirle mis aprendizajes desde este cabildo o lo que me animo a pensar como un ejercicio político en clave femenina siguiendo a Rita Segato (2018), es necesario presentarle a 3 mujeres nasa que he acompañado a caminar desde el 2017.

“son los procesos lo que importa y la única realidad en la mano: las pequeñas insurgencias que desestabilizan las normas y jerarquías en el día a día. Los resultados son meras apuestas. El proceso es entonces ante la imposibilidad de la captura del futuro, lo único que existe” (p 64).

El proceso, es tal vez la palabra más recurrente en cualquier conversación en el cabildo para referirse a lo que allí acontece, convoca, congrega, se lucha: “Ahí vamos en el proceso”, “siempre luchando el proceso”, “hay que cuidar el proceso”, “el proceso no puede decaer”.

El 23 de Abril de 2023, en el primer aniversario del trascender de la consejera Catalina, abrigados por un oscuro cielo, en el cementerio, alrededor de su tumba y junto a unos 50 comunera/os, después de que doña Luz Dary tuviera que explicar a los jefes de seguridad del cementerio la numerosa presencia (aunque para ella fuera muy poca), por qué había guardia indígena, por qué se brindaría con chicha, y después haber caminado loma arriba con el latido sanguíneo de las tamboras y la caricia nostálgica de la flauta de Duvan, después de que una mayora nos refrescara en la cabeza, y de que doña Luz Dary nos hablara mientras se le quebraba la voz, sobre el triste e injusto destino olvidado de las lideresas, don Ángel Daza - consejero del cabildo- nos recordó que con la consejera Catalina había nacido el proceso.

-Éramos pocos, y tocábamos las puertas, en medio de aguaceros, y fueron muchas las que nos cerraron, más de las que abrieron. Con ella nació el proceso, y aquí no muere. Uno a uno nos estamos yendo, pero el proceso queda vivo. El proceso es lo que queda.

Catalina María Achipiz Achipiz

Si fuese atrevida y realizara una lectura arquetipal podría decir que la atravesaba la energía de una guerrera y estratega. En una lectura occidentalizada podría recurrir a la Diosa Atenea para pensarla. Pero no necesito tal aplanamiento eurocéntrico. Don Ángel Daza la describe como el cerebro del proceso.

Catalina me hizo saber que se sentía muy cercana en espíritu a la Cacica la Gaitana, emblema que restituía permanentemente a viva voz. Catalina se sentía orientada por sus ancestros y me contaba a menudo que se sentía muy cercana a María Mendiguagua, Juan Tama y Quintín Lame. Sobre estos héroes y heroínas no fui educada en el colegio Hispanoamericano (él único colegio español de la ciudad de Cali), en cambio si se me habló mucho de Felipe el Hermoso y Juana la Loca. Catalina me enseñó, tomando café y pan de la panadería de la esquina de la casa del cabildo, que la Cacica la Gaitana fue una importante mujer que resistió los embates de la invasión colonial.

En una ocasión, sentadas en su oficina en la casa del cabildo, le planteé mi lectura sobre el ejercicio político que lideraba como *una política en clave femenina*. Se quedó en silencio, abrió los ojos, miro al techo, y al volver a fijarlos sobre mí me dijo que ella lo leía como *una política desde el vientre, desde su sentir como mujer nasa que sabe que el principio es desaprender para volver a aprender cómo cuidar la semilla*. Lamento profundamente no haber podido continuar co-teorizando junto a ella en esta dirección. Tenía un pensamiento provocador, indomesticable, vibrante, como su semblante.

Sabía que tenía una presencia intimidante y un rugido feroz que modulaba con mucho sentido del humor y cariño cuando estaba con las y los comuneros nasa y que desplegaba en cambio con tenacidad cuando sentía que ella o el proceso nasa era injuriado, ofendido, obstaculizado, menospreciado. En múltiples ocasiones la vi rugir frente a funcionarios del municipio y ante burócratas nacionales. Era una mujer que se hacía notar y recordar. Atribuía la contundencia en su manera de hablar, a lo que llamaba tener *una postura política*.

Y, sin embargo, el rugido se quebrantaba cuando hablaba de sí, de cómo llegó ella o algunas de las mujeres nasa a Cali, o de su infancia en Tierradentro. Si el calor de una larga conversación abrigaba, se permitía recordar los cafetales en los que se escondía de niña para resguardarse de las balas y explosiones. Las mismas que le reventaron los tímpanos con pocos meses de nacida. Tenía una larga cabellera negra, que solía usar suelta y le llegaba a la espalda baja. Solía vestir de jeans, botas con tacón y mochilas con tejidos, diseños y simbología nasa.

Catalina fue la primera gobernadora del cabildo en tiempos donde no era común que las mujeres nasa tuvieran cargos políticos en el pueblo nasa. Y en tiempos donde en ausencia de techo propio, el cabildo se congregaba en casas prestadas por el municipio en comodato. Fungió como *consejera mayor*, después de ser gobernadora del cabildo y fue funcionaria pública durante más de 10 años en Cali tanto de la secretaría de cultura como en la secretaría de educación. También fue funcionaria del Ministerio del Interior. Fue reconocida en el sector público de la ciudad por su notable oficio de abogada, al que se vinculó desde el 2012. Conocía las tripas del monstruoso Leviatan y sus inmundicias. No les temía, pero no dejaban de desconcertarle e incluso quebrantarle. Habitó sus discursos y laberintos jurídicos, incluso sus puntos de no retorno. Eligió desde este ángulo de lucha occidental confeccionar uno de los catalejos que enfocan la estrategia de lucha de su comunidad.

Su paso por la academia de la ciudad (fue especialista y magister) le permitió reconocer este escenario como un actor con el que podía y deseaba hacer articulaciones en las batallas locales. Aspiraba a poder investigar desde el cabildo, también que las futuras generaciones de jóvenes nasa profesionales se hicieran cargo de construir conocimiento relevante para los procesos de la comunidad. Los exhortaba con ahínco a ello en cada asamblea del cabildo. Mientras esto sucedía, aceptaba diferentes alianzas con académicos -incluyéndome- y centros de investigación siempre y cuando pudiera poner sobre la mesa una agenda de intereses comunes. Rechazaba investigadores que sentía no se comprometerían *sensiblemente* con el proceso. En una ocasión, mientras la llevaba a su casa, me contó que soñaba que al jubilarse podría disponer de su tiempo completo para dedicarse a la comunidad y a viajar como conferencista internacional.

Los tiempos para conversar sobre nuestras vidas, los trayectos. En los desplazamientos la vida encuentra cómo asomarse a la conversación y el afecto

reverbera. Es subiendo hacia la Laguna de la Estrella - ubicada en el cerro de la bandera- y en apertura a un ritmo de subida que admitía la pausa más no el detenimiento, que supe de la afección-consulta espiritual y la inquietud identitaria que la impulsaron a liderar este proceso cuando aún era estudiante de derecho en la universidad Libre. Fue con el aliento entrecortado que me preguntó sobre mis motivaciones profundas para acompañar una lucha como estas, en apariencia tan ajena a mi trayectoria profesional previa.

Buscando conservar un paso firme de caminata, y leyendo los indicios naturales que anuncian dónde voltear o qué cruce tomar en cada momento, me contó sobre su revelación interior de no ser feliz mientras terminaba su carrera. La abrumaba la sensación de que algo estaba *trastocado* en su ser. Le pude contar sobre mis propias grietas y agujeros existenciales. Sobre aquello que solo puedo aspirar sosegar porque no existe dimensión de la reparación. Creo que nos acercamos de otra manera.

A Catalina le inquietaba mi salud, siempre me hizo sentir que antes que investigadora, era otra mujer con la que afectuosamente se relacionaba. Le inquietó mucho tiempo que fuera a los eventos del cabildo sola (no porque una mujer no pueda ir sola). Me animó a llevar a mi esposo a los rituales. No era posible para Catalina pensar que mi trabajo fuera solo académico. En su pensar, no invitar a mi esposo podría ser excluirlo de una parte de mi vida. Si Catalina no me abre esa posibilidad, jamás se me habría ocurrido.

Su primer trabajo como abogada fue en Inzá, como comisaria de familia. Decidió ir a Tierradentro después de su graduación, allí trabajó asesorando al alcalde que en su momento era un médico tradicional. Caminó con los mayores y recibió *un llamado del espíritu* que la hizo percatarse por primera vez de cuánto habitaba occidente en ella. A mi parecer no pretendía desentenderse de este hecho constitutivo. Me contó que un día fue citada por unos mayores a las 7:00 am y ellos solo llegaron hasta las 11:00 am. Recuerda que les hizo un reclamo airado. Recibió una respuesta apacible que la desarmó. Le fue presentada otra experiencia del tiempo. Los mayores le contaron sobre *un andar del tiempo* no regulado mediante acuerdos humanos sino desde designios y otras lecturas realizadas a partir de indicios del entorno. Se congregaban cuando *todo indicaba que era buen tiempo para hacerlo*. Fue en Tierradentro que comenzó a notar los crecientes procesos de migración de mujeres a la ciudad.

Los procesos, las relaciones, e incluso las presencias monolíticas con figuraciones mágico-teatrales y fetichistas como El Estado, como me permite pensar Michael Taussig (2015), tienen mitos fundacionales, que disponen y barajan posiciones, lugares, afectos, motivaciones. Se me hace que uno de los mitos fundacionales del cabildo, especialmente por su recurrencia en los relatos de Catalina, era el coraje propulsado por el efecto de vergüenza y ocultamiento que han generado prácticas históricas de asimilación a los órdenes dominantes.

Muchas veces presencié a Catalina narrar desde este afecto iniciático cuando buscaba historizar la conformación del cabildo en la ciudad: recordaba su preocupación por notar que las mujeres indígenas nasa fueran apetecidas en Cali como empleadas domésticas. Fue una gran lectora de la configuración local de la alteridad histórica (Segato, 2002), la maneras de ser “lxs otrxs” en la ciudad. Fue durante el pregrado que comenzó a percatarse por primera vez de las mujeres indígenas que se maquillaban de una manera particular. Le daba la impresión que buscaban ocultarse tras ese maquillaje. Realizó su propia historización de las luchas del cabildo y de las propias en su tesis de maestría (Achipiz, 2020).

Un detonante. La noticia de una mujer nasa que trabajaba *en casa de familia* en un edificio en el barrio Versalles. No he podido encontrar la noticia en google pero Catalina recordaba con mucha afección que la joven sacó unas sábanas para escapar y cayó al pavimento desde un piso muy alto (¿se suicidó?). Catalina decidió buscar a las mujeres nasa con la intención de congregadas. Intuyó en qué lugares se reunían a bailar. Cuando le preguntaba una a una si eran nasa, se llevó la sorpresa de que sistemáticamente lo negaban. Optó por dejarles un papel con sus datos y una fecha para un encuentro. Llegaron muchísimas mujeres.

El cabildo, lo definen las mujeres nasa en espacios públicos e institucionales como “entidad de derecho público especial”. Me han enseñado que desde la constitución del 86 es una figura admitida por el Estado colombiano como posibilidad de autogobernanza para cada lugar donde habite y se organice una comunidad indígena.

Y sin embargo...

las gentes no indígenas que llegan por primera vez a la casa del cabildo se desconciertan ante una autoridad no estatalizada

Y sin embargo...

el cabildo y su casa en el barrio San Bosco, morada afectiva hogar de craqueladas ausencias

Los afectos desvinculados por lo que fue y nunca podrá volver a ser encuentran refugio en estos pisos viejos, opacos y rojos. Casa escampadero de lluvias, lugar de espera, lugar de (des)encuentro con la institucionalidad del municipio. Techo en ausencia de tierra y en presencia del pensamiento nasa y de cuerpos-territorio. Ensayadero de la música de vientos y danzas acompasadas.

A la casa del cabildo, llegan familias desplazadas tratando de ubicarse en la ciudad y desesperanzadas por tener que demostrar su condición de víctimas a funcionarios que insisten en que no reúnen las condiciones para ello. Aquí se dirimen conversaciones con todo tipo de funcionarios a propósito de los permanentes incumplimientos en los acuerdos y agendas establecidas. En estas paredes habita la crudeza de la vida y urgencia de encontrar maneras de abrigarse en la intemperie. Las mujeres conversan de sus múltiples enfermedades

y dolencias. En su patio pequeño y junto a la tulpa, en la cocina, tal vez como ningún otro lugar en la ciudad, es bien recibido su sentimiento de indignación. La casa del cabildo, hoguera donde los afectos agrietados transmutan y su humareda disipa la desesperanza por el desarraigo y la ceniza alimenta la espera por el nuevo fuego que siempre ha de poder llegar.



Retrato Bordado de Catalina María Achipiz Achipiz. Este retrato bordado parte de la única foto que le tomé a Catalina por pedido de ella en un *saakhelu*. Opté por bordar su retrato, por conversar con su gesto después de su trascender. Bordar como manera de rasgar el tiempo entre los espacios. Esta no es Catalina, son mis puntadas que la buscan en la tela desde el cariño.

Dibujar con hilos un rostro
multiplicidad de líneas afectuosas
infinitesimalmente,
cadenciosamente
en el pliegue la piel
sombras, relieves, caídas
caminar con las manos
rumbo ante el abismo
entre orillas

María Luz Dary Inchima

Los entramados cotidianos que configuran la urdimbre del cabildo, se hacen posibles por un ejercicio de funciones ad honorem. Velar por la gobernanza y administración de una comunidad que se autofinancia requiere de una insondable cuantía de tiempo de mujeres y hombres que resuelven de alguna manera el sustento básico mientras destinan muchas horas de su vitalidad, tiempo familiar, y energía de vida, a labrar terreno para dar dirección a este proyecto comunal. Cada vez es incierto qué miembros de la comunidad tendrán tesón, sabiduría y disposición para asumir la gobernanza. Algunos están imposibilitados porque son funcionarios públicos, otros no podrían llevar la vida si no trabajan, a algunos les da mucho temor la estampa intimidatoria de las dignidades de los cargos a asumir.

María Luz Dary Inchima. Mujer de un talante apacible, hablar rítmico-melodioso, suave pero contundente. Sus manos muchas veces entreveradas en tejidos, mientras participa de innumerables reuniones y (des)encuentros con dependencias del gobierno municipal cada día. Durante los primeros años en que la conocí, asistía a todo tipo de reuniones con Catalina, y solo detenía su tejer para hablar -cuando lo consideraba necesario-. También cuando se le enredaba el tejido y debía pausar para que al volver regresara con ella la capacidad de atravesar el enredo. Después del trascender de Catalina, no volvió a tejer durante las reuniones. Durante los años que he compartido con ella, jamás le he visto pronunciar una palabra de más. No la conozco de ánimos calientes. Tampoco los suscita en otros. Siento que tiene el don de apaciguar las turbulencias.

En ocasiones he escuchado que cuando no lleva su tejido cuenta que le hace falta. También *que el tejido la llama*. Su oficio de gobernar la comunidad nasa en Cali, la reclama todos los días de la semana, incluso en las madrugadas o en las noches. A veces se muestra preocupada, está en cada cosa, con cada persona, sabe qué necesita cada quien.

Doña Luz Dary es *Ne'jwe'sx* y lxs comuneros para llamarla le dicen gobierno. Está amorosamente en cada escena de la vida comunal-política del cabildo. Habita en la cocina coloreando con humor las afujías individuales y colectivas, las de la gobernanza y las de la vida personal. Hace café colado para ofrecer a quienes llegan a la casa del cabildo. Pica los alimentos sentada en una gran piedra bajo el plástico negro en la laguna de la estrella. Es co-fundadora de la unidad productiva de tejido *hilando sueños*, donde muchas mujeres nasa han encontrado

maneras de anudarse entre sí para que el abismo mortífero de la invisibilidad en la ciudad no las succione. Doña Luz Dary me evoca a la Diosa Griega Hestia, aquella cuya presencia transforma cualquier lugar en hogar y espacio sagrado.

Doña Luz Dary es mujer de armar su propia carpa (como todas las mujeres del cabildo). La he visto sostener ásperos plásticos que protegen del aguacero, cargar pesadas ollas y colchonetas para subir la empinada loma que permite llegar a la *laguna de la estrella* cuando hay ritual. Viaja en MIO en la ciudad para llegar a su casa en el Distrito de Aguablanca, y también en buses intermunicipales en la madrugada para asistir a las reuniones en otros municipios junto a otros gobernadores de otros cabildos que pertenecen a la ACIN. Nunca hizo encierro preventivo durante la cuarentena, su oficio nunca lo permitió. Camina apaciblemente con su sombrero rodeado por un chumbe de colores verde, amarillo y café, su *tama* y su mochila terciada. La primera vez que no la vi de esta manera fue cuando la citamos para hacer la video grabación de un relato en el parque del perro en el Barrio San Fernando (octubre de 2021).

-Profe, la recomendación era venir más de bajo perfil- me comentó en voz baja mientras sus ojos transmitían el resto del mensaje.

Su mirada inquieta que desentonaba con su semblante, puso en evidencia el pozo profundo que demarca una agria distancia entre muchas privilegiadas maneras de habitar la ciudad y la manera en que grotescamente en esta ciudad se ha expulsado la diferencia (racializada y empobrecida) hacia sus márgenes.

Por muchos sectores de Cali no transitan mujeres y hombres indígenas. Muchos lugares no les son familiares. Tampoco les han admitido históricamente. Siguen sin admitirles. Incluso cuando los letreros publicitarios de la alcaldía dicen por doquier “abraza la diferencia”. A doña Luz Dary no le resulta peligroso andar con su sombrero por el Distrito, sí por el *clásico* Barrio San Fernando. No hay demarcaciones explícitas, pero sabe y siente dónde puede caminar. Las costuras clásicas denotan lugares diferenciales. *Clásica 88.5 fm*, la emisora de la fundación Carvajal en Cali, que *promueve y divulga la cultura y a las empresas que apoyan la cultura*, ha recibido la medalla *al mérito cultural, abraza lo que denomina alta cultura, y recientemente lo popular dentro de lo clásico*. Aun cuando lo clásico se amplifique en Cali, no se relaciona con *la diferencia* ni se deja estremecer por ella. Lo clásico se mantiene bien puestico en su lugar.

- ¿Qué es el centro cultural? ¿Dónde queda el parque del perro? Me han preguntado muchas veces comuneras y comuneros en la casa del cabildo. No son recién llegados a la ciudad. Los rastros, huellas y las marcas de nuestro andar dejan estelas a su paso construyendo una ciudad muy distinta para cada una de nosotras.

- ¿Cómo llego a Altos de Nápoles? ¿Dónde queda el terminalito para tomar el jeep que me sube? Les he preguntado a las y los comuneros nasa para adentrarme en los bordes montañosos que no me habitan.

La vez que grabamos fílmicamente en el parque del perro unos micro relatos para el primer foro de ciudad que organizaba el cabildo, frente a la cámara y sin su *tama* de mando, doña Luz Dary nos contó que es originaria de Tierradentro. Nació en San Andrés de Pisimbalá. Es hija de madre nasa y de padre blanco mestizo. Su padre era originario de Nariño.

-Por ese tiempo, era importante buscar casarse con blancos por sus apellidos. Cambiar de apellido era algo deseable - nos comentó en medio de una fugaz sonrisa que deslizaba interrogantes para quiénes la rodeábamos.

También nos contó para esa cápsula audiovisual, que de adulta pudo entender que su padre se apropió de las tierras de su madre. Poco a poco vendió sus animales, nos contó frente a la cámara. Por mucho tiempo, su padre impidió que su madre votara, hasta que ella, a los 10 años, la impulsó y acompañó para que votara por primera vez.

No es este el único despojo engañoso que atraviesa su vida familiar. Este bien podría revelar las tramas que se han dispuesto a las y los nasa, como muchas otras comunidades, del lado de los desengañados y ultrajados por los (des)encantos de la modernidad. Su tía también tenía unas tierras y deseaba vender la mitad para su hija. Su tía no sabía leer. El alcalde de San Andrés de Pisimbalá le ofreció compra y le hizo firmar un documento. Su tía no se enteró hasta mucho después que había firmado con legalidad su propio despojo. La misma legalidad inmoral y sórdida en la que se asienta el desarraigo que erupciona y carboniza la vida de este país. Como compensación el alcalde la invitó a almorzar. ¿Compensación de qué si todo era tan legal? Retumba dentro de mí ad infinitum.

-Era honorable encontrarse con los mandatarios y así se suponía la deuda quedaría saldada - recuerda doña Luz Dary.

Los temblores de la máquina de despojo irradiaban las sombras que las voces oficiales no alumbrarían y que la historia escrita en el cuerpo familiar de doña Luz Dary porta ahora en la ciudad.

-Mire profe, las tumbas en San Andrés de Pisimbalá ¿las conoce? Esas tumbas no fueron valoradas por mucho tiempo. Fueron muchos los saqueos de personas de afuera. A la casa de mi tía entraban muchas personas, y a cambio de linternas, o radios, se llevaban cosas de entierros que se encontraban en su casa.

Lo que también me aclara doña Luz Dary es que esa gente por lo general caía enferma *desde la nariz*, porque solo a las personas que *el duende* llama para

encontrar los entierros o aquellos que les es dada la indicación de encontrarlos - viendo llamaradas a lo lejos que indican el lugar de la búsqueda-, son quienes tienen permiso para encontrar *las guacas*.

Doña Luz Dary no habla nasa yuwe. En su familia materna lo hablaban sus abuelos, sin embargo, cuenta en algunas ocasiones la historia sobre cómo se rehusaron a enseñarle a su madre, y también a ella. Lo hablaban entre ellos. Recuerda que cuando era niña, su madre practicaba a escondidas remedios con ella, pero jamás quiso enseñarle. Ha sido postulada y electa por 5 años consecutivos para ser *Ne'jwe'sx* del cabildo. En la asamblea en la que fue reelegida, en enero del 2022, aceptó la unánime petición de la comunidad e hizo el llamado a la importancia de que los jóvenes comiencen a involucrarse cada vez más en el proceso. Especialmente de ella aprendo qué es la fuerza espiritual.

Adriana Menza Campo

Adriana Menza suele presentarse como oriunda del territorio de Sa'th Tama Kiwe, tierra del cacique Juan Tama, municipio de Caldono, Resguardo de Pioya. Hace parte del consejo directivo del cabildo puesto que fue una de sus gobernadoras en estas dos décadas de existencia. Es decididamente activa en el proceso. Coordinadora del Tejido de Salud. Si siguiera la imaginería bélica la pensaría como estratega y artillera. Podría pensarla como una intelectual nasa, si siguiera la imaginería académica. Después del trascender de Catalina, la comunidad la eligió como consejera mayor. En la transición al gobierno propio, funge como *Thuthenas*.

Libra luchas como funcionaria pública, agujereando, incomodando, haciendo lecturas políticas globales y locales, formula estrategias jurídicas y económicas, documenta procesos, conceptualiza, lucha por encontrar una manera de pensar como mujer nasa y no solo como especialista o magister universitaria. No estoy cómoda con esta manera de tratar de ubicarla. La imaginería compartimentalizada no funciona para bordearla con el pensamiento. Es *atópica*. No se deja capturar por categoría alguna. Tiene un tono de voz de bajo y una elocuencia audaz. Es memoria viva de los vericuetos y victorias del cabildo. Exuda amabilidad y firmeza.

Bajo los techos del cabildo, a la hora en que los zancudos embisten las zonas descubiertas del cuerpo, junto a la tulpá y echando de menos una chichita que alimente el espíritu de la conversación, Adriana me permite adentrarme en los hilos vitales que aún hoy se entraman para dar volumen a su pensar, sentir y luchar

-Me trajeron muy pequeña a Cali, mi mamá migró en búsqueda de oportunidades laborales. Tenía una proyección, que no se repitieran ciclos de historia.

¿Cuál historia? ¿la familiar que redonda y siempre es sobre algo o alguien más? Pienso para mis adentros mientras me dispongo a dejarme tocar por lo que todos estos años he ido descubriendo son los desgarramientos-propulsiones de las trayectorias de vida en migración de la comunidad nasa.

-El hermano le decía a mi mamá: la mujer no es para el estudio, es para la casa ¿para qué estudian si luego consiguen marido? Mi mamá me ha contado que ella pensaba para sus adentros "que estudie, si ella consigue un mal marido podrá tener herramientas para sacar sus hijos adelante".

Mientras escucho este acento con el que Adriana envuelve su relato, intuyo los entramados comunes entre estas mujeres-gobierno, y su devenir en mujeres-fuerza, que irrumpe como un quiebre en la novela familiar y en la de su pueblo.

-Mi mamá me trajo bebecita, el tema del reclutamiento en territorio también le preocupaba. Mis primos fueron reclutados desde los 8 años, a las niñas medianamente grandecitas, también se la llevaban. A los que reclutaron no los volvimos a ver. Todo eso marcó a mi mamá. Cuando se hizo la firma del acuerdo de paz pensamos que los íbamos a volver a ver, pero no. Se los llevaron y no volvimos a saber. Mire, ni un cuerpo para hacer el duelo si es que están muertos...

La tragedia de sangre de este país inunda, es avalancha, con palos, piedras, mugre desde arriba... atropella todo a su paso. Siento como el revoltijo cae de manera diferencial sobre las vidas de mujeres nasa. Muchas se rehúsan a cargar el lugar designado para ellas como mujeres en su comunidad, se niegan a que las violencias clausuren oportunidades para sí o para sus hijos.

-Cuando mi mamá llegó a Cali, se ubicó con una familia ecuatoriana, y luego con otras familias, así fui creciendo, y con lo que trabajaba en las casas, mi mamá me fue pagando el estudio. Había un colegio público que se llamaba La Divina Providencia cerca donde vivíamos, por el Peñón. Allí le dijeron que estaba pequeña y debía cumplir 5 años para entrar. No me recibieron. A la vuelta de donde vivía estaba el colegio privado Santa Rita del Peñón, mi mamá preguntó si me recibían, hizo el esfuerzo y ahí comencé a estudiar.

Hubo un periodo en que estuve muy enferma por el asma, estuve hospitalizada. Estaba como en tercero y mi mamá me quiso cambiar de colegio, pero las monjas de la Divina Providencia no me recibieron porque según ellas ya estaba muy grande. Por eso mi mamá no quiere las monjas, además su educación fue con monjas. Del resguardo la bajaron a Caldono y ahí estaban las lauritas. Mi mamá dice que eran horribles, porque no solo iban a estudiar, sino que las niñas indígenas eran las que hacían todo el oficio del convento, cocinar, limpiar, encargarse de la huerta.

Yo terminé la primaria en ese colegio privado, pasé al bachillerato en el Liceo Superior Latinoamericano. Mi mamá ahorró para pagarme el privado porque decía que el público mantenía en paro y mi mamá pensaba que se perdía mucho tiempo y ella quería que yo fuera a la universidad. Por rendimiento académico desde octavo me becaron con media mensualidad.

Para nadie es un secreto que Cali ha admitido históricamente a las mujeres indígenas exclusivamente en las cocinas de sus casas. Se deslizan chistes a la hora del café, es caucana ¿será guerrillera? escuché en una ocasión. No resulta justo a la complejidad de la heterogeneidad pensar que quien contrata mujeres indígenas para trabajos domésticos porta el talante patronal sin contradicción. Y, sin embargo, la pugna por desarticular el enclave mujerindígena=mujerservidumbre, proviene individualmente de mujeres como la madre de Adriana que no digirieron sin malestar el lugar designado, transformándolo en lugar de paso, para que sea posible devenir **mujer nasa** de muchas otras maneras. Warpe y Jofre (2014) recuerdan cómo cierta antropología construyó por largo tiempo a la mujer indígena como transmisora pasiva del orden familiar y cultural, sin posibilidad de bordear la fuerza política y de transformación de la memoria y el cuerpo de la mujer indígena.

Adriana, elige devenir y caminar como **mujer indígena** de otra manera en la ciudad. Para hacer y llevar la vida como mujer más allá de la servidumbre, no es necesario renunciar al reconocimiento de sí como **mujer nasa**.

-Cuando mi mamá conoció y se vinculó al cabildo, Catalina estaba como autoridad. Me dieron el aval y me presenté a la universidad del Valle. Me presenté por condición de excepción, en ese entonces no pedían el registro del Ministerio del Interior. Presenté todo el soporte del cabildo, el acta de asamblea, la certificación. Hice la carrera de estudios políticos y resolución de conflictos y con la tesis enfocada hacia la acción colectiva de la conformación del cabildo. Fui delegada como gobernadora en el año 2007, tenía 24 años. Era estudiante, mujer, joven. Lo más complicado era cuando me iba a territorio. En este entonces todavía no había participación de mujeres. Todas las directivas eran hombres. Catalina siempre me acompañaba en el proceso. El tema de ser mujer y plantearlo desde un contexto de ciudad es difícil. Allá nos miran como si estuviéramos en la ciudad porque hemos querido.

Caminar como mujer nasa en la ciudad junto a otras mujeres nasa, esboza un movimiento de repliegue y despliegue agonístico hacia dentro y hacia afuera. Ni la comunidad de territorios de origen ni la estatalidad han asumido en sus supuestos sobre *lo indígena* que se pueda vivir como tal por fuera de sus concepciones de territorio.

Adriana es parte de una generación de mujeres nasa que disputan desde su habilidad y capacidad de participación política y ejercicio de liderazgo, un lugar para crear una experiencia para la vida colectiva e individual como mujeres nasa en la que pueden aspirar a la vida profesional, a la vida universitaria y posgradual, a la incidencia y la acción política dentro y fuera de la estatalidad, a cultivar lazos con territorios de origen sin necesariamente vivir en los mismos. Sus vidas, sus andares, construyen territorio en la ciudad e irrumpen los sedimentos desde los cuales la ciudad se relaciona con la diferencia.

-Finalizando mi periodo como autoridad y desde el municipio se estaba solicitando una interlocutora y me pidieron la hoja de vida. Yo no quería trabajar allá, entrar a una estructura de gobierno colombiano a hacer valer derechos de nuestra población no es tarea fácil. Presenté mi hoja de vida y fue designada en su momento por los gobernadores de todos los cabildos de Cali como interlocutora. Allí inició mi carrera en el sector público de Cali.

Ejercicio político: ejercicio de movimiento, no retórico. La lectura nunca es derrotista sin ser triunfalista. Lo aprendo con Adriana.

... ¿Y entonces yo qué soy? Demostrar que se existe

- Ustedes son mujeres investigadoras y les interesa producir su propio conocimiento, ¿por qué no participan de diversas convocatorias para investigación? - pregunto con ingenuidad
 - Por el tema del registro en el Ministerio del Interior, profe
- Si en territorio han logrado comenzar a administrar sus apuestas de casas semillas ¿Y por qué no pueden aspirar a ser su propio operador de servicios en la ciudad?
 - Por el tema del registro en el Ministerio del Interior, profe

Uno de los hilos que atraviesa la razón de ser de este trabajo ha sido poder pensar a propósito de la inquietud permanente que han tenido Catalina, Adriana y Doña Luz Dary, sobre por qué a pesar de que el cabildo ha impulsado desde el 2012 la iniciativa de consolidar una apuesta de cuidado para *las semillas de vida*, el Estado no logra asumir un lugar de *facilitador de los procesos*, como me lo ha hecho saber cada una de estas mujeres de distintas maneras en distintos momentos de estos años.

¿Qué quieren decir estas mujeres cuando me invitan a pensar un Estado-facilitador? ¿Qué sería pensar un Estado facilitador?

Creo que estas mujeres-autoridad, imaginan lo que podría ser; su pensar no es secuestrado por el estado actual de las cosas. Aun cuando la avanzada del Estado sobre los asuntos de la crianza sí sean secuestrados por la razón burocrática neoliberal y la crianza en la ciudad sea fagocitada por el Estado-mercado y con ello, sometida al destajo y drenada de su potencia de *criar la vida*.

Aun cuando su hacer-ser- estar en la ciudad sea habitado relacionamente con el Estado, no quisiera que el/la lector/a pueda interpretar que es la única relacionalidad constitutiva que quiero dibujar alrededor de la praxis del cabildo. Puedo entenderla como una de las relacionalidades que se disputa y con las que emerge otro posible para sus vidas como mujeres nasa y el de su comunidad. Y otros aprendizajes sobre la experiencia de la lucha y relación política.

Para Isabelle Stengers (2019, p 158) entrar en relación es diferente a estar en relación. “Una relación, cuando es creada, atañe a sus términos y los modifica, para lo bueno o para lo malo”. La relacionalidad es necesariamente co-creadora, co-transformadora, co-estructora. Generativa y degenerativa. Expansión-contracción.

Desde Rita Segato (2016), tal vez podría pensar algo así como que el cabildo es tanto mundo- aldea como mundo-Estado, en movimiento y en siembra permanente. Aun cuando al Estado le cuesta entrar en relación con esos mundos que no son mundo-Estado. El hábito histórico de este último, si sigo a Isabelle Stengers (2019), es contar con expertos que toman decisiones sin la presencia de aquellos cuyos mundos están en riesgo de desaparecer, y que vivirán los efectos de aquellas decisiones tomadas en su ausencia.

Por mundo-aldea, Segato (2019) se refiere a aquella manera de vivir el tejido de la vida de los pueblos antes de la colonialidad-conquista, y antes de que los Estados republicanos-criollizados, fueran ordenadores-administradores de los territorios y las poblaciones, ejerciendo su mirada de desprecio, con efectos de ruptura en las socialidades comunales e intensificando con ello las jerarquías pre-existentes.

Mi lectura de los documentos públicos que se construyen sobre la historicidad de las “cuestiones de la infancia en la ciudad”, las memorias del municipio, plagadas de las voces de funcionarixs de turno, y tecleados en los cuarticos sofocantes que antes le mencioné, no cuenta sus propias borraduras, tachones y manchones, ni mucho menos los rumores y conversaciones de pasillos en las que también se asienta la historicidad. Construyen su propia narrativa de perlas y oficialista sobre los hechos de ciudad. No documentan su propia relacionalidad constitutiva.

No cuentan que fue en una banca de madera y a partir de conversación entre Ivette Adames y Catalina Achipiz, por solicitud de ésta que a la subsecretaria Ivette le sonó la flauta de *poner en marcha* “el enfoque diferencial” para la atención de la primera infancia en la ciudad, tal y como rezan las políticas, en tanto la comunidad del cabildo asumía que su apuesta de pervivencia comenzaba en *el cuidado de la semilla*, como me lo planteó Catalina en la biblioteca departamental en una ocasión, después de uno de sus retornos a la ciudad tras meses de haberse tenido que ir por amenazas.

No estuve presente en el encuentro entre ambas, pero podría inferir que no hablaron exactamente de lo mismo en esa banca, pero es muy posible que Ivette así lo creyera.

Ni Ivette ni Catalina estaban en el mismo lugar del pensamiento, ni contaban con el mismo prestigio en la ciudad, aunque las dos fueran autoridades y también funcionarias públicas. Poner en marcha “el enfoque diferencial”, supone

generalmente a la institucionalidad desplegar el saber hacer de la ontología moderna, argamasa de la estatalidad. Sacar réditos de administrar la diferencia. Seguir el mandato moderno/contemporáneo de admitir “la diversidad”, correcta y diplomáticamente sin relacionarse, ni permitirse la perturbación de los excesos no digeribles de la diferencia, y con ello, asfixiarla al buscar domesticarla. Sin pluralizar la política, incorporando solo con benevolencia e inclusión sin permitir que se sirva a la mesa la dimensión conflictiva entre mundos y maneras de ser. Sin pluralidad no hay antagonismo, más bien, una manera de ser construye lo relevante y lo irrelevante, colonialmente. (De la Cadena, 2011). Habría que escuchar el ruido, tal vez metálico y estridente de los desencuentros y soportarlo.

También puedo especular, que cuando Catalina hablaba de “enfoque diferencial”, hablaba de su apropiación y lo que ella podía imaginar podía ser dicha implementación: implementación del enfoque diferencial y no solo eso, también y especialmente otra cosa.

Poner en marcha trae consigo el aparataje-engranaje, en el que he reconocido, las mujeres-autoridad no esperan engranar, al menos no enteramente, al menos no por siempre. No están dispuestas a que el Estado piense por ellas, les desconozca su pensar nasa, ni su autoridad: ¡Huele a chicharrón en las oficinas! Y, sin embargo, la vida cabildante en Cali, tampoco es sin Estado.

Tal vez la dimensión ideológica de los conflictos puede ser más sencilla de rastrear en tanto es un pensable por la razón moderna. Muy en la línea de aquellos consensos conflictuales alineados con las prácticas hegemónicas que crean determinados ordenes fijamente y traen consigo sedimentaciones, como lo propone Chantal Mouffe (2013). Existe una dimensión antagónica en las luchas políticas. Pero lo que se construye como irrelevante, lo que no resulta audible, diría Claudia Briones (2020), o suele verse como problema, no adquiere estatus en los antagonismos. Se suprime. Se lo *chicharroniza*.

Uno de los bordes más complejos de este conflicto en gran medida ontológico. Conflictos sobre lo que constituye la realidad y que albergan interrogantes sobre lo que cuenta como conocimiento, y retan a la modernidad, piensa Mario Blaser (2013). Esta manera de poner en evidencia la cualidad de los conflictos da cuenta de lo intraducible entre mundos. Busca poner de manifiesto otras ontologías y la violencia histórica en que la ontología moderna de la separación, se autoproclama recurrentemente como la única, universal y legítima manera de existir, con sus separaciones entre lo que nombró como naturaleza y cultura, con su onda expansiva de dualismos, su remonte y desguazadero neoliberal.

No son pocos los críticos de pensar estos conflictos en los que está en juego la diferencia como ontológicos. Eduardo Restrepo (2017) advierte de los temores que le genera la noción “garantista” de asumir la diferencia como otredad radical. Propone *desotrerizar la diferencia*, abandonar las imaginadas garantías de las tecnologías de otrerización y la nostalgia colonial por unos verdaderos y

puros otros. Para Eduardo Restrepo no es éste el lugar más potente para catapultar la crítica a occidente (auto-representado históricamente como radicalmente diferente a sus otros), la modernidad y el desarrollo.

La clave *nostalgia preservacionista*, me llegó como sensación, antes de leer sobre la nostalgia colonial que plantea Eduardo Restrepo (2017), y fue la primera advertencia que me hice después de unos dos años de comenzar a caminar la palabra para no contribuir a engrosar el nicho del salvaje. Hoy siento que es relevante contar sobre aquello que siento no es lo mismo. El nosotros es heterogéneo, comparto esta lucha, **pero todo no es igual ni equivalente**. No se trata de amplificar la idealización romántica de unos puros otros, pero no puedo negar **el doblez radical de la diferencia** sin que ello implique que asuma la totalidad de una diferencia radical.

¿En qué lugar simétrico puedo poner lo que no puedo digerir de los diferentes mundos? ¿cómo me puedo relacionar de manera no violenta con esto? Es la lógica de buscar equivalencias depredadoras la que creo el argumento de radicalidad busca desarticular.

Más que uno menos que dos, me invita a pensar Marisol de la Cadena (2020). Es allí donde pensar ese nosotros, como conexiones parciales cobra sentido para mí (Strathern, 2004). Strathern las describe como formas de concebir cómo las entidades se hacen de diferentes maneras juntas. De la Cadena, 2020; y Sempértegui (2021), encuentran útil esta perspectiva para analizar relaciones complejas entre entidades que no forman unidades cerradas, pero responden e incorporan otras posiciones de maneras complejas. De ninguna manera es un lugar analítico para preservar unos puros y verdaderos otros. Hay presencias pero también ausencias parciales que nos ayudan a pensar la complejidad y la marañana antes que la pretensión de lo diáfano.

Una mirada que concibe más allá de la separación o la alienación, más bien, siempre en relación con: el Estado y las prácticas y discursos de Estado, las disciplinas y la manera en que han construido lo indígena y lo nasa en Colombia, las identidades hegemónicas ligadas a las experiencias de ciudadanía, las prácticas y saberes tradicionales nasa ligados a los territorios de origen, las cooperaciones y colaboraciones con académicos como yo. El mundo nasa en Cali no pretender estar autoconfinado. Jamás lo ha estado. Yo también me asumo afectada en mi caminar por *lo radical de la diferencia*, y también en conexión parcial, tensión creadora, distancia reposada, afecto comprometido, aprendizaje que admite la sorpresa.

Catalina, insistía en que al aparato estatal no le cabe la diferencia y yo pienso que tampoco la igualdad. Creo que solo le cabe *el sujeto administrado*, el buen paciente del Estado (Auyero, 2008 y 2019). Es esta una cualidad de la conexión parcial, y sin embargo no es a desconexión a lo que creo se aspira. Más bien, a que se admita la mutua conexión parcial, una simétrica conexión parcial.

Ahora, uno de los bordes de trabajo hacia afuera -bordeafuera- en la práctica política del cabildo, es su lucha jurídica desde litigios estratégicos. Tal vez un borde poroso, como las membranas celulares. Desde este borde, la primera impugnación es el lugar de minoridad asignado. Rita Segato, en su libro *la guerra contra las mujeres* (2016), me ha llevado a pensar sobre *la minoridad*, otro de los materiales de la arquitectura del Estado. Una experiencia cotidiana de vida para las mujeres nasa. Rita Segato (2016) piensa que el tránsito de la sociedad comunalizada al mundo-Estado a partir de la intervención colonial, ha minorizado todo lo que respecta a las mujeres, sus preocupaciones, asuntos, intereses pasan a ser “temas minoritarios”. Adriana me ayudó comprender la complejidad experiencial de esta pugna:

La constitución política reconoce que hay un Estado Social de Derecho. Existimos antes de la conformación actual del Estado Colombia. La constitución nos reconoce, pero la institucionalidad no ha hecho la adecuación institucional. La realidad para nosotras es que en este momento seguimos con la constitución de 1886. La del 91 dijo que tenía que garantizar derechos a sujetos de especial protección constitucional y ahí nace el enfoque diferencial. Pero seguimos bajo la misma estructura de 1886, el centralismo ...desde allá nos dicen qué tenemos que hacer aquí, o nos dicen que en Cali no hay indígenas como lo contestó en algún momento el Ministerio del Interior, que Cali no tiene indígenas ¿entonces yo qué soy y dónde estoy?

Existen políticas públicas para comunidades que están en contextos rurales, no tenemos política pública para comunidades indígenas que viven en contexto de ciudad. Esa es la respuesta del Ministerio.

Cuando una persona en Cali, decide autoreconocerse como mujer u hombre indígena nasa debe censarse en el Cabildo. Para muchas mujeres con las que converso en el cabildo ésta es la sensación de amparo. No siempre existió esta posibilidad y es un amparo que también busca su propio amparo. Es como si también existiese un amparo desolado, entre amparo y amparo. Realmente nunca hay tiempo para la desolación sola, ni para un amparo sosegado.

Para otrxs comunerxs, es conflictivo, especialmente si no han roto su lazo con su territorio de origen y han estado censados allá. No se puede estar doblemente censado aún cuando sus vidas oscilen entre andares pendulares.

¿Qué tipo de amparo puede ser el que ofrece un reconocimiento tan árido como el que ofrece el Ministerio del Interior? Al cabildo no le resulta suficiente son ser reconocida como el territorio 22 en la ACIN, ni con tener reconocimiento por parte de la Çxab Wala Kiwe y Nasa Çxhãçxa esto no le ha bastado para tener lo que el Ministerio del Interior llama un registro. Bautismo estatal y declaración de existencia -lo que oficia como una suerte de registro civil colectivo-. Para el Estado no ha nacido ¿un hijo no deseado?

Pienso en la forma exquisitamente caótica en que las plantas proliferan en casa. La vida no germina donde quiera yo que la siembra exclusivamente. El ají creció donde no lo esperaba, el jazmín torcido abrió paso desde el bosque del lado y quiso crecer cerca de mi casa, el lulo de monte, escondido y esquinero, sin que nadie lo note florece para sí, y da fruto para las zarigüellas. Es como si hubiera una vida debajo y por encima de la vida. Hay muchas vidas, y a veces pensamos que solo hay una vida, la que sembramos.

Catalina y Adriana, a menudo recuerdan -la una en el vivido, y la otra en el contado que se hace vivido- cómo desde un principio, en tiempos fundacionales del cabildo, y de los distintos cabildos indígenas en Cali, la pregunta desde la alcaldía es si era legítima la presencia de cabildos indígenas en la ciudad. El alcalde del 2003 firmó el acta, confirmó la presencia, y sin embargo, no fue suficiente. Las y los comuneros del cabildo deben demostrar su existencia. Confirmar y demostrar que se existe, ha sido entonces uno de los bordes de lucha política de las mujeres-autoridades del cabildo. Y sin embargo, confirmar la existencia de ciertos ciudadanos parece un tema determinante y simultáneamente minoritario en la agenda estatal nacional. Ambigüedades que se cuelan entre lo anodino.

- ¡Claro que son legítimos los cabildos! ¡es la comunidad la que elige sus representantes! ¡la comunidad avala su cabildo! Una comunidad se reunió y eligió quiénes serán sus representantes y es legal – exclama con contundencia y con la tranquilidad que suelo encontrar en el tono reposado de Adriana.

El camino confirmatorio, es una de esas vidas, que está encima de la vida, o tal vez por fuera, tal vez sea una vida hacia adentro, la que resguarda esta vida hacia afuera. En esta vida ex -céntrica, ha sido menester construir un archivo para la vida de papel, esas que construyen los expertos y que reside en los documentos.

- El ministerio nos ha dicho “debo verificar que la comunidad que haya allí sea indígena” -

En este archivo confirmatorio de la existencia minorizada, como me cuentan Adriana y Catalina, reposan las exigencias/imposiciones del Ministerio del Interior para existir:

-Nos ha solicitado estudios etnológicos que digan si nosotras sí somos indígenas, si esta comunidad sí es indígena, el Ministerio da las pautas para esto. También un estudio antropológico que revise si nuestras prácticas culturales persisten o se han modificado y un estudio sociológico que evidencie los procesos migratorios y las razones por las que hemos venido a la ciudad-

Escucho a Adriana, y me siento en la obligación de dejarle claro al cabildo y al lector(a) que estas letras no se suman a las voces expertas que confirman existencias. No obstante, las mujeres autoridades, no piensan como yo, me

muestran que esta lucha política-agonista borde afuera, siempre es vivida también como oportunidad para pensarse de una manera en que jamás podrían ser pensadas ni por las voces de sus territorios de origen ni por las voces y experticias de la estatalidad que tratan de cifrar su enigmática existencia.

En una minga de pensamiento junto a cuidadoras de las casas y maestras y maestros de la escuela integral indígena los invita a pensar:

- Desde Cali hemos demostrado un nuevo significado de lo territorial. Territorio no es solamente el espacio geográfico. Son todos aquellos espacios donde nos reunimos, nos congregamos. No tiene límites. El tema territorial se reconfigura para nosotras, asimismo que el territorio soy yo, nuestro primer territorio es nuestro cuerpo, desde allí construimos donde llegamos. Donde uno llega construye desde lo que uno es. El cuerpo no solo construye identidad, también construye territorio-

En esa ocasión, y al escuchar a Adriana las dinamizadoras asentían con las cabezas y al fragor de la conversa y provocación propuesta se animaban a complejizar la conceptualización presentada

-Siento que desde mi cuerpo construyo territorio porque donde quiera que voy las prácticas van conmigo, y están allí para ser reavivadas- plantea Jenny

-Eso me hace pensar que, para muchos, territorio es espacio físico, para nosotras tiene que ver con cómo construimos ese territorio – prosiguió Julia

-Territorio incluye todos los seres con los que nos relacionamos, con los del subsuelo y con los espirituales – asiente Elvira

-En Cali sí tenemos territorio, todos los espacios donde nos reunimos y dinamizamos la vida es nuestro territorio. Aquí estamos dispersos en todas las comunas y corregimientos. Para ser nasa y tener territorio no necesitamos todos estar en una misma comuna ni vivir todos en resguardos, nunca ha sido así. El pueblo nasa antes y durante la invasión vivió bajo la figura política de cacicazgos en muchos lugares de lo que hoy conocemos como Colombia. Los cacicazgos fueron una figura política y una estrategia de resistencia, el ir y el venir ha sido parte de nuestras prácticas como pueblo- agrega Adriana.

Es el encuentro de dos fuerzas opuestas las que palpo en el proceso del cabildo y que se hacen presentes en la textura de este trabajo-caminar, y también en *su demostrar que se existe*. El encuentro de la fuerza que lucha, desarticula-articula posiciones, enraíza, no sucumbe, “se sabe parar” y se resiste a que su existencia sea definida en los términos que propone la estatalidad, sin que la lucha consuma el caminar. De la otra fuerza desde la que se sigue el impulso para re-tejer la vida y la comunidad, le contaré en el segundo capítulo. Caminar la lucha como proceso corporal y espiritual colectivo complejo.

Ya Silvia Rivera Cusicanqui (2018), y su postura epistémica compleja, no binaria, su epistemología en clave feminista Ch'ixi invita a pensar los procesos en permanente ebullición, las batallas entre fuerzas opuestas, la capacidad de moverse en varios mundos al mismo tiempo. También Isabelle Stengers (2019), retoma la práctica no binaria de los activistas norteamericanos *reclaim*, que no solo es recuperar lo robado, sino de un recuperar "en el sentido que se dice de una planta, de volver a ser capaces de aquello que fuimos separados, de reclamar y curar al mismo tiempo" (p148).

Y encuentro que este luchar-tejer, luchar-cuidar la semilla, no es equivalente a la implementación del enfoque diferencial. Tal vez podría haber conversación con equivocaciones controladas (Viveiros de Castro, 2004), si fuera concebible e imaginable en la estatalidad, la dimensión mutuamente conflictiva de la relación.

¿Qué es eso de la reparación simbólica?

Muchas cosas cambian en la casa del cabildo en el segundo semestre del 2022. Catalina acompaña desde *el otro espacio*. Su imponente fotografía ahora hace presencia junto a la tulpa. También una enorme bandera en tela del CRIC de 4 metros por 4 metros hace aparición en una de las paredes del patio interior. En los corredores de la entrada los chumbes a medio pintar. Los trazos con lápiz esperan. Me recuerdan el infinitivo que tanto desprecia la escritura, pero de los que está hecha la vida. Los ando-endo, que admiten la procesualidad de la vida (¿será la manía de los textos de lucir siempre terminados?).

Las paredes conversan en sus tonos de los nuevos matices de la relación presencia-ausencia. Permanecen las fotos de los niños con sus capisayos, las cabuyas. También el afiche a la entrada de la cocina: armoniza el pensamiento, limpia tu palabra, vive tu cuerpo.

No es en las paredes del cabildo donde podrá leer la manera en que les habita la estatalidad. Sus contrariedades. A la estatalidad le reciben en multiplicidad de temerosos visitantes. Les pueden hospedar y perturbar, simultáneamente. Les pueden recibir y expulsar los libretos montados. Y, sin embargo, son actantes del performance estatal. Yo también lo he sido y he deambulado sus camerinos fúnebres.

Una joven funcionaria del museo nacional de la memoria ha solicitado un espacio en la reunión de directivas para presentar el acompañamiento priorizado que hará. Al parecer Catalina hizo gestiones antes de trascender y desde el museo y durante un año tiene posibilidad de llevar a cabo un acompañamiento.

-El museo selecciona anualmente iniciativas, procesos, de colectivos y comunidades consolidados y que han vivenciado afecciones durante el conflicto

armado para ofrecer acompañamientos para hacer memoria y elaborar un producto en conjunto con ustedes como reparación simbólica- Cuenta la joven y jovial funcionaria

Durante su intervención en la reunión de directivas enfatizó en que se ofrece acompañamiento con presupuesto en un nivel técnico para la elaboración de productos que sean iniciativas de memoria y enfatiza en que debe ser uno solo, aunque a veces las comunidades solicitan varios. Aclara que pueden ser documentos audiovisuales, cartillas, apoyos para eventos o lo que bien estime la comunidad.

He aprendido a mirar los rostros de las personas en el cabildo, confío en la honestidad de sus gestos. El de doña Luz Dary es de contrariedad. Anticipo una palabra-lanza. Sin cosmética y al corazón.

-Cuénteme señorita, ¿qué es eso de la reparación simbólica? En la unidad de víctimas, a todos no nos reconocen como víctimas, dicen que el hecho fue hace mucho tiempo y a muchos de los que reconocen como víctimas no nos reconocen como indígenas. ¿Lo simbólico es algo así?

-Buscamos visibilizar afecciones en el marco del conflicto armado. El Estado busca acompañar a recuperar procesos.

-Somos 1800 familias, a 1000 les reconocen como víctimas, no como indígenas. El Estado no pudo protegernos donde estábamos y aquí nos dice quién tiene derecho o no a indemnización. Nosotras conocemos un Estado que se niega a reconocer derechos ¿primero por qué no nos dan lo que nos deben?

Apacible, gentilmente, doña Luz Dary corre el telón, visibiliza el escenario performativo y les revela a lxs visitantes su consciencia de la actuación que co-crean. El efecto suele ser, que el/la burócrata de turno se sienta avergonzado/a. No obstante, el performance debe continuar, tragando entero, pero debe continuar.

Los decretos son un canto a la bandera

Una de las luchas más fuertes que libra el cabildo nasa en Cali con la estatalidad, al menos una de las que elijo visibilizar, es la que proclama respeto a su legítima autoridad para elegir quiénes son las y los cuidadores idóneos para estar con sus niñas y niños y cómo hacerlo. Tal vez, la conquista de largo aliento, sea aspirar a administrar por sí mismas el proceso de cuidado de niñas y niños. ¿El ejercicio de su política desde el vientre?

Que creo no es otra que la lucha por el reconocimiento de su existencia y autodeterminación política de re-aprender a cuidar la vida en sus propios términos relacionales, no tan modernos, no tan estatalizados y burocratizados. En el margen de lo posible en la ciudad. Su lucha, pienso, no es contra la ficción

de la proyección del teatro de Estado, pero sí que ésta les admita en un lugar político, no en calidad de pacientes del Estado.

Aunque constitucionalmente los pueblos indígenas en Colombia han sido reconocidos en su autonomía y derecho al autogobierno y autodeterminación desde 1991, uno de los escenarios donde paradójicamente aún se les minoriza recurrentemente con el pretexto de garantizar la calidad de las ofertas, es el de la educación y en *la atención* a la primera infancia. La primera trocha que se tuvo que abrir, casi que, con machete, fue la de comenzar a pensar que los pueblos indígenas tienen derecho, criterios y capacidad para consensuar sus propios referentes de una educación propia. Capacidad de pensar y actuar con responsabilidad. *La lógica de la sospecha* se dispara con furor en esas circunstancias.

Hacia el 2018 la presencia de Yuly Chasqui en la subsecretaría como *técnica* que trabajaba en la función de *enlace* con las comunidades indígenas, hizo posible un puente para comenzar la elaboración de lineamientos propios que permitían en Cali, en ese entonces, soñar con destetarse de la pétrea mirada centralista desde la que se autoproclaman las experticias, los saberes haceres a espejar e incluso los referentes que siempre han de implementarse porque también se autoproclaman como los de calidad. Y por supuesto, bajo la mentada lógica de la sospecha las autonomías también han de tutelarse, como nos lo recordó un funcionario del ICBF en una reunión cuando trabajaba como funcionaria de la subsecretaría de primera infancia: A Cali lo acompañaremos de la mano, y cuando sintamos que están listos, los soltaremos.

Mi convivencia durante estos años me lleva a pensar que mujeres del cabildo sienten que cada victoria, por más mínima, es un alivio temporal. La primer inestable-conquista, partió del sinsabor que les generó visitar ofertas de atención para niñas y niños indígenas en Bogotá. No había en ese momento dinamizadoras indígenas. Eran mujeres blanco-mestizas con formaciones universitarias lejanas a las comunidades indígenas, como lo confirma la tesis doctoral de Olga Lucía Reyes (2018).

En el 2018, se comenzó a elaborar en la subsecretaría de primera infancia una primera versión de lineamientos que habilitaba en Cali a los cabildos a crear sus propios perfiles de contratación: los cabildos deseaban que sus propias comuneras nasa yuwe hablantes, o en proceso de aprenderlo, fueran las cuidadoras de sus niñas y niños. En palabras de comuneros del comité educativo del cabildo: que conozcan, participen y sientan *el proceso*.

Ese mismo año, a Yuly no se le renovó más el contrato. No sé quién podría responder qué paso con la ficha presupuestal creada para “el tema indígena”, como lo solían llamar algunos funcionarios. No se ejecutó. Un gobierno después, fue re vinculada como jurídica y se la desvinculó del *tema indígena*, como era mentado en los pasillos de la subsecretaría.

He visto a las mujeres del cabildo aprender a prepararse, organizarse, educarse con tesón, para dar extenuantes batallas con cada cambio de gabinetes de subsecretario/a, secretario/a, alcalde, operador de servicio. Cada cierre de camino es ocasión para que emerja la sabiduría colectiva que *busca abrir camino*. No se abandona el camino ni se detiene el caminar. Circulan sentires en el cabildo sobre el riesgo en el que se encuentra cada pequeña conquista.

He visto durante estos años, tambalear horas, meses, semanas, años de conversas informales, formales, de procesos jurídicos, a causa de movimientos de las piezas de la burocracia. Siempre la zozobra, de si serán o no contratadas, si les hará el pago, si pondrán en duda -una vez más- que no cuenten todas con los títulos que los criterios modernos jurídico-pedagógicos promulgan como experticia. Las familias, y las mujeres del cabildo, cual terrorífica escena, donde el pavor/estupor lo comporta el *una vez más*, deben siempre volver a conversar cosas como por qué es importante que les puedan dar sopa de maíz a sus niñas y niños y no espaguetis.

Mucho del batallar se da en el escenario de la conversación cuando los funcionarios son cercanos, y también vía derechos de petición, apelaciones, tutelas, demandas ante la corte constitucional. Batallar y resistir, no son contrarios y excluyentes al tejer-sostener-cuidar en este proceso.

Pese a que el decreto 1953 de 2014 plantea que los cabildos indígenas deben tener autonomía administrativa para elegir sus sabedores y sabedoras, y las niñas y niños deben contar con alimentaciones propias, desde que el cabildo inició el proceso de cuidado de la semilla en *Colibrí*⁷ e incluso desde antes de ello, no han podido desplegar tal autonomía para impulsar *un proceso de educación propia* amparada/os en este decreto.

-Los decretos a veces son “como un canto a la bandera”- me comentó en una ocasión Adriana Menza.

Pienso en la aguda y filosa que resulta tal expresión-comprensión, para toda una suerte de legalidades y normatividades, que Catalina solía pensar, abren el espacio para que la lucha sea posible, pero sin esas otras luchas agónicas y espasmódicas, se quedan en esa idolatración. Mano en pecho, orgullo patrio. Es 2023 y aún este decreto, no es una herramienta de lucha jurídica, aún incluso los cabildos del Cauca se amparan en el decreto 2500 de 2010 que se suponía transicional y abría la posibilidad de que los cabildos fueran por primera vez sus propios operadores de servicio. Al parecer 13 años no han sido suficientes para hacer la transición para un decreto permanente.

⁷ Para la subsecretaría de Primera Infancia en Cali, Colibrí fue la primera modalidad de atención institucional que se ofreció para niñas y niños de las diversas comunidades indígenas que viven en la ciudad de Cali. Operó de esta manera por 3 años en un antiguo Centro de Desarrollo Infantil en el Barrio Sucre

Uno de los trabajos más extenuantes del cabildo, es disputar con la institucionalidad municipal a través de muchísimos procedimientos jurídicos, su autonomía. La lucha por que el canto a la bandera sea letra viva.

Valentina Pellegrino (2019), llevó a cabo una tesis doctoral desde las oficinas del Ministerio de Interior. Su estancia de campo como pasante en los pasillos del Ministerio le permitió comprender cómo la respuesta que desde allí se emitió al auto 004 (2009) de la corte constitucional sobre la protección a 34 pueblos indígenas en riesgo de exterminio físico o cultural por el conflicto armado, fue deliberadamente diseñada de forma tal que se desplegó un *incumplir cumpliendo* mediante la estrategia *ocultar mostrando* por parte del Ministerio frente a la misma.

Valentina Pellegrino (2019) nos adentra etnográficamente a comprender los intrínquilis cotidianos de las ficciones estatales asentadas en el papel, que tuvo como efecto transferir la responsabilidad de su propia protección a los pueblos indígenas: la respuesta del gobierno a la corte ante la exigencia de protección de los pueblos indígenas fue **elaborar un informe** (ensamble performativo-circense de documentos, funcionarios, instituciones, archivos) por parte de la Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Interior (sin funcionarios de planta), que mostraba cifras, contratos, convenios, dineros, que realmente encubren la falta de cumplimiento a las exigencias del auto. El resultado del espectáculo fue exitoso, convencieron a los magistrados.

Un rebusque de acciones justificatorias desde una instancia del Estado para defender un gobierno de acciones disciplinarias del mismo Estado. Un espléndido trabajo que da cuenta de la heterogeneidad del aparato estatal y de la manera en que artesanalmente fabrica sus propias y exitosas proyecciones y opacidades.

La opacidad y la dramaturgia que se me revelaron a nivel municipal, en el 2020, en la manera de fabricar la respuesta frente a un derecho de petición que interpuse a la Secretaría de Bienestar Social pidiendo evidencias técnicas de la implementación del decreto 1953 en Cali. Pedí evidencia de las garantías de continuidad y contratación para las casas semillas del cabildo nasa. En ese tiempo, se rehusaban a contratar a las dinamizadoras, se dilataba por meses la respuesta frente al alquiler de un espacio físico para las casas. Algunos funcionarios amigos del tiempo en que trabajé allí, me revelaban que se quería borrar los lineamientos que se habían construido y que se buscaba trabajar desde los lineamientos del ICBF, desde los que no se admite la autonomía del cabildo en Cali, porque están diseñados para los cabildos rurales.

Una evidencia más de la manera en que desde el Estado se reproduce la *espacialización de la diferencia*, como lo ha estudiado Diana Bocarejo (2011). Desde el Estado y toda su espectralidad se decide dónde lxs indígenas pueden ser indígenas, insiste en diseñarles y perfilarles. Las mujeres del cabildo,

impensablemente, se resisten a ser topografiadas en una estrecha noción de territorio y también a ser borradas en los destinos que en sus territorios de origen les tenían reservados.

La respuesta jurídica que obtuve fue más del tipo *mostrar encubriendo*. Eligieron qué puntos responder, y cuáles no. Se puede conceder que haya dinamizadoras nasas, pero no la administración del proceso y se encubrió toda la precarización arraigada en esta manera de operar en la que “danzan los millones” pero no en dirección a la comunidad. La respuesta oculta e intimidatoria que también me fabricaron, fue una fotografía de una carnicería con carne colgando en ganchos que me enviaron de un número desconocido por whatsapp, que no estaba vinculado a ninguna cuenta y permanecía apagado. Después del derecho de petición, retomaron las contrataciones a las dinamizadoras y yo tomé medidas de seguridad durante un tiempo. Las dos puestas en escena habían surtido efecto. Ellxs (quienes sean), se sintieron miradxs. Y yo conocí el miedo y el silenciamiento, porque en este país, los decretos son un canto a la bandera, pero las amenazas pueden ser decreto consumado. Y me acerqué un poco más a la soledad interior de Catalina, y de las mujeres del cabildo.

Realmente mi trabajo no es una antropología de la burocracia, ni del (narco)Estado contemporáneo y su corrupción, no consta de continuar mostrando cómo se preserva a sí mismo el Estado de sí mismo, aun cuando pondré de vez en vez sobre la mesa en los siguientes capítulos algunos de los artilugios del poder estatal. Mi cometido es relacionarme, aprender y dejarme afectar por *el cuidado de la semilla* y sus múltiples ramificaciones relacionales.

Entiendo que *el cuidado de la semilla* en la ciudad, no aspira a ser actuación de Estado, tampoco acción individual, no se desentiende de su entramado con la estatalidad y la individualidad. Va más allá. Extiende sus límites. La reconozco como una práctica generativa, de pensamiento, de maneras de vivir, luchar y amar y llevar la vida con sacralidad. Una práctica que disputa el cerramiento monolítico del régimen moderno hegemónico de cuidado desde el cual se presumen consensos (que borran) antes que conflictos que permiten reconocer lo intraducible y con ello les confiere existencia.

Me dejé orientar por Catalina. Me sugirió, que si quería relacionarme con el *cuidado de la semilla*, debía también relacionarme con la práctica y el despertar de la ritualidad nasa en Cali y la red comunal que desde allí se teje.

Capítulo 2



Círculos de seis piedras-Londres . Richard Long, 1981



Una línea en Escocia. Richard Long, 1981

Uno de los elementos que más me conmueve en el caminar de Richard Long es su distanciamiento abierto de la *monumentalidad*. Esto hace incluso que no se sienta identificado con el Land Art norteamericano. No hay voz oficial, sus esculturas locales y temporales no aspiran a una abstracción, solo a dar cuenta de su huella, a admitir su presencia y su relación co-creadora con seres no humanos con quienes cohabita sus travesías. Sus círculos y sus líneas, por lo general de rocas y piedras, son eso y también todo lo que les rodea. El artista no lleva materiales, instrumentos, o herramientas externas; trabaja esforzadamente, se relaciona y se regocija sensorialmente con lo que allí existe. Dice el escultor que su trabajo es también una celebración de la vida.

En este segundo capítulo despliego mi caminar junto con el caminar de lxs comunerxs en la complejidad de relacionamientos que se despiertan y activan con los seres de los lugares y que hacen posible la apertura a la experiencia del enraizamiento colectivo. No aspiro a la monumentalidad escritural. En los

relatos, mi composición de las totalidades que logro percibir se entraman. Me entraman.

Caminar y re-tejer la nasawesx

Acercarme y dejarme enseñar por el mundo relacional en el que la semilla crece y la apuesta de recomposición comunal que le abraza, me ha requerido *caminar la palabra* no solo con las mujeres-autoridad, sino también con lxs comunerxs del cabildo, lo que ciertamente no fue poner en marcha lo instituido y disciplinado en mi manera de conocer. Despierto la conciencia de que al caminar, la planta del pie se asienta de otras maneras y siempre en consideración del tipo de camino. He tenido que aprender-conocer-andar con los pies descalzos y por senderos antes no recorridos por mí. Dispuse mi cuerpo a ser orientado.

¿Quién o qué nos va a seguir uniendo en la ciudad?

Llueve torrencialmente en Cali. Las goteras se hacen sentir desde el techo hasta el piso de la casa del cabildo y nos salpican los pies. La gente llega mojada y con muchos ánimos. Nos reciben con un *platado*⁸ de mazamorra caliente. Los comentarios que adulan la bebida -que funge de desayuno- no se hacen esperar. Digo en voz baja y con orgullo (por creer reconocerlo) que tiene mexicano, pero doña Marley Troyano, la mujer sentada a mi lado y a quien veo por primera vez en la vida, me aclara que es papa cidra.

Mientras empieza la minga y comemos, conversamos sobre cómo prepararla. Me enseña un remedio para la amigdalitis. Me habría gustado ensayarlo de niña, así me habría evitado tantos chuzones de benzetazil e incluso el de la terapia neural (la que atribuyo me curó de la misma, pero me dejó un pánico a las agujas por muchos años). Con este remedio se chuza la papa cidra y no una. Se cuelga la papa al sol, en un lugar que no le dé la lluvia, hasta que se seque. Doña Marley está muy agradecida con ese remedio porque curó a su hijo y jamás le volvió a dar amigdalitis.

La gente está muy contenta de ver la tulpa en el cabildo. Muchos no venían desde que empezó la pandemia. Doña Marley me dice al oído que está muy contenta de que puedan brindar antes de empezar la minga. También le gusta que *se enseñe a brindar* a las personas que comienzan apenas a vincularse al proceso. La gobernadora les explica a algunos, y otras mujeres les enseñan a otras como *se jala 3 veces con la mano derecha que agarra la media de chirrincho y de la rodilla derecha hacia abajo*, y se intenciona con fe antes de empezar la conversa. Me doy cuenta de que le ha tomado algunos años a mi cuerpo aprender a *jalar para brindar*.

⁸ Expresión local para referirse al tamaño grande de la porción servida, en este caso un plato profundo de sopa a rebosar.

Doña Luz Dary y Adriana lideran la vocería de la minga.

-Muchos de los que estamos aquí llegamos a la ciudad siendo niños o jóvenes y nos tocó adaptarnos a vivir en zonas de alto riesgo y en hacinamiento pero y nuestros mayores ¿cómo se sienten de vivir aquí? ¿cómo se les transformó la vida? ¿contamos aún con mayores? Doña Luz Dary las invita con estas preguntas a tirar de los hilos del pasado común que les convoca, aunque cada hilo atravesase cada historia vital de maneras tan singulares. Tirar delicadamente de los hilos conjuntamente, es volver también sobre la tenue luminosidad que produce el recordar con otros y para otros y que conjura el veto que se produce cuando el recordar es amargo, creo yo.

-Mi papá no es muy arraigado a lo propio. Él dice que es ateo, que no es creyente. Mi abuela materna en cambio es muy arraigada a su tierra, vive por los cafetales de Morales. Es de mazamorra, maíz, chundí, mexicano, jamás de pan. Hace su propio chirrincho. Teje y tejió un chumbe para cada nieto que nacía, pero la abuela dejó de tejer. Quisiera preguntarle por qué. Es la primera vez que me lo pregunto.⁹

-No vivo con mayores, y ya no hay mayores en mi familia. Mi mamá era la que vivía en territorio, no le gustaba venir a la ciudad, siempre se quedaba máximo dos días y se iba preocupada por sus gallinas. Con 80 años le gustaba hacer sus comidas, preparar su guarapo, sembrar caña, maíz, yuca. Pienso en ella y me doy cuenta que es muy sano vivir por allá en la vereda de la Florida, en Suárez Cauca.

-Mi mamá se fue a trabajar y me dejó con mi abuela...Cuando los mayores se mueren todo se acaba-

-Yo me vine hace 12 años y mi mamá quedó en Inza -Tierradentro. Allá falleció. Ahora voy cada año a visitar la familia que me queda-

-Nací en Puerto Asís, soy nieto de partera y sobandera. Mi abuela tenía una mano bendita. Mis abuelos vivieron en el campo y fallecieron en el campo-

-Yo me vine a los 12 años, mi abuela no venía a Cali a visitarme, no le gustaba. Decía que había muchas personas viviendo en la calle, que andaban con costales. Eso no quería verlo. Cultivaba mucho maíz.

⁹ A esta minga de pensamiento asistieron muchas personas que no conocía y aún cuando por lo general una minga o cualquier encuentro en el cabildo siempre inicia con la presentación de cada asistente, este día no alcancé a escuchar los nombres de muchas personas debido a la interferencia del sonido producido por la lluvia, especialmente cuando hablaban personas que no conocía. Por esta razón, en este texto no se identifican los nombres en los testimonios.

-Mi abuelo vivió toda su vida en Inza. Era médico tradicional, sobandero y partero. Cultivaba maíz. Le gustaba mucho trabajar en las mingas familiares para cosechar en cada terrenito.

La lluvia choca estrepitosamente contra las tejas. Cada vez se hace más difícil escuchar pese al gesto interesado de cada persona. En este momento doña Luz Dary interviene. Noto que ya se ha percatado de la situación y ha hecho instalar un gran bafle que conecta a un micrófono.

- La lluvia hoy nos acompaña y habla muy duro. Hoy nosotros le vamos a hacer trampa y vamos a hablar por aquí- Dice doña Luz Dary, entre su risa amable y acogedora, mientras muestra a qué altura ponerse el micrófono para hablar.

-Mi mamá fue partera, pero ya no lo es más. La gente comenzó a decir que en el hospital la atienden mejor y dejó de consultar a las parteras.

-Mi papá sembraba y sacaba cabuya y hacía alpargatas. Mi mamá hacía cobijas y ruanas para cada miembro de la familia. Todas las ruanas que usábamos eran hechas por ella.

-Mis abuelos paternos eran trabajadores, resistentes, no se cansaban. Les gustaban las cosas bien hechas. Mi abuelo materno era médico tradicional, mascaba coca todo el día, era su alimento. No usaba machete para cortar sino una pala, que al día de hoy no sé cómo usar. En Popayán lo llamaban brujo y le quemaban los pies cuando iba.

Con mi abuela materna aprendí a comer mote. Recuerdo que todo el año había maíz y frijol. No se acababa, nos duraba y no había hambre. Hasta los 22 años que estuve en el territorio jamás fui a un puesto de salud. Cuando uno enfermaba iba donde el abuelo. Él también sabía en qué luna sembrar y cuándo y cómo cortar la madera y la guadua. Uno quisiera volver a retomar esos conocimientos. Esas casas al día de hoy están y no tienen gorgojo. El abuelo sabía lo que iba a pasar, lo había visto en una de sus visiones. Nos reunió a todos y nos dio un agua salada para beber. Nos dijo que era para que no nos diera miedo cuando sucediera lo que iba a suceder porque iba a ser muy terrible. Creo que eso nos favoreció. Sobreviví.-

-Me crié como campesina. No íbamos al médico, teníamos una médica tradicional que iba a casa, allá nos revisaba y nos purgaba. Éramos niños sanos. La alimentación era distinta a la ciudad. Comíamos lo que sembrábamos y cosechábamos.

- Me vine cuando Pizarro quemó el pueblo. La gente nunca más estuvo tranquila.

Mis abuelos maternos vivieron en Inza. Les gustaba que les dijeran “papá señor y mamá señora”. Mi abuelo era muy bravo y como yo no le entendía el nasa yuwe

se enojaba más. Ellos tenían una choza redonda y una tulpa ahí. Dormíamos en cueros alrededor de la tulpa mientras ablandaban el mote. Ahí nos contaban historias. Mi abuela era de mejor genio, ella andaba descalza siempre. Mi mamá me pedía que acompañara a la abuela a su casa y ella no cogía por la carretera, siempre iba por el pastico. En casa de los abuelos comíamos chucha, armadillo carne ahumada, yuca asada. Ahora, mi mamá tiene 91 años y nunca ha ido al médico, todavía es una mujer muy alentada. La vida es con el sol, con la siembra y los animales. Aquí la vida es incierta, con mucho temor porque los hijos cojan otros caminos. Me preocupa que los abuelos se estén yendo y se van con todo lo que tendrían para decirnos.

-Yo en cambio salí de la tierra porque estaban reclutando señoritas. Yo ya veía que eso me iba a tocar a mí.

-A mi esposo se lo llevaron, lo iban a reclutar y él se pudo volar. Eso sí, tuvimos que salir de un día para otro y nunca volver. Al tío lo cogieron. Él no se pudo escapar. Al tiempo supimos que lo mataron. Quedó degollado. Nosotros nos vinimos sin nada y la opción que tuve fue emplearme de interna.

-No es nuestra culpa haber salido del territorio, pero ahora si estamos en la obligación de que los jóvenes se enamoren de este proceso, y no solo que se vinculen porque les vamos a dar avales.

Lo que se va produciendo, además de una escucha atenta es un aluvión de alivio y empuje. Una posibilidad de estar juntos al descubrir un pasado común.

-Somos nasas de distintos lugares, pero las prácticas nos juntan. Nos escucho y veo que nuestros mayores eran nuestra conexión con el territorio ¿quién o qué nos va a seguir uniendo en la ciudad y con el territorio ahora que no están? ¿cómo puede seguir viva la transmisión en los nuevos abuelos y nuevos padres?

Mientras almorzamos *un mote cargado*, doña Marley observa las figuras del sol y la luna hechas en fique que están colgadas de la pared. Evoca a su tío que tejía canastos y se lamenta porque ninguno de sus hijos heredó ese saber. Tampoco el saber que tenían sus abuelos de sacar el fique de las pencas de maguey. Recuerda a sus abuelos peinando cada penca y sacando cara tira y poniéndola al sol.

Los recuerdos suelen ser cascada, esta memoria se viene en una avalancha que nos inunda de afectos. Hace presencia su abuelo.

-Él hablaba nasa yuwe y español, por ejemplo, recuerdo mucho la palabra *Jimba*, pero si hubiera sabido como se ahora que es valioso, lo hubiera aprendido. Aunque tampoco había intención de enseñar. Eso sí, a mi abuelo le gustaba decir que era bonita *la lengua* porque en ese tiempo no se le decía nasa yuwe- me dice mientras mira cómo los niños corretean una perrita. Saca su celular y me muestra fotos de su familia. Me muestra sus primas que dicen que no son indígenas y que

han llevado a sus hijos a educarse al pueblo para que no reciban *educación de indios*.

- Son muy chistosas, usted las ve y no podrían negar que son indígenas, pero ellas dicen que no lo son. Así como mi mamá. Ella me reclama que qué hago en este cabildo- me susurra al oído doña Marley mientras queda absorta mirando las fotografías de sus primas en el dispositivo.

-En cambio mis hijos si son orgullosos de ser nasa. Me los estoy llevando a la finca y allá están aprendiendo a ahumar la carne, a prender un fogón, a ofrendar en el día de los difuntos, a lavar el maíz que se lava con ceniza porque ese maíz si sabe distinto al maíz que se usa para las arepas. No podemos ir con frecuencia, pero son felices de ir, le toman foto a cada cosa que aprenden -

Mientras me cuenta esto, mi propia avalancha asoma su torrente. Hay saberes que se asoman y se desparraman en los lugares, en paisajes concretos que los reclaman. Tal vez la sensación de que la llama vital de la abuela y la de mi madre son evanescentes se ha tornado en escucha voraz en los últimos años. Sin ser nasa me siento atravesada por la pregunta común sobre lo inexorablemente perdido - no recuperable- que nos constituye. Recuerdo que la última vez que fui al solar de mis abuelxs con mamá, recogimos juntas los frutos de brevo. Me enseñó a bajar las naranjas agrias altas con ganchos improvisados con alambres y palos de escoba. Mi abuelo le preparaba agua de panela, con arroz y naranjo agrio para las *maluqueras del estómago*, me cuenta mientras me empino dándome cuenta de que no es fácil bajar las naranjas. Se requiere el toque justo entre fuerza y precisión para no dañar las hojas.

El solar tiene un manto grueso de hojas secas de los palos de aguacate, algunas podridas. También algo de basura. Algunas gallinas corretean y van buscando encaramarse al palo seco donde duermen. Me da sosiego que pese a que el solar ha decaído mucho desde la muerte de mi abuelo (23 años), el árbol de carambolo permanece en su esquina, siempre taciturno. Sé que en un tiempo (lo que sea que esto signifique en la espiral del tiempo) no estará la abuela y este lugar que tiene lo más vívido de mi infancia podrán ser esas hojas pardas al viento, que irán al lugar donde se fueron los recuerdos de la abuela con su demencia.

Una visita de mi madre a casa, es saberme visitada por el abuelo. Aprendo sin que ella disponga un gesto de enseñanza que debo cortar las pencas de sábila antes de que salga el sol. Entiendo que mi compañero árbol de ébano no tiene un injerto natural, sino que está siendo invadido por *el matapalo* que lo secará debido a mi ingenua ignorancia. Ahora veo las plantas de ají silvestre que han nacido y que yo estaba por cortar porque me parecían un poco maleza. También sé que es tiempo de poner vinagre en el árbol de madroño porque están comenzando a salir los frutos con gusanos.

Camino con ella por la ciudad y veo árboles de guásimo donde antes veía árboles frondosos y de hojas delgadas. Permito -ansío- que siga educando mi ávida mirada arbórea. Distinguimos plantas de *cola de caballo* en los samanes. Ya nunca más los veré como planticas que cuelgan, o paqueticos en el supermercado. Ahora deposito en la *cola de caballo* esperanza para subir la energía de vida de mi madre. Juntas recordamos el almanaque Bristol de color naranja que le pedía mi abuelo al finalizar cada año. Mi madre se lamenta de no haber aprendido su saber sobre la luna. He intuido junto a lxs nasa, la necesidad de ser un río que escucha al mar. Escuchar, como posibilidad de recordar lo no sabido y hacer mi camino al encuentro y desembocar.

Mi madre nunca se detiene en su infinita capacidad de enseñarme a vivir mejor, así su flama se consume. Ese día que visité a la abuela y al solar, también conocí unas granadillas silvestres y verdosas que jamás había visto en la ciudad. Mi madre quiere que siembre en casa las granadillas verdosas para que se preserven. Hace un tiempo me enseñó a curar la olla de barro que compré en la galería con la receta del abuelo. Le conté de esta receta a doña Marley me contó de la cuchara de cedro que talló la última vez que fue a la finca porque estaba cansada de que las de palo de la ciudad se le partieran.

Cuando me preguntaron en la minga por mis abuelos solo atiné a decir que mi abuela no soportaba venir a la ciudad. Cuando la invitábamos -antes de que dejara de reconocermé- decía que quién cuidaría de sus gallinas ponedoras. Mis memorias ancestrales están por fuera de Cali, algunas languidecen como las de las y los nasa que escucho en esta minga. Nos diferencian muchas cosas. Hacer memoria para mí, no es un acto de valentía. Cuando no me he sentido acuosa he sido etérea. Recordar le da volumen a mi carne.

¿Qué nos empuja y qué nos detiene? Me invita a pensar Carolina Sanín en *Luces Abismales* (2018). Un viaje embebido de frailejones con apariencia de espera, la contactan con los afectos que bañan su escritura

“Yo estaba tranquila, buscando semejanzas, sin saber que llevaba adentro la tristeza que ahora me empuja y me detiene. No es una tristeza provocada por haber tomado este camino, sino por sospechar que solo se puede ir hacia delante por un camino insuficiente, único, sin que uno sepa si es la vida o la orilla de la vida” (p 87).

Hacer memoria y presenciar la de otrxs, es empuje para mi cauce. Nuestras afecciones son distintas aun cuando nuestras familias llegaron foráneas a hacer vida en la ciudad. A mi familia jamás le ha sido interrogada su pertenencia o no a este territorio. Mi abuela no me reconoce. A lxs nasa les preocupa no reconocer un día los saberes de sus mayores. Que las nuevas generaciones no tengan mayores/ras nasa. O no saber cómo llegar a ser un mayor/a para las nuevas semillas. En el sustrato de afección demencial colectiva hay horror. Los baña, no les pertenece.

Ahora sí tengo las lomas bajo mis pies

El garabato quiere trabajar

Una de las complejidades de la vida en la ciudad es la posibilidad de la juntanza. En general, la vida en la ciudad colombiana promedio está teñida de la sensación de ser tragado por agujeros atemporales donde la vida se vive en un presunto sin tiempo. La obsesión por tener tiempo, guardar tiempo, ahorrar tiempo. Hombres y mujeres nasa en Cali, se suben a la rueda y en ocasiones bajan de ella para encontrarse y hacer cosas juntxs. Por lo general, para trabajar juntxs, en otros trabajos muy distintos a sus precariamente remunerados con los que sobreviven la hostilidad de la vida en Cali. Juntarse para hacer posible una relación con la montaña y la laguna y sostener guiñapos con sus manos desnudas y callosas, con machetes, barretones, palas y garabatos. Animados por la chicha¹⁰. Manos laboriosas que realizan amarres amorosos con la tierra.

Tal vez usted podría creer que puede ser idílico o romántico pensar o evocar la figura comunitaria a estas alturas de desfigure en los modos anquilosados, pasmosos, desarraigados y exhibicionistas de habitar la ciudad. Tal vez estamos muy a destiempo y la figura individualista nos ha corroído la médula, y sin embargo, en esta capacidad de trabajar alrededor de propósitos sin remuneración económica, encuentro una capacidad de reproducir y parir posibilidades de la vida que escapan cualquier avaricia estatal. Modos de estar juntos que no aspiran a ser administrados.

Las y los nasa, han decidido habitar sagradamente también estas tierras bestiales con nuestras humanidades. Han elegido a través de *cateo*¹¹ y desde hace unos años, subir a las montañas que quedan detrás del barrio Los Chorros de la zona de ladera en Cali, donde habitan muchos de ellos. Cuidar y ser cuidadx por *la Laguna de la Estrella*.

Hay dos formas de llegar a la laguna, por lo general si usted es externo a la comunidad, como es mi caso, se le orienta subir por las escaleras de piedra empinadísimas que conducen al parque natural *cerro de la bandera*, en apariencia custodiado por la CVC, o al menos eso dicen los letreros que lo advierten, así como advierten que los únicos colonizadores actuales *son las plantas pioneras*.

¹⁰ La chicha en este cabildo la suele preparar doña Natalia Escue. He aprendido a disfrutar esta bebida de maíz fermentado en tiempos de celebración, y de ritualidad, también en las conversas que requieren mojar la palabra y brindar. La disfrutaban mucho niños y adultos, especialmente la endulzada con panela. La toman y le es ofrecida a los espíritus guardianes.

¹¹ He entendido que la práctica de cateo es una revisión de orden espiritual, realizada por un *théwala*, que guiado por los espíritus puede distinguir a través de la seña que le llega, la armonización o desarmonía de un lugar, persona, situación en relación a la consulta que se haga respecto a ella.

Lo que no advierten estos letreros, pero que sí advertirán sus pisadas de ser un caminante cauto con las mismas, es que el suelo de tierra rojiza se le entremezcla un polvorín negrusco a menudo, generando notorias vetas, que en ocasiones se toman por su cuenta la anchura del camino. Sus pisadas podrán leer los huecos profundos y sostenidos por maderos -antiguos socavones- y los grandes amarres con guaduas para que la tierra no se venga abajo en diferentes lugares del trayecto. Todo esto, vestigio de las compañías mineras que han desangrado por décadas las montañas de Cali desde Ferrocarriles Nacionales y luego la Hidroeléctrica de Anchicayá, y que han empleado a muchos nasa que han llegado a la ciudad por décadas.

Lo que no cuentan los letreros de la CVC, pero si algunxs comunerxs, es que allí en esos huecos murieron muchos mineros que no podían ser ayudados ni por los bomberos ni por la defensa civil. La CVC cuenta que el municipio ha recuperado el desierto que encontró y que fue producto de la minería ilegal, que comenzó desde los 70. Pareciera en estos relatos que los casi 53 años de explotación legal no hubiesen desangrado la montaña.

Si desea acompañar en algún encuentro, amablemente del cabildo le envían un mapa que lo orienta hasta este punto de las escaleras donde suelen subir caminantes con sus perros. Es realmente un cerro poco concurrido, y te advierten de no subir sola. El camino de escaleras finaliza en un punto, donde la travesía habrá que continuarla leyendo los recuerdos de las señas del camino, si uno ha subido en ocasiones previas. Si es primera vez, se recomienda subir con alguien que conozca. Las y los nasa han descubierto y creado atajos con los años que no están señalizados y solo se logran conocer recorriéndolos.

No hay mapa posible para llegar, el cuerpo debe recordar y hacer lo propio para saber llegar o dejarse orientar para saber regresar más adelante. El otro camino, que definitivamente no recomiendan, aunque es más corto y es el predilecto de las y los nasa porque no es camino empedrado de escaleras, sino camino de tierra, es el que lleva directamente al barrio Los Chorros. Ambos caminos rodean la hueca y violentada montaña, ambos conducen a la pequeña laguna, alrededor de la cual las y los nasa suelen celebrar sus ritualidades y vivificar su relación con seres de *los otros espacios*.

La laguna, espacio sagrado abrazado por los montes, es rodeada por *ksa`w yak*/espíritus mayores. Uno de ellos el espíritu de un antiguo río, que ha salido retratado en fotografías en algunos rituales en la noche, como me contó en una ocasión doña Luz Dary. Realmente, me mostró la fotografía del *espíritu- del río* que guardaba en su celular.

La laguna reclama trabajo, presencia. Una manito. La laguna, alimentada por un riachuelo, se enmonta y se va enpequeñeciendo. La comunidad del cabildo es

convocada a una minga de limpieza de la laguna. La han limpiado en otras ocasiones. En esta ocasión, también como preparativo previo al *saakhelu*.

A la minga no pueden asistir ni doña Luz Dary, ni Catalina, ambas se encuentran en oficios relativos a la preparación de un viaje a territorio. Tampoco asisten las dinamizadoras de las casas semillas. Puedo suponer que estarán enmarañadas en los requerimientos del operador Arango y Cuero. La autoridad a cargo en esta ocasión es don Ricardo, el vicegobernador y uno de los mayores del cabildo. Desde que llegó a Cali, don Ricardo trabajó en oficios de construcción que fue aprendiendo con el tiempo.

En una ocasión, en la casa del cabildo, me contó que cuando vivía en territorio trabajaba la madera. Recuerda en una de nuestras *conversas* mientras comíamos masitas fritas y tomábamos café negro en la cocina del cabildo, la cama que talló en cedro y que tanto se rehusó a vender porque se la admiraban mucho y que tuvo que dejar cuando salió forzosamente de su casa. Don Ricardo, quiere volver a trabajar la madera, quiere hacer lapiceros en guadua, confía en que los saberes están ahí en sus manos laboriosas. En una ocasión, me regaló un lapicero de guadua reponiéndome un kilométrico que le había prestado yo en una de nuestras clases de nasa yuwe y que había olvidado retornarme. Las afujías no menguan su energía laboriosa, siempre está en disposición de trabajo y colaboración.

En los encuentros en el territorio, Don Ricardo es quien orienta lo que se debe hacer, cómo y dónde montar los cambuches para cubrir la cocina, dónde cortar la guadua que sostiene los plásticos, dónde hacer los agujeros por dónde pasa *la manila*.

Para limpiar la laguna se deben elaborar *garabatos* con ramas largas y fuertes de ciertos árboles. Los mejores garabatos son los que se hacen con los guayabos, sin embargo, están florecidos y así es mejor no cortarlos, dicen algunas personas en la minga. Todos saben de garabatos y de la fuerza que requieren para usarlos. El garabato es un palo largo hecho de una rama de árbol con un doblez que hace las veces de gancho y se usa para jalar los pastos enterrados en la laguna que le quitan espacio. Don Ricardo es quien tiene el mejor ojo para seleccionar las ramas que dan mejores garabatos y también sabe cuándo hay por ahí un garabato tirado *que quiere trabajar*, como me lo indica. De inmediato los toma y les busca persona que pueda ponerlos en oficio.

Algunas de las mujeres, entre ellas doña Ruby, se mete a la laguna porque algunos garabatos no alcanzan muchos de los pastos pese a su largura. Doña Ruby se adentra con su ropa y con sus tenis a la laguna de agua café y junto a otra mujer, jalan y empujan un gran y pesado matorral hacia la orilla. Introducen sus manos sobre el lodo café tratando de encontrar donde sostenerse. Mientras tanto, temerosa de meter mis manos al agua por mi inclinación a lo que la

medicina occidental denomina como una afección de dermatitis, intento sacar algunos de los pastos más cercanos cuidando de no resbalar.

No puedo dejar de pensar en las fragilización corporal y emocional que esta vida urbana excesiva de confort esculpe sobre nuestros modos tan urbanitas. Tal vez lo que tengo es una piel floja, no acostumbrada al rigor del trabajo con las manos. No soy la única dubitativa al meter mis manos al agua. Una de las profesoras de la escuela integral habla en voz alta y siento que al hacerlo lee mis pensamientos. Ella teme meterse a la laguna junto a las otras mujeres porque no sabe si quedará con algún hongo o la pueda picar algún bicho.

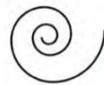
No es una minga tan concurrida según cuentan. Asisten alrededor de unas 50 personas. Hombres jóvenes y mayores protegidos del sol con sus sombreros bordeados por coloridos chumbes, entierran sus pesados barretones en el lodo pegajoso de la laguna. Mujeres mayores agachadas en cuclillas con trajinados machetes, limpiando, embelleciendo, acariciando con hojas afiladas el terreno. Mujeres de mediana edad trayendo pastos que han volado a machetazos para poner desprolijas camas sobre las raíces de los árboles nacientes y más secos, para protegerles de la intensidad de estos soles de Cali, que pegan sin piedad cada vez más y cada vez con menos ritmos y posibilidad de predicción.

Algunxs niñxs con machetes ensayan cómo cogerlos y se animan a tratar de cortar algo del pasto. Observan a sus padres, y aprenden como empuñar. ¡Ay qué diría el ICBF de esta escena que yo encuentro tan vivaz! Seguramente harían un *hallazgo* por poner al niño en riesgo, como siempre, sin la capacidad de interrogar la riesgosa inercia a la que llevan las institucionalidades. Otros niños prefieren meterse a la laguna turbia en la que no se ven los pies, juegan con sus perros dentro de ella. Algunas niñas optan por sacar agua de la laguna en botellas vacías de coca cola, vacían el agua sobre los arbolitos.

Esa tarde, doña Ruby con el agua café a la cintura y muchos hombres haciendo fuerza desde afuera, recibió un golpe con el barretón que se le deslizó al tratar de desenterrar el matorral. Su ceja sangró escandalosamente y quedó un poco aturdida y nosotrxs pasmados del susto. El trance le pasó cuando vio en la misma laguna una orquídea sin flor y fue tras ella. La sostuvo en la palma de la mano y emergió de las aguas magullada y victoriosa.



Foto de comunera con el garabato
Foto tomada por Vivian Ospina



Jirones rotos, es tal vez la imagen más evocadora que me ofrece Rita Segato (2013), para palpar de alguna manera la experiencia de lo que en el cabildo nombran como *desterritorialización-territorialización*-. Se lo escuchaba mucho a Catalina y Adriana, y ahora también a lxs jóvenes nasa que incursionan en investigación en su formación universitaria. Tal vez esta manera de nombrar es un eco de su paso por la academia y la manera en que han hecho uso de instrumentos de las disciplinas occidentales para pensar los desgarramientos vivenciados como pueblos y como mujeres nasa. Maribel Yule, coordinadora de las Casas Semillas, es una de las personas que tensiona esta manera de nombrar la experiencia, nos comentó en una asamblea a William Daza y a mí, que piensa que va siendo hora de dar paso a otras maneras de nombrar/pensar que emerjan de espacios como las tulpas pedagógicas y no solo de las reflexiones académicas universitarias.

Remendar y re-hacer una nueva composición con jirones rotos nunca podrá aspirar a ser la totalidad de la que se proviene. La nueva emergencia no podría aspirar a ser lo que fue. Ser otra cosa con la materialidad, las fibras, los hilos, que aún nos habitan. Remendar biografías de vergüenza, el silenciamiento de la transmisión de la lengua propia, la imposibilidad de aspirar a un lugar distinto a los márgenes de la ciudad.

Recomponer los jirones rotos propios y recomponer la vida de relación y la relación con la vida y lo viviente, y no solo de la propia vida, exige trabajo físico, trabajo vivo, incomodidad, *dejar al garabato trabajar* y que el cuerpo se relacione con el conjunto de la vida a su paso y no con fragmentos de la misma. Con el conjunto de los seres con los que es importante avivar y cuidar la relación para

lxs nasa en Cali. Con el conjunto de seres que la racionalidad moderna exilió de las nociones y experiencia de comunidad. Con el conjunto de seres con los que yo no me relaciono, no veo y no necesito corroborar. Seres que precisan de prácticas que despierten la posibilidad de relacionarse con ellos.

Recomponer los jirones para las autoridades y comunerxs nasa, también precisa saber llevar la vida con ritualidad. Y entonces, la recomposición que se teje, es la posibilidad de otra ciudad dentro de la misma ciudad, y con ello, la ciudad es también la misma y simultáneamente otra. No necesariamente y exclusivamente la que quiere usufructuar de su plan de desarrollo el turismo étnico. Aunque también.

En el primer capítulo me he ocupado -en parte- de compartirles mi experiencia con el cabildo nasa en la ciudad y mis aprendizajes en torno su dimensión litigante-luchadora, sus posicionamientos y apuestas políticas de búsqueda de reconocimiento frente a un Estado que les habita y del que se desmarcan permanentemente y les vuelve a habitar. También he contorneado los movimientos de un cabildo que se abre espacio en los imaginarios de una ciudad que les digiere en la subalternidad, de una estatalidad que les admite en cuanto pueda en administrarles la existencia, y de los propios territorios desde donde en muchas ocasiones se ha sospechado de su legitimidad identitaria como nasas de ciudad y como mujeres-autoridad. Administrar no es una práctica de relacionamiento, tal vez una de desmembramiento, sin embargo, las mujeres-autoridad como tejedoras que son, persisten en prácticas de relacionamiento. En la ciudad, la estatalidad es un actante que incluyen en sus entramados relacionales.

Ahora, en este capítulo, le comparto mi experiencia de caminar la palabra y la ritualidad, con autoridades y comuneros, y mis aprendizajes (siempre parciales) sobre su manera de re-tejer y remendar (con puntadas visibles) lo comunal, amplificando la multiplicidad de relacionamientos humanos y no humanos que lo entraman. *Abriendo camino con ello, para su apuesta el cuidado de la semilla en la ciudad.* Este diseño obra en mí y el cuidado de la semilla comienza a agenciarme. Me dejó instruir y cuidar por él.

Me dejó enseñar por esta apuesta con el polifónico y desencantado Estado, y también contra los saberes y prácticas de Estado y más allá del Estado. Sobre esto último le compartiré en el capítulo 3.

El pensamiento de Arturo Escobar (2019), me invita a descubrir las luchas territoriales y el pensamiento propio que se gesta en muchos pueblos desde estrategias ontológico-políticas de *lugarización* y con ello, maneras simbólicas y vivenciales de enraizarse, habitar y ser desde el territorio que habitan. Defensas de formas no hegemónicas de existir, incluso, si ello implica reconfigurar una noción de territorio en un territorio que no les admite simétricamente. Caminando las ritualidades nasa descubro que sacralizar es una manera de

habitar el territorio profanado y también lugarizar el pensamiento. Sacralizar es trabajar-relacionarse con la madre tierra y prepararla para la semilla.

Ahora, debo contarle que en este segundo capítulo elijo una ampliación de la temporalidad en las historias narradas. Cada una de las ritualidades presentadas, tuvo efectos sobre mi experiencia y relación con la temporalidad. En las ritualidades, multiplicidad de espacios y temporalidades. También de espacios interiores. Luego la escritura no puede traicionar esta vivencia. Las historias, como propone Vinciane Despret (2022), también hacen que algo suceda, y no están después de la experiencia. Se traman con ella y son parte de ella. Están implicadas con modos de sentir propios, de una comunidad y con los de mis lectorxs. Intento re-crear la lentitud. Afectar los modos de sentir.

La Apagada del Fuego

Era marzo de 2021, arreciaba el clima en Cali. Se anunciaba temporada de lluvias en Colombia hasta junio. La ciudad había estado caótica. Los habituales deslizamientos y ríos desbordados en las lomas y calles en pendiente de Siloé -donde viven muchxs comunerxs nasa- inundan las noticias y las conversaciones junto a las lumbres en la casa del cabildo. Era temporada de confinamiento por pandemia, había toque de queda y Catalina me había invitado a su ritual de la *apagada del fuego* en la Laguna de la Estrella.

Me inquietaba no saber cómo llegar. La humedad suele entrecortar mi respiración y cierra mis bronquios. Mis temores delataban que esas lomas no habían estado bajo mis pies. No tenía experiencia subiendo montaña con peso. Mujeres y hombres nasa suelen ir dispuestos a lo que acontezca. Confían. Algunos suben sin carpa, sin nada para beber. Esa fue la primera vez que me contaron que iría el *Thē Wala*¹² Wilson Valencia y que sabían que él *soplaría la lluvia*. Iban tranquilxs.

Se hacía evidente mi desconocimiento de un territorio que he supuesto mío por haber vivido aquí toda mi vida y, sin embargo, no lo he habitado de la misma manera que lxs nasa. Tampoco tenía el saber espiritual que me podría permitir confiar en la incertidumbre de la vida como viniera. Jenny Pacho, dinamizadora

¹² Me han enseñado que el *Thē wala* es un mayor de la comunidad, que orienta espiritualmente a lxs comuneros y las decisiones de la comunidad, y sus tránsitos vitales. Tiene prácticas y saberes a partir de su conexión con sus *espíritus mayores*. Aún cuando algunxs comunerxs en Cali, pueden nombrarlo como médico tradicional no se relacionan con éste como un médico en la cultura occidentalizada, como verán a lo largo de este documento. He reconocido que es un sabedor en profunda conexión con la dimensión energética de la madre tierra y puede leer diversidad de señas y actuar en concordancia con las mismas. Lxs comunerxs le tiene profundo respeto y acatan sus orientaciones.

en las casas semillas- me dijo que ella *se cubre con remedio*¹³ para ocultarse y que no la roben en su barrio. Camina con remedio y me recomienda hacerme revisar para tener mis propias protecciones.

Caminé loma arriba junto a Jenny y junto a Daveiv, otra comunera. Tenerlas como compañeras de viaje me dio la posibilidad de aprender sobre su propio andar e incluso sobre cómo disponer el cuerpo para poder hacerlo. Jenny se suele situar como maestra conmigo y yo asumo mi lugar de aprendiz. Ese día me enseñó cómo organizar mi equipaje para poder subir. Aprendí cómo cargar peso en la espalda y hombros para liberar las manos.

Al subir, después de muchas escaleras de piedra, vetas negras entremezcladas con lo que pareciera roca muerta capturaron mi atención. Intenté sentarme para palpar con mis manos ese tizne manchoso que supura la montaña. Grietas y hundimientos, historias de túneles que atraviesan bajo nuestros pies hicieron parte de la conversación, también las guaduas que hacen de puentes y de muros de contención para una montaña que parece venirse abajo en muchos lugares.

“Plantas nativas que reforestan lugares erosionados” decía un letrado a nuestro paso.

Para tristeza mía, ni el letrado ni yo pudimos identificar los tipos de plantas nativas. Vi una vegetación haciendo pulso por reverdecer lo que mano humana ha desolado. Jenny me enseñó que podíamos parar para tomar aire, pero no sentarnos; esto haría que mi cuerpo *cogiera pereza* y así el camino se haría más difícil. Jenny cargó una tambora grande en su espalda, llevó pesadas ollas de aluminio para armar la cocina arriba. Llevó también un paso firme y rítmico. La risa se le instaló en el gesto durante todo el camino. Se daba fuerza diciendo que era “una guerrera milenaria”.

Estuvimos un poco perdidas, pero esto no asustaba a mis compañeras y yo aprendí a confiar en ellas. Aún hoy, años después, no dejo de pensar: la vegetación no podrá devolverle las tripas a la montaña.

La instalada

La Laguna de la Estrella, espacio sagrado en la ciudad para la ritualidad. Está rodeada por montañas de la cordillera occidental y bosque seco. De ella sale agua que se transforma en un riachuelo y le oxigena. Lo más importante: es un punto energético fuerte, me cuenta doña Luz Dary. En la laguna habita *el mayor arco*, dicen los mayores, y cuentan que es necesario pedir permiso antes de entrar a ella porque puede enojarse y una se podría terminar enronchada o con calambres.

¹³ He aprendido que remedio es el nombre genérico que lxs comunerxs dan a las preparaciones ritualizadas y preparadas por un *Thē wala* para distintos fines o bien de refrescamiento, de protección, de armonización.

Jenny me orientó sobre dónde poner la carpa. Lxs comunerxs siempre dicen que hay que buscar una lomita para que no nos inundemos si llueve y que es mejor hacerlo sobre el pasto. Una mayora me pasó un machete para aplanar un poco el pasto sobre el que pondría la carpa. Dio por sentado que sabía usarlo. Con ellas aprendí sobre la importancia del temple los plásticos sobre las carpas. Estos acumulan agua arriba en las noches de lluvia y pueden filtrar la carpa.

Poco a poco llegaron personas vinculadas a los grupos de trabajo del cabildo y también comunerxs. Quienes viven por Los Chorros se vienen por otro camino, aseguran que es más corto. Los presentes a diferencia mía, conocían muy bien esos senderos en los que no estaba alfabetizada. Son habitantes de estas profanadas montañas. Sentí con el tiempo que les pertenecen sin que les habite un sentimiento de dueñidad.

Ese sentimiento tan bien descrito por Rita Segato (2015) cuando habla del proyecto histórico de las cosas. Ese sentimiento que profana y reclama propiedad. Sentirse amo y señor de todo aquello que despoja. Es pariente de la indolencia. Es un sentimiento que busca exhibir que se tiene, pero no intuye cómo cuidar. Eso sí, sabe muy bien vender y relacionarse con las cosas como mercancías. Lo que roba cuando despoja, es el espíritu. Imagino que tiene una cantera con el alma encarcelada de todo aquello que ha robado. Entonces por ahí andan las cosas reclamando también su espíritu.

La auto-organización del cabildo me sorprendió. Cada quien sabía qué hacer, cada persona se ubicó en algún “comité” que se armó espontáneamente. Algunas mujeres como Jenny, Daveiva, Noralba, y doña Luz Dary se ubicaron para armar cocina. Don Ricardo tomó vigorosamente la peinilla entre sus manos y se adentró en el monte con Jenny a cortar una guadua para armar el rancho que iría sobre la cocina. Taparla es lo más importante. Las mujeres se echaron troncos grandes al hombro, todas saben cargar leña. Yo fui por chamizas, entre risa y sonrojo.

Don Ricardo, es preciso con la guadua. La peló, en uno de los lados, le hizo una muesca y aunque lamentó que no hubiera un barretón, logró enterrarla. La otra guadua no tenía muesca porque en ésta no se clavaría *la manila*¹⁴; serviría para que cayera el gran plástico negro y estos se amarrarían con nudos. Don Ricardo templó el plástico con ayuda de otros jóvenes por encima de *la manila* que trajo por su cuenta, pensó acertadamente que podría necesitarse. En cuestión de media hora se desplegó un rancho encima del fogón de leña lo suficientemente grande como para que adentro cupieran varias carpas.

Otro grupo fue por el agua para cocinar. Las manos de todas las mujeres sabían conversar con la leña para prender fogón. La madera estaba húmeda, tenía ese

¹⁴ En el contexto del cabildo esta es una expresión muy frecuente para nombrar las cuerdas gruesas que se usan para todo tipo de amarres.

olor que exuda cuando se ha mojado. Se tomó su tiempo para encender y avivarse. No hubo afán, aun cuando si hambre.

En medio de la hechura de los frijoles cayó una tormenta eléctrica. La gobernadora prendió un cabo de vela que casi apago por error. Para ese entonces no me había dado cuenta de que no hay detalles aislados en las maneras en que lxs autoridades del cabildo y lxs comunerxs disponen los espacios y los objetos. La vela estaba ahí para alejar la lluvia porque no había llegado el *Thē Wala* y, sin embargo, solo fue hasta que él llegó y *conquistó a los espíritus de la laguna* y brindó con guarapo, que pudo *soplar la lluvia*. Ante mis ojos, el cielo abrió y cesó la lluvia.



Alto del Cerro de la Bandera, camino a la Laguna de la estrella
Foto tomada por Vivian Ospina.

El ritual

No lloviznó en toda la noche. Fue la primera noche en una semana sin llover. El *Thē Wala* Wilson junto con la mayora Laurentina (coordinadora de Nasa *Çxhãçxha* en ese entonces) orientaron el ritual.

Ella amasó con sus manos muchas plantas sumergidas en agua en un *tibungo*¹⁵ de plástico azul, así preparó el *remedio* que se usaría para el *refrescamiento*. El refrescamiento es *remedio* a base de plantas y agua para una primera armonización para la entrada al ritual. Pidieron a la comunidad hacerse en torno a la gran llamarada de fuego que se había encendido con fuerza pese a los

¹⁵ Lxs comuneros usan este tipo de barriles de plástico para la preparación de remedios y también de las bebidas tradicionales. La expresión es propia del argot popular colombiano para hacer referencias a los cilindros huecos de distintos materiales que permiten guardar cosas.

maderos mojados. Las mujeres de la guardia rodearon detrás, siempre sigilosas, con ojos en sus espaldas.

El *Thē Wala* dio un saludo de *armonización y resistencia* y recordó que estos rituales deben de hacerse en luna nueva, durante los primeros siete días y aunque estábamos en luna mayor, dijo que se lo haría con mucha intención.

-La ritualidad en luna nueva sirve para limpiar conflictos, envidia y egoísmo. En luna mayor sirve para potenciar. Es algo que se debe aprender en la ciudad - comentó el *Thē Wala*.

Conversaron sobre cómo la ritualidad se fue perdiendo con la invasión. El mayor prefiere no hablar de recuperación. La ritualidad nunca desapareció. Lxs mayores hablaron de fortalecimiento.

Jóvenes músicos tocaron apasionadamente tambora, flauta y maraca. El grupo fue dirigido por el profe Rubén. En círculo danzamos alrededor del fuego, *pisamos las malas energías*. El *Thē Wala* nos ofreció un manojito de hojas de coca seca que cargaba en su jigra. Debíamos mascarla al danzar y luego escupirla mascada al fuego para tirar la energía que deseábamos limpiar. Danzamos en silencio, uno tras otro, en la misma dirección por aproximadamente dos horas.

Mientras danzaba, pensaba en el ritmo sostenido durante horas y en el aprendizaje de la resistencia a través de la práctica del cuerpo. En las prácticas que fortalecen el espíritu y le confieren un temple. Tal vez el de la persistencia y la voluntad. Sentí el agotamiento infinito del día en mi cuerpo, dolor de espalda baja, también apaciguamiento de la mente entregada a la danza en colectivo. Hacia la media noche y para apagar el fogón, y mientras danzábamos, recogimos del agua que había preparado la mayor Laurentina. Bebimos un sorbo y la escupimos al fuego.

Nos rotamos el vaso para cadenciosamente recoger remedio del balde azul, beber y escupir. Una y otra vez.

Aprendí que el fuego en este ritual no se puede apagar de otra manera, aunque también se le podría echar guarapo. Sentí la entrega y la paciencia en ese apagar. No había prisa. Había conversación con el fuego. Habitamos la demora. Transcurrió una cadenciosa hora de apagada del fogón, que bien podría ser vista como una danza del escupitajo. Occidente me ha enseñado a ser pulcra, y escupir se sintió bien. Se puede escupir con devoción. Se apagaron los tizones, por un lado, se voltearon y se apagaron por el otro. Debían quedar bien apagados. La solemnidad nos abrigó.

En la presencia de la humareda se conversó. Uno de los comuneros dijo que estaba pasando por una situación difícil. Las lluvias le afectaron la vivienda y se encontraba en un albergue transitorio. Al parecer a la hermana de Elvira, la

tormenta se le llevó el techo de la casa. Muchas personas de la comunidad dijeron estar con problemas con sus casas por el invierno.

-Para mí es muy importante estar aquí, no me siento solo con ustedes. Puedo entender el llamado de atención de la madre tierra- dijo el comunero mientras sostenía su mirada en dirección al fuego.

El *Thē Wala* preguntó al cabildo cuál era su posición frente a las vacunas. Contó que en territorio trabajaban en desarrollar medicina propia, alimentación sana, ritualidad para mantenerse fuertes.

La gobernadora comentó que en *contexto de ciudad* hay muchas diferencias, porque no se puede tener la alimentación sana que hay en territorio. También que puede que a muchas personas en los trabajos les exijan la vacunación

- No tenemos el mismo acceso a los remedios ni hay un sabedor de manera permanente al que se pueda consultar y dar orientación de manera estable.

La gobernadora también agradeció que el mayor y la mayora vinieran a Cali y pudieran ver la comunidad

- Me alegra que puedan sentir nuestros intereses espirituales. Cuando yo voy a territorio me ven a mi sola, reclaman la presencia otros *kiwe thegnas*¹⁶ pero en la ciudad se trabaja de otra manera. Las personas no siempre se pueden desplazar y es importante que vean aquí a toda la comunidad. No somos pocos.

Conversaciones de madrugada

¹⁶ En la guardia indígena del cabildo participan diversas mujeres y también jóvenes y niños. Para algunxs es parte del servicio que deben prestar para obtener los avales que permitirán el ingreso a la universidad o el ser eximidos de pagar servicio militar, según escucho. Para otros, es un orgullo, lo noto especialmente en don Ricardo y don Escipión. Portan sus *tamas* y chalecos azules con mucha altivez, y siempre la fuerza grave en su voz alza los ánimos colectivos. Cuidan, ordenan, echan un ojito, cargan, orientan, amarran, trepan, están pendientes, hacen calles de honor.

Por el *Thē Wala* Wilson Valencia, he aprendido un poco más de la veta melancólica apañada con entereza, incrustada en este oficio. Andar tras las huellas de los mayores es de sacrificio, comentó en una ritualidad. Esa misma noche, contó a la comunidad que en su territorio de Canoas hacen recorridos a pie por el territorio cada 3 días, aunque siente que suelen ser los mismos. Recordó a la comunidad que antes del 91 cuando se iba a liberar la madre tierra se hacían las reuniones en los cafetales y se andaba descalzo por los altos. Posteriormente, fueron reconocidos como guardia cívica, y de los 6 compañeros que asistían a las asambleas regionales, ahora es el único que continúa. Contó esa tarde que en el 2003 fueron reconocidos por el Estado como cuidadores de la madre tierra: *kiwe thegnas*. Para el mayor es un orgullo milenario, pero no es de alegría. Más bien, es de mucho sacrificio hacer control territorial. Un *kiwe thegna*, siempre está de primero en las vías, con lluvia y trueno, ni es de momento ni de dinero, durante muchos años estuvieron expuestos a los choques con la fuerza pública, recordó. Este día, sentí que en sus palabras se deslizaba la soledad interior del *kiwe thegna*, especialmente cuando explicó que un territorio lleno de coca la vida del *kiwe* no vale nada.

Los *kiwe thegnas* llamaron a las 5:00 am a levantarse. Había dormido un par de horas. Estaba muy nublado fuera de la carpa. Hubo quienes conversaron toda la noche. Un grupo de jóvenes trajo troncos grandes para volver a encender el fuego como el *Thē Wala* solicitó, antes de bajar a eso de la 1 am por la montaña junto con doña Laurentina. Son caminantes de la noche. Las montañas no les desconocen y ellxs no desconocen las montañas.

Jenny se ubicó en la cocina de nuevo con Ana y doña Luz Dary. Las acompañé a preparar el desayuno, huevos con arroz del día anterior. Colaron el café y recordaron como en sus casas maternas éste se hacía con leña, metiendo los tizones dentro de la olla para que se asentara. Es como si cada acción en estos espacios se anudara a la memoria sensorial de olor y sabor, a una remembranza de la vida en territorio. Puedo tocar el territorio que llevan sus cuerpos y me pregunto ¿qué llevo en mi cuerpo? ¿qué viaja conmigo?

Mientras se revolvían vigorosamente los huevos para la treintena de personas que se quedó acampando, doña Luz Dary nos contó que puede escuchar voces en los ríos pero que no sabe cómo interpretarlas. Lo que si pueden hacer *los Thē Wala*.

-Algunos interpretan las nubes, otros los silbidos, el agua, y cuando va a haber difunto- mencionó.

Don Escipión, coordinador de la guardia, acompañó un rato el fogón. Al escuchar que se hablaba de los espíritus del lugar, comentó que también son los de tantas personas que murieron en las minas. Recordó que a sus 15 años veía muchas de las personas del sector que se empleaban allí.

-Anchicayá era una buena empresa, pero muchas personas morían. La gente debía hacer unos túneles muy profundos y a veces les caía encima tierra y quedaban enterrados.

Recordó que en muchas ocasiones los bomberos se habían rehusado a sacar los cuerpos. Siempre eran los compañeros quienes insistían y buscaban formas de recuperarlos. Él nunca quiso trabajar en la mina.

-Muchos se pensionaron, pero muchos no lo lograron-



The wala Wilson Valencia, apagada del fogón.
Foto tomada por Vivian Ospina

Un año después

Volví a subir a la laguna para el ritual de la apagada del fogón en temporada de lluvias junto a Jenny, Noralba y Juana, ya para ese entonces trabajaban como dinamizadoras de las casas semillas. Subimos la loma con Dxi'jan, hijo de Jenny. Cargaba un trapito con el que abrigaba a su pollita.

-Dice que es su hermanita. No la deja sola si va a pasar la noche fuera de casa-me comenta Jenny.

También caminamos con Camila, sobrina de Jenny y con Joshua, hijo de Noralba. Joshua me contó a lo largo del camino sobre su tristeza por la gallina que se comió un zorro el día anterior en la finca de su papá.

Ese mismo día del ritual, en la tarde y antes de subir, el azul asomó un poco. Pensé en ese instante que el *the wala* ya estaría haciendo su trabajo para *soplar la lluvia*.

Esa semana yo había estado mirando el cielo oscurecido y los estragos generados por los vendavales en el sector donde vivo en Jamundí, como el estrepitoso incidente con el techo de latón de unas oficinas de la familia Lloreda, junto a la urbanización en la que vivo. Se lo llevaron los vientos y lo recibió un árbol. Al

día siguiente, la oficina ya tenía techo nuevamente. Pensé también en los techos de las casas de lxs comuneros. Pensé que no serían repuestos al día siguiente. El peso desbalanceado de ambas imágenes me contrarió. A la loma y a esa ritualidad yo llevaba mis propias afecciones, pero no era la única.

Mis pasos, loma arriba, se entreveraron con el malestar de mis compañeras. Sentían que el proceso con las casas semillas no avanzaba. Lucían por primera vez y ante a mí, agotadas. Sentían enredos. Les asustaba que las familias perdieran credibilidad en el proceso. Sentían que sus esfuerzos no alcanzaban. Hacia el mediodía estaban inseguras sobre si alcanzarían a subir. Estaban molestas con el nuevo operador de servicios por muchas razones. De mis molestias y las suyas con este sistema de tercerización/precarización, le contaré más adelante, en el tercer capítulo.

Pese al desconsuelo que murmuraban entre ellas y hacia sus adentros, se animaban. Se decían unas a otras que con mayor razón *el proceso necesitaba ritualidad* para hacerlo avanzar. Sentían que había demasiadas energías de *la institucionalidad* que le ponían talanquera al proceso. El *Thē Wala* había pedido llevar leños desde sus casas para quemar en *el padre fuego* las energías que necesitaran quemar para convocar unas nuevas. Nora cargó un bulto de leña envuelta en una colchoneta y se la subió al hombro. También llevó un butaquito de plástico para regalarle a la gobernadora. Siempre piensa en ella con generosidad.

En esa ocasión, a las imágenes desbalanceadas con las que había subido, también las equilibró otra imagen. Dxi'jan y su pollita abrazada a su pecho, acurrucada en el trapito que le dispuso, luego metida en la mochila a manera de nido y colgada en un árbol para dormir. Imágenes magnéticas. Tanto como su despertar inquieto en busca de su pollita para sacarla a pasear y su búsqueda de arroz para alimentarle. Juntxs le alimentamos.

Mientras cursaba los seminarios del doctorado, y en el marco de la tesis de mi compañero Javier, conocí una fotografía de Jesús Abad Colorado, precisamente de una niña alzando una pollita. Esta provocación de Javi, me llevó a buscar las distintas fotografías de Jesús Abad retratando la presencia de los animales en las desgarradoras escenas de desplazamiento de poblaciones colombianas. Me estremeció ver cientos de familias empujadas por la barbarie del proyecto histórico de las cosas, rehusándose a abandonar sus animales compañeros. Se es despojado del territorio y se lo abandona. Se instituye simultáneamente una tácita (po)ética de lo *no abandonable*, seres con los que la agrietada vida debe seguir la corriente.

El amor de Dxi'jan por su pollita, como los muchos perros acampando con sus familias y acompañando la ritualidad, me ayudó a pensar en el encuentro de vidas y seres que el ritual admite. Convoca a poner el cuerpo y a trabajar. El cuerpo no está separado del propio espíritu en el trabajo de cultivar múltiples

relacionamientos. El relacionamiento con la montaña, con los espíritus que habitan el lugar, con la laguna, con lxs otrxs comunerxs, con los animales, con la coca y el remedio.

La ritualidad como insistencia en avivar la práctica de la relacionalidad. No solo es espacio para que los humanos se relacionen con. Es permitir que los otros seres no humanos, como el fuego, la luna, las plantas, el maíz y la coca, también colaboren para que los procesos avancen y con ellos la vida. No son símbolos, aunque también. Son actantes de la ritualidad. Actúan sobre y tienen efectos. Participan de la ritualidad como régimen de vitalidad. Hay que conocerlos para saber cómo relacionarse con ellxs y favorecer su mejor participación en la ritualidad.

La ritualidad abre el espacio para que a través del *Thē Wala*, los espíritus mayores que habitan la montaña, puedan obrar a favor del equilibrio de los procesos.

La ritualidad convoca y teje otra manera de la comunidad. No es solo una comunidad humana como la que piensa la tradición moderna. Eso común que podemos salvaguardar los humanos. La ritualidad nasa me hace pensar en un *re-ligare* sin religiosidad. Para ir a la ritualidad se piden permisos a “patrones”, se asiste pese al agotamiento, se trabaja físicamente, se cultiva un relacionamiento con sacralidad y con los actantes sacros que la hacen posible. Se reavivan saberes, se reviven historias, se comparte el vivir. Se admite una vida en desequilibrio que debe permanentemente volverse a equilibrar. Equilibrar es distinto de eliminar, matar, cortar, anular, negar, desaparecer, exterminar, asesinar, despojar, extirpar, extraer. Tal vez sea esta otra manera de devolverle tripas a la montaña.

Sek Buy

Ritual Mayor de Sek (sol) Buy (nacer/retoñar): recibimiento del sol/salida del sol. Dar fuerza, recibir el sol para estar fuertes y seguir perviviendo en el tiempo.

Mayor Wilson Valencia

Aprender a vivir y caminar la vida con ritualidad ha sido uno de mis propósitos. Habitar los márgenes de la academia, no solo los de la ciudad. Leer desde estos confines otras posibilidades que escapan a los cerramientos de los órdenes incrustados en el cuerpo. Mi cuerpo, lápiz desde el cual trazo los nuevos bucles de esta espiral de la vida que se asoma en esta tesis y ha impulsado su escritura.

Hacia varios meses no me encontraba con las autoridades del cabildo debido a las medidas del confinamiento. Catalina me llamó y me invitó al Sek Buy. Lo celebrarían durante la noche del 19 de junio de 2021 desde las 4:00 pm hasta las 6:00 am, durante la luna creciente, en la Laguna de la Estrella. La laguna era muy pequeña, pero ha ido creciendo, me comentó Catalina. La limpian

permanentemente de las plantas que le comen espacio, conversan con ella, le piden permiso.

No pudimos subir por Los Chorros con Catalina. Había mucha balacera, nos contaron lxs comunerxs que viven en este sector. Durante los meses de paro nacional, en la *capital de la resistencia* fue frecuente que la fuerza pública disparara en los barrios de los bordes montañosos -en general en cada punto de resistencia- Los cielos de Cali han estado grises y lluviosos; cielos encapotados diría mi abuela en el pueblo.

Subí con Catalina la montaña por las escaleras del cerro de la Bandera. Mis pies reconocían con más facilidad el camino. Pude sumergirme más fácilmente en la conversación. Subir y caminar es también adentrarse en la profundidad de otras conversaciones. Catalina me comentó sobre las lagunas sagradas que había visitado en el macizo colombiano. -Algunas se dejan ver, otras no- me cuenta. En una ocasión con mucha medicina, ritualidad, y en compañía de varios *Thē Wala* pudieron subir a una laguna que pocas veces se deja ver. Esa vez la pudieron ver solo un momentico, porque *la laguna se enojó*, incluso habiendo pedido permiso. Se tuvieron que regresar.

Conversamos sobre los vientos y las aguas embravecidas. Le conté sobre mi experiencia con los vientos enfurecidos del lago Atitlan en Guatemala, los vientos Xocomil. Es curioso que ni estas lagunas, ni estos paramos colombianos de los que me habla Catalina los lleve en mi cuerpo. Las hojas peludas del frailejón no me susurran aún ni me hacen advertencias. En cambio, desde hace pocos años llevo la luminosidad de la heliconia venusta y la textura de las orquídeas miniatura de los bosques de niebla en los farallones. En cada subida de loma con las mujeres nasa se me aparece la espesura del cuerpo-territorio y su preocupación por que sus niñas y niños se sientan en relación espiritual con la madre-tierra; esto precisa caminar las montañas y que ellas caminen con una.

El recorrido en la montaña se tornó pronto un sendero acerca de lugares y plantas *que se lo llevan a uno* a otras espacialidades y también otras temporalidades. Fue gracias a una consulta espiritual que pudo esclarecer su propósito, me contó Catalina. Le revelaron sus ancestros que su camino sería el servicio a su comunidad. Desde ese entonces jamás dudo sobre su caminar con la comunidad.

Al llegar a la laguna, vi menos personas que en el ritual de la apagada del fogón. Ya estaban dispuestos los ranchos que cubrían la cocina y las carpas. Se agitaban las banderas del pueblo nasa. Una gran espiral de semillas sobre el piso. Ya se encontraban preparadas la chicha y el guarapo. El *Thē Wala* ya se encontraba en la laguna, ya había soplado la lluvia y las *tamas*¹⁷ se encontraban dentro del lugar de la ritualidad.

¹⁷ La primera vez que escuché que a las varas de mando (así las reconocía yo por ese entonces), que suelen usar las autoridades nasa, es importante reconocerlas como *tamas*, fue en el marco de una ritualidad, y lo mencionó el *Thē Wala* Wilson Valencia. Años después, en una conversación

Saludé con mucha alegría a las dinamizadoras, hacía varios meses no nos veíamos. Jenny, vive en Los Chorros y me contó que había tenido que estar muy encerrada junto a su hijo porque habían estado matando mucha gente en su barrio.

Siempre se come antes de empezar la ritualidad, entre las 5:00 pm y las 6:00 pm. Comimos sentadas alrededor de la laguna. Catalina nos contó que se encontraba preparando una tutela porque en lo que iba del 2021 *no ha operado* desde la Secretaría de Bienestar Social el programa casas semillas.

- Ya hice un derecho de petición, y ahora debo recolectar las evidencias, porque pese a que escribimos y pedimos comunicación no nos han dado respuesta- Nos contó que se encontraba adelantando trabajo en relación al tema de educación propia. Quería proponer en la Secretaría de Educación que se hiciera un censo de lxs niñxs indígenas en colegios públicos.

-Mire en un solo colegio encontraron más de 250 niñxs con apellidos indígenas y el rector no se daba por enterado-

Era frecuente que cuando conversábamos, hiciera aparición el relato de la Cacica la Gaitana. En esa ocasión, nos contó sobre la estrategia que tenía la cacica de permanecer en el territorio, porque de otra manera, si salían, serían exterminados.

-Quienes salimos del territorio lo hacemos de manera individual, pero como pueblo también es importante la permanencia en el territorio.

El ritual

El *Thē Wala* nos congregó alrededor de la espiral. Habló en nasa yuwe, muchos de los allí presentes entienden, otros, como yo, no. Debimos esperar a que hablara en español. Saludó la laguna, a los *ksxa'w yak* -espíritus guardianes- del lugar y en distintas direcciones del cielo. Nos habló de la importancia de la ritualidad para la limpieza y armonización frente al caos que vivíamos.

-Hay mucho sucio alrededor, mucho sucio en cada uno de nosotros en la actual situación que vivimos. Después del fuerte trabajo que se ha hecho con la minga, es importante ritualizar-

en una asamblea Maribel Yule me explicó que el nombre *tama*, está relacionado con Juan Tama, fue el primero que nació con una tama. Cuenta Maribel que en tiempos previos a la colonia eran de oro, ahora son elaboradas con chonta. Le entendí que una vez las recibe la autoridad que se posesiona debe ritualizarla bañándose a las 5:00 am en el río, en una ritualidad para armonizarla con su *ksxa'w*. Si la autoridad es una mujer, su *ksxa'w* es masculino y su tama también lo será y deberán armonizarse entre ellos. Si la autoridad es un hombre su *ksxa'w* es femenino y su tama también, y la armonización entre ambas será fundamental también.

El *Thē Wala* contó que el Sek Buy se celebraría en su territorio al siguiente día, y aclaró que para él era importante poder acompañar a fortalecer los procesos nasa en la ciudad. Por eso venía a acompañar. Nos contó sobre algunos cambios en la tradición, especialmente en lo que concierne al lugar de la mujer. En otros tiempos las mujeres con la luna no podían participar de la ritualidad, él tiene otra comprensión. Para él hay mucha sacralidad en la mujer que tiene la luna. También contó con mucha preocupación que a muchas familias nasa las religiones les están prohibiendo la experiencia de la ritualidad.

Dio paso a que saluden las autoridades del cabildo.

El énfasis de los saludos en esta ocasión se encontró sobre la asistencia disminuida. Catalina respondió a la interpelación.

-Tenemos muy calado esos festejos occidentales y aún no se tiene tan interiorizada la importancia del recibimiento de nuestro año nuevo-

Hicimos una fila bordeando la laguna, encabezada por las autoridades del cabildo. Nos iba a limpiar con *remedio*, pero antes de ello, el *Thē Wala* nos pasó hojas de coca que sacó de su mochila. Pasó uno por uno delante de nosotrxs. Tomó su mochila con sus manos y la movió en dirección a cada uno, dibujando una suerte de círculo con ella. Mi cuerpo no sabía que no era permitido los cruces de manos o de pies durante el ritual. Mientras esperaba sentada me crucé de piernas, y uno de los jóvenes que se encontraba a mi lado me pidió descruzarme. Me explicó que si en la ritualidad se permanece cruzado *se puede retener el sucio* y uno puede enfermarse o enfermar al *Thē Wala*, dependiendo de lo fuerte espiritualmente que éste sea. También me explicó que debía mascar la coca del lado derecho, retenerla y no tragarla.

Mientras mascaba recordé los árboles de coca que tengo sembrados en casa, cerca de mi cuarto. Los sembré el día que sembré las sábilas. Ahora lucen imponentes y comparto sus rojas semillas a lxs comuneros. Crecí sintiéndolos como *plantas de poder*, así las llamaba el abuelo. Ha sido caminando junto a lxs nasa, que éste poder abre sus puertas para mí.

Un rato después nos llamaron por tandas para refrescarnos la cabeza, botar a la quebrada la coca que no habíamos alcanzado a mascar y posteriormente escupir la mascada en el bosque, de manera conjunta. Es la manera *de sacar el sucio* de nosotrxs. De vez en cuando, el *Thē Wala* se detenía frente a alguien ante la aparición de alguna seña en su cuerpo, y conversaba al respecto.

Los jóvenes tocaron la música de vientos que suele acompañar la ritualidad. Esta vez acompañó en el charango el profe Rubén. Danzamos unos tras otros adentrándonos al caracol, mientras bebíamos chicha y guarapo. La fila la encabezaban el *Thē Wala* y las autoridades. Los jóvenes cantaban, gritaban, convocaban la fuerza mientras tocaban: ¡Çxha çxha! ¡Çxha çxha! ¡Çxha çxha!

No es posible detenerse mientras se danza. Dimos algunas vueltas de vez en vez sobre nuestro propio eje, en ciertos puntos específicos. Hoy siento que danzar es también otra comunicación con la tierra, conversación pies-tierra. No dejo de pensar que danzamos sobre una montaña herida, hueca, desangrada. Me perturba la imagen de una montaña con las vísceras afuera, me apacigua, sentir un latido de corazón con nuestros pies sobre la tierra. Quisiera pensar que danzando en la ritualidad se revive su pulso.

Danzamos varias horas y mientras, sentía que mi cuerpo se resentía mucho. Las ritualidades me contactaban con mis fragilidades. Podía sentir mi energía menguada. A cambio, a mi alrededor, los cuerpos sostenían el paso con firmeza. Es a través de la danza que palpo una experiencia de la resistencia es proceso físico y espiritual. ¿Fuerza espiritual se traduce en fuerza corporal? Después de un par de horas danzando ingresamos en determinado orden al caracol/espiral y después de un tiempo en él, volvimos a salir en orden.

El *Thē Wala* nos solicitó bañarnos en la madrugada. A las tres de la mañana se hizo llamado para que cada uno se pudiera bañar. El agotamiento no me permitió levantarme a las 3:00 am, habíamos danzado hasta la media noche. Me levanté hacia las 4:00 am. Catalina, notó que estaba despierta y me llevó un café recién preparado. Cuidaba mucho de mí. Me hace sentir acogida y aprendiz. No fui la única en notar mis fragilidades energéticas. Otro *Thē Wala*, amigo de Catalina, le hizo saber que yo necesitaba ayuda. Catalina me lo contó y se ofreció a llevarme para conocerle. Lo conocí, semanas después y ya no siendo novata en abismos, me volví a asomar. Leyó en mí las cicatrices pulmonares, que drenan mi energía vital.

La danza inició de nuevo. Debíamos danzar con la música hasta que saliera el sol. Hasta que se dejara ver. Hasta que pudiéramos saludarlo.

Danzamos alrededor del espacio ritual, danzamos mirando el cielo, danzamos con entusiasmo. El cielo de madrugada estaba despejado y sin anticiparlo, repentinamente y sobre nosotrxs, el cielo encapotado de mi abuela. El *Thē Wala* anunció *la aparición del sucio*. No sabía si venía de las fuerzas de la ciudad. El sol no quería hacer fácil su aparición. Requería más de nuestro tesón. El *Thē Wala* nos dio un polvo blanco en la mano derecha a cada uno para mascararlo y contribuir con la limpieza. Era de maíz. Se danzaría hasta que apareciera el sol. Danzamos un par de horas, los músicos, aunque agotados, continuaron emitiendo gritos de entusiasmo, se alternaban los instrumentos.

El cielo abrió un poco. Manchones de azul entre pinceladas grisáceas parecieran dar indicios de que se estaba logrando. Mis compañerxs de danza sonreían. Se esculpían gestos de emoción y vigor que alimentaban la fuerza de sus cuerpos danzantes. El mío se resentía rápida y fácilmente.

Debía retirarme. Necesitaba bajar por un viaje que tenía planeado. Mientras caminé, loma abajo, junto a una familia, logré ver cómo salía el sol fuertemente. Intensos rayos del sol acompañaron mi regreso. Por ese día, parecía que *el sucio* se había limpiado.

Llegando a las escaleras de piedra, un caminante del parque natural, me miró con ojos de asombro y curiosidad

- ¿Estaba en un evento con los indios? ¿de dónde vienen ellos?
- Los nasa amigo, viven en Cali, como usted y como yo.

Me miró entre sorprendido e incrédulo. Cada uno siguió su camino.



Vista desde cima a la Laguna de la Estrella en Sek Buy 2021
Tomada por Vivian Ospina

Sek Buy 2022

El cerro cuenta historias. En Julio de 2022 contó una surreal. Un sueño dentro de un sueño. El soñante se sueña a sí mismo dentro de su sueño, soñándose a sí mismo. En la escena onírica, subía la montaña en dirección a La laguna de la Estrella con doña Ruby y doña María. Me llevaban por la trocha, preferían este camino que acorta. Me mostraban los árboles que aprietan la tierra y otros arbustos que han sembrado desde la CVC. Ambas creían que estos no ayudan porque *porosean* la tierra en la lluvia.

Doña Ruby me contaba que arriba, donde ella trota, y donde la gente visita, sí han sembrado buenos árboles que aprietan. Lamentaba en cambio sentir las trochas por donde nadie transita, abandonadas. Llevaba en sus manos algunas

plantas de flores para sembrar. Le gustaría comenzar a ver la laguna floreada. Ambas me ayudaban con la maleta de mi carpa, notaban que perdía el equilibrio fácilmente.

-Venga le tenemos que usted no está acostumbrada a caminar por trocha- me dice doña Ruby mientras insiste en ayudarme con algo del peso que traigo.

Al entrar a la laguna, en el potrerito donde se suelen celebrar las ritualidades, ante nuestros ojos 4 caballos que supongo muy finos por el pelaje brillante (aunque no sé nada de caballos). Sobre los animales feroces, jinetes con armaduras y cascos color plata. Perseguían hombres con tapa rabo, pintura en la cara y lanzas empuñadas. Me desconcertaba esta presencia que no lograba interpretar. Percibía cámaras y personas alrededor. Las señales me indicaban que era algún tipo de filmación. Del lado izquierdo donde se suele instalar el cambuche de la cocina, cabildantes y comunerxs. Se encontraban parados o sentados en el piso, piedras, o sobre la leña en la intemperie, con las ollas dispuestas para el almuerzo que venía retardado desde hace varias horas.

Doña Luz Dary con una mueca de asombro terrorífico miraba los caballos. Entre susurros lxs comunerxs recababan información. Pronto comprendía que era el rodaje de una película que aludía a una invasión, mientras se invadía territorio sagrado de la comunidad nasa en Cali.

El disgusto del cielo y de los espíritus se hacía escuchar, comentaban entre sí lxs comunerxs. Un garrafal aguacero caía sobre nosotrxs. Se veían obligados a detener la filmación.

- ¿Ustedes brindaron o pidieron permiso a la laguna para estar aquí? - preguntaba la gobernadora al que yo suponía era el director de la película.

-Con el permiso y respeto de nuestro Dios estamos aquí – le respondía mirándola a los ojos

Los neoinvasores de la industria “fílmico-cultural”, no se percataban de que la comunidad había aguardado por tres horas para poder prender el fogón. Poco importaba el lodazal y la boñiga que dejaron los caballos y que se fundiría con el barro y nuestros pies mientras danzábamos en la ritualidad en la noche. Los neoinvasores se iban ebrios, empeliculados, con la altivez de la actuación con la que construirían un indígena hiperreal salvaje, y por supuesto, no contemporáneo. Uno que consumiríamos televisivamente, sin necesidad de relación. Una imaginería que alimentaría el nicho del salvaje local. En esta imaginería, por supuesto, el salvaje solo puede ser salvaje y habitar el tiempo antes de la historia. El asignado.

Lxs comuneros se levantaban y anudaban los cambuches con los plásticos negros, emparamados, descalzos y con hambre, pero especialmente con la urgencia de armonizar lo desarmonizado.

En la madrugada del día siguiente, el *Thē Wala* se quebrantaba. Sentía la presencia de la mayora Catalina, decía. Nos compartía que dos semanas atrás habían asesinado a su sobrino en su territorio. Yo podía sentir el estremecimiento del cuerpo colectivo y el de mi cuerpo, cuando el mayor anunciaba lo que era mi propio impensable

-La *Ne'jwe'sx* tendrá que prepararse porque probablemente no podré volver. El *wēt wēt fxi'zenxi* en el territorio ahora es muy difícil. Ahora creo que es más posible aquí en la ciudad.

Recordaba en ese instante una conversación con Catalina y Adriana Menza, en la que nos preguntábamos por el propósito de una educación propia. Catalina insistía en el *wēt wēt fxi'zenxi*. Yo contra preguntaba de qué se trataba eso en la ciudad y también insistía en preguntar cómo imaginaban esto posible. En esa ocasión, el silencio se hizo presente como mantel en la mesa de conversación. Sobre este manto se servirían las palabras. Ninguna estuvo a la altura. Después de varios minutos, Catalina comentó que debían extender esa conversa a la comunidad.

Fue en esta ritualidad. En ese sueño de yuxtaposiciones surreales donde se deja boñiga en suelo sacro, que yo sentía el lazo forjado entre *el Thē Wala* y el proceso de la ciudad. Lo sentía rodeado y arraigado en esta comunidad de ciudad. Se me revelaba la manera en que obra la crianza de la semilla.

Yo veía una nube negra cuando el mayor se sumergía en la laguna, abriendo camino para el proceso. Otro *Thē Wala*, y otros comuneros, me compartían su lectura. Me explicaban que cuando se hacía una limpia y aparecía una nube negra, *había salido el sucio*.



Sek Buy en la Laguna de la Estrella
Foto tomada por Vivian Ospina

Saakhelu

El saakhelu se llevaría a cabo en luna mayor, aun cuando se celebrara comercialmente día de amor y amistad en el país.

Acordé verme con Catalina para subir a la Laguna de la Estrella. Los taxistas que me llevan hasta este punto suelen quedarse perplejos al dejarme. El fin de una carretera pavimentada. A la vista un camino destapado, un gran potrero enmontado del lado izquierdo y del lado derecho, la montaña y el inicio de unas escaleras de piedra que se pierden a la vista en la altura. Suelen preguntarme si voy de caza o de pesca, tal vez por mi gran equipaje. Conversé fluidamente con el taxista sobre el insoportable calor de los últimos días y también de los milagros de vida. Me contó que en el año 81 por robarlo casi lo matan. Lo envolvieron en un plástico negro y lo arrojaron al río Cali. Porque era tiempo de verano y por la poca agua del río -trató de explicarme- fue rescatado por un vigilante. Venía envalentonado contándome la historia y se quedó mudo al ver que me bajaba en ese punto, e impávido al ver a una mujer con sombrero esperándome sentada en el primer escalón de la escalera mientras se tomaba una cerveza.

-¿Usted qué va a hacer por allá?

Solté una estruendosa carcajada.

El esfuerzo del ascenso por las rocosas escaleras fue amainado por grandes zancadas. En los respiros, cada tanto, conversamos sobre la lectura de señales en la vida, y sobre los 3 espacios que atraviesan el pensamiento y la vida de relación de lxs nasas:

Ēe kiwe: espacio sideral cósmico, considerado la gran casa de los espíritus, de las plantas, animales y personas, o *ēe kiwe*, mundo de arriba en Tierradentro. Es el mundo más antiguo y de allí nacen los otros mundos. También lo encuentro escrito en algunos documentos como *ēe kiwewe'sx*. Es el espacio de arriba, donde viven los *Neehwe*, los *Taafx*-espíritus, las *Ēewe*-estrellas, *Wejxa*-vientos, los *Eeka the'*-truenos, *Sek*-sol, *A'te*-luna.

El segundo espacio- *Kwe'sx Kiwe*, donde habitan personas, animales, plantas y otros espíritus. En otros documentos es reconocido como *Uh Kiwe*, espacio de las vivencias colectivas o *Naa Kiwe*, el mundo de acá o del medio en Tierradentro. Se formó del abrazo entre hermanos de los diferentes espíritus. Esta contiene a *Kiwe Üus*. También lo encuentro en un mismo documento escrito como *Naa Kiwewe'sx*.

Y el tercer espacio, *Kiwe Üus*, corazón de la madre tierra o *Tasx Kiwe*, mundo de abajo en Tierradentro. Del mundo de abajo viene la sabiduría del maíz capio, energía para la medicina y conexión con la espiritualidad. Allí también vive el oro, la piedra y el agua. También lo encuentro escrito en algunos lugares como *Tasxkiwewe'sx*.

El murmullo de la gente a lo lejos, entremezclado con el susurro de la cañadita que sale de la laguna, nos llamó y orientó.

Los rayos del sol sobre la laguna caían con intensidad y se difuminaban en el tono café de las aguas. A diferencia de los rituales anteriores noté una planta de energía conectada a un cable con bombillos por encima de una mesa de madera. También el cambuche habitual de plástico negro que cubre la cocina, (que es lo primero que suelen montar) el fogón de piedras, galones de chicha en botellones de plástico, y el espiral-camino de flores con estaciones de jigras y semillas de frijol, maíz, lenteja, pimentón, zapallo, traídas del territorio.

Algunas mujeres como Jenny y doña Ruby atizaban el fuego, otros como don Ricardo y Rubén, trabajaban en la iluminación, y otras mujeres organizaban las semillas del espiral mientras enseñaban a niñas y niños por dónde pasar. En dos puntos opuestos y externos al espiral, el sol y la luna elaborados en cabuya y sostenidos en el punto más alto de una guadua. Vestidos con capisayos y engalanados con chumbes, cada uno en una ubicación no azarosa, el sol desde su punto nascente y la luna desde su punto poniente.

La *Ne'jwe'sx* con su capisayo, sombrero y *tama* me recibió entre risas. Al ver mi cara de sorpresa me dijo:

- Progresamos profe, mire como progresamos. El próximo año tendremos la tulpa-

Mientras nos apoyamos un rato en la mesa en la que se picaría la carne para el ritual, Elvira me contó sus preocupaciones del momento. Las familias de Altos de Nápoles no daban espera para el próximo año, si las casas semillas no se hacían reales. Habían tenido que esperar más de 8 meses durante el 2021 y mientras tanto, las mamás pagaban de su bolsillo a cuidadores externos para sus hijos, haciéndole la espera a que el programa empezara.

-El señor que iba a alquilar la finca para la casa semilla de Alto Nápoles, ya no está dispuesto, de la alcaldía le solicitan hacer reformas como por 15 millones, y la casa se la alquilarían en \$800.000, no le dan las cuentas.

Me contó también que decidieron desobedecer al operador. Optaron por visitar a los niños en sus casas en vez de enviarles mensajes de texto por teléfono a las familias. Prefieren sentirlos y andar las lomas. Su urgencia, el encuentro. Mientras me mostraba algunos videos de niños sembrando semillas en vasijas

de plástico, Elvira me contó que muchas de estas madres *trabajan de internas en casa de familia*, y otras debían salir desde las 5:00 am a trabajar y llegaban en la noche. Muchas madres en Alto Nápoles, siembran, cantan, juegan de madrugada con sus hijos, antes de ir a trabajar.

Muchas de estas madres nasa, son de las mujeres que pese al paro nacional, y las medidas de confinamiento, siempre salieron a trabajar. Incluso cuando no hubo transporte debieron caminar a las *casas de familia* donde trabajan. A muchas de estas madres, también les queda muy difícil asistir a las mingas de pensamiento y a las asambleas. A muchas no les dan permiso, me reveló años después en una conversación Adriana Menza.

También me contó Elvira que las familias Nasa de Alto Nápoles, muchas veces prefieren enviar a sus hijos a hogares infantiles del ICBF porque funcionan más meses en el año que los programas vinculados a la alcaldía, como las casas semillas. Por ese entonces, confiaba en su trabajo con las familias en su casa y en que las casas, el siguiente año fueran realmente casas.

Para ese entonces, Joshua, hijo de Nora y Yuvher, tenía 9 años y estudiaba en un colegio público. Constantemente le pedía a su mamá estudiar en *un colegio indígena*, el colegio en el que estaba le aburría mucho. Joshua quiere aprender nasa yuwe, cuando va al cabildo le gustan las clases de tambora y flauta del profesor Rubén. Joshua juega con otros niños, con Dxi'han, hijo de Jenny y con los sobrinos de Catalina.

Esa tarde, los niños escalaron la montaña de tierra anaranjada y resbaladiza que hace las veces de mirador de la laguna, descubrieron cómo subirse a la cima de una roca, cómo bajar, lanzaron piedras desde lo alto y ensayaron fuerzas para tirarlas más lejos. Se metieron vivazmente a la laguna. Intentaron descubrir cómo atraer los peces a la superficie. Se hicieron preguntas sobre los sonidos de los animales nocturnos. Se sentaron a contemplar la superficie de la laguna mientras se preguntaron por los distintos sonidos de las ranas y sus distintos colores ¿cuáles serán las venenosas? se preguntaban unos a otros, y me preguntaron a, mientras les acompañaba en uno de los bordes de la laguna.

Los niños también vinculan sus cuerpos al territorio, sus animales, sus cadencias, vientos, aguas y cimas. Permiten que el territorio los arrope, desafíe y les invite a descubrirlo. Espontáneamente. Sin direccionamiento de los adultos. Los adultos confían en que la laguna les enseña.

El *The Wala* saludó a *los espíritus del lugar*, preparó el refrescamiento, y nos convocó a un círculo para saludarnos. El mayor puso el refrescamiento en la cabeza de cada persona antes de iniciar. Nos comentó que en Cali, no se realizarían todos los pasos que se suelen realizar en territorio. Sin embargo, si se sostendría la intención del saakhelu.

La luna mayor brillaba. Escuché muchos comentarios sobre la *buena seña de la armonía* requerida para empezar. El saakhelu inició con la danza del *despertar de las semillas*. Niñas, niños, con sus capisayos y pequeñas *tamas* y las autoridades del cabildo, siguieron al *Thē Wala* en un movimiento rítmico, embebido de la música de tambores y de flautas.

Una vez se inician las danzas, nadie se puede detener. Se entró al espiral de pétalos de rosa respetando el orden que propone. No se puede entrar al espiral por cualquier lado, ni transgredir el límite que propone. Se entra de afuera hacia dentro siguiendo el camino sugerido y se sale de la misma manera. Todos cuidan por dónde caminar. Niñas y niños se cuidaban entre ellos, para no cruzar las líneas floridas. Después de una media hora de danza, convergieron en el centro del espiral juntando *las tamás* de las autoridades y los bastones de niñas y niños, mientras gritan desde la entraña “*çxha çxha*”.

Danzamos colectivamente en espiral alrededor de 50 minutos, sin parar, con alegría y solemnidad. Danzamos afirmando los pies en la tierra, con las manos entrelazadas en nuestras espaldas, -para limpiarnos y entregarle el *sucio a la tierra* y también *la pereza*- me explicó el mayor al día siguiente.

Danzamos tomando chicha de *maíz capio* y de *maíz corriente*. Brindamos con el sol y con la luna. Le ofrecimos chicha a una y otro. Brindamos con la laguna.

Una mesa con tabloncillos de madera iluminado por bombillos de luz cálida, fue el lecho de numerosas peinillas de diversos tamaños. El mayor las afiló con un afilador sobre su pierna. Con un movimiento que ante una mirada desprevenida bien podría ser una caricia a la hoja afilada. Sobre la mesa, jarras de plástico con la chicha. Más adelante, la carne cruda.

La carne del novillo tenía un rojo intenso que destacaba frente el vibrante verdor de los exuberantes tallos de la cebolla larga, el tomillo, y el ajo que la envolvía. No como carne de novillos o vacas hace 12 años. Carne de vaca- carne roja, dice el eufemismo. Carne de un animal. Para mí es la escena de un difunto. Sin embargo, no me da repugnancia. Lo que no sabía en este punto, es que asco me daría, la imagen de la carne cruda picada desparramada en mesón de carnicería que llegaría a mi whatsapp. De la que ya le conté. La repugnancia no reside en la carne. La carne cruda fotografiada y enviada anónimamente, epítome de una política de la muerte en este país.

Las peinillas empuñadas por los participantes, al ritmo de la música, troceaban la carne. Golpeteaban la mesa de madera al unísono, y marcaban percutidamente el compás de la danza en espiral alrededor de la laguna, y también alrededor del sol y la luna, vestidos con capisayo. Todos los presentes pasamos por el esfuerzo de picar la carne rítmicamente, incluida/os niñas y niños. No había temor por el contacto con la peinilla. Era motivo de orgullo que la peinilla nos empuñara. Todas las manos deseosas de hacerlo. Todas las peinillas dispuestas a su trabajo. Con la carne picada, Jenny y Elvira prepararían un caldo de albóndigas para el

desayuno. Comeríamos del esfuerzo colectivo y éste se integraría a nosotros, comentó el mayor Wilson.

Mientras unos pican, otros acompañan con la danza y dejan su energía en la tierra, que generosamente se hace cargo de ella y hace lo propio. Piqué y dancé. Picamos y danzamos. El fin de la danza, lo marca el final de la carne picada. No había un tiempo previsto. El tiempo de la ritualidad, el tiempo que corresponde, invocando siempre la persistencia. Empuñamos y troceamos en silencio, con entrega.

Siempre me ha conflictuado esta condición humana en la que el pacto de violencia originario sea matar para vivir. Sí, Vinciane Deprext, te cuento tal vez sí puede hacer la diferencia ver la muerte del animal en nuestras manos y honrarle. No dar por sentada su muerte para nuestra vida.

Las ritualidades de las que he participado, tienen continuidad en la madrugada. Esta no fue la excepción. Nos preparamos *para el matrimonio entre el sol y la luna*. Esta vez el sol deslumbró con rayos fuertes e intensos desde temprano. El cielo estaba despejado. El mayor miró el cielo y nos dijo que si armonizábamos con el sol y la luna, ellos estarían con nosotros.

-Este matrimonio traerá fuerza para el proceso nasa en Cali- replicaba el *Thē Wala*.

Una hilera de hombres precedida por el mayor llevó en el hombro el sol de cabuya con capisayo y chumbes. Una fila de mujeres precedidas por Catalina, llevaron en sus hombros la luna de cabuya. Brindamos de madrugada y bebimos chicha blanca y amarilla. Fue una gran celebración. Fue alegre. Hubo mucho sentido del humor. Los chistes propios de una fiesta de matrimonio.

El mayor nos contó que había conversado con un árbol-espíritu, árbol-mayor, al que se le haría pagamento.

Es uno de los árboles más altos y antiguos de los que hay alrededor de la laguna. Este árbol sería un mayor con el cual la comunidad podrá relacionarse para su cuidado y protección. Un mayor al que podría recurrir las y los nasa de Cali, para ser escuchados en sus necesidades espirituales y materiales. Las autoridades rodearon el árbol, ofrecieron chicha, chirrincho y albóndigas sobre su gran tronco. Uno por uno con remedio en la mano (dado por el *Thē Wala*.), nos relacionamos con el árbol.



Alto en el caminar con Catalina María Achipiz
Foto tomada por Vivian Ospina



Momento de la picada de la carne en el Saakhelu
Foto tomada por Vivian Ospina

Los relatos no buscan explicaciones. Afortunadamente. Mi preocupación ha sido no traicionar la vivencia y la manera en que también obra en mí. Contar desde de las rizomáticas relaciones que las mujeres-autoridad, los *Thē Wala* y lxs comuneros despliegan para ensanchar y profundizar sus enraizamientos con la ciudad- territorio, la montaña-territorio- y que la laguna sea parte de sus cuerpos-territorio. Mi pluma gravita en este paisaje experiencial-territorial.

Envolver-desenvolver, tramar-desentramar, hilar-enrollar, hilvanar-desilvanar, existencias. Su manera de existir cultiva el entrecruzarse con otras existencias. Una manera de existir que se deja afectar(y afecta), orientar(y orienta), enseñar(y enseña), limpiar(y limpia), cuidar(y cuida), por(con) otras existencias: el mayor árbol, el matrimonio entre el sol(sek) y la luna (a'te), el mayor arco, las chichas, los guarapos, el chirrincho, los truenos, el rayo, las nubes, las tulpas, *los ksxa'w*. También con las institucionalidades estatales, los funcionarios, los barrios, la ciudad, los investigadores, las universidades. Una existencia que admite otras existencias. Co-existencia ampliada. Hacer comunidad de esta manera. Tornasolada, caótica, compleja, contradictoria, y bella multiplicidad. Relacionamiento en múltiples direcciones, de existencia a existencia. Anudamiento de inter-existencias.

Explicar ha sido un recurso de la ciencia, en muchas ocasiones desafortunado, aplanador. Violento. Desangrador. No es la única manera de construir pensamiento y afectos. Especialmente, cuando es tan evidente la asimetría que se desnuda entre quien asume que puede explicar y el/lo que necesita ser explicado. Atajo para evitar la relación. Buscar las leyes de una existencia muerta y tratar de predecirlas, controlarlas y dominarlas. Aniquilar el relacionamiento. Caos mortífero.

Me he propuesto andar el camino de pensar y pensarme. Sentir y sentirme. Andar y desandarme. Caminar y recorrerme. Relacionarme con las ritualidades que el cabildo nasa despierta y aviva en la ciudad, teje y rompe. Me teje y me rompe. Revela lo roto. Los huecos de la montaña. Mis cavidades.

Me tomé en serio la invitación nometodológica que me hizo Catalina, sin saberlo. Lo que sí sabía era que aprender sobre el *cuido de la semilla*, era dejarme enseñar por la ritualidad nasa. Dejarme enseñar no fue leer sobre, ni hacer entrevistas, ni tener informantes. No fue hacer un archivo y relacionarme con discursos archivados. Dejarme enseñar no fue aspirar a volverme nasa. Sí, poner el cuerpo. Conocer desde el cuerpo. Caminar con, andar lomas con, danzar con. Andar el revés de mis costuras y recordar la manera en que se me enseñó a ocultarlas. Exorcizar el fantasma que solo puede pensar lo no pensable en el marco moderno como "pensamiento primitivo", y continuar con el bucle de discursos y narrativas que primitivizan y exotizan, desde un gesto acelerado de pensamiento.

Y entonces este capítulo son, en buena medida, mis gráficas-corporeizadas desde la conexión parcial. Tal vez la imagen más potente que encuentro para pensar esta propuesta de Marilyn Strathern (2004), es la de la danza contact. Yo llego a ella por mi formación en la práctica somática del feldenkrais¹⁸. Ya fue pensada

¹⁸ El feldenkrais es una práctica de consciencia corporal que busca cultivar la atención a la corporalidad sentida desde adentro, propioceptivamente, pone como foco el propio universo de sensaciones para recuperar o amplificar posibilidades propias de movimiento restringidas por los hábitos funcionales. Amplifica la propia libertad de movimiento.

por el sociólogo Jérémy Damian, como lo cuenta Vinciane Despret (2022). El contact es una danza contemporánea. Celebra la libertad de movimiento de cada quien y la posibilidad de moverse orgánicamente, siguiendo el propio sentir. Realmente permite que cada quien se sitúe en su propio espectro de movimientos, tempos, ritmos, cualidades de movimiento, amplitudes. En su propio mundo-moviente. Todo esto, en contacto con alguien más. La invitación de la danza contact es moverse-seguirse juntos, buscando siempre permanecer ligados en una zona de contacto.

Y entonces, emerge la posibilidad de registrar el espectro moviente del otro, habitarlo, sentirlo, moverse con, y viceversa. El contact es conexión parcial. No borra ningún mundo. Los pone en contacto, conversación cuerpo a cuerpo. Solo en este profundo contacto, habito la intimidad moviente del otro y me dejo habitar por otro. Caminar por la línea, dice Jérémy Damian, mantener la línea entre dos mundos que pueden entrar “mal en contacto provocando estragos, como el del positivismo y la experiencia sensible que vira muy rápido” (Despret, 2022, p 124). Se deja invitar por este caminar en la línea Vinciane Despret, y cobra sentido para ella esto de tener más interés en los tipos de relaciones que se vuelven posibles, antes que por la “verdad” literal de los enunciados.

Y entonces, cobra sentido para mí que los mundos en los que se ponen en juego las existencias movientes pueden tener zonas de contacto, y al ponernos en contacto, se amplifican posibilidades en nuestra propia existencia moviente, y también se nos relevan nuestros patrones de movimiento-pensamiento. Nuestros ritmos. Y entonces, la preocupación más honorable no es aspirar cambiarnos. Es tal vez revelarnos otras posibilidades de las existencias en el mundo. Las podemos palpar. Podemos albergar el tesoro de con-movernos.

Hace muchos años, y desde mis vestiduras de investigadora en psicología, investigar sobre el cuidado de la semilla tal vez habría sido un fragmento. La concretud de las interacciones entre las dinamizadoras y lxs niñxs -su objeto-. La psicología es hija de la episteme de la separación, y entonces una se educa para ver y crear fragmentos -su método- antes que continuidades, tramas, urdimbres y tejidos. Y entonces, la relación, es la concretud de la relación humano-humano. Y el hilo común es la interioridad, solo como paisaje interior, de cada quien.

Danzar en espiral en la ritualidad nasa, picar, beber, brindar, ofrendar, ayudar a cocinar, cargar, usar machete, disponer las semillas en espiral, mascar coca, escupir, voltear los tizones, han sido maneras de caminar por la línea del “contact”, y entrar en contacto con una manera de existir en la que tejer la sacralidad dispone los hilos que sostienen *el cuidado de la semilla*. Disponen, trabajan y cultivan una *nasawesx* (comunitariedad/familia según me cuenta Omar Julian Findscue) en la se aprende a relacionarse con los *ksxa'w e i'khwe'sx* (espíritus guardianes) para que orienten, permitan llevar la vida de mejor manera y en la que se aprende del desequilibrio energético-espiritual que también es vivir y

relacionarse, y hay que hacerse cargo de ello. Aprendo que debo hacerme cargo de ello.

Aprender a relacionarse con *los espíritus guardianes* permitirá que las semillas maduren en sus dones y poderes, desde que germinan hasta que llega a ser *nasnasa*¹⁹.

El Çxapuç y el otro espacio

A diferencia de los otros rituales, a los que me impulsaba especialmente la relación-reconocimiento que he caminado junto a las y los comuneros del cabildo, al Çxapuç, me empujaba una imperiosa necesidad propia. Aprender a relacionarme con mis muertos.

No se me enseñó de niña a hacerlo. Mi abuelo, quien me enseñó tantos saberes sobre la vida, no le alcanzó la propia para enseñarme(nos) como abrir paso al yunque del silencio para honrar su memoria junto a otrxs. Después de 23 años, mi madre aún se agujerea cuando lo recordamos juntas. A 6 meses de la partida de Catalina (tiempo en el que comencé a escribir este texto), no hay día en que mire su gran retrato junto a la tulpá, y no se me nubla la visión. Busco una vasija para esta agua derramada.

La disciplina psicológica tampoco me lo enseñó. Me enseñó a pensar en que lo que se requiere es un trabajo de duelo. Una práctica necia que los deudos no entienden, esa idea de que se transitan etapas y se llegará un día a la aceptación. Es Vinciane Despret (2022), discípula de Isabelle Stengers, quien me empuja a pensar en esta ocasión sobre ese borde que he mirado por años con profunda incomodidad. Vinciane Despret se toma muy en serio a los muertos y les devuelve su lugar. Les admite su vitalidad como muertos. Y enuncia lo que mi entraña hubiera querido gritar desde hace muchos años: el trabajo de duelo que propone la psicología es tal vez un destino desgraciado para los muertos. Su cometido no es otro que el desapego al vínculo que se tuvo. El duelo mata a los muertos.

Toca lo intocable Vinciane Despret. Entiende que la teoría del duelo, además de volverse aterida prescripción, está fundada en la idea racionalista (moderna) de

¹⁹ Desde hace unos años vengo escuchando en lxs comunerxs del cabildo esta expresión. Escucho por lo general que la usan para hacer referencia a la capacidad de un/a nasa de haber recorrido los caminos espirituales que le permiten *hablar y pensar desde el corazón*. La leo como una resistencia interna comunitaria a pensar que es suficiente con el auto reconocimiento como nasa sin prácticas vitales, y sin asumir maneras de vivir que tomen en serio la revitalización de la lengua, la espiritualidad, el servicio a la comunidad. No la leo como punto de llegada, más bien, y especialmente en Cali, como praxis continua y en tensión permanente frente a la voracidad instrumentalizadora de los tiempos neoliberales, la ciudad marginalizadora, las prácticas de Estado.

que los muertos solo pueden tener existencia en la memoria de los vivos. De ahí que el trabajo que propone, es un trabajo de absoluta interioridad. Un trabajo psíquico. Un trabajo que prescinde del muerto. Un trabajo que no puede reconocer que los muertos también hacen y hacen hacer. Que los muertos también trabajan. Una manera de mirar y pensar y orientar el trabajo desprovista de relacionalidad, porque su horizonte es cortar el lazo. Separar el mundo de los vivos y el de los muertos.

El trabajo de Vinciane Despret (2022), es un trabajo que ha aprendido que puede prescindir de la explicación y de la interpretación, ese mecanismo que habita el corazón de la ciencia moderna. Más bien cultiva *el tacto ontológico* para cuidar que los muertos puedan seguir teniendo su potencia de existir. Que puedan existir en sus propios términos. Lo aprende de los muchos deudos con los que conversó, desobedientes al camino del duelo. Deudos que le ayudan a pensar, que las personas aprenden lo que es importante para sus muertos. Aprenden a indagar lo que piden y cómo responderles (p 25). Vinciane Despret aprende que los muertos, incluso, pueden ser generosos.

Es en el *Çxapuç*, que aprendo de la relacionalidad que se teje con quienes habitan *el otro espacio*. Aprendo que diseñar la ciudad como arraigo-raíz, es cultivar la relación con los que ya se fueron. *El otro espacio*, también hace parte de la espiral de la vida. El espacio donde viven los que trascienden. El espacio donde se transforma la existencia. No es un espacio donde los muertos mueren. Es un espacio donde otra manera de la existencia tiene lugar. El otro lugar desde donde Catalina, se puede seguir relacionando con la comunidad nasa y conmigo. El *Çxapuç*, es el trabajo conjunto que hacen vivos y trascendidos.



Noviembre de 2022

La ritualidad se llevó a cabo en el colegio donde tiene lugar la casa semillas de Altos de Nápoles. Me inquietó que no fuera en la Laguna de la Estrella. Al llegar algunas de las dinamizadoras junto a la *Ne'jwe'sx* doña Luz Dary, elaboraban coloridos y grandes moños y flores en papel silueta, que servirían para embellecer las mesas de las ofrendas. Me uní al trabajo colectivo después del *refrescamiento* que nos hizo el *Thē Wala Wilson*.

La *Ne'jwe'sx* me comentó que en principio no les habían permitido hacer el ritual allí, porque el Dagma había declarado esa zona, como no apta para la música, las fogatas ni los encuentros.

-Tuve que explicarles toda la historia y la relación que tenemos con ese lugar. Ya cuando nos dijeron que sí podemos seguir haciendo las ritualidades también nos

habían permitido hacerlo aquí en el colegio. El mayor Wilson orientó que esta vez era mejor aquí.

En esta ocasión y a diferencia de otras ritualidades, había algunas familias de las Casas Semillas, invitadas por las dinamizadoras. No la mayoría, pero había una importante presencia que antes no había notado. No sé si a la laguna se habrían animado a subir. Con el paso de los años, he podido entender que mucha/os comunera/os nasa trabajan incluso los fines de semana. A muchas de las mujeres que viven en Altos de Nápoles y trabajan como internas, les resultaría titánico poder asistir. A muchas les resulta imposible. Otras, imposiblemente sortean la manera de asistir.

Instalamos las carpas en los salones del colegio. Esta vez estaríamos resguardados frente al caótico clima invernal que azota a Cali. Sentí que me faltó el abrazo de las montañas y la honda calma de la laguna. Luego me daría cuenta que a muchas otras personas también.

Una vez en el coliseo del colegio, Duvan con ayuda de otros jóvenes, se trepó en las columnas a varios metros de altura para colgar telas y banderas. Doña Luz Dary, nos orientó enérgicamente sobre dónde poner cada cosa traída y cocinada por las personas. Ollas de barro con chicha, guarapo y *cxawaswa*²⁰ y también en grandes tarros de plástico en los que se los trasladaron desde las casas de quienes lo prepararon. Arepas de maíz, crispetas, panes, dulces de frutas, frutas, chirrincho, cigarrillos, un muy oloroso bofe, pandebonos, papas y yuca cocida. Agua en jarras de plástico. Flores amarillas en las cestas con los panes. Todo esto, porque los que ya se fueron vendrían a comer. Se cuida que no pasen hambre ni sed. Que no estén tristes.

Aparecieron los colores del papel silueta, las velas alrededor de la espiral que contenía las mesas sobre la que disponíamos la comida. En el centro de las ofrendas, el gran y pesado retablo con la foto de aproximadamente dos metros por 80 cms de Catalina. Las risas, bromas, amabilidad y movimientos enérgicos circulaban por el espacio. Alrededor de las mesas grandes, mesas pequeñas con fotos. Elvira imprimió la de su papá. Otros prefirieron escribir los nombres y ponerlos en las mesas. Un manto de picaresca y humor cobijó toda esta honrosa logística.

En pocos minutos lo que a mis ojos lucía como un gigante altar: complejamente bello y nostálgico, más no melancólico. Luminosamente ámbar. Evocador, exuberante, oloroso, delicioso.

-Profe, ya comenzaron a llegar, dice el mayor. ¿Sí me entiende?

²⁰ Bebida elaborada a base de maíz blanco cocinado.

Era la primera vez, que doña Luz Dary ponía claramente en duda que yo pudiera comprender de qué me hablaba. Le dije que creía entender, lo que no significa que yo pudiera ver. No poder ver lo que mis amigxs nasa sí pueden, no me habilita para desestimar o poner en duda sus maneras de conocer, ligadas a sus maneras de sentir y vivir. Aprendí durante la noche algo sobre la cualidad de las presencias y manifestaciones de *los espíritus mayores* que llegan durante el .
Çxapuç.

No quise traducir, aunque no es propiamente la lógica racionalista la que me improntó en mi crianza. Mamá aprendió por mis abuelos a entregar a *las ánimas benditas* el cuidado de la casa. También prende un *cabito de una vela* a Santa Elena para que aparezcan las cosas perdidas. Mamá no pudo lograr que yo fuera católica, pero sí consiguió que yo entregue a *las ánimas* el cuidado de mi propia casa cuando me voy de viaje. Mamá solía sentir el perfume del abuelo cada vez que la abuela va a enfermar. Le sucedió muchas veces. Incluso le pidió al abuelo, cuando hizo su aparición a través del perfume, que no se llevara a la abuela. El abuelo no volvió a aparecer de esta manera.

Traducir ha sido el impulso de la ontología moderna. Impulso ilusorio. Ilusión que subyace a la acción de realizar equivalencias que sepultan y minimizan al tratar de aprehender vorazmente y fagocitar en una representación que depure la cuota de lo no traducible. Ilusión fusiladora que esconde un muerto en el armario. Una representación es una versión totalizadora, sostenida por entramados afectivos, lugares de enunciación, restricciones y elecciones en las maneras de conocer, en la que siempre se pierde, borra, distorsiona y en la que no se declara impotencia frente a lo perdido. Se declara victoria frente al retrato obtenido que supone la realidad. El allí afuera. El supuesto único mundo sobre el que se suponen existen distintas versiones traducibles y conmensurables. La traducción y la lógica de la representación para Mario Blaser (2013), han sido parte de la moderna estrategia de domesticación de la diferencia desde el cual se obvia el relacionamiento con la misma.

La mía no es una narrativa victoriosa, ni del espectáculo. Una narrativa de una mudanza onto-epistémica, es también el relato fúnebre sobre las propias e inevitables pérdidas en las maneras de pensar y existir. Estas pérdidas también merecen una fotografía en este altar. Mis muertos no estarán en el placard.

Esa noche, fue festiva, más no alegre. Es difícil explicar cómo se puede celebrar una ritualidad sin la mortuoria y solemne melancolía a la que me habituaron las procesiones católicas de las semanas santas que se viven en San Pedro, el pueblo de mi familia.

Los recuerdos fueron asomándose alrededor del altar. Minutos antes, Dadeiba me había compartido sobre la ritualidad íntima que hacía su abuela cuando era niña en Toribío, de donde es originaria. Recuerda su incredulidad de esos

tiempos- ¿para qué dejarles toda esa comida a los muertos? Un día presencié cómo el vaso de agua mermó.

El *Thē Wala* hizo lo que sabe hacer, como escribe Marisol de la Cadena (2020), sobre sus amigos Mariano y Nasario Turpo cuando despliegan sus saberes-haceres espirituales en la bellísima y triste etnografía *Seres Tierra*. El mayor brindó con el chirrincho, armonizó con la coca y orientó la danza que hicimos alrededor del altar, al fragor de los vientos y tambores que tocaban los músicos. Cuando percibió que comenzaron a llegar los espíritus lo comunicó. Segundos después, los perros comenzaron a ladrar. Nos invitó a sentir que los seres espirituales nos acompañaban y recibían las ofrendas dispuestas. Nos dijo cariñosamente que recibiríamos la fuerza de los abuelos espirituales.

El *Thē Wala* preguntó a las y los comuneros si esta ritualidad era nueva para el pueblo nasa y en sus vidas. Percibí su intención, el guiño revitalizador. Gesto subversivo. Abrió paso a una cascada de memorias. Repartió las hojas de coca para mambear y endulzar la palabra. *El chirro* hizo presencia y también de las suyas. La coca también. En esta ocasión, y a diferencia de otras ritualidades, no la escupimos. Nos acompañó. Su tarea no era limpiarnos. En esta ocasión la limpieza estaría en los alimentos que comeríamos después de haber compartido con los seres espirituales. Le puedo contar a Vinciane Despret, que aprendo que los seres espirituales pueden dar fuerza, y podemos comer con ellos.

Uno a uno se rotaron la palabra durante la noche. Uno invitaba a otro, y así se animaron dulcemente a la conversa, a meter la mano en recuerdos que a veces son bunker. Se fue creando una cueva, de la que era posible entrar y salir. Apaciblemente y con licencia para la congoja.

Esa noche se me reveló la manera en que la ritualidad persistió en la intimidad de cada familia. Muchas personas recordaron que *el Çxapuç* se llevaba a cabo en un lugar especial del hogar, en un cuarto que se cerraba. Recordaron las novenas que rezaban. Un parentesco con los funerales católicos. Vestigio colonial residuo del proyecto educativo evangelizador que les fue impuesto.

Coincidieron en recordar con animosidad los alimentos que cocinaban especialmente para el ser que había trascendido. Entendí que no se celebraba públicamente. No habría sido posible. La intimidad y el silencio fueron aliados en la preservación. Pude tocar el intenso dolor de muchas comuneras que recordaron a quienes perdieron en la avalancha de Tierra Adentro.

Jenny nos hizo saber que los seres espirituales se hacen sentir a través de señas, y también, a través de la presencia de algunos insectos como las mariposas. Nos contó de las cenizas que se dejaban en algunas casas en el piso frente a los altares y de las huellas que encontraban en las mismas a la mañana siguiente.

Doña Natalia Escue, mayora, consejera política y ex gobernadora, nos comentó que a partir de su pertenencia al cabildo ha comenzado a recordar los remedios que practicaba su papá.

-Sin embargo, en la casa no nos enseñaron realmente qué era ser indígena. Pensaba que ser indio era un delito. Con estas ritualidades entiendo que estamos en una escuela de aprendizaje y yo comienzo a recordar lo que hacía mi papá.

Don Ricardo, siguió este hilo de la memoria

-Yo crecí en Puerto Asís, Putumayo. De niño no me enseñaban, a uno no le explicaban cosas, ni qué pasaba con los fallecidos. Mi mamá hablaba nasa yuwe, pero si lo veían a uno querer aprender lo recriminaban. Me alegra ver muchos niños aquí y que les podamos explicar, que puedan participar.

Julia compartió con mucha alegría

-En mi territorio, Mosoco, hay católicos y cristianos y en mi familia también, y hemos tenido que aprender a compartir en familia. En mi casa cuando fallecía alguien también se hacía novena y la comida se hacía el último día. Luego lo llevaban al cementerio y luego repartían la comida. Eso era abundancia. Yo hoy veo que este proceso de la ciudad tiene más fuerza que hasta en los territorios.

Hacia la medianoche se repartió toda la comida entre los asistentes. Cada quien hizo su vianda para comer y llevar. Los espíritus habían visitado, comido y bebido con nosotros, afirmaba el mayor. Mucha serenidad y gozo en la atmósfera que se prolongó en rumba de música andina y salsa hasta el amanecer. Con el son del pávido návido me fui a dormir.

A la mañana siguiente, me invitaron a la cocina de la escuela a desayunar. El calentado de frijoles y arroz de la noche anterior lo preparaba doña Natalia en un fondo sobre un fogón de ladrillos en el patio de la cocina. Conversé con ella en el patio, sentada en un butaco, mientras ella raspaba el pegado de la olla y hacía bromas. A doña Natalia le importa que todos coman bien. Ella es quien siempre prepara la chicha y se fija si las personas se comieron todo.

Esa mañana me contó sobre la manera en que el proceso del cabildo le ha ayudado a recordar y especialmente a sentir que sabe, así sus saberes no sean de la universidad, según me dijo. En su casa es la única que se siente nasa. Le reclaman que pase mucho tiempo en el cabildo. Siente que tiene memorias, un qué recordar, le preocupan las generaciones que no les habitan las memorias porque crecieron en la ciudad. Le alegra, a ella, a las autoridades, a la/os comunera/os y a mí, pensar que las casas semillas puedan ser un espacio donde sembrar las futuras memorias. El hilo interior que conduzca las búsquedas sobre las maneras de ser y estar en el mundo que permitan re-hacer(se), profundizar

en los vínculos, los procesos, los esfuerzos excesivos y sostenidos en el pantano de la dificultad. Superficie y profundidad de la tierra.

Con *el Çxapuç* también aprendo la voluntad de recordar y danzar las cosas difíciles. Un saber hacerlo en colectivo. Trenzado entre dolor y belleza, que hace posible la comunicación entre los distintos espacios y que las orillas entre los vivos y los muertos estén signadas por la continuidad. No por la ruptura. Es una ritualidad que abre la disposición para que los trascendidos puedan cuidar de los vivos y los vivos cuidar de los trascendidos. Permite el trabajo conjunto entre espíritus y vivos para seguir tejiendo una *nasa we'sx* en la que pueda coexistir la multiplicidad de las formas de la vitalidad.

Ayuda a tejer una comunidad en la que los muertos pueden seguir existiendo e influyendo las vidas de los vivos. Sin trabajo de duelo que condene a los muertos a ser refugiados ontológicos (Despret, 2022). Los muertos tienen un espacio en el mundo nasa. Suficiente ya de expulsados de existencia en la modernidad. Tenemos suficiente con los desaparecidos, verdaderos refugiados que no sabemos dónde poner. Pero esas son otras historias, que merecen su espacio, como la de mi tío, "el exiliado ontológico", que no hemos sabido en que espacio está desde hace 30 años y por ello, ha sido doloroso no poder recomponer esa relación.



Çxapuç 2022

Foto tomada por Vivian Ospina



Estado- Farmakon. Antídoto y veneno. Quimioterapia. Cura que mata un poco, o mucho. ¿Qué mata el Estado? Luchar dentro o fuera del Estado, ¿es posible ser cáncer y quimioterapia? En la política liberal suele haber algo matable,

sacrificable, prescindible. En la neoliberal, mucho es masacrable. ¿Cuál es el anillo concéntrico de esta práctica política?

Muchxs piensan que no es posible hacer las luchas del orden de lo político, desde adentro del Estado. Yo misma me empecino en que la mía no sea una tesis Estado- céntrica. Y, sin embargo, *el cuidado de la semilla*, es una lucha político-educativa, por fuera del Estado, con el Estado, para un más allá del Estado.

Como las mujeres nasa, no logro desenredarme enteramente del falocentrismo del Estado en esta tesis. En su fálico accionar y ordenador de la vida, en su buen hacer, desde las institucionalidades estatales se decreta lo que hay hacer y cómo hacerlo. Jamás cómo financiarlo. Pasa la costura generando el efecto de división entre lo público y lo privado. Se construye lo público, apropiado por el Estado, dice Raquel Gutiérrez (2017), en ese macabro binarismo frente a lo privado/doméstico. Lo público como ámbito del cual se debe hacer responsable la figura Estatal: pensar y decidir (y en muchas ocasiones, lucrarse) sin el otro. Lo público no es lo comunal, tampoco común. Desde las figuras comunales y que defienden lo común, no se busca ser objeto de la administración estatal. Desde la *nasa we'sx*, tampoco. Se busca relación. También con el Estado. Aprendo que la *nasa we'sx* admite la colectividad y relacionamiento con animales, minerales, astros, para en co-existencia habitar la *yat wala*-casa grande.

Aparecen los nudos gordianos (pienso en Bruno Latour). *El cuidado de la semilla*, es uno de ellos. Uno que nos revela y podría revelar a la estatalidad y las disciplinas, su vocación diseccionadora, frente a lo que tiene espíritu de trama y anudamiento. Tendrían que estar dispuestas al vacío, pero la verdad es que tienen mucho afán.

El Estado preñado de liberalismo abre su canal de parto a *la ciudadanía*.

- ¡Ha nacido un individuo!

-Un poco pálido, algo estallado, pero se ha liberado del útero de la madre.

-No importa, hablaremos por él. Seremos él, no necesitamos de su llanto, ni de su aliento. Le representaremos. Conocerá los brazos del silencio representativo que le contendrá.

Esta es la figura de ciudadanía, pariente de la comunidad como la construyen las políticas liberales. A lo sumo la invocan, diplomáticamente. Entre más borradas estén en la realidad, y más se presten al direccionamiento estas figuras, mejor representadas serán.

Raquel Gutiérrez (2017) me invita a poner la lupa sobre la acumulación (desangramiento) como el corazón (de hojalata) de la estatalidad. Ahorrar en gasto como extraña manera de blindar los contratos para que no sean atractivos

para las cuotas políticas, me confesó un economista-funcionario en una ocasión. Acumular no es una ética de vida. Ni un horizonte para caminarla.

Iluminar otras formas y prácticas que construyen lo político más allá de lo que las lámparas de los faros liberales alcanzan a iluminar en alta mar, el cometido de Raquel Gutiérrez (2017). Formas políticas comunitarias. Políticas en femenino. Horizontes comunitarios populares, y con estos, el entramado de aspiraciones, sueños, prácticas, maneras de nombrar, que sostienen luchas populares que resuelven maneras para que la vida, también se trate de la vida y no solo de la mezquina administración de las poblaciones.

Posibilidades para intentar resolver en el arraigo de los vínculos y no a expensa de éstos. Hacerse cargo, decidir, tomar parte. Poner el cuerpo. Trabajar con las manos. Hacer presencia. Imposible en los estertores de la ausencia. Jamás representable. Habitar el tiempo de la vida comunal y no solo el de la vida familiar. Tejer nuevas filigranas temporales. No es delegable.

Esta dimensión de lo comunal puede habitar una zona de contacto con la *nasa we'sx*. Con la minga y la ritualidad, esas grandes tecnologías para tejer el lazo. Con la primera, zona de contacto. Con la segunda, vacío entre mundos. En ambas tecnologías el cultivo de socialidades amplias que requieren presencia y ser avivadas. En la ritualidad, con los que están y con los que no están, con los que vemos y con los que debemos aprender a sentir, a escuchar y conversar. Con los que nos vamos a cuidar. A los que debemos permitir que nos orienten, con sus señas y desde *el otro espacio*.

Más allá de lo público, reside lo común. El inter y el entre. Somos. Hacemos. Sufrimos. Padecemos. La comunalidad, habita otra racionalidad-relacional distinta a la del individuo, recuerda Gustavo Esteva (2018). Precisa de vivencia, insiste. Puedo pensar que crea otras maneras de intelección más cercanas a la dimensión de lo sensible. Y también otros amores y maneras de amar y otros dolores. Así, lo político recibe este torrente, y desde la práctica comunal se produce, reproduce, dirimen, crean, diseñan maneras de vivir mutuamente habitadas. Existencias con regímenes de vitalidad. También hay existencias con regímenes mortuorios, como en los que pueden existir prescindibles, matables, descartables. Un régimen de existencia que no se preocupa por las vidas no humanas, es en últimas un régimen que se autofagocita en el exceso de importancia que concede a lo humano.

Los pensadores y defensores de lo común, en el activismo y en la academia, coinciden en que éste puede vivirse como un exceso para la estatalidad. Silvia Federici (2020) insiste en que la estatalidad trata de neutralizarle. Lo común es lo que no podrá ser jamás administrable desde la perspectiva del rédito económico. Pienso que la estatalidad bordea la impetuosidad de lo común y lo comunal, en los llamados a las co-responsabilidades. Se la trata de incorporar y digerir. Se espera que esté debidamente controlada. Y, sin embargo, creo que *la nasa we'sx*

es otro exceso para las luchas políticas por lo común. Aunque pueden danzar contact.

Lo común, lo comunal, *la nasa we'sx*, de interés para todxs, requiere de autonomías para su propia gobernanza y cuidado. Precisan de otra relación con el Estado distinta a la del *pater familias*. ¿Le puede caber a la racionalidad de Estado *un común* con autonomía y que no le pertenezca? ¿Qué hace con las persistentes búsquedas de relacionamiento desde la *nasa we'sx*?

Desde las prácticas estatales que impone el ICBF, la institucionalidad crea espacios que suponen la participación familiar. Evalúa como criterio de calidad, que “se les permita aportar”. Se crean un par de talleres al semestre para ello. Se construye una evidencia y se la archiva para mostrarla cuando venga la supervisión. De esto no se trata la vida comunal. Ella habita con cauce propio los tiempos, organizaciones y determinaciones. No precisa que se le abra y designe un espacio. Se lo toma. Es en la *nasa we'sx* donde habitan, como práctica viva y cotidiana, los saberes para *el cuidado de la semilla*, no en la inteligencia burocrática ni en los saberes expertos.

Es muy frecuente que se encuentren en los llamados centros de desarrollo infantil (ahora llamadas Unidades de Transformación Social) en Cali, letreros que prohíben el ingreso de familias. En su lógica es un riesgo para lxs niñxs que las familias estén en estos lugares. ¿Qué racionalidad supone que el cuidado cotidiano de niñas y niños puede prescindir de la presencia y decisión familiar y comunitaria? Posiblemente la que ha sido construida por discursos y políticas liberales de la educación, donde el patrón Estado, se adueña, dictamina, dirige, y la familia se subordina. Subrepticamente. Co-responsablemente.

No crea. Son muchas las contradicciones de la vida comunal en la ciudad. Jamás terreno ganado. Siempre endeble y deleznable (no en su acepción de despreciable). Nunca eco de un pretérito. Admite la tensión sofocante entre conservación y creación, invita contemplar Gustavo Esteva (2018).

Exige mucho trabajo, como la lectura de este largo párrafo. No necesariamente en una familia todos asumen vivirse comuners. Mujeres y hombres se distribuyen todo tipo de tareas. Los roles no generan ninguna frontera, aunque haya deferencias con lxs mayores humanos y espirituales. A veces el agotamiento da forma al compromiso. Las mujeres pueden ser madres, mujeres- autoridad, dinamizadoras, mujeres que participan de la cocina en los rituales, de la organización de los espacios, de los tejidos de educación y salud y de las asambleas y la decisión. Mujeres *kiwe thegna*. Mujeres que tejen, siembran, venden, entierran el azadón, pintan, beben chicha y danzan. Asisten a todo tipo de reuniones semanalmente con distintas secretarías y cuanto proyecto del Estado haga presencia. Trabajan en casas de familia y en el sector público. Sueñan con aprender a tener emprendimientos en la ciudad en la lógica de las economías solidarias. Enferman, se angustian, se desequilibran, se cansan, se comprometen.

Me suelen comentar de su afecto por la *ne'jwe'sx* y su deseo de no dejarla sola. Crían saberes, cultivan los vínculos con los territorios. Participan de las mingas, hacen memoria. Quieren seguir recordando, leyendo las señas, conversando con el fuego y reavivando la vida con ritual y volver a confiar en la medicina propia. Quieren transmitir.

Adriana Menza (2021) se pregunta en su tesis de maestría cómo destinan los tiempos de sus vidas las mujeres del cabildo. Se da cuenta de que las mujeres de la comunidad están desbalanceadas en su reparto entre las tareas comunales, laborales y familiares. No destinan tiempo para sí mismas.

Preocupa el equilibrio espiritual y físico de las mujeres y las historias de barbarie sobre sus cuerpos. Preocupan los jóvenes, preocupan las semillas. Preocupa *beber de la teta del Estado*, escuché en una reunión. Una teta envenenada. Preocupan los saberes comunales, mayormente sostenidos por comuneros y comuneras con vínculos directos con el territorio. Preocupa que devore la ciudad, y que mayores y mayores pasen al otro espacio. Preocupa el don de tener y habitar el tiempo que dejan los trabajos precarizadores. Preocupa que los espacios comunales sean especialmente espacios con voz para los adultos y que niñas, niños y jóvenes no crezcan embebidos del saber- hacer y el sentir comunal. Preocupa que puedan desear y aprendan a ser comuneros y comuneras y no solo trabajadores en la ciudad. Que no solo sean ciudadanos para el Estado.

No es posible el cuidado de la semilla sin una nasa we'sx...

Capítulo 3



Círculo en la Antártica, Richard Long , 2012

La obra de Richard Long no es urbana y esto no la hace desprovista de ideas modernas. No es romántica por estar en parajes que occidente ha construido como *naturales*. Es vano el esfuerzo por ordenarla en una prístina categoría ¿Qué cuenta este encuentro/composición en conexión parcial? ¿Qué cuentan las rocas del camino, el caminante y el lugar?

Este tercer capítulo cuenta con escrituras que no aspiran a la modernidad y sin embargo se encuentran afincadas en las márgenes de la ciudad, en sus bordes. Las casas semillas están en la ciudad y no por ello son urbanas en la manera en la modernidad-estatal destila sus jugosidades y venenos. Tampoco se libran de éstos. Traen el ímpetu de caminos del volver a aprender el camino *del cuidado*, con las posibilidades de estas arquitecturas, lomas, con las materialidades de los encuentros, contactos y desencuentros entre mundos.

Caminar el Cuido

Desacelerar es ser capaces de volver a aprender,
de hacer conocimiento con algo, de reconocer que nos tiene y
nos hace tener, de pensar y de imaginar y, en el mismo proceso,
de crear relaciones con otros que no sean de captura; por lo tanto
es crear entre nosotros y con otros el tipo de relación que conviene
entre enfermos, que se necesitan unos a otros para reaprender con otros
por los otros, gracias a los otros, lo que requiere una vida digna de ser vivida,
conocimientos dignos de ser cultivados

Isabelle Stengers, Otra ciencia es posible. Manifiesto por la desaceleración de las ciencias.

Esta no es una tesis que aspire a alimentar el diseño de políticas públicas. Son muy certeras y están convencidas de lo que promulgan. Encarnan la voz de los regímenes de verdad y de cuidado modernos. No busca dar línea en nada, ni hablar por nadie. Ni decirle a nadie qué hacer ni cómo hacerlo y mucho menos como administrarle. Tampoco qué realmente debería entender.

No es mi cometido contarle qué son las casas semillas, estaría emulando la vocación de los documentos de Estado, tan precisos y operativos, tan virtuosos para traducir todo a un saber cómo hacer. Tan impersonales y reemplazables por una nueva edición. Tan producibles en una oficina, por un funcionario designado. Especialmente tan deudores del gabinete de turno y de las categorías modernas producidas por comunidades académicas. Tan dueños de LA representación, que crea un mundo único, promulgado por voces expertas en pastiches unificadores, poco o nada afectadas. Enfermas de monólogos sin marcas de relación.

Cuando suelo compartir algunas de las que siento son aproximaciones cercanas a la apuesta que el cabildo tiene respecto a las casas semillas, suelo sentir que mi

aproximación nunca agota ni captura enteramente la multiplicidad de sentidos propuestos en cada una de sus conceptualizaciones y prácticas. Mi aspiración es más modesta. Tal vez, evocar en lxs modernos e incluso en los no tan modernos, la necesidad de *desacelerar* tanta certeza y experticia tan violentas e injustas con la complejidad y las texturas, pliegues, dobleces de la diferencia ontológica. Incluso, me interesa demarcar algunos incapturables que erosionan la rocosidad de la representación moderna del cuidar. Me lanzo al abismo de las *conexiones arriesgadas*, que permiten exhibir el revés de la costura moderna, sin culpabilidad ni heroísmo, más bien, recorriendo *el entre* (no el sobre) que apertura el aprendizaje (Stengers, 2019). Soy tocada por sentidos prófugos al ímpetu capturador.

¿Borrar o aplanar es nuestra única posibilidad en aras de que la máquina siga andando?

El andar de la máquina moderno-estatal-disciplinar temporaliza, construye su propio tiempo maquinal, a su paso fagocita cualquiera otra temporalidad posible. El andar de la máquina, *no es el andar del tiempo*.

Abrir Camino

Minga de pensamiento: me es permitido acompañar un espacio para palabrear con hondura lo refundido y acallado. Praxis de escucha mutua, de saberse trenzado por historias, dolores y luchas comunes. Juntarse, compartirse, darse. Pensar en el acto de recordar. Recordar como hilo de pensamiento que lleva a la pregunta de la vida posible, la vida buena -¿la que no se vive en la ciudad?-, la que habita el soñar del que no se ha sido despojado y en la nostalgia por el territorio, que no es meramente la tierra.

-De lo que todos comentamos aprendemos- introduce doña Luz Dary

Las mingas como la asamblea han sido el espacio en el que he podido sentir las texturas sinuosas de la comunidad y no solo la tesitura del cabildo.

-La pandemia nos ha vuelto perezosos. Necesitamos volver a practicar la junta-bromea la gobernadora mientras suelta una risa y saluda a las personas que han asistido a una minga de pensamiento para volver sobre el cuidado de la semilla. Mientras tanto, doña Ruby y doña Natalia nos reciben con desayuno, reparten a cada persona un plato con una papa parda enorme con un huevo con guiso por encima. La comida caliente, genera motivos de conversación y anima el deseo de recordar.

Sentadas en las rimas blancas, figurando un círculo en el patio interior de la casa del cabildo (realmente la forma del espacio no lo permite, sería más bien un óvalo) y sin dar la espalda a la Tulpa, se ha convocado a las y los comuneros a

tejer en común con recuerdos que habitan la biografía singular para reavivar prácticas de cuidado necesarias para la buena vida en la ciudad.

-La tulpa es simbólica - comenta la gobernadora a las mayores del territorio que acompañan.

Me percato por primera vez, que lo simbólico al que se refieren en el cabildo no es figurado, y por ello, no es menos simbólico. Las tulpas fueron seleccionadas con *cateo* por el mayor Wilson Valencia durante un taller en el 2020 en el furor de la pandemia. En ellas se brinda (tal vez lo correcto sería decir con ellas). Se las respeta, no se les da la espalda, y constituyen el mejor lugar de la conversación, la transmisión de la memoria y el despertar de la raíz, comenta la mayora. Esta tulpa es tulpa, no es un como sí, pero tampoco constituye la tulpa con fuego de territorio. Tal vez lo que puedo alcanzar a dibujar desde mi comprensión es que esta tulpa es y no es, sin dejar de ser. *Ip kwet/* la tulpa es el lugar de la conversación profunda y con corazón.

-En las tulpas los antiguos orientan. Allí se sembraba el ombligo, se cocinaba, se comía, se preparaba el remedio, se hacían chistes. Eso se ha perdido todo con la hornilla y el gas- recuerda la mayora (médica tradicional) que ha sido invitada a esta minga.

La mayora, un rato antes, nos ha *refrescado* en la cabeza con plantas que ha traído en su mochila y que ha introducido en agua. Ha tomado un poco de agua en sus manos y la ha puesto en la coronilla de cada uno de nosotros.

¿Orientan los antiguos en esta tulpa simbólica?

Me queda la imprecisión audible si cuando la mayora se refiere a los antiguos se refiere a los espíritus o a sus mayores, o si son los espíritus a través de sus antiguos. Tal vez la distinción es solo mía.

Los recuerdos se abren como portal insondable. Asomarse a un fractal, es asomarse a una parte que se multiplica en millones de las mismas, siendo única cada vez. La mayora habla de la pérdida de la tulpa y de la lengua. Este es un recuerdo fractálico en la comunidad, lo porta cada nasa en la ciudad con quien converso, pero su dolor hace que sea único. Uno multiplicado por miles, tal vez millones, no lo sé. Incontables patrones cuya geometría es el dolor, contenidos uno en el otro. Cualquiera sea la forma que el dolor contenga y en la que sea contenido. No sé si hay algo posible que contenga la marejada de arrasamientos vividos. De algún modo no solo son incontables, también incontenibles, pero pareciera encuentran nido tibio para reposar en el óvalo dispuesto.

-Yo perdí la lengua. La profesora de la primaria me daba reglazos. Desde allí perdí todo. Entiendo muy bien, pero jamás pude volver a hablarlo. No fui capaz- comenta con gesto sereno la mayora, mientras alza su tama con la mano derecha.

Cuidar la semilla, es cuidar la madre, tierra de la semilla. Cuidar la tierra no es medicalizar la tierra, puede estar más cercano a preservar su dignidad de acontecimiento vital. Lo vivo y la vida encierran sus misterios y su propia potencia. Cuidar la germinación de la semilla y el brote/nacimiento no es asistir a un hecho hospitalario. Es cuidar *el jechar de la semilla*. Cuidar la alimentación, no solo es vigilar valores nutricionales. Gallina de campo, plátano, arracacha, chocolate caliente velan por el calor del cuerpo tanto como la pimienta, el comino y el ajo. La mujer, tierra parida, es alojada en otro tiempo.

- Un tiempo en que el cuerpo se encuentra abierto y la mujer no se puede ventear, ya después vuelve a cerrarse si se han tenido todos los cuidados. - comenta la partera Rosa Dicue, y explica, que el limoncillo con la ruda sobre el vientre ayuda para los fríos.

-Las semillas toman la fuerza de los alimentos de la mamá- cuenta la mayora, mientras la escuchamos con atención quienes la rodeamos.

-Mi mamá tenía los hijos en la cocina, allí los recibía la partera al calor del fuego, y el niño solo se lo podía mostrar después de 2 o 3 meses. Eso sí la gallina no podía ser ahumada porque daba cólico- explica Jenny Pacho con animosidad. La que suele irse despertando en ella conforme las mingas van tomando vigor.

La partera sabe qué baños hacer para que la mujer que ha dado a luz no caiga enferma, *no se ponga débil después* - Los antiguos se cuidaban y no caían enfermos como cae la gente ahora- añade la mayora mientras mambea coca.

La ritualidad que cuida de la semilla en distintos momentos de la vida *abre camino*, ¿genera armonía espiritual para que la vida sea posible? Retumba una voz en mi cabeza. El guarapo, el chirrincho y la chicha de maíz son bebidas que orientan y *abren el espacio por donde se va a pasar*. No faltan en la conversa, la fiesta, el ritual y el remedio.

No puedo aprehender enteramente el grosor del *abrir camino*, sin embargo, puedo entender que amar lxs hijxs - amar la semilla- se liga al deseo de *abrir camino* para ellos. El espacio por donde se abre paso la vida, no es exclusivamente un espacio físico y material, la vida se abre o se cierra paso en distintos planos.

-A mi hijo no lo esperaba, el papá sí, lo vio venir en sueños y abrió camino para él. Me lo sembró en luna llena y nació en luna llena. Decían que era un embarazo riesgoso, mi mamá me llevó al médico tradicional y me soplaron el mal. Mi hijo nació en La Plata, y yo me traje la placenta y la sembré en la tulpita de la casa de mi mamá. Para la primer cortada de cabello el papá lo llevó al páramo y le hizo su ritual con plantas frescas. Yo le hablo en nasa yuwe y él lo entiende pero aquí en la ciudad se relaciona con mis sobrinos en español y solo está hablando español. Ahora espero poder entregar al niño a la laguna a ver si fortalece la lengua- Comparte Jenny Pacho con un tono efusivo y jovial.

-Yo tuve mi hija con una mujer nasa que no se identifica como nasa, su mamá vive en Pitayó y ella si le hizo los rituales a mi hija para que naciera sin problemas de salud. Eso sí, sin que la mamá supiera porque podía dañar el trabajo. Cuando nació la llevamos a médico tradicional para abrirle camino, para que los espíritus le guíen el camino y le den fortaleza y se identifique como hija de nasa y no como le pasó a la mamá. A mi otro hijo, el que tengo con una mamá mestiza, le estoy abriendo camino en la parte artística, para que no me lo jale para lo occidental, quiero darle plantas del páramo – Comenta el profe Rubén mientras sostiene el charango que suele tocar sobre sus piernas.

He ido entendiendo que hasta dos generaciones atrás para las familias actuales nasa en la ciudad, era habitual que alguno de los miembros de la familia fueran médicos tradicionales, parteras, sobadores, pulseros. Los saberes que cuidaban de la vida pertenecían a cada familia y eran transmitidos al interior de las mismas. Del contacto con estos *sabedores* depende la posibilidad de *abrir camino* para sus hijos. Cada vez hay menos sabedores. En la ciudad son escasos, para muchas familias nulos. El cambio de proporción que groseramente me hago en la cabeza es que si antes había sabedores por familia, ahora los hay por comunidad, por resguardo, por vereda. En Cali, recurren a los que haya en territorio, según me cuentan.

Llegar a la ciudad no puede constituir el destierro del camino abierto. Se me ocurre que las políticas podrían estar cerrando el camino. Los expertos, los burócratas, los funcionarios, no saben abrir camino. Saben de cosas que pueden ser indicadores de medición.

Algunas mujeres nasa viven con su madre en la ciudad, y son ellas quienes hacen intentos por custodiar el cuidado de sí que no les proporciona la EPS. Muchas son hijas de las violencias, y la violencia no cuida a nadie. Muchas mujeres deben buscar quién cuide de ellas o aprender a cuidar de sí en medio de la hostilidad y aislamiento de la selva de cemento, o simplemente dejan de buscar porque buscar no es opción y no cuidan de sí y se ocupan del sustento.

-Mi hija no fue planeada, fue mi mamá la que me hizo las aguas, los baños, la que me llevó al médico tradicional y él me dijo que debía ir a la partera porque la niña venía sentada, y yo no fui, así que me tocó cesárea. Eso sí, yo pedí el ombligo de la niña y aun lo tengo pero no hay terreno donde sembrarlo- cuenta la Mónica Imbachi, profesora de la escuela integral indígena.

-El ombligo hay que preservarlo, del ombligo se pueden sacar remedios cuando los niños se enferman. Debe estar en contacto con la tierra y no en frascos- comenta la médica mayor y muchas mujeres hacen comentarios muy bajos entre ellas.

Aprendo, que la siembra del ombligo, permite que cada semilla entre en contacto con *los kxsa'w* que le ayudarán a madurar, y le darán fuerza para que su caminar esté orientado por sus propios dones. Aprendo que la siembra del ombligo es la conexión con *uma kiwe*/la tierra, *fxnu*/el espacio sagrado y la *nasa we'sx*.

Sospecho hay muchos frascos en las casas con ombligos.

-Mi hijo no fue planeado, yo no sabía si era niño o niña. Su papá es médico tradicional, también mi papá. Mi abuelo fue el que me dijo que iba a ser niño. No lo pude tener en la casa, me hicieron cesárea en la clínica y me botaron el ombligo del niño. A él le dio pulmonía al nacer y eso fue porque en embarazo cogí el frío de una laguna y eso me hizo mucho daño. El niño se enfermaba mucho, y a los 4 años me lo traje para la ciudad. Mi papá era el que le hacía todos sus remedios de protección hasta que trascendió- Elvira Dagua Pito

-Mi embarazo lo viví sola en Cali, me dio muy duro pensé que esa niña me iba a salir por la boca. Una vecina fue la que me dio la mano. Antes del parto me cocinó hoja de brevo y me la pasó caliente. El parto no me dolió tanto aunque vi en la sala a muchas mujeres gritando. Después del parto no me pude cuidar porque mi hija quedó hospitalizada. Ya luego cuando me la llevé a la casa. Dejé la niña con la vecina. Me fui a comprar mis yerbas sola, hice mis baños, mi sahumero y no salí en 24 horas. Eso sí, pude guardar el ombligo de la niña- interviene una mujer cuyo nombre no conozco aún pero me es familiar porque la he visto en otros encuentros del cabildo.

Una mujer pregunta a la mayora cómo aprendió a curar. La mayora casi que susurrando melodiosamente le cuenta que lo aprendió de su tía. La acompañaba a preparar los caldos, las aromáticas y a atender los partos. También le deja claro que es un don, y por esto siente que no puede cobrar. Junto a su tía aprendió a curar *el ojo* y *el susto*, también a diferenciarlos.

Cuando tenía 17 años acompañé a mi mamá a la galería del alameda y le pregunté por un olor que intempestivamente nos invadió y me produjo una oleada de sensaciones. Fragmentos de escenas que no producían una película pero que tampoco desaparecían. Un cuarto oscuro, mi vientre descubierto, la sensación de estar patas arriba mirado el piso y ese intenso olor habitando todos mis orificios corporales. Le dije a mi mamá que ese olor me recordaba por alguna razón cuando era niña. Mi mamá se rió y no me dijo nada. Era el olor de la ruda, averigüé después. No pude deshacerme del olor ni de los fragmentos, por lo cual insistí a mi mamá. En casa me reveló que de niña era muy proclive *al mal del ojo* y que solo me curaba una *yerbatera* a la que siempre me llevaban. En mi familia hay saberes sobre el mal de ojo. Se sabe que proviene de la mirada fuerte de alguien que tal vez no tenga la intención pero que puede ser consciente de que su mirada provoca el ojo.

Mi hermano Aymer, es médico cirujano, aprendió a diferenciar cuándo los males de sus hijos eran curables por su medicina, y cuándo debía llevarlos a que otros médicos los curaran. Aunque este saber lo puso en duda al estudiar en la universidad, años después, la paternidad lo reconcilió con los saberes que curan estos males. Muchas veces le curaron a su hija de mal de ojo. Al parecer María del Mar, mi sobrina, era tan proclive como yo a este mal, y su cuerpo y el mío (tal vez nuestro espíritu) sabía recibir la medicina de plantas.

Lo que no sabía sobre el mal de ojo era que lo puede transmitir una mujer que ha mirado en embarazo algún eclipse. Tampoco que en ocasiones puede curarlo la misma persona que lo hizo. La mayora no recomienda que se *cierre el cuerpo* de un niño con mal de ojo con la intención de que no enferme, porque al cerrarlo se corre el riesgo de *cerrarlo para todo*. Es importante *seguirle abriendo el espacio* al niño. No sabía tampoco que hay *ojo seco*, que se caracteriza porque el niño come y no sube de peso y otros ojos que dan más con vómitos, diarrea y fiebre.

Tiempo después de la minga, mi madre me cuenta que la esposa de mi tío sabe que hace ojo y como lo sabe al ver a un niño pequeño pide consentimiento para *nalguearlo* o para untarle saliva. Si tuviera una visión más polar de la vida pensaría a la esposa de mi tío la mueve una fuerza compleja maldición-bendición, veneno-antídoto. Tal vez si tengo esta visión polar. Fantaseo que su animal totémico es la serpiente.

-Me ha tocado curar jóvenes y adultos con ojo. Recuerdo un muchacho en la clínica con dolor de cabeza y vómito. Llevaba varios días hospitalizado y nada que le daban con lo que tenía. Yo le dije a los médicos de la IPS que me permitieran verlo y ahí le reconocí el ojo y le pude dar remedio y salió de la clínica. En el hospital no les van a curar ni el ojo ni el susto. Se nos pueden morir los niños- afirma la mayora con un gesto de apretar un poco los labios, que se traduce en que las comisuras junto a ellos se acentúan. Me doy cuenta que también se acentúan mis propias comisuras. Comparto la preocupación.

Para la mayora es importante que las familias puedan acudir primero a un mayor que sepa de curaciones antes de ir a la clínica. Sabe, como mi hermano, que hay males distintos y requieren distintas curaciones. Esto que saben la mayora y que distingue mi hermano, es aplastado por el tractor del hegemónico saber sobre la salud, que como aquella enfermera de Colibrí, hace algunos años me dejó claro que afecciones como el susto *son ideología*.

El llamado del caminar de la luna

En el 2015, a través de Grace David y siendo jurado de su tesis de Maestría en Psicología en la Universidad del Valle conocí a Nofredy, indígena nasa de Toribío, quien coordinó un hogar infantil nasa por varios años en su territorio. Inicié gustosa una ruta de conversación con la tesis, con Grace y su directora Tatiana, sin sospechar el abismo al que me asomaría. En el espacio de la sustentación escuché hablar sobre cómo para lxs nasa *los niños caminan hacia la luna*. Sentía que no me era posible pensar lo que Nofredy traía a la mesa de conversación desde ninguno de los marcos disciplinados con los que podía y solía pensar a lxs niñxs. Por ese entonces, el disciplinamiento conceptual me permitía pensar que existían diferencias culturales en las maneras en que niñas y niños transitaban su “desarrollo infantil”.

La certeza desde la psicología es que todxs se desarrollan. Se está preparado para pensar diferentes “trayectorias” de la vida psicológica, es decir, se está preparado para ver y buscar esas diferencias con las que una función psicológica (lenguaje, vínculos emocionales, motricidad, modos de socialización, capacidad de simbolizar) emerge en función “del contexto cultural” y “las prácticas de crianza” y “las metas de desarrollo” de cada cultura. Lxs profesionales y las políticas están correctamente entrenadxs para respetar, buscar y generar todo tipo de taxonomías para estas *diferencias culturales* sin interrogar el compromiso ontológico que sostiene su intelectualidad. Sin inquietarse. En suma, un relato moderno, hijo del gran mito moderno que promulga la existencia de una sola y universal realidad, en la cual se admiten *diferencias culturales* (no ontológicas) y creencias ligadas a estas diferencias.

Para lo que no me había preparado la disciplina era para tocar los bordes de la diferencia ontológica. Lo no digerible, no asimilable, ni categorizable.

No estaba preparada para escuchar sobre el camino de la luna. No había metáfora en la *conversa* de Nofredy. No se trataba de una creencia. Mi sensación, mi pensamiento y mi cuerpo se volvieron agua y se derramaron por el piso. El sentimiento de *ser excedida* por esa conversación en mis límites onto-epistémicos me habita desde entonces, me susurra al oído cada día.

Con los años he aprendido que la luna y otras fuerzas toman lugar como actantes en los entramados de las vidas de las niñas y los niños nasa. Actantes ligados a prácticas proscritas e inadmisibles por las ciencias, omnipotentes y sabedoras de todo lo concerniente al bienestar de los infantes en los mundos modernos. La luna, esa presencia no exiliada de la socialidad. La vida es con-la luna, es importante aprender a relacionarse con ella, a escuchar su consejo, dice el mayor Joaquín Viluche.

Supe que tenía que mudarme y no precisamente de marcos explicativos, no solo en los modos de investigar. También en mi forma de entrar en relación con la vida. Con los años, este desasosiego acuoso se tornó en la urgencia de mudarme en los modos de existir, y no para existir como indígena. Tal vez como lo propone Alejandro Haber (2017), la urgencia-epifanía que se me impuso fue la de necesitar mudarme hacia la frontera. Me mudé desde el lugar de la disciplina que educa para mirar fragmentos a la distancia, antes que redes. Me desplacé hacia ese otro lugar indómito, como el juego, desde el cual no me amenaza la urgencia de transformación, de conocer y relacionarme con las diferencias radicales - ontológicas- (De la Cadena, 2011).

Transito con la consciencia del peso de la violencia epistémica que las ha reducido a diferencias culturales. La frontera me admite no solo como conocedora, ha reclamado involucramiento, mutación en mi posición como habitante (Haber, 2017). Me he dispuesto a la conversación, a diálogos fronterizos

y desplazarme del locus de enunciación moderno (Blaser, 2013), a desvestir(me) de los ropajes y supuestos ontológicos modernos que me han vestido por años.

Aprender sobre el andar del tiempo y el camino de la luna, me ha requerido aprender a pensar que el consejo de la luna no es metáfora, y no porque las y los comunera/os nasa no realicen metáforas. Conversar con la luna, no pertenece a esta dimensión. No es personificación, ni antropomorfización. No es una manera poética de nombrar aunque pueda haber profusa poética en esta manera de vivir.

Conversé con Nofredy durante algún tiempo. Tuvimos la intención de hacer un trabajo colaborativo en Toribío. Me dijo que quería aprender a investigar y yo le dije que tenía un interés personal (biográfico), quería acercarme al camino de la luna. No pudimos volver a conversar, con la intensificación de la presencia de diversos actores armados su oficio de guardia indígena lo reclamaba cada vez más. Y sin embargo, un año después en Colibrí²¹, la luna, esa potente presencia no humana, y también otras, me convocaron nuevamente.

Colibrí

Colibrí, Barrio-Sucre, el centro de la ciudad. Semblante carcelario, rejas, barrotes, candados, tonalidad verde hospital. Las niñas y niños pasan del encierro vehículo en el que vienen desde las afueras de la ciudad, al encierro otro. Una cuota de libertad dentro de las rejas porque afuera es peligroso. Adentro la invitación primera es la del tiempo calculado y el espacio fragmentado. Fotografía del paradigma de la atención. En las ciudades los niños deben ser atendidos, la imagen del cuidado se destiñe, cuidar y ser cuidado está deslegitimado, lo que importa es ser educado.

Acompañé por algunos meses el día a día de bebés en su *sala cuna multicultural*²² así denominada por un operador de servicio. En su lógica, tener bebés de diferentes comunidades indígenas y venezolanos en un mismo espacio lo hace acreedor a este sello en la pared.

Colibrí y sus muros parlantes de “antropologesco” y “estatalagesco” me hicieron notar que necesitaba alfabetizarme para hablar con las paredes. Letreros y carteles por doquier. Instrucciones detalladas sobre la lactancia materna; cómo hacerlo, como poner al bebé, a dónde debe mirar. Rectángulo con 10 cunas de

²¹ Para la subsecretaría de Primera Infancia en Cali, Colibrí fue la primera modalidad de atención institucional que se ofreció para niñas y niños de las diversas comunidades indígenas que viven en la ciudad de Cali. Operó de esta manera por 3 años en un antiguo Centro de Desarrollo Infantil en el Barrio Sucre. Posteriormente, el cabildo nasa del Distrito Especial de Cali se disputó la posibilidad de apertura de las casas semillas de vida en los Barrios donde habita la mayor parte de la comunidad vinculada al cabildo. Actualmente otros cabildos de la ciudad continúan vinculados a Colibrí.

²² Las sala cunas son espacios físicos adaptados en las distintas instituciones educativas y de atención estatal, para que padres y madres que no pueden cuidar de sus bebés (menores de 1 año), puedan llevarlos para que adultos bajo el rol de maestras cuiden de ellos.

pino, piso y juguetes de plástico, y sillas con cinturones de seguridad. Es la misma sala cuna que he visto decenas de veces en jardines infantiles de la ciudad. La diferencia, una hamaca de columna a columna que cruza diagonalmente el saloncito. Los materiales y los dispositivos que contienen los cuerpos, se entremezclan con la forma de vivir la vida, no son neutrales. Una cierta idea de seguridad es la privilegiada por la estatalidad para los más pequeños. Bebés, asegurados por sus cinturones y acorralados por los barrotes en las sala cuna, cuerpos inmóviles que miran, cuerpos que han sido dispuestos para la quietud y donde paulatinamente hasta el llanto que llama a otros, desaparece.

Una mamá Nasa se acerca a la enfermera. La mamá tiene en su mano un papel arrugado, es un certificado, le demuestra así que ha llevado su hijo al médico. La enfermera revisa con atención el papel haciendo énfasis en la importancia de estos documentos para conservar el cupo. Si una madre no justifica con una excusa médica la inasistencia de su hijo se le desvincula del sistema y pierde el servicio de atención en Colibrí. La enfermera me cuenta cómo a veces llegan las mamás creyendo que sus hijos tienen *susto*, cuando en realidad se trata de neumonía.

-Después si que lo lleven donde los médicos de su ideología, pero primero que los revisen nuestros médicos- Enfatizó la enfermera.

En el salón de niños caminantes, junto a Pedro, toqué de nuevo la frontera y el abismo ya avizorados con Nofredy. Cuando el abismo se asoma en ti ya no es posible caminar de la misma manera. Una de las cosas que Pedro sabe es la luna en que han nacido sus niñas y niños. La luna-fuerza, ser sintiente, cobija e incide en las vidas de las niñas y niños, se intrinca a su talante y sensibilidad. Me dice Pedro que algunos niños serán más enérgicos y otros más aperezados. Conociendo su luna podrá saber qué necesitan de él y de las plantas.

Pedro tiene plantas en su casa en Caldono, que trae hasta Colibrí, es hijo de un *Thē wala* y ha aprendido a conversar con las plantas. Dependiendo de la luna en que hubieran nacido (Luna Bebé, Luna Niña, Luna Señorita, Luna madre rebelde, Luna Mayor, Luna Brava, Luna tierna, Luna que regresa a casa/Luna silenciosa), sus plantas le permitían acompañar a cada uno a través de sus armonizaciones hechas en la luna contraria a la que hubieran nacido.

Pedro abrió para mí un sendero laberíntico y la luna se me reveló de nuevo como actante poderoso en el cuidado de la vida. La conmoción llegó al pensar en la violencia de las equivalencias y las traducciones literales entre mundos modernos y no modernos que se reproducen en las políticas y acciones de Estado, sin considerar como lo propone De la Cadena (2020), que algunas prácticas, en algunos mundos, no siguen las distinciones entre lo físico y lo metafísico, lo espiritual y lo material, lo humano y lo no humano.



Mi primer contacto con el Cabildo Nasa Distrito de Cali fue a propósito de Colibrí, la primera iniciativa de institucionalización de las niñas y niños indígenas en Cali implementada desde el 2017 al 2019. Venía de observar con escepticismo la llegada y los primeros años de la implementación en el país de las políticas públicas de primera infancia y su estrategia “De Cero a Siempre”.

Este impulso estatal venía con el ímpetu de tecnificar y poner en manos de la *razón de Estado* los asuntos del cuidado y la crianza en barrios populares, que estuvo desde varias décadas atrás y originariamente en manos de madres comunitarias y en escenarios como los hogares infantiles, para dar paso a los extrañamente llamados “centros de desarrollo infantil” o CDI y actualmente UTS (unidades de transformación social), esas grandes moles de cemento encalladas cual buque foráneo -navegante de los mares modernos- en medio de los barrios y asentamientos periféricos de la ciudad.

Las madres comunitarias eran mujeres a quienes sus vecinas confiaban el cuidado de sus hijxs. Las usufructuadoras políticas de infancia vinieron apalancadas por la plataforma neoliberal de tercerización de servicios y con éstas las madres comunitarias fueron contratadas por el Estado como “prestadoras de un servicio” (Buchely, 2015). Como solución de compromiso y para no prescindir de ellas, fueron obligadas a tecnificar sus saberes. A los ojos del Estado y bajo la pretensión moderno-pedagógica que se instalaba, han sido siempre insuficientes. Cada vez son menos contratadas, cada vez son desplazadas de lo que se gestó en su propia autoría.

He acompañado, escuchado, conversado con antiguas madres comunitarias por años, entienden y conocen los vericuetos de la máquina como nadie. En una ocasión, una de ellas me dijo:

-Los niños son para ICBF o para quien administre, un cheque blanco al portador

Otra vive con preocupación que no haya *querientes* de los procesos (me insistió en esa ocasión que no se trata de dolientes). Siente que es muy difícil ser burócrata- funcionario y *queriente*. Lo que vienen viendo con los años, es que cada vez hay más preocupación *por el papel y menos por lxs niñxs*.

-Eso se lo va tragando a uno y cuando uno menos piensa está cada vez menos con los niños y cada vez más llenando papeles, y uno termina es siempre preocupado por cuidar el puesto- contaba otra de las madres comunitarias en un círculo de escucha.

Las políticas de infancia y las acciones de Estado no escapan a *la colonialidad política de la representación* (De la Cadena, 2020), esas que hacen legible un mundo

único, que se sobrepone sobre lo que enuncia como diverso y lo persigue para capturarlo en traducciones científicas. De esto no se libraba el CDI *Colibrí* y sus maestros/as nasa. En *Colibrí*, las niñas y niños se desarrollarían como indígenas. El Estado promulga que su deber es garantizar que niñas y niños *se desarrollen*. Como si esto aconteciera en un magma de neutralidad.

Entre mi desconfianza, mi hueco-esperanza y el entusiasmo del Cabildo, pactamos un acuerdo para acompañar la cotidianidad de *Colibrí*. Nos propusimos una serie de conversas a propósito de esta experiencia.

Durante el 2020 y el 2022, acompañé múltiples conversas que buscan hacer memoria alrededor de *Colibrí* tanto con las mujeres-autoridades y las cuidadoras del Cabildo. Se conversó sobre este espacio como una gran y constreñida conquista política frente a la institucionalidad municipal. No era suficiente, no era lo que habían solicitado, fue lo que también tuvieron que aceptar y lo que fue posible, como lo contaba Catalina.

Elvira Cuetia, cuenta que ella junto a otrxs dinamizadorxs en Alto Nápoles escuchaban de manera permanente a las madres mientras las visitaban en sus casas en sus paradojas vitales: sentir que trabajaban en casas de familia cuidando niños de otras familias y no tener con quién dejar a sus propios hijos.

Colibrí fue una opción para muchas mujeres indígenas en la ciudad que debían salir a trabajar. También fue su reclamo y demanda. Fue una opción diferente al servicio estatal que se presta bajo la modalidad familiar²³. Esta les implicaba recibir “un complemento alimenticio”, como lo denomina el ICBF, a cambio de funcionarixs irrumpiendo en sus casas, observando, evaluando y emitiendo juicios correctivos frente a sus modos de llevar la vida. La lógica de la sospecha recaía sobre sus cuerpos y sobre sus formas de cuidar. Bajo la mirada de lxs funcionarixs llevar un bebé chumbado sobre la espalda podía ser muy riesgoso. Bajo la mirada de los saberes expertos, chumbar a los bebés tiene tintes de violencia sobre el cuerpo de niñas y niños

-¿En nombre del relativismo cultural vamos a permitir que hagan cualquier cosa con los niños? - He escuchado proferir con furia en espacios académicos, a propósito del chumbe.

²³ La atención para la denominada primera infancia en el país prestada por el ICBF tiene diversas modalidades. Una de las modalidades no institucionales es la familiar. Bajo esta modalidad, las niñas y niños menores de 2 años no asisten a instituciones. Agentes educativos, enfermeras, nutricionistas, pactan un lugar de encuentro con grupos de 15 familias en espacios de la comunidad para encontrarse 1 o 2 veces por semana, para llevar a cabo sus planeaciones pedagógicas y seguimientos al desarrollo. Esta modalidad implica también que los funcionarios hagan visitas domiciliarias y evalúen las niñas y niños, las prácticas de las familias y el potencial riesgo en que se encuentran, para desde allí implementar rutas de atención o generar nuevas planeaciones pedagógicas si desde lo que han evaluado encuentran déficit.



Antes de la existencia de Colibrí, muchas madres resolvían llevando a sus hijos a hogares infantiles del ICBF, donde puede estar resuelta la urgencia inicial de tener un dónde dejar a sus hijos. Un dónde, con unos quienes que no se enteran que son familias nasa. El borramiento es funcional para que la máquina moderno-estatal siga a todo vapor. Le cuento esto porque lo que entiendo que ha estado en juego no solo es la urgencia del dónde y con quién dejar a los hijos en la concreción del tiempo de espera mientras se trabaja. Lo que comenzó a emerger con Colibrí fue otra cosa, aunque también fuera terrorífica y espasmódicamente, mucho de la misma cosa.

Colibrí implicaba que una buseta recogiera a las niñas y niños y estuviera por ellos horas en las calles de la ciudad hasta llegar a la institución. Lo que generaba mucha molestia a las madres y padres nasa. En Colibrí niñas y niños estaban distribuidos por salones y por edades, como es propio en la lógica organizativa de las pedagogías modernas que presupone que solo niñas y niños de una misma edad deben estar juntos para que avancen en su desarrollo en los mismos ritmos.

A las familias les resultaba miedoso y casi que imposible ir a reuniones a Colibrí. Julia cuenta que cuando iba a la institución se iba *muy sencillita* para caminar por el barrio. Las cuidadoras cuentan que con el tiempo les fueron resultando conocidos los habitantes de calle y les fueron perdiendo el temor. Dayerli recuerda el sentimiento de familiaridad que fue emergiendo con el tiempo aunque nunca se fue la sensación de peligrosidad. Recuerdan las maestras que planear fue muy difícil, no estaban familiarizadas y no entendían muy bien el fin de los formatos, planear con las otras comunidades indígenas era complejo, pero aún más, con las maestras no indígenas del sector. Recuerdan las molestias de las familias del barrio y de las otras maestras porque no entendían por qué ganaban el mismo salario que ellas. Sentían sus miradas al estar descalzas, y también por mover todas las mesas y sillas y optar por sentarse en el piso con los niños.

¿Cómo es que las niñas y niños del pueblo nasa, y también los de los otros pueblos indígenas con cabildos en Cali resultaron siendo atendidos en uno de los barrios más centrales y tenebrosos de la ciudad cuando muchas de sus familias viven en la periferia?

En la única sala de reuniones de la subsecretaría de primera infancia, esa bien apretada, sin ventanas y en la que prolifera la sensación de encierro, me reuní con Yuli Chasqui. En ese desprolijo edificio, que alberga en el sexto piso la subsecretaría de poblaciones y etnias.

Logré subir después de hacer una cola de media hora para abordar el destartalado y sonoro ascensor para llegar al séptimo piso. Sí, en ese edificio tan distinto de la ostentosa casa-mansión en la que se ubicó la secretaría de turismo

de la ciudad. Esa que tiene estampa de embajada y en la que hay 14 baños y desde la que se impulsa el plan de desarrollo de la ciudad que la oferta como ciudad de servicios y turismo.

Yuli laboraba como técnica y fungía “enlace” con las comunidades indígenas. Jerga burocrática.

La reunión tuvo lugar en el 2017, 3 años antes de que yo me vinculara como funcionaria a esa misma subsecretaría por un año.

-Las comunidades están allí porque era el único CDI en la ciudad con cupos. En barrio Sucre viven muchas personas que tienen antecedentes judiciales, expendedores...y les da susto llevar a los niños por todo el papeleo que se pide. Es un CDI con 300 cupos y solo había como 90 niñas y niños del sector. Fue entonces donde se pudo. El lugar apenas lo estaban acondicionando, ni servicios públicos tenía, la única manera en que los pusieron fue porque el alcalde dijo que iba a ir. Lo cierto es que sí tuvimos un dinero en una ficha para comprar un lote y construir, pero no es fácil lo de los espacios. La comuna 18 no se presta, ladera tampoco, había muchos lotes junto al río, o sin escritura. Necesitábamos 5000 metros cuadrados y lo máximo que se encontraba era de 1600. Así fue que se perdió esa plata o bueno la trasladaron para otro rubro en la comuna 1.



Las mujeres -autoridad del cabildo se disputaron con la municipalidad (Subsecretaría de Primera Infancia y Secretaría de Bienestar Social) la necesidad de impulsar su camino de *enraizamiento de la semilla en casas semillas de vida*. No desearon más el lugar marginal-central que les significaba estar en Colibrí. Su lectura de la dispersión de la comunidad nasa en Cali, fue uno de los argumentos. Su lectura de la necesidad de casas ubicadas en los sectores en los que viven las familias nasa, fue otro. Su enorme capacidad de soñar que la ciudad es un lugar posible para *el enraizamiento y el cuidado y el entramado relacional en el que se sostiene y que re-crea a su paso*, es otro *impensable* para la razón-moderna de Estado.

Soñar es la manera de nombrar que desde el cabildo lxs comunerxs emplean, como aquello que puede producir dirección a su andar. Aprendo que los sueños colectivos emergen en mingas de pensamiento y en espacios de deliberación y encuentro como las asambleas que se realizan mensualmente. Albergan una dimensión espiritual, simbólica y práctica. Negociación y lucha. Materialidad y materialización. Hilo y trama. Desgarro -mucho desgarró- y anudamiento, -mucho anudamiento-. Soñar interrumpe de manera permanente el relato y la performance de Estado, en la que pululan representaciones fabricadas sobre lo que el otro necesita, y que especialmente tributan al ejercicio de *governaza de las poblaciones* y a los indicadores de gestión y de los planes de gobierno de los gobernantes.

Un sueño no es una representación, no reduce. No cierra. Soñar deforma y refracta la práctica de representación (disciplinar y moderno-estatal) desde la cual las naciones y sus versiones locales incorporan a los que históricamente han construido como sus otros. Soñar desafía *la raza como signo* (Segato, 2007) y la perpetuación invisible de esta cadena y sus estáticos eslabones. Se puede soñar, pero no ser soñado por.

Seguir soñando a pesar de una historia de representaciones en las que se podrían espejar. Soñar desestabiliza la pétrea manera en que se ha sido mirado con pobreza y desdén o simplemente en el ímpetu de una mirada sin brillo. Una mirada opaca que no busca otros ojos con los cuales encontrarse. Soñar como concepto-acción que se desliza por las separaciones ontológicas y las unifica. Bebe de la tradición y de la invención.

Cuidar la semilla no es atender niñas y niños

Las mujeres-autoridad del cabildo han comprendido que su lucha no puede desgastarse frontalmente con los nudos burocráticos y en su aparato especializado en postergar y dilatar. Como me lo plantean, su caminar no solo puede ser *andar la queja*. De esto le contaré más adelante.

La aridez y la desesperanza no es el semblante de sus pasos ni habita la cualidad de su movimiento. Deciden hacerse a otras compañeras de caminar que alimenten su soñar. He entendido con el tiempo, que su particular modo de andar la vida en la ciudad, dibuja horizontes de múltiples conversaciones.

Convocan al tejido de educación de la ACIN (zona norte) en el 2021. Me invitan a acompañar estas conversaciones. El cabildo conoce de los fuertes anudamientos de este tejido y de su experiencia en poner nuevos términos de conversación con el Estado. Quieren sumarse a su caminar, y quieren que el territorio se sume a sus andares en la ciudad. A la conversación en la casa del cabildo acuden 3 miembros de este tejido, Jenny, Carmenza y Durney.

Catalina, Adriana y doña Luz Dary presentan su recorrido político organizativo, pero especialmente sus sueños y las complejidades para andar hacia los mismos en las múltiples refriegas e incumplimientos en los acuerdos que se establecen con el Estado. Su sueño más grande: desplegar un proceso educativo propio desde las casas semillas hasta la universidad. *Que niñas y niños, hombres y mujeres puedan sentirse orgullosos de ser nasa donde quiera que vayan, que puedan ser orgullosos de pensar y sentir como nasas aquí en la ciudad.*

Si de pronto usted es un/a estudioso/a de las políticas de identidad y un/a crítico/a de las instrumentalizaciones a las que se sirven las identidades políticas, o un serio lector de Stuart Hall (2010) -quien con elegancia nos advierte de todos

los riesgos de esta categoría cuando se la esencializa, y se la petrifica incluyendo esto la fantasía de concebirla desde la coherencia, completud, unicidad y fijeza- podría preguntarse ¿es una lucha identitaria atávica la que se promulga?

De este embate la propuesta de pluralismo histórico de Rita Segato (2013, 2016), pueda tal vez ayudarnos a escuchar de otra manera. Alentando la propia capacidad de imaginar las historias, presentes y futuros de los pueblos en plural, no amarradas a una teleología lineal, o a ese tren arrasador euroamericanamente moderno desde el que se ficcionó la vida a la que se debería aspirar y una única manera de llegar a ella: burguesa y cómodamente. Católica o cristianamente. Buenamente. Profesional y universitariamente. Con capacidad de endeudamiento y de altruismo. Con amor por la patria o tomando el mundo como patria. Añorando pertenecer a la orilla de alguna élite con don de mando. Ignorando los hilos de sangre subterráneos que vinculan a cada linaje familiar.

El pluralismo histórico como capacidad de imaginar incluso otra manera de ser moderno, y de contemplar que cada pueblo puede trazar sus propias rutas para des-modernizarse o modernizarse ancestralmente. Como posibilidad de contemplar que el *wēt wēt fxi'zenxi* es un imperfecto, disruptivo, utópico, proyecto histórico colectivizante, distinto al proyecto histórico-distópico-hiperrealista de las cosas y los dueños, con potencia taladrante para ese otro proyecto despóticamente moderno, en el que se puede sobrar, y en el que se puede hacer una socioantropología de los trabajos de mierda (Graber, 2018). Un proyecto histórico alternativo al proyecto que les(nos) propone la ciudad, cuyo modo de socialidad por excelencia es el desamparo.

Me da la impresión de que las mujeres-autoridad sueñan un proyecto histórico lugarizado en sus cuerpos-territorios, que territorializa la ciudad desde su *voluntad-saber-reaprender a cuidar la semilla*. Un proyecto que desinstale las escrituras de las guerras sobre sus cuerpos y permita no ser el sobrante usufructuado de la matriz colonial-moderna. Ese aborto patriarcal en el que todo lo que nace está condenado a ser quien deja morir o ser al que dejan morir.

No es una “condición férrea del ser nasa” la que podrá ir recabando en estas letras. No es lo que he palpado. Mucho de tradición, sí, mucho de hibridez, también. Tal vez una apelación a la pluralización del “nosotros nasa”, y también diferencia onto-epistémica respecto al mundo fragmentado promulgado por políticas y prácticas modernas. El mundo relacional en el que mujeres y hombres nasa busca *enraizar la semilla* tiene otras texturas y otra (re)composición. Preciso acercarme a sus bordes políticos y ontológicos, a las zonas de contacto y fricción con los regímenes de verdad modernos, como lo piensa Claudia Briones (2020).

Sentadxs alrededor de la tulpá del cabildo, desde el hilo de las semillas de vida nos invitaron a pensar que la primera gran conquista que tuvieron en el norte del Cauca fue lograr su propia administración. Lograron ser sus propios operadores.

Jenny sentada en el círculo de las sillas blancas de rimax y con una voz sosegada comenta:

*Cuando hay un operador de por medio éste se va por las políticas ya establecidas. Para el Estado es una atención diferencial, para nosotros es un modo propio. Entendimos que con operadores no podríamos avanzar. Nosotros no hablamos de atención, **el cuidado de la semilla, no es atención**. Las semillas no son solo los niños, para nosotros **semillas somos todos**. Semillas también son las familias.*

*ICBF tiene lineamientos que no leen las necesidades de nuestros territorios. Nosotros leemos la necesidad primero ¿Qué debemos fortalecer? ¿Cómo lo hacemos? Hemos tenido que hacer cada vez más rupturas. El ICBF tiene una lógica de componentes. Nos preguntamos más bien **cómo acompañamos a enraizar nuestras semillas**. Esta es la lógica del cuidado.*

Carmenza, mientras proyecta una presentación de power point, nos cuenta que desde el año 92 al 98 el ICBF llevó la modalidad familiar al territorio. Esto implicó la llegada de los operadores de servicio al Cauca y solo hasta el 2008 las autoridades toman la decisión de comenzar a disputar la administración de lo que ICBF denomina “servicios”.

-Después de tantos años solo observábamos más pérdida del nasa yuwe y cada vez más enlatados en nuestra alimentación- añade Carmenza

Carmenza y Jenny nos dejaron saber que la conquista de su propia administración ha sido una de sus mayores victorias políticas y jurídicas, puesto que ello ha implicado poder comenzar a tomar decisiones que de otra manera no podrían ser tomadas. Han aspirado y siguen aspirando, a ser algo más que una población administrada.

-La transferencia de recursos de ICBF nos ha amarrado a operar desde sus lineamientos- explica Jenny con claridad y sin titubeos

Los operadores de servicio, son la tercerización de la administración que el Estado confiere a través de licitaciones a organizaciones con “músculo financiero” para operar servicios del Estado. ¿Quiénes son estos operadores y de dónde se insufla este músculo? Por supuesto, estará pensando que aquí puede sentir tufillo neoliberal, clientelismo... Sin embargo este detalle no es el horizonte de este camino.

Lo que si les puedo contar es que operan con legalidad sobre algo que se llaman fichas, elaboradas generalmente por economistas y sus saberes en torno a la rendición presupuestal y optimización financieras. En estas fichas los niños son “canastas” y tienen rubros asignados. Recuerdo que en muchas ocasiones colegas inmersos en la función pública, se han referido a estas canastas como “una miseria”. En el Cauca, como en el Valle del Cauca y el resto de Colombia, se ha entregado a operadores de servicios la administración de la atención de los programas de primera infancia (contratación de personal, pagos, proyectos

pedagógicos). Rinden cuenta a los supervisores del ICBF frente a “la calidad” de dicha administración.

Carmenza, con voz enérgica y semblante de orgullo comenta:

-Los operadores no querían soltar los cupos ¿qué nos tocó hacer? bajo orientación espiritual de nuestras autoridades se hizo movilización, de lo contrario no los iban a soltar. Los operadores estuvieron hasta el 2008 en el territorio, en ese año entró por primera vez Proyecto Nasa y logramos negociar una co-administración, que también es seguir haciendo cosas de alguna manera en sus términos. Eso sí, evaluaron y avalaron la experiencia administrativa y como Proyecto Nasa tenía experiencia en *las Delicias* de administración del plan de alimentación escolar, lo aprobaron. Co-administrar es autonomía hasta cierto punto, nos pidieron tener nuestras propuestas, pero todo enmarcado en las políticas de primera infancia. Al día de hoy tenemos 8 autoridades que administran sus modalidades, pero hay territorios que no lo han logrado.

Caminar este proceso implica la lectura permanente de las muchas burocracias que encubren la desconfianza por que las poblaciones se gobiernen a sí mismas. La opacidad, dilación y complejidad de los procesos, tiene como efecto que las poblaciones, y en este caso, lxs nasa, deban demostrar siempre ser capaces de, ser habilidosos en, ampararse en su derecho a... Desde el ángulo estatal se presupone comprender al otro mejor de lo que cada quien se comprende a sí. El costo de ser administrado no es inocuo, se debe estar dispuesto a ser traducido por un experto en lenguaje estatal. Y por supuesto, estar dispuesto *a tomarse la fotografía* -expresión de Catalina- que exhibe la máquina siempre andando.

-Con los operadores siempre nos ha tocado buscar por dónde le hacemos. Los manuales operativos como ustedes saben definen quién se puede contratar. Esos manuales definen quién es competente, exigen que sean licenciados. Desde territorio pedimos contar con sabedores tradicionales. La respuesta que nos dieron fue que ellos no tenían problema, pero que los contratáramos de nuestros ahorros. Como si tuviéramos. Finalmente logramos cambiar uno de los perfiles que tenían de psicosocial por nuestro sabedor. Ahora, ni se diga lo que tuvimos que empujar para que accedieran a no darle cualquier comida a las mujeres paridas. No entienden que la mujer que parió no puede comer fríos. Es muy difícil la conversación- Recuerda Carmenza entre risas y un dejo de molestia que se deja entrever en su ceño fruncido.

Las victorias siempre son acotadas. Dan la sensación de estrechez. La forma material a través de la cual se sujetan los funcionamientos y procedimientos en el ICBF son los denominados “manuales operativos”. Lenguajes técnicos, concretos, que favorecen seguimientos de procesos y formas de hacer las cosas. El imperio de la forma y el performance del cumplimiento. Si pienso en Michael Taussig (2015), podría decir que la magia y fetiche de la acción estatal recae sobre estos manuales. Se aspira a ser un sabedor de manuales. La ambición máxima de

muchas personas que laboran para el ICBF es ser supervisor de cómo otros ejecutan los manuales.

Las inquietudes profundas de la institucionalidad residen en que los nasa puedan generar procedimientos operacionalizados que pueda verificar la acción estatal: ¿Cómo los van a atender? ¿Cuál es el seguimiento que harán a niñas y niños? ¿Cuáles serán sus componentes? les preguntan. La estatalidad, habla lenguajes estadocéntricos que confirmen su imagen totalizante. Leo a funcionarios, burócratas, y reproductores del sistema enredados en este espejismo, deseosos de hablar estos lenguajes, los dan por ciertos. Confiere prestigio.

Jenny, continúa con la vocería en el encuentro. Ha sido la encargada de liderar el camino para las semillas de vida. Conforme ahonda en su relato se me revela, una gran lectora de las zancadas con las que avanza la institucionalidad hacia ellas. Reconozco en Jenny una profunda sensibilidad a la percatación de lo que ella denomina lenguajes impuestos. Lenguajes con los que la estatalidad crea la realidad de lo que el mundo moderno y las disciplinas modernas han esculpido como categoría infancia. Avanzo con mi oído suavizado por los años en el no tan moderno mundo que ensancho en mi caminar, a reconocer lo que desde mi lectura pueden ser esfuerzos del pueblo nasa para desmarcarse de las traducciones anquiladoras de *lo radical de la diferencia*.

Las casas semillas no son atención estatal para la primera infancia. En las casas *se ofrece cuidado a las semillas*, nos cuenta Jenny. Se cuida de las semillas y de sus dones para que florezcan. Se cuida de su maduración con prácticas que reconocen *el andar del tiempo*. No puedo en manera alguna establecer un equivalente, ni por asomo tener la ocurrencia de que hay posibilidad de traducción con la intención estatal de *acompañar el desarrollo integral* de las niñas y niños. Pienso que ni siquiera la idea de maduración podría equipararse a las lecturas biologicistas más clásicas que tanto controvirtieron los constructivistas.

Jenny nos cuenta que ha sido el sentir de las y los mayores, su volver atrás, en sus señas y en sus sueños, lo que orienta cuándo el camino se va por las ramas y hay que desenredar para volver a la raíz, así en apariencia se ralenticen los procesos.

Ese manual no nos representa, ni su visión por componentes, así no miramos el cuidado de las semillas. Para nosotros hay *weçe* y esto no son componentes. Allí está la fuerza vital del cuidado- enfatiza Jenny.

-Jenny pregunta a las maestras de las casas semillas en Cali, por la exigencia de los instrumentos de medición y seguimiento - ¿Cómo lo han venido implementando hasta el momento?-

Las dinamizadoras de las casas semillas en Cali se miran con cara de extrañeza unas a otras. Al parecer no tienen muy claro a qué se refiere Jenny.

-Fue el psicólogo del operador quien diligenció los formatos, aquí en Cali esa no es una labor que nos corresponda- Responde con voz baja Adriana Salinas

-En territorio estamos avanzando sobre un espiral de maduración. Los instrumentos que nos proponen tienen la lógica desde afuera y nos ha tomado tiempo pensar con los mayores qué podría conservar nuestra lógica. Llevar la cosmovisión a términos operativos, como lo pide el ICBF, es muy difícil, todo el tiempo buscan actividades, herramientas concretas y no queremos perdernos en esa exigencia.

Este encuentro me hizo recordar mis primeras conversaciones con Nofredy, quien hace varios años coordinó una de estas iniciativas en territorio. Recuerdo que solía mencionar como sentía que siempre debían justificarle cada cosa al ICBF. Recuerdo que mencionaba la sensación de estar bajo sospecha. Se sospechaba que sus cantos y juegos con los niños por estar en nasa yuwe eran menos pedagógicos y la comida ofrecida no era de suficiente valor nutricional a la mirada de los supervisores.

Catalina les contó ese día de su propósito de poder trabajar en articulación. Al ser el territorio 22 de la *Çxab Wala Kiwe* podrían aspirar a relacionarse con el ICBF nacional, y no con el regional. Aspiraba a tener el mismo operador que en territorio. Las mujeres- autoridad sueñan que territorio pueda surtir con alimentos para que las semillas puedan alimentarse de mejor manera. Y sin embargo, anticipan que tendrán que dar batallas jurídicas porque el funcionamiento del ICBF hay una distribución siguiendo las geografías de los lenguajes del Estado Nación, distinto a las geografías del pueblo nasa. Hay un ICBF por cada departamento. Las mujeres del cabildo, luchan contra esta marcación territorial. El ICBF nacional, no accede a la conversación con ellas, y el regional ha desplegado su aparataje del silencio ensordecedor.

-Como nasas somos un solo pueblo, así estemos en distintos lugares del territorio nacional. Estamos en Cali y somos pueblo nasa- añade Adriana Menza



En Cali, una de las reiteradas y obstinadas conversaciones que el cabildo tuvo y sigue teniendo, es en torno a la idoneidad de quién puede ser cuidador de las semillas ¿quién es idónea espiritualmente para acompañar el enraizamiento? Me enseñan que para ser cuidador/a se debe ser elegidx por un *cateo* que realiza un *Thē wala*. El mayor Wilson suele realizar *los cateos, la ritualidad y las armonizaciones* permanentes de las dinamizadoras.

El cabildo y sus mujeres-autoridad se disputan frente a la municipalidad, la autonomía para elegir sus cuidadorxs. Demanda que puedan ser comunerxs que

vivan, sientan y tejan el proceso. Corren intrépidamente la cortina de lo disputable y con ello, se asoman de vez en vez al camerino donde actores y actrices con sus túnicas burócratas de poder, escenifican guiones de lo no disputable. No es esto cosa sencilla, no es que esté todo dispuesto en la ciudad para hacerlo. Parece impulsar esa fuerza de choques opuestos que siento-percibo, me es extraña y que sin embargo e inexplicablemente, anima ese caminar sudoroso y esforzado. No pretendo explicarla. Confiere voluntad y se engancha a la mía.

En el discurso nacional de las políticas de infancia, la propuesta de atención estatal gira en torno al discurso psicológico moderno sobre *el desarrollo infantil* y su pedagogía de *actividades rectoras* para favorecerlo. Está teñida de un solo tono y tiñe una imaginación de lo humano deseado. La forma de lo humano a manufacturar con mano de obra abaratada sumergida en infiernos dantescos con paredes de documentos y presuntas evidencias de calidad. La atmósfera inquietante del indicador. Ese thriller persecutorio donde un ente con un cuerpo que es un ojo controlador, de muchas manos y patas viscosas, con miles de ojos en cada pata y en cada mano, te persigue. Interrumpe una voz en mi cabeza. Es Rita Segato (2013) susurrando con una mueca para mis adentros “el Estado no construye comunidad”. Mi cabeza abandona el thriller, pero no mi memoria corporal y tampoco a la estatalidad, que también he habitado y que también me ha perseguido. Ser funcionario público es ser persecutor y ser perseguido simultáneamente.

Y, sin embargo, el discurso modernamente antropocéntrico²⁴ del desarrollo humano (el desarrollo de una forma de lo humano) no es ajeno para mí. Esa escaleta la conozco bastante bien. Durante mis primeros años de docencia en psicología, los cursos a mi cargo fueron los de desarrollo infantil. Yo también creí que lxs niñxs se desarrollan inevitablemente y que ese es su mejor destino. El discurso del desarrollo pertenece a una epistemología de la separación y desde este locus de enunciación, se admiten solo agenciamientos humanos y se respeta y estudia la diferencia cultural. Se la puede tolerar. Estos gestos no refractan la disciplina. La diferencia ontológica es antología de ausencias.

Los perfiles de lo que en la política se nombra asépticamente como *agente educativo* se construyen en torno a estos discursos modernos y demandan que el agente pueda ser quien cuente con una formación profesional y credenciales para ello. *Enraizar la semilla*, no es favorecer *el desarrollo integral*. Aprendo que la semilla pertenece relacionamente a su mundo. Siento que hace resonancia y expande sus ondas hacia *una crianza de la vida*, como lo invita a pensar Alejandro Haber (2017). Tal vez por ello, Jenny, como las mujeres del cabildo, saben que no

²⁴ Para Mario Blaser (2013), el régimen moderno tiene 3 hilos constitutivos o supuestos ontológicos que performa continuamente en prácticas jerárquicas y relatos para contarse a sí mismo que son universales, y que yo encuentro visibles en el discurso del desarrollo humano: 1) la separación entre naturaleza y cultura 2) una concepción lineal del tiempo y en general una sola temporalidad que discurre de pasado a un futuro 3) la diferencia colonial entre modernos y no modernos.

es posible pensar que la semilla sea una sola cosa, así como saben que *enraizar semilla* requiere ciertos saberes y sentires. Es intraducible a la razón técnica, aunque la razón técnica se ufane de poder traducirlo todo y de menospreciar lo no traducible para una operación en un manual. Lo no traducible sobra para el burócrata de la razón técnica.

Marisol de la Cadena en su etnografía *Seres Tierra* (2020), vuelve sobre el concepto etnográfico andino *ayllu*. Su desacelerado gesto de pensamiento sobre este concepto, me inspira a desenrollar la madeja que se envuelve en, alrededor, y con *el cuidado de la semilla*. Me permite pensar y contarle sobre ontologías relacionales -distintas de la ontología moderna- También sobre maneras en que la vida se puede tejer-entrelazar antes que destajar.

Cuenta Marisol de la Cadena (2020) que, en los registros etnográficos andinos, *el ayllu* es definido por lxs antropólogxs como grupos de humanos y no humanos relacionados por lazos de parentesco y que habitan colectivamente un territorio. Marisol de la Cadena, desenvuelve el pensamiento y yo el mío con el de ella, para mí y para usted, que acompaña mi recorrido. Para este nosotrxs no totalizante. Yo le anticipo como lector/a, y usted se envuelve también al leer, pensar, sentir, afectarse en alguna dirección.

Marisol De la Cadena (2020) apertura otra profundidad del concepto *ayllu* desde su relación con sus amigos líderes Mariano y Nazario Turpo -que se refieren a sí mismos como Runakunas- y también desde sus conversaciones con un maestro (bilingüe en quechua y español) de primaria Justo Oxa.

Mariano interpeló a Marisol cuando le contó que *el ayllu* lo eligió como personero para liderar la confrontación contra la hacienda. Mariano contó que *ayllu* lo eligió leyendo las hojas de coca y leyendo la forma en que la vela se quema. Se dieron así los indicios de que todo iría bien en su tarea, *sería su suerte ganar al hacendado*, incluso y a pesar, de que Mariano no lo deseaba. Las letras de Marisol desvelan que fue trastocada por el pensar de Mariano: una vez éste aceptó, *caminó y habló desde ayllu* -no en representación de ayllu-. Mariano la sumergió en la relacionalidad de *su ser-estar en ayllu*. Sugiere Marisol de la Cadena, que *ayllu* es el evento de la relación, no es el lugar de los humanos.

Justo Oxa amplificó su posibilidad de pensar la compleja composición-conexión que entrelaza el *ayllu* del cual Mariano era parte y que era parte de él. Dijo Justo a Marisol: un runa siempre es-está en ayllu con otros seres. Cuenta Marisol de la Cadena, que Justo Oxa la invitó a pensar el *ayllu* como tejido: el hilo está en el tejido, el tejido está en hilo. Luego no sería posible pensar que hay humanos y un territorio. Pensar la relacionalidad, alberga la posibilidad de concebir el vaivén, ser-estar en mutua dirección. Se es en esa relación. Se es en el territorio y con los seres de ese territorio, no solo se está en el territorio. Las entidades no son previas al relacionamiento, emergen en el relacionamiento. De ahí la complejidad de

entramados en las maneras de ser-vivir en las ontologías relacionales que la política moderna-estatal-disciplinar no percibe y acalla.

Marisol, envuelve su pensar con el de Karen Barad (2007), *ayllu* es entonces enredo de agencias. Ser a través de la relación, piensa con Marilyn Strathern (2005) quien también diferencia el ser en relación, frente a los agenciamientos individuales entre entidades que pre-existen a la relación y que darían lugar a interacciones.

Este enredo de agencias -co-emergencias- que es *ayllu*, tiene similitudes y diferencias con otro concepto; el *uyway*²⁵ andino, y ayuda a seguir pensando los desdoblamientos conceptuales, nos cuenta De la Cadena. Para ello, retoma un texto posterior de Justo Oxa en el que se desenvuelve aún más el ovillo: el lugar no es de dónde somos, es quién somos. También explica el profesor, cuenta ella, que cuidar y criar, ser cuidado-criado por, son prácticas co-constitutivas de la vida en los Andes.

Las dinamizadoras y mujeres-autoridad sueñan con activar prácticas del territorio de origen para el cuidado de la semilla en la ciudad. Ser nasa- ser territorio de origen-ser ciudad, compleja y entreveradamente. Con ello, la ciudad también es territorio de origen y nasa. La ciudad no como un lugar en el que habitan pluralidades de mundos aislados. La ciudad co-emerge con la activación de saberes y prácticas. Con la activación del relacionamiento complejo y amplio. La semilla cuida-cria el pensar y los afectos de las cuidadoras. Se le da cuidado a la familia y a la *nasawesx*, es la *nasawesx* la que puede criar con sus sueños a la semilla. Se cuida-cria para ser *nasawesx* en la ciudad y su aridez. Con su fuerza centrífuga expulsadora. En la ritualidad se cuida el vínculo con multiplicidad de espíritus, se camina el camino del sol y de la luna. La semilla importa, y duele. Nada, absolutamente nada, es anodino.

Las políticas de infancia y el moderno conglomerado de prácticas que les da carne, fragmentan el mundo (¿leen un mundo desgajado? ¿son producidas por destajadores?), les resulta fácil deslizarse por la ficción de las dimensiones, componentes, enfoques y reproducen la ontología de la separación. En conexión parcial con este complejo de prácticas que performan el universal-colonial incluso si predicán apertura a lo diverso, el torrente de saberes y prácticas nasa que desde el cabildo busca recomponer la relacionalidad como manera de ser-estar en el territorio y con la ciudad.

Tal vez son temblores
fisuras al anestesiamiento

²⁵ Dice Marisol de la Cadena (2020) que *uyway* es una palabra en quechua que los diccionarios suelen traducir como criar, nutrir, también que ha sido descrita en las etnografías andinas como reciprocidad, así se entiende que se cuida del lugar y el lugar cuida también. Agudamente ella reconoce que se habla de una relación entre entidades distintas lo que es distinto a las co-emergencias que nos quiere hacer notar en su lectura y manera de pensar.

pulsación a la vida
cansada del óxido
y la bruma de lo derruido.

Una pedagogía comunitaria y del sentir

El nasa yuwe hay que desenterrarlo. Los mayores cuentan que el nasa yuwe fue enterrado en los farallones de Cali para cerrarlo y que se pudiera aprender la otra lengua de mejor manera.

Durney Giraldo

El domingo en el centro de Cali es solitario, tono tenebroso. Están abiertos los talleres de ventas de repuestos robados en la calle 15. En Cali se sabe claramente cuáles son los sectores y las tiendas donde los venden. Se puede intuir quiénes son expendedores, te miran de arriba abajo. Mucha basura en las calles. Recicladores recorren botes de basura, hombres con el torso desnudo y descalzos. Al fondo y enmullado el colegio (público) técnico Miguel Camacho Perea, escenario de las asambleas de la comunidad Nasa en Cali. El cabildo ha logrado establecer una relación cercana con el rector. Doña Luz Dary lo describe como *un señor siempre muy formalito*. Para ingresar hay que informar al portero a qué se va. De lo contrario tiene la orden de no abrir.

Paredes despintadas, salones sin puertas, asientos destartados, rayados, techos de zinc. Ha llovido la noche anterior. Huele a cemento húmedo, aunque el olor que me gusta es el de la tierra mojada. Los colegios públicos, no suelen ser lugares para la tierra, si hace calor te embriaga el polvo. Y, sin embargo, es gentil el paso por el corredor que lleva al coliseo con sus hileras de plantas colgando en laticas y envases en cada salón. Huellas de la renuencia a la aridez y la desolación.

El coliseo del colegio, el lugar del encuentro, tiene suficientes bancas de madera vieja, descolorida, rasposa al tacto, pero resistente. Se instala una tarima con la bandera del cabildo y las de los pueblos indígenas, un bafle grande, un telón para proyectar. Ana Dabeiba, siempre vigorosa y habilidosa, escala 4 metros arriba por las estructuras de metal que sostienen el techo para colgar uno de los pendones del cabildo. Elvira trae la tinaja de aluminio con el café para el desayuno. Todas posamos nuestros ojos ávidos en la gran vasija. Nora y Adriana ayudan a colgar las banderas que están debidamente ritualizadas en territorios de origen. Deyanira se hace a la entrada con su madre en su oficio de *kiwe tegna*.

Llegan de a poco las familias. Muchas mujeres mayores, realmente la gran mayoría. Una treintena de mujeres adultas con hijos jóvenes. Las más jóvenes con niños y niñas. En menor proporción hombres mayores, realmente son pocos y se me hacen menos visibles y audibles. Es la primera vez que acompaño una asamblea del Cabildo con esta asistencia. Alrededor de 150 personas. Los años anteriores en medio de la pandemia se hizo notoria la disminución de la participación.

Durney Giraldo es coordinador del tejido de educación de la Çxab Wala Kiwe, acompaña procesos pedagógicos de instituciones educativas en el Norte del Cauca. Pertenece al magisterio de educación. Creció en la zona rural de Corinto y estudió en un colegio que hoy día está ubicado en resguardo. Cuenta que le reclaman no tener *facciones indígenas*, no parecer físicamente nasa. Es alto, le calculo 1,85, es acuerpado (diría mi madre). Hoy acompaña en la asamblea para compartir desde la tarima la apuesta y caminar desde territorio *por una pedagogía comunitaria y del sentir*.

No es la primera vez que lo escucho, en el cabildo lo admiran mucho, es uno de los interlocutores del tejido de educación. Me impresionó fuertemente cuando lo conocí. Me impactó su honestidad para revelar al cabildo su sorpresa frente a la materialización de un cabildo de ciudad.

-Yo vengo desde territorio y porque venía a la ciudad no traje jigra, coca, ni chirrincho para brindar para que la conversa salga mejor. No había imaginado que estaríamos en compañía de las tulpas- contaba la primera vez que se lo invitó a una reunión en el cabildo mientras la sorpresa teñía su mirada.

Escuchar a Durney me permite rastrear la hondura y espesor de la apuesta y lucha del pueblo nasa por una educación propia.

-El sueño que camina hacia el gobierno propio solo se impulsa si a futuro quien esté a cargo de la salud, la administración, la educación *no sean otros*-

En esa primera conversa puso vehementemente sobre la mesa, una serie de hechos provocadores: hasta hace 10 años en los territorios indígenas todos los maestros eran de Popayán, de Rosas, y de otros pueblos (interpreto que con esto quiso decir no indígenas). Contó que actualmente existen 15 instituciones que acogen la apuesta propia en 21 comunidades y tienen 62 dinamizadores Nasa.

Durney cuenta a la asamblea qué ha sido caminar una educación propia. La presenta como un ejercicio que *reposa y reclama comunidad*, la sostiene y reaviva. Para él, ésta parte de escuchar y leer el propio territorio y lo que necesitan sus gentes. Las semillas se enraízan en la tierra de una comunidad y en su proyecto vital. No porque la comunidad exista como un a priori, no porque se dé por sentado que:

“indígenas que viven en un espacio geográfico común=comunidad”.

Entiendo más bien, que *la comunidad* no existe. No está allí, en algún lugar esperando ser encontrada en la exterioridad constitutiva de un alguien. Su textura emerge del talante de una decisión de vivir y revivir el deseo y la capacidad de hacer y llevar la vida comunalmente. No es un detalle contarle, sobre el flujo energético y afectivo que conlleva esta decisión, el esfuerzo diario,

constante, sostenido y rizomático de esta emergente manera de asomarse a la vida. Radícula cuya vocación es ser brote.

Durney nos hace saber en la asamblea que, en Corinto, donde él vive, lograr la participación de la comunidad es difícil. Desafío permanente. No es garantía. No está dada por supuesta. Es imperfecta y muy heterogénea. Los acuerdos no son idílicos.

-En Corinto, hay 11.000 nasas censados pero las asambleas las sostienen unos 700.

Cuenta con un tono de voz vehemente y un semblante cautivador, que muchas familias tomaron la decisión de sacar a sus hijos de las instituciones educativas de las veredas y los enviaron al pueblo. Otras sospechan de los modos pedagógicos vivenciales

- ¿Otra vez perdiendo el tiempo en el río? ¿de nuevo con las vacas y el maíz? ¿se educan para ensuciarse? ¿es educación para indios? -

La comunidad de la que hablan las políticas es abstracción cerrada y etérea. No puedo palparle. Se la menciona en el mismo estatuto ontológico de la sociedad. Se da por sentada su existencia. A los funcionarios y a las instituciones les interesan las evidencias de lo que toman como participación de la comunidad -el POAI- Las instituciones convocan a un taller a las familias durante un día. Se genera un texto, que como lo cuentan muchas educadoras, se suele arrumar y solo se saca el día que funcionarios del ICBF hacen supervisión. La evidencia estará allí, no la huella de un hacer y un pensar comunal.

¿A quién le importan estas huellas?

No es de esta participación susceptible de ser vigilada y transformada en indicador de rendimiento de la que siento, habla Durney. No es una comunidad instrumentalizada, congregada por funcionarios cada tanto, y al servicio de sus necesidades de papel. No es la misma comunidad imaginaria a la que se refieren los documentos y a la que hacen alusión los funcionarios. Me da la impresión de que tiene más bien que ver con re-tejer la *nasa we'sx* y asumirse en la voluntad de impulsar el propio caminar colectivo.

Las preguntas y pensares de Durney en la asamblea convocan a comuneras y comuneros:

-La educación tradicional en la que crecimos no nos enseña a pensar en las problemáticas que vivimos, tampoco nos prepara para resolverlas -

- ¿Cómo hacer para no perder la propia sabiduría, las propias formas de actuar que nos han mantenido vivos? ¿Qué de esa sabiduría podemos retomar para pervivir? Las últimas generaciones se han perdido de esos conocimientos y la

tarea de recordar para transmitir no se las podemos negar. Tampoco les podemos negar el saber vivir en comunidad -

-Merecemos que nuestras costumbres no desaparezcan en el sitio en el que estemos, que podamos vivenciar y practicar donde estemos. Los nasa andan mucho y ninguno tiene por qué dejar de ser indígena -

Mientras Durney amplifica estas ideas en la tarima, muchxs comunerxs asistentes se miran entre sí, le escuchan con mucha atención. En ese instante me percaté de que ha habido un doblez en su pensar. Recuerdo la primera conversa en el cabildo, para esa ocasión en la que convocaba a pensar la fuerza de *una pedagogía comunitaria y del sentir*. Ese día interrogó a las comuneras que participaban de la conversa

-¿Para qué educamos? ¿para que se vayan del territorio por la violencia que vivimos? ¿para que se ilusionen con pensar que viniendo a la ciudad tienen mejor vida? -

En esa ocasión, Catalina con gentileza y una voz muy delicada, respondió a la intervención, que ese día intuí frontal interpelación. Un llamado al que había que indefectiblemente responder.

-Ser nasa, es un sentir del corazón. Hay varias formas de regresar al territorio. Se puede regresar incluso espiritualmente. La educación propia debe ayudarnos a resolver los choques culturales que vivimos al llegar a Cali-

El gesto de Catalina, sin facha de culposidad, presentó el pensamiento que han caminado alrededor de su ser nasas **en** y **con** la ciudad.

-Es cierto, donde quiera que se esté se puede hacer trabajo espiritual. Se puede seguir con conexión con los espíritus, el cosmos y con la madre tierra - afirmó reflexivo Durney como esbozando en un gesto de pensar en voz alta.

En la asamblea de hoy, Durney, me deja entrever que *caminar la palabra* y el pensamiento, admite a cabalidad gestos de desplazamiento en las propias lecturas y maneras de pensar. En este encuentro insiste en la pregunta ¿qué nos aqueja? y profundiza.

-Lo que nunca se preguntó la educación tradicional. Una educación que ha contribuido a pensar y sentir la diferencia como problema

Una de las preocupaciones que siente comparte con la comunidad de Cali, y que debe atender la educación propia, es el que cada vez más jóvenes nieguen su ser indígena.

-Necesitamos proyectos de vida que conecten con los dones de nuestros niños y jóvenes. Es importante conectar con su deseo de hablar nasa yuwe. Necesitamos que conecte con la necesidad de generar alternativas de vida para que la alternativa no sea la ilegalidad, o desear ser reclutado. En territorio tenemos grupos armados, en Cali tienen pandillas. A nosotros nos ha tocado perder el miedo, aunque perder el miedo signifique después tener que perderse. Podríamos educar sin importar que nos recluten los jóvenes, sin importar que nos estén matando, sin importar los cultivos ilícitos.

Las y los comuneros resuenan con Durney, tiene esa capacidad de generar resonancia, retumbar, generar efecto en sus oyentes. Comentan que es la mejor asamblea a la que han asistido en años. Muchas madres de jóvenes se encuentran inquietas, lloran, las sobrecoge el desespero por el hecho de que sus hijos deserten del colegio. Un par de madres coinciden en que han dejado a sus hijos muy solos durante muchos años mientras han salido a trabajar. Sienten que no es suficiente con que asistan a colegios públicos.

Escucharles toca mis propias grietas. Los agujeros por donde mis afectos se desgonzan, se agitan y arremolinan. Siento que encontrarse en sus heridas es una suerte de regazo y me es compartida la morada. Encontrarse en afectos en los que se puede morar, relaciones en las que se puede estar alojado. Texturas, volúmenes, relieves que salen al encuentro con mi tacto. Ni compacta, ni plana, ni mucho menos una laminilla.

Me da la sensación de que *caminar la palabra*, también puede tener mucho que ver con habilitar la posibilidad de demorarse y tomarse muy en serio las preguntas. Durney deja esbozadas una serie de preguntas no retóricas, entiendo que no las tiene resueltas para sí, tampoco están resueltas por las dinamizadoras ni por las autoridades. Hacerse preguntas que no deben resolverse en lo inmediato, preguntas que orientan el caminar:

-Vamos a tener que conversar y caminar para tener conceptualizaciones propias ¿Cómo es posible un proceso de pedagogía comunitaria en la ciudad, desde y para la comunidad? ¿Cómo participa la comunidad en la ciudad? ¿Cómo se podrían desplegar en un contexto urbano nuestras pedagogías del sentir y de los sentidos? ¿Cómo acompañar para que se pueda pensar e investigar desde el sentir?



Siento que desde que Durney hizo el llamado a la pedagogía del sentir -que se viene consolidando desde profundos procesos de *intelectualidad ancestral* en las tulpas de territorio, la pregunta por esta posibilidad agrieta el cemento. Pienso en los papayos que crecen por doquier en la ciudad, incluso en las tejas del techo de mi casa. Es claro el impulso que lleva la vida misma, una condición vital,

indomable, no es dócil. La vida lleva su propio pulso salvaje. La pedagogía racionalista se ufano de la ruptura de la pertenencia con lo no humano. Se cultiva la unilateralidad de la mente desde la volición. La parte por el todo. Metonimia. En la mente, el humano, desmembrado.

-El centro de la vida es la tulpa. El ombligo de la tierra. La mitad de nuestro territorio es el ombligo- contaba en una minga Omar Finscué, el esposo de Maribel, coordinadora de las casas semillas.

En esa minga de pensamiento, en la que por intención de las autoridades se continuó arando el terreno para descubrir posibilidades de la pedagogía del sentir en las casas semillas, pude aproximarme de otra manera, a *la práctica enraizar el corazón en el territorio*. Que también es concepto. Luis Guillermo Vasco (2002), defendió esa otra manera de pensar que son los conceptos cosas. Los conceptos que se recogen en la vida. Este día se me reveló *la praxis-afectiva*. Hacer-Sentir-Pensar. El entramado que soporta la pedagogía del sentir, como manera de hacerse a un saber vivir sin ese desmembramiento moderno como lo es el pensamiento que piensa el pensamiento y su acción es etérea. El pensamiento actuando sobre sí mismo.

Ese día, Omar explicó que al sembrar la placenta junto a la tulpa, *se enraíza el sentir de esa persona a la madre tierra*. Una de las cosas que las nuevas generaciones de nasas que viven en la ciudad padecen, es la imposibilidad de sembrar la placenta en ausencia de territorio físico. Muchas de las mayores y mayores fueron enraizados en sus territorios de origen. El mandato en asamblea de la comunidad del cabildo, ha sido la lucha por tener territorio en la ciudad. Imposible con la actual negación de la existencia por parte del Ministerio de Interior de los indígenas en las ciudades.

No siento que la práctica del enraizamiento pase por la literalidad de la concepción estatal espacial de territorio geográfico específico, pero sí por la concreción de la experiencia primigenia de contacto con la tierra ¿qué nos haría creer que la placenta y el ombligo aunque separados, ya no serán parte de nosotros? Nuestras placentas y ombligos en los hospitales van a parar al tarro de basura rojo. Recuerdo a la mayor Irene Tenorio, nos contó que fue la primera mujer en pedir la placenta en el hospital de Santander de Quilichao. Los médicos enviaron a los psicólogos para disuadirla, y también para obtener información sobre lo que haría con ella.

-Un sancocho, qué más voy a hacer- nos cuenta, entre risas burlonas, que les respondía.



Caminar el pensamiento, caminar la palabra, los procesos como tejidos, tejer el pensamiento. Haceres afectivos, corpóreos, materiales y simbólicos. Sencillez y complejidad. Técnica y sabiduría. Materialidad y espiritualidad. Son lo que son, y también otra cosa. He descubierto junto a las y los comuneros del cabildo, caminar como forma de conocer, de relacionarme. Caminando se descubre los territorios, se aprende a llevarlos con uno. Se vuelve sobre ellos, una y otra vez para aprender a leer sus códigos y que sus señales te orienten. Te cuentan de sí. Caminando me asomé a las entrañas huecas de una montaña. Ahora, preciso conversar con el oficio del tejer. Entraña el misterio de lo que no podrá ser gobernable o reducible. Para hablar, pensar y adentrarse en el *cuido de la semilla* es necesario volver sobre el telar y el tejer, *praxis afectivas*.

Omar nos invitó a pensar en esa minga que el cuerpo es espacio pedagógico.

-Nos educamos para aprender a escuchar y a sentir. El cuerpo debe madurar sus dones físicos y espirituales. Cada territorio es un sitio sagrado. Cada persona es un territorio sagrado para ser cuidado.

He aprendido que en el pueblo nasa se tejen resistentes *ya'ja/jigras* a mano con fique, pocas mujeres en el cabildo las saben hacer. También las *kwetad ya'ja/* cuentanderas con hilos sintéticos y aguja capotera. He visto que toman mucho tiempo a las mujeres del cabildo. Maribel y Dora, son quienes suelen enseñar a otras, cada una tiene una técnica distinta. Me enseñan que la *kwetad ya'ja* es útero donde germina la semilla. Pasan mucho trabajo las aprendices de la *kwetad ya'ja*, son las que más desbaratan el tejido. Requiere mucha concentración dibujar en el tejido la tulpa con colores. Armar el cuerpo es un proceso y la base otro. La cincha es lo último que se teje y se hace en telar. El telar también permite tejer las cinchas y los chumbes. Todo aquello que carga la vida. La mochila nasa, puede llevar símbolos propios de la cosmogonía, que se aprenden a leer, o puede ir en un solo tono. Percibo que, en la práctica del tejer, como en la de caminar, habita una manera de entrar en relación y cuidar la relacionalidad.

Doña María Elsy, profesora del grupo de tejido, dice que a ella le gusta en particular tejer apretado. Yo en general siento que es un tejido apretado con intención, ordenado, fuerte y protector, no solo el de doña María Elsy. Conforme pasan los años, cada vez veo más mujeres en el cabildo tejiendo en los tiempos de espera y luciendo sus mochilas.

-Tenemos los pies pegados a la madre tierra, la cabeza no es lo más esencial. En Una pedagogía del sentir, la práctica es la que siembra. No todo lo que se dibuja con letras se cumple- recordaba Omar a las dinamizadoras en la minga

Hace unos años tomé la iniciativa de aprender a conversar con los hilos, de descubrir cómo abrir un nuevo lugar desde el cual entreverarme con la pedagogía del sentir. Asumí como parte de mi caminar, aprender a dibujar con

hilos. Caminar, tejer y bordar, para pegarme más a la tierra. No solo con letras restituir el camino andado. Descubrir lo que los hilos tienen por contarme de los haceres que educan el sentir y la manera de estar en la tierra. Me he dejado educar para ver con las manos y aprender a leer textos no alfabéticos.



Mi maestra de tejido se llama Amalia Guetio. Amalia me introdujo amorosamente en Agosto de 2021 en la conversación con prácticas y haceres que educan el sentir. Trabaja en una casa de familia, como ella lo llama. Para ese entonces llevaba 3 años viviendo en Cali, en Alto Nápoles. Amalia es amiga de Elvira, una de las dinamizadoras de las casas semillas.

Es originaria del resguardo de Quichaya, en Silvia, Cauca. Vino a Cali con su esposo y su hijo desde el 2018 para acompañar a su hijo mientras estudiaba para ser técnico en mecánica. En su territorio tienen una finquita en la que cultivan maíz, uyucu, arveja y alimentos de tierra fría. Solían llevarlos al mercado de Silvia y venderlos.

Quieren regresar a la finca cuando su hijo termine los estudios. Mientras tanto, Amalia y su esposo buscan trabajo en la ciudad. A Amalia le parece muy costoso vivir en Cali y no le fue fácil conseguir trabajo. Las oficinas donde enviaba su hoja de vida le pedían referencias y no las tenía en la ciudad.

Amalia le ha enseñado a varias vecinas a tejer y con sus tejidos, sus mochilas, está pudiendo ganar algún dinero. Amalia no está vinculada al cabildo, no le interesa censarse porque aspira regresar al territorio, sin embargo quisiera participar mientras está aquí de algunos espacios y de las ritualidades. Pactamos en principio diversos trueques, de ropa y aguacates a cambio de la enseñanza. También un monto de dinero. Hemos hecho almuerzos juntas y en medio de la conversa se ha desplegado mi educación.

Empecé mi primera mochila con hilo guajiro verde y una aguja de crochet. Traté de iniciar con lana pero no pude. Amalia inició la primera parte del tejido, la base de la mochila. La observé mucho tiempo sin lograr descifrar sus movimientos. Dejó un hueco en el centro, me dijo que como soy mujer, se debe dejar ese agujero para que en caso de que quiera tener hijos pueda tenerlos más fácil. A Amalia le enseñó a tejer su madre cuando era niña y aún teje todas las tardes. Tejió el chumbe de su hijo. Su parto lo tuvo en casa y lo atendió su madre. Lo recuerda con nostalgia. Su tono se modula a la preocupación cuando me cuenta que cada vez son menos las mujeres que tienen sus hijos en casa. Asegura que por eso cada vez las madres y los hijos enferman más.

Con cada puntada, mientras avanzaba camino en las vueltas de la base de mi mochila, se abría un espacio para la conversación íntima. Conversamos sobre mi familia, hablamos sobre la separación de mis padres. Tomé la aguja e inicié mis propios avances sobre la base de mi mochila después de haberla observado. Intenté muchas veces comprender con mis manos, de manera torpe inicialmente, el impulso de la aguja que penetraba el hilo, hacía bucles que se anudaban lo suficiente, uno junto a otro, para ir conformando hileras que aspiraban a ser una base.

Admiro la agilidad de los dedos de Amalia, los míos tomaron mucho tiempo para despertar a la danza rítmica. Amalia me observaba con paciencia y reía, no me corregía, no intervenía. Mientras trataba de pensar con mis manos, Amalia me contó sobre su dieta después del parto. Tomó un mes caldo de arracacha y chocolate, y aunque ya no gusta de la arracacha, está muy agradecida con estos cuidados que su madre le ofreció en el embarazo, porque se siente una mujer fuerte al igual que su hijo. Se siente muy orgullosa de haber sembrado su placenta junto al fogón, fuera de su casa en la finca.

Le conté que había escuchado a algunas madres del cabildo preocupadas porque no tienen quien atiende a sus hijos si tienen *susto*. Me contó que *el susto*, se siente en la muñeca, en un lado de la cara, y también en el empeine. *El susto* lo puede generar un animal, o alguna situación. Incluso de adultos, podemos sentir *susto*, y podemos dejar de comer y sentirnos somnolientos. Para organizar *los pulsos*, *el pulsero sabe soplarlo*, y aunque pareciera mentiras y como que no hace nada, el pulso vuelve a su lugar, me cuenta Amalia.

El hilo guajiro es bondadoso con los principiantes, su dureza fue gentil con mis errores. No deja rastro pese a que se intente sobre el mismo bucle muchas veces. Misteriosamente mis manos develaron la lógica, y aunque mis dedos dolieran, el deseo de centrarme y avanzar reconfortaba mi espíritu y me energizaba.

Durante los primeros días noté que los avances que había hecho por mi cuenta no me estaban conduciendo a una base. En algún momento algo sucedió y comenzó a tomar otra forma. Recuerdo las muchas veces que he tenido que desarmar mi modo de escribir y con ese valor desaté los bucles y me dispuse a empezar de nuevo.

Una semana después le mostré a Amalia mi avance del tejido y le comenté que había intuido que algo no estaba bien porque mi tejido subía en vez de ser plano, una base. Pese a esa intuición había tomado la decisión de avanzar por el placer de sentir que mis dedos comenzaban a apropiarse de movimientos solicitados por la aguja para enlazar los hilos adecuadamente. En principio no tenía ritmo, pero mis dedos entendían de qué se trataba. Amalia tomó mi tejido y lo desbarató enteramente, se rió y me dijo que a continuación debía de aprender a hacerlo plano. Me dijo que para hacer crecer la base planamente debía insertar la aguja

dos veces por el mismo hueco de un bucle. No había tenido cómo descifrar esto por mi propia cuenta.

Mientras Amalia me mostraba esta nueva enseñanza, conversamos sobre la primera vez que vino a Cali. Fue cuando tenía 12 años. Vino con unas amigas que le habían dicho que había trabajo y bien pago.

-Éramos muchos, y no me pusieron a estudiar- me comentó en un tono bajo mientras sus dedos hacían crecer la base con celeridad y destreza.

Se vino a la ciudad sin saber español y sin decirle nada a su familia, sin contactos, sin saber dónde trabajaría.

-Me consiguieron un trabajo de interna donde una señora que vivía por la 14 de Calima.

Me dio la impresión de que recuerda su primer trabajo sin añoranza pero con gratitud. Me contó que lloró tres meses. Después se acostumbró, sin embargo duró esos años sin contacto con su familia. En esa época no había celular y no viajó en ningún momento al territorio.

Las semanas, los ires y venires del tejido, los avances que no son distintos de las desbaratadas, nos llevaron por las sinuosas oquedades de nuevas vidas interiores en la conversación. Mientras Amalia observaba avances en mi tejido y reía por las concavidades de la base y que ella llamaba orejas, me contaba sobre las muchas veces que ha sido insultada por las personas que la han contratado. También me contó que en muchas ocasiones la han acusado de ladrona como justificación para no pagarle.

Me tardé varios meses, en tejer mi primera mochila. En relacionarme con otra temporalidad. La temporalidad no marcada por el cumplimiento. La temporalidad cíclica, en la que me dejé educar por los hilos y por la disposición de Amalia. La temporalidad en tregua con el tiempo que arrecia. La temporalidad que cabalga en la voluntad. No la de avanzar a la meta. La que se entrega y cede. La temporalidad que nota diferencias entre tejer en luna llena, cuando hay eclipse -se hace más difícil- o la luna está menguando. El tejido crece, aprendí a cuidar del tejido que crece, y del que soy parte. Tejer me teje.

Omar, fue preciso. A la pedagogía del sentir la hace aprender a escuchar.

-Si la conversa está muy bien hecha, entra al corazón. Nos enseña a saber escuchar. También a ver, a hacer lectura de la vida. Debemos aprender a leer con muchos ojos, para entender de muchas maneras lo que uno ve.

Aprender a tejer, despertó ojos en mis manos. Cuidar las semillas, precisa ver con las manos.

El andar del tiempo

El tiempo, al igual que el lenguaje o el dinero,
es un portador de significado,
una forma a través de las cuales definimos el contenido de las relaciones entre el yo y el otro

Johannes Fabian, El Tiempo y el Otro

Era Octubre de 2020, las medidas de confinamiento detenían el caminar de las mujeres del cabildo. Nos congregamos en el solar de la casita de una de las comuneras, bajo un árbol y con nuestros pies sumergidos en medio de la hojarasca marrón y amarillenta, descompuesta y en su descomposición obrando de manto protector. Inevitable volver con el sonido chasqueante de mis pies al solar de lxs abuelxs, y así, mi escucha se dispuso al encuentro, especialmente a dejarse tocar, sin saber qué o dónde llegarán los ecos del toque ¿fue acaso zumbido? O en este cause que soy, fue piedra que dejó sus ondas, ampliadas una y otra vez hasta desaparecer.

Uno de los principales saberes que comuneras y comuneros del cabildo desean despertar y cultivar, son los saberes sobre el camino de la luna. Reconocen que hacer la vida en Cali, puede desconectarlos de estas prácticas, pero también me invitan a pensar que esto puede suceder incluso viviendo en sus territorios de origen. De manera permanente, las comuneras me dejan claro que haciendo su vida en el territorio son saberes que también se pueden dormir. Con el ánimo de despertar sabidurías para cuidarse, cuidar la madre tierra, y la crianza de niñas y niños, invitaron al mayor Joaquín Viluche, reconocido en el pueblo nasa por ser gran sabedor e investigador del camino de la luna. Me invitaron a acompañar este encuentro y también me pregunté ¿qué despertaría en mí?

-Los mayores nos hablan de cómo la luna influye en nuestro genio, en el temperamento, en los sembrados y lo hemos olvidado. A veces hay un imaginario de que ir al cabildo es ir por avales, certificados, resolver si me sacan del Sisben, pero sobre todo, nos interesa compartir sabidurías del pueblo nasa que aún tenemos- comentó la gobernadora aperturando la conversa.

El fin de semana anterior, mi madre había ido a casa con una semilla de mamey que había recogido hacía un tiempo. Le parece que escasea y que mucha gente no conoce el fruto del mamey. Pensó que puede ser importante sembrar estas semillas cerca donde vivo. Las llevó los primeros días del mes e insistió en que era buen tiempo para sembrarla. Realmente llevó dos semillas, grandes y pesadas, tal vez más grandes que un huevo, solo de una de ellas había brotado una plántula vigorosa, tenía unos 20 cms de altura. Y sin embargo, el 18 de

Octubre de 2020 me encontraba en ese espacio junto a hombres y mujeres nasa, y también con los saberes de mi madre, que son los de mi abuelo, y son el lugar autobiográfico del pensamiento y del afecto desde el cual puedo aproximarme a un borde de la vida del que la disciplina me separa.

Pienso en mi lector/a, y quisiera que pudiera concederme la invitación a localizar dónde se encuentran sus pies mientras lee estas letras, ¿cuál será el suelo onto-epistémico desde el cual me lee? ¿habrá hojarasca olorosa? ¿será el suyo un suelo que le invita a caminar? ¿o será acaso asfalto húmedo?

El mayor nos invitó a pensar la edad de la luna en la que nacimos. Nos contó que esta luna natalicia nos regala su energía.

¿Sabemos mirar la luna? ¿de qué luna es nuestra familia? Son las primeras preguntas que nos hace.

Llevaba consigo un gran calendario lunar y solar de unos 3x3 metros pintado sobre una tela blanca, que colgaron algunxs comunerxs como gran pendón bajo el samán que nos regaló sombra y cobijo durante el encuentro. Nos dejó saber que nos conversaría sobre las 8 lunas básicas, y también que hay 8 lunas intermedias a las que no haría referencia. Con estos trazos lunares, le digo a mi lector/a que nos podremos asomar al abismo, pero como vera usted, asomarnos no es saber qué hay allí, tampoco conocerle. También debo contarle que fue el mayor quien nos mostró la aplicación del celular en la que podemos consultar la luna en la que nacimos y quien tiempo después incursionaría en el mundo de los cortometrajes infantiles para construir con niñas y niños los personajes que recrearían esta historia en lenguaje audiovisual animado.

La luna bebé (aparece en los días 1,2 y 3 del mes). No se deja ver fácil, es una luna con energías bajitas, puede bajar el ánimo, tal vez por eso Pedro, en Colibrí, me enseñaba que se puede nacer *un poco perezoso*. El mayor Joaquín no invita a sembrar semilla con esta luna. No es tiempo de siembra, no es tiempo de concebir. Aprendo que incluso la semilla que se germina en el vientre de la madre es influenciada por la luna.

De tejer en esta luna habrá que saber que los hilos se ponen más frágiles, se pueden romper fácilmente. El maestro Joaquín me invita a detenerme en el abismo al que me suelo asomar. Cada vez siento menos vértigo, especialmente cuando vuelvo al solar de los abuelos. Cuenta el mayor que de nacer en esta luna, habrá que atender al don que regala: gusto por la belleza y las artes. También habrá que atender a la sombra que trae consigo: facilidad para la enfermedad y falta de gusto para los trabajos duros. De nacer en esta luna, será importante buscar remedio y un cuidador de las semillas sabrá advertirlo.

No es ésta una buena luna para la concentración, la energía está muy baja y niñas y niños pueden estar especialmente distraídos. He escuchado que en territorio,

en algunos lugares no se va al colegio en esta luna. Esta posibilidad de admitir el detenimiento, me resulta iluminadora. Vivimos en una sociedad de “la maquila debe continuar” “nunca se puede parar”. Sí, la luna con menos luz sobre la faz de la tierra, ilumina la sensación de podría ser un andar de la vida que admita en el flujo otras injerencias más allá de las voluntades humanas y los ordenamientos de la racionalidad (moderna) que elige demostrar su poderío caminando contra la corriente de un río crecido.

Luna niña (aparece en los días 4, 5 y 6 del mes), es buena para sembrar flores y hierba, la fuerza de esta luna cuida del embellecimiento, del corte de puntas de cabello y de su masaje. Emparentada con la luna anterior, ofrece a sus nacidos como don, el gusto por la belleza y en el limbo cualidades que pueden oscilar según se acentúen: el ser muy acelerados y la capacidad de tomar decisiones rápidas.

Luna señorita (aparece en los días 7,8 y 9 del mes). Joaquín Viluche habla de esta luna como coqueta, fuerte, bonita. Es la luna a tener presente cuando necesitamos *despertar semillas*, también es tiempo propicio para comenzar con los trabajos de la tierra. Energiza con amabilidad, y con capacidad de enamoramiento constante.

Luna madre rebelde (aparece los días 10, 11, 12, 13 del mes). Su nombre lo relaciona el mayor con el talante de las personas nacidas bajo su influjo, *no escuchan consejo fácilmente* nos cuenta. La energía ofrecida permite que sean *buenos pa trabajar, coger machete, hacer lo que se les coloque* y de manera rápida. Cuando se cuidan niños, invita a no discutir, ni amenazarles porque el semblante se hace más fuerte, empeora.

Luna Mayora (aparece en los días 14,15,16, 17): Alumbra de 6:00 am a 6:00 pm, nos cuenta el mayor que es fácil de ver a diferencia de la luna niña, que se puede ver solo a eso de las 6:30pm. Es la luna en la que se suele hacer ritualidad, dar agradecimiento y propicia para limpieza espiritual y pedir sabiduría. Es tiempo en que las semillas cogen fuerza. La luna mayora, con gran fuerza incide en talentos con don y gusto de aprender sobre armonización de familias y comunidades. El remedio tendría que darse porque el excesivo cuestionamiento también puede desarmonizar.

Luna Brava (aparece en los días 18,19, 20), luna mayora que quiere ser niña cuenta el mayor. También nos dice que en la niñez pueden ser *muy pegones*, y hay que poder reconocer su temperamento de luna porque es talante de hablar duro pero también de trabajar duro. Los suele ver como buenos caminantes, persistentes en trabajo y estudio, gustan del detalle y la perfección. Es buena luna para cortar el cabello, también la guadua – resiste mucho si se la corta a las 2:00 y 3:00 pm o 2:00 o 3:00 am- Si se puede programar las cirugías en esta luna sería de gran ayuda para no sangrar tanto.

Luna Tierna (aparece en los días 22,23 y 24). Esta no es luna para siembra, es tiempo para otras actividades en las que el mayor no profundiza. El talante de la persona es despacioso, *se demoran haciendo un mandado*, hay mucha ternura y amabilidad, el mayor siente que gustan del abrazo.

Luna que regresa a casa o luna silenciosa (aparece en los días 25,26, 27 y 28). Sobre esta luna cuenta que marca un gusto por la soledad y por el trabajo mental. El mayor Joaquín menciona algo que no pude entender, pero habló de un influjo peligroso. Es luna propicia para limpiezas, físicas y espirituales, para despejar envidias, la pereza, y los ánimos o sueños muy pesados. Es mi luna natal, me miro reflectivamente en ella y al escuchar al mayor me reconozco como Alicia a través del espejo en el universo de criaturas solitarias que pueblan ese otro mundo.

La sabiduría sobre el camino de la luna, explica el mayor Joaquín, da entendimiento sobre diferencias en los sentires, permite apaciguar la inquietud que puede generar que unxs hijxs sean apegados y otros no, y especialmente dice el mayor, permite comprender que *energéticamente no somos iguales, aunque nuestra energía cambie constantemente*. Para el mayor es claro que ante todo somos energía y eso nos vincula con la luna y con el sol. Los *Thê Wala* saben preparar remedio y saben elegir la luna en la que se lo puede aplicar para armonizar, pero también, nos advierte, hay encuentros energéticos que hacen muy difícil la posibilidad de estar juntos. Con las plantas también se tiene relación, y lectura de su condición energética.

Espero que si me lector/a está parado en suelo asfáltico, su firmeza no lo conduzca a leer una tipología lunar, que lo induzca a ver simpleza donde hay complejidad. Tal vez si mi lector/a tiene un suelo desprolijo que invite a caminar, podrá reconocer probablemente que navegan en silencio, soterrados y encubiertos gran cantidad de saberes sobre la luna en muchas crianzas ¿incluso en la propia o en algún punto de su novela familiar? Aun cuando debo poner sobre la mesa que todo lo que suene a saber espiritual muchos colegas podrían ubicarlo fácilmente en el cajón de saberes supersticiosos, esotéricos, nueva-erosos y por tanto imposible de ser tomados en serio.

Por supuesto, la categoría epistémica políticamente respetuosa bajo la que se los suele ubicar es la de folclore, ese universo no amenazante y pleno de garantías para lo que no puede pasar por la digestión racionalista. Mi lector/a puede resonar o no con estos saberes, puede tener “tripa” para digerirlos o tal vez no, lo que me parece importante preguntarnos a este punto es ¿qué hacemos con esos saberes cuando no podemos digerirlos? ¿dónde los ubicamos? ¿dónde los ubica la máquina? ¿qué efecto produce no poder digerirlos? Más aún ¿qué hacen las políticas, saberes pedagógicos y la máquina burocrática con saberes no-digeribles?

Hubo un día en el que fui quebrada

otro, adiestrada en negar la acuosidad
podrían ser mis memorias de carambolo
mi talón descalzo
una pomarrosa en la palma de la mano
insinuando un rincón indómito
no devengo agua por voluntad
es el llamado a mi cauce
responde, responde, responde

No es cometido de mi búsqueda trazar el rumbo desde el nicho asfáltico que informa el pensamiento sobre las niñas y los niños en las políticas públicas, pero hay algunos señuelos que quisiera dejar esbozados, y que tal vez pueden permitir aprehender mi impetuosa necesidad de desplazamiento desde el lugar férreo en el que me ancló la disciplina. También son lugares férreos en los que se anclan los establecimientos y las institucionalidades. Bien podría ser una pista perdida para rastrear su propio suelo. No importa. Aquí vamos. Mi lector/a deberá confiar en este rumbo inesperado.

Uno de los libros inaugurales de mi formación psicoanalítica fue *Tótem y Tabú* (Freud, 1913). Recuerdo haber sido seducida por la prosa y erudición freudiana cuando tenía 20 años, en ese entonces me obnubilaba saberlo “conocedor de otras culturas,” sumado a la legitimidad que esto generaba en lxs profesorxs que situaban la gran autoridad de su conocimiento antropológico y que el mismo Freud atribuye a las etnografías que leyó. Se nos invitaba mucho a leer a Lévi-Strauss, para descifrar los grandes misterios de *la psicología de los pueblos primitivos*. Y me doy cuenta de que *el conocimiento etnográfico* que se ha presupuesto retrato científico de los pueblos, ha informado muchos de los referentes de mi formación psicológica, pero especialmente a Sigmund Freud. De las aguas epistemológicas y los muchos supuestos del conocimiento etnográfico no se conversaba en las aulas de psicología.

Volver 20 años después a *Totem y Tabú* con Johannes Fabian (2019) en mente, es poner el foco de lectura en el excesivo uso de dispositivos de temporalización en la escritura (creería que a imagen y semejanza de las clásicas etnografías) que perpetúan la producción del Otro como pueblo primitivo, salvaje, ubicado en la pre-historia del hombre moderno y por tanto, se localiza su manera de conocer en este mismo lugar iniciático de la línea de tiempo humana, *río arriba*, tomando prestada la analogía de Johannes Fabian. En todo caso, lejos, en cualquier lugar que evite vivirlo en un tiempo presente compartido. En otras palabras, *las maneras de ser-conocer del primitivo* solo podían residir en un lejano lugar y estar en un viejo tiempo, donde fuera que no resultaran conflictivas, más bien útiles a los proyectos expansivos y epistémicos modernos.

La intención escritural de Freud es impecable en este texto, quiere producir la figura explicativa del sufriente neurótico y sus prohibiciones obsesivas en relación de continuidad o conexión con las formas de funcionamiento de la

psicología de los nombrados *pueblos primitivos*. Para ello, se vale de las construcciones distanciadas y estáticas que antropólogos han hecho de ciertos pueblos. Parte de dos supuestos temporales que naturalizan el tiempo sin consciencia de ello: la asunción de una teleología evolutiva en la psique de los pueblos, que atraviesan facultades intelectuales animistas, luego religiosas para llegar a la anhelada cientificidad desde la cual ya no es posible creer en dioses ni en demonios. Bajo este supuesto, los pueblos animistas, detenidos en su pasado (en caso de tener existencia en el presente) son pueblos que admiten y se organizan bajo los principios del *totemismo y el tabú*.

Bien la intención declarada en el texto es la construcción comprensiva de la experiencia neurótica, el efecto no declarado es la soberbia discursiva de poner cada cosa, cada saber y cada pueblo en su lugar y tiempo. Y por supuesto, los sedimentos que de manera no consciente se promulgan al lector y que ratifican, y se alimentan, por no decir, que necesitan fehacientemente, parecieran asirse a la necesidad de que haya existido un primitivo y una psique primitiva. En el presente, este "mecanismo psicológico" solo sería admitido en tanto mecanismo patológico, que habría de ser sanado.

El antropólogo distanciado que informó el pensamiento freudiano, le contó sobre pueblos que primitivizó colonialmente en su escritura. Le habló de unas extrañezas fascinantes (con las que no se relacionó, o al menos sus informes no parecen dar cuenta de ello) pero dignas de ser superadas un día. Porque como afirma Freud.

El trazo escritural, pareciera el de un ojo que mira y dictamina. No me resultan tan distantes el gran *voyageur* del gran voyeur.

Siguiendo la línea de esta psicologización, Freud describe las prohibiciones que organizaban a estos pueblos como *tabús respecto a lo sagrado, consagrado, impuro*. Gran gama de adjetivos que seguramente pertenecen a la no neutral traducción del antropólogo, que manteniéndose al margen en su escritura ha hablado con certeza de lo que es y no es.

Freud describió también y con especial detalle sobre *la abstención de la violación de las prohibiciones por temor a las consecuencias desastrosas que podría traer*, situando la dimensión irracional de la obediencia en estas abstenciones. Lo que para Freud fue propio de los primitivos pueblos que pueblan el mundo de un infinito número de seres espirituales maléficos o benéficos, siendo éste el suelo para las formas *degradadas de superstición* que sobreviven en la experiencia neurótica-moderna (¿cómo fracaso del racionalismo moderno?).

En otras palabras, el relato novelado freudiano atribuye muchos de los conflictos inconscientes y sufrimientos humanos a remanentes de lo que moderno-colonialmente pensó y nombró como psique primitiva. Se generó una categoría dura y no neutral. Dura como el agua del mar mediterráneo español, cuyos

Caminar la queja: esperando a Godot

Estragón, nada ocurre, nadie viene, nadie se va. Es terrible.
Samuel Beckett, Esperando a Godot

Los nudos burocráticos son gotas homeopáticas de crueldad. *Farmakon* invertido. El veneno no se haya en la cura. En la cura reside el veneno. La escena se repite como si estuviera por fuera de tiempo alguno. Rita Segato (2018) invita a pensar la crueldad como móvil que anima el espíritu que navegamos al ser acechados por el proyecto histórico de las cosas. Cosificación como contraposición al encantamiento y la sacralidad. Ruido ensordecedor producido por el taladro del instrumentalismo depredador antes que por vínculos con la vida. A través de las prácticas patriarcales del Estado neoliberal se amplifican los cielos, surcos y senderos de los *paisajes de la crueldad* (Segato, 2018). Se disemina el veneno de la cura. Paisajes cuya sensación es la vida a la intemperie.

Desde finales del 2019, las mujeres-autoridad pactaron con la municipalidad, y directamente con el alcalde Jorge Iván Ospina, la apertura de las casas semillas. El programa de atención distrital de cuidado fue promesa de campaña. Durante el tiempo de pandemia, la apuesta de atención estatal nacional para *la primera infancia*, se desplegó en la virtualidad y mediante mensajes de texto a las familias. Siendo funcionaría de la subsecretaría en ese entonces, pude entender que la estrategia nacional centralizada se concentró una vez más en el fetiche de una cartilla llamada “mis manos te enseñan”, desde la cual central, bogotana y blanqueadamente, se teledirigía el hacer de maestras y madres comunitarias en todo el país. Especialmente, se teledirigía la labor de inspección a las familias de sus condiciones de higiene y a entregar los técnicamente llamados complementos nutricionales. Se la llamó atención remota.

La cartilla mandataba evaluar en clave de sospecha higienista si las familias dejaban abiertos los tarros de basura, si había moscas en casa, y en general, posaba la mirada en diversas y posibles fuentes de riesgo, exhibiendo y construyendo en los imaginarios de la nación a las familias (que acceden al programa, no todas) como fuente de peligro, cosa que ha generado vergüenza en muchas maestras, a las que les generaba pudor hacer tales preguntas.

Lo que a nivel nacional y en el gobierno de Iván Duque, se pudo mejor imaginar, fue una estrategia panóptica a modo de trampolín para coaccionar a que las familias (que también imaginan) realizaran “actividades pedagógicas” con sus hijxs. Una apuesta sin remota atención (de atender). Se la presentó en medios como una estrategia exitosa y como parte de una rápida respuesta del gobierno colombiano. Fue premiada.

Es febrero 15 de 2022, las dinamizadoras de las casas semillas se encuentran sin contrato desde noviembre de 2021, y han tenido que suscribir el mandato nacional-local de atención remota. Sin embargo, me cuentan que desde diciembre recorren lomas buscando las casas en las que podría ofertarse *el servicio*. Desean que la casa semilla, tenga casa, no la abstracción remota. Caminan, preguntan a vecinos y conocidos, buscan, encuentran, esperan a *Godot* y por supuesto nunca llega. Tal y como no llegó durante los primeros 6 meses del 2021.

En el guión teatral de Samuel Beckett, Vladimiro y Estragón en una atmósfera de lo absurdo conversan anudados al sinsaber/sinsabor de su espera:

ESTRAGON.- ¡Hermoso lugar! Vámonos

VLADIMIRO.- No podemos.

ESTRAGÓN.- ¿Por qué?

VLADIMIRO.- Esperamos a Godot

ESTRAGÓN.- Es verdad. ¿Estás seguro de que es aquí?

VLADIMIRO.- ¿El qué?

ESTRAGÓN.- Donde hay que esperar

VLADIMIRO.- Dijo delante del árbol (miran al árbol) ¿ves algún otro?

ESTRAGÓN.- ¿Qué es?

VLADIMIRO.- Yo diría que es un sauce llorón

ESTRAGÓN.- ¿Dónde están las hojas?

VLADIMIRO.- Debe estar muerto

ESTRAGÓN.- Se acabó su llanto

VLADIMIRO.- A menos que no sea su tiempo

ESTRAGÓN.- ¿Y no sería más bien un arbolillo?

VLADIMIRO.- Un arbusto

ESTRAGÓN.- Un arbolillo

VLADIMIRO.- Un...(se contiene) ¿Qué quieres insinuar? ¿Qué nos hemos equivocado de sitio?

ESTRAGÓN.- Ya tendría que estar aquí

VLADIMIRO.- No aseguró que viniera.

ESTRAGÓN.- ¿Y si no viene?

VLADIMIRO.- Volveremos mañana

ESTRAGÓN.- Y, después, pasado mañana.

VLADIMIRO.- Quizá.

ESTRAGÓN.- Y así sucesivamente.

VLADIMIRO.- Es decir...

ESTRAGÓN.- Hasta que venga

VLADIMIRO.- Eres inhumano.

ESTRAGÓN.- Ya vinimos ayer.

Godot podría tener infinitas estampas y encarnaciones. Puede llegar bajo el semblante de un funcionario de un hipotético comité o subcomité encargado de

hacer visitas para aprobar las condiciones de infraestructura de las casas para *la atención*. Por supuesto, los dueños de casa en los barrios Altos de Nápoles, Siloé o Altos de Menga, donde viven la mayor parte de familias nasa en Cali y donde se espera encontrar casas, no pueden esperar a Godot.

Los dueños de las casas alquilables prefieren esperar a que llegue un arrendatario que tome la casa por un año, no por 1, 2, 3 o 4 meses como *Godot* suele ofertar, sin contar con las peticiones, e inversiones en arreglos y ajustes que éste puede hacer para poder tomarla. Debo decirle que para *Godot* es imprescindible que exista una escritura notarial de propiedad, no importa que en estas comunas este requisito sea una excentricidad, un lujo, o un mito tipo una aguja en un pajar. Para *Godot* no es posible ofrecer *atención* si no existe la escritura, siendo así es mejor que las niñas y niños se queden sin *atención* o como suelen hacerlo, que las familias resuelvan por sí mismas. *Godot* no está dispuesto a meterse en este tipo de enredos jurídicos, tampoco está dispuesto a resolverlos o desatar algunos de sus nudos.

Godot ejerce el artilugio más poderoso: **su infernal capacidad de hacer esperar.**

Y, sin embargo, las dinamizadoras buscan, aunque cada vez dan más asomos de preocupación. Cada año tocan puerta a puerta, buscan a las familias nasa que deseen ingresar sus niñas y niños al programa. Esto en el lenguaje estatal se llama focalización de usuarios. Imprescindibles los conteos, las bases de datos, que un niñx no figure en dos servicios del Estado. Cuando he conversado con muchas maestras no indígenas que trabajan para el ICBF, es la parte de su trabajo que encuentran más tediosa. Abominable. Execrable. Insulsa. Un despropósito.

Se sienten *contadoras de niños* y cada vez más buscan otras alternativas de trabajo. Sin embargo, me da la impresión de que, para las dinamizadoras nasas, hacer camino de esta manera es reconocer como se disponen los jirones de comunidad sobre las montañas. Conversan en las casas, se adentran en las afecciones, y las familias entregan su confianza a la dinamizadora. *Godot* siempre es fuente de sospecha para las familias. Las dinamizadoras transforman el veneno en juego agónico, no en posición mortífera.

Las familias intuyen que *Godot* no ha de llegar. Muchas familias nasa retiran a sus hijxs del programa casas semillas. Deben salir a trabajar. No pueden seguir siendo tan pacientes del Estado, aunque deben seguir siéndolo por otras rutas. El cuidado de sus hijxs se debe resolver. Lo resuelven. Acción sacrificial. Vinculan a sus hijxs a una oferta de atención en la que a nadie le importe que sean *semillas de vida*. Lo remoto no resuelve la urgencia de la vida, aunque genere indicadores exitosos que confirman el delirante mandato de buen-hacer. Las dinamizadoras sienten amenazado *el proceso* con cada espejismo en el que se presume que posiblemente habrá de llegar *Godot*. No entienden por qué si las casas semillas (que hasta el momento no ha tenido casa) no reúnen el número *de cupos* (en la razón de Estado los niñxs son cupos antes que niñxs), el servicio puede cerrar.

Las presencias fantasmales como Godot y su teatro del absurdo, no tienen cuerpo que pueda asumir responsabilidades, sería cosa muy mundana. Solo una corporeidad con un registro sensible propio antes que un artefacto en vacío a través del cual se manifieste Godot, podría acoger con voz propia demanda alguna.

No hay presencia fantasmática que pueda asumir con cuerpo propio y honesta voz **los 6 meses de 2021** que hacen las veces de agujero negro en *la atención*. Agujero del tiempo trágico-ausente que se tradujo en niñas y niños solos en casa, hermanxs mayores cuidando de menores, y muchas mujeres desempleadas durante muchos meses de la pandemia. Gusano espacio-temporal en el que las cosas se pierden y nadie vuelve a preguntar por ellas: **no hubo atención para 10.000 niñas y niños en la ciudad de Cali durante 6 meses en tiempo de pandemia.**

Y, sin embargo, en un acto de mediumnidad (o rendición de cuentas en estatalegesco) se invoca performativamente la presencia fantasmática de Godot.

A través de la médium, Godot habla de “válida incomodidad en la comunidad” “de asumir responsabilidad respetuosa” de “medidas para que no se interrumpa el servicio en enero de 2022”.

Para Godot, la responsabilidad es verbo color cinismo, no sustantivo ni acción reparadora. Las maestras y las dinamizadoras, en Cali, se siguen preguntando qué sucedió en ese bucle del tiempo. Pero tenga cautela en asomarse a ese agujero negro.

El cuerpo de Godot se materializa a través de su invocación en la performatividad de las redes sociales de la Secretaría de Bienestar Social. Allí se “da cuenta de las labores que se hacen”. Muchas fotos de la médium, prestando su cuerpo para las muchas entregas de mercados, mesas de concertación y acuerdos, “ejecución de contratos y convenios” 1493 contratos en 2021, no porque haya 1493 funcionarios. La naturalización del paisaje de la crueldad, pasa por la naturalización de los 4 o 5 contratos que debe firmar una maestra, una dinamizadora o un funcionario al año, sin que le sea pagado todo el año laboral.

-No hay los recursos de todo el año. En enero, no hay la plata, se firman conforme va habiendo el ingreso de los recursos- asiente con tranquilidad y naturalidad la médium.

- Si llevamos dos años sin contratar casas físicas, ¿dónde está esa plata? ¿por qué nos dicen que no hay plata? ¿Por qué nos dijeron que había dinero garantizado hasta Julio de 2022? – se pregunta una de las dinamizadoras.

Para una dinamizadora como Dayerli, venir al cabildo a trabajar en la planeación de la atención que se ofrecerá en febrero, sin contrato, significa pagar dos

motoratones, uno de ida y otro de vuelta, cada uno por \$8.000. Las estaciones del MIO (bus público) más cercanas a la casa del cabildo continúan sin reparar desde el estallido social, razón por la cual venir a trabajar sin contrato es una preocupación. Más aún, cuando la usanza del municipio es que se paga después de la firma del contrato, aunque se haya trabajado muchos meses antes para sostener los procesos que debe garantizar Godot. Realmente los garantiza el trabajo no remunerado de muchxs funcionarixs y de muchas mujeres de sectores populares, migrantes, afrocolombianas e indígenas.

Extracción de valor no reconocido diría Rita Segato (2018) -plusvalía racial y patriarcal-

“los productos y saberes que emanan de ciertos cuerpos, sea cuerpos racializados o feminizados tienen menos valor... pueden ser apropiados por medio de una menor remuneración” (p 61). Nos sirve a la mesa Rita Segato.

Y todo esto, no es otra cosa que el despliegue de la arquitectura de ese primer bosquejo de Estado republicano, criollizado, elitizado en lo nacional y en lo local, con un ADN patriarcal, que destina los mejores presupuestos a las cuestiones de interés particular (de grupos económicos) y se permite despreciar y desangrar lo sacrificable: los asuntos del cuidar y del cuidado.

Godot puede osar no aparecer, y a cambio en su teatro de lo absurdo, sigue escribiendo, violentamente, criminalmente, sobre los cuerpos de mujeres cuidadoras, pagarés que no han de llegar como manera de ostentar el poder y con ello extender sus dominios sobre los paisajes de la crueldad y con ello lograr que la anestesia recorra nuestros cuerpos y se pueda perpetuar así, la escena violenta.

Durante ese encuentro el 15 de febrero, las dinamizadoras no pararon de responder mensajes a familias. Exploraron entrecruzamientos de silencio y miradas angustiadas. La lucha está muy dura, me decían. También que debían buscar al *Thë Wala y abrir camino para el proceso...* Godot no ha de llegar.

-A mí me duele que una mamá se retire, uno sabe que han estirado lo que más pueden el no trabajar para tener los niños en el programa, pero muchas ya no pueden y se van a otros programas.

Sentadas en los pisos del cabildo, y mientras las dinamizadoras diseñan un folleto con recetas de alimentos para preparar a las niñas y niños como la colada del chachafruto, y me enseñan a pintar en carteles la tulpita de la cuetandera, conversamos sobre las caminatas que harían en las lomas, de casa en casa, para encontrarse con lxs niñxs y el/la cuidador/a, tal y como lo han venido haciendo estos dos años (2020 y 2021) en los que la directiva nacional y municipal había esperado que enviaran mensajes de texto por teléfono a las familias con el argumento de proteger de esta manera a las niñas y niños.

Lo que para las blanqueadas oficinas del centro de país no importó, es que muchas familias no contaban con celular. Las dinamizadoras se rehusaron a adoptar la política del mensaje de texto, y la de la llamada telefónica (que salía de su bolsillo). Desobediencia vital. Godot no sabe de cuerpos, gestos, caricias, miradas, aun cuando su materialidad y materialización sea omnipresente. Si Godot tuviera posibilidad de un cuerpo, seguramente sería con uno con hambre de nada.

Caminar la queja, tejer la vida

La cocina del cabildo es también su pequeño patio. Piso de cemento, plantas de coca en vasijas de plástico y tarros de pintura. Enormes y profundos fondos (ollas) de aluminio puestas en la lumbre, y un colador para café de tela dispuesto. Cortinitas de tela roja guardan toda la loza en embellecida y discreta manera. Un pequeño espacio siempre habitado, tomado y habilitado para el encuentro cercano. Las conversas íntimas, en voz baja, tienen lugar en este espacio. La pesada puerta de metal del baño no cierra bien, por lo cual siempre se le pide el favor a alguien que eche ojito mientras se entra. Cada quien lleva su butaquito a los círculos de conversa que se suelen armar. Es el espacio al que más tiempo me tomó llegar. Se requiere tiempo para “meterse a la cocina” de la gente.

Desde que conozco a la gobernadora avanza sobre una cuetandera con hilos guajiros entre las manos. Siempre sus manos con serenidad en un tejido. Anuda hilos, relaciones, sueños y las afugias de la comunidad. La cuetandera de la abundancia y la sabiduría que teje *está dura*, según me dice.

-El oro no se me ha dado fácil, está pesado- Debe destejer el hilado que ha hecho por semanas, me dice entre risa y pesar, mientras toma con sus dedos el hilo amarillo.

Entre las mujeres de este cabildo la elaboración de la cuetandera es fuente de mutua admiración por el grado de dificultad que representa. O al menos eso me parece. Tejer con varios hilos simultáneamente, trazar sus figuras, dibujar relieves de montañas con los hilos, sostener el tejido con varias agujas capoteras, las reta, convoca, junta y enlaza. Se miran y admiran mutuamente y se cuentan las dificultades en su elaboración. Incluso se muestran sus tejidos y sus transformaciones en los modos de tejer y en los trazos del tejido con el paso del tiempo y la conquista de la destreza.

Embebidas en el olor café y a la espera de las masitas fritas, que acompañan las tardes de las conversas en el cabildo, la gobernadora me cuenta sobre los términos la re-negociación con el subsecretario.

Durante 2020, 2021 e incluso durante principios del 2022, las dinamizadoras nasa, optaron por caminar las lomas y visitar niño por niño, pese a que la evidencia solicitada era una foto del niño haciendo algo. Un registro que pudiera ser

tomado como evidencia para el pago. En una ocasión, Elvira me comentó como le habló a la coordinadora del momento desde su lugar de autoridad indígena y desde ahí le contó su decisión de ver a los niños y saber cómo estaban. Solo en esas visitas pudo encontrar que muchos de ellos, se quedaban solos con sus hermanos porque sus mamás debían de ir a trabajar en casas de familia y no tenían con quién dejarlos. *La remota atención* en los términos de los requerimientos de calidad, nunca fue una opción para las mujeres del cabildo. *La remota atención* borró de las fichas presupuestales de la Secretaría de Bienestar Social muchos rubros, entre ellos, el alquiler de las casas.

Para Catalina, la atención remota siempre fue “asistencia” -No es lo que queremos- solía comentar.

-La institucionalidad se queda tranquila por el mercadito que entrega, que además es contada para el niño, ¿y los otros niños de la familia o el resto de la familia lo mira comer?- interrogaba Catalina en reuniones, siempre con un tono firme y decidido.

A la conversación se unen Elvira, Jenny y Nora. Nos cuentan que aún no saben cómo resolverán la primera entrega de “complementos alimenticios” porque el operador no dispone de un espacio físico. Las maestras y la gobernadora dicen rehusarse a poner de su bolsillo el pago para el espacio en el que se hará la entrega, una vez más. Me cuentan que por lo general durante el 2020, alguien de la comunidad prestaba alguna casa, casona, caseta y pedía que se colaborara para el pago de servicios y limpieza.

-La platica la poníamos nosotras de nuestro bolsillo porque igual había que tener un espacio para hacer las entregas de los complementos- dice Nora en voz baja como revelando un secreto.

Doña Luz Dary, hace una pausa en el tejer y nos cuenta que de la conversación con el subsecretario ha quedado en acta que el operador se compromete a ofrecer la atención en casas y espacios reales.

Con el ojo puesto en la manera en que entrecruzan los hilos de las capoteras pregunto quién hace la búsqueda de las casas.

Jenny, sonriente como es habitual, mientras reparte las masitas de harina y el café en pocillos de plástico de colores, añade a la conversa:

-Nosotras llevamos meses caminando, preguntando, buscando casas en cada comuna. Las que encontramos no las aceptan en la subsecretaría porque son casas sin escritura, o porque las ven riesgosas y los dueños deben invertir en hacer adecuaciones y usted sabe que mucha gente se echa para atrás cuando les ponen esa condición, por otro lado las alquilan más fácil.

Doña Luz Dary intuye que rechazarán todas las propuestas de casa y de esta manera prolongarán la atención remota hasta la finalización del contrato, en Diciembre.

-Esto por este camino no va a funcionar nunca profe, que los acuerdos estén un acta oficial firmada por funcionarios no les significa nada. La palabra escrita no vale tampoco. Y esto es con un gobierno que tiene voluntad con nosotras, imagínese uno sin voluntad. - comenta doña Luz Dary

Nora comenta que el día anterior han tenido reunión con los funcionarios del operador que le han recordado que por su contrato de prestación de servicios deben estar dispuestas al llamado o solicitud de información en cualquier momento del día o de la noche, incluso de la madrugada así sea fin de semana.

Jenny saca la cuetandera que ha empezado del bolsillo de atrás de su jean, la huele y dice que está ahumada. Nos cuenta que estuvo en un fogón cocinando el fin de semana y así le cogió olor a humo. Nos dice que la cuetandera una vez se inicia es mejor siempre llevarla consigo.

Todas reímos al oler la cuetandera de Jenny.

Catalina me enseñó sobre las palabras muertas. Me contó sobre el discernimiento que le hicieron sus mayores en Tierradentro sobre las palabras escritas de occidente sin vida y las palabras dichas y cumplidas en su pueblo. Mientras las mujeres a mi alrededor leen los hilos, las figuras trazadas, las puntadas mal dadas, y los movimientos institucionales que acrecientan archivos de palabras muertas, se aviva en mí la sensación de que cultivan el espíritu de saberse tejiendo vida, incluso cuando caminan la queja.



-En esos cabildos explotan mucho a las maestras, además de hacer su trabajo deben los fines de semana hacer trabajo comunitario-

Fue una de las cosas que escuché en una ocasión decir a uno de los funcionarios de la subsecretaría de primera infancia en Cali. La incomodidad que me suscitó este comentario, que es un pensar y también un afecto, deja entrever las distancias abismales que se agujerean entre las posiciones de sujeto que construyen los aparatajes, engranajes, los márgenes de acción estatales para que toda pieza que se articule a dicho mecanismo y las fricciones en el borde; con una presencia que irrumpe con el impulso, la fuerza, y el movimiento orgánico de las prácticas y afectos de las mujeres nasa.

Sigo el hilo que une esta incomodidad, desenrollo cautelosamente los hilos que componen el nudo, que es maraña, enredo, y también neblina, centro y no claro de bosque. Arenas de zozobra.

Para adentrarnos en esta maquinabilidad que esculpe las maneras de hacer, pensar y sentir, bajo la cual es inconcebible algún tipo de autonomía que desordene el engranaje, debo contarle cómo funciona, o más bien, cómo se espera que funcione en la escena pública este engranaje, que no admite politicidad, pero si politiquería como lo reiteraba y diferenciaba de manera permanente Catalina.

En Cali, al 2022, una radiografía de cómo funcionan los servicios públicos de atención para lo que en categorías occidentales conocemos como primera infancia versaría así:

En Cali, hay dos instancias de la institucionalidad, dos caras del Estado, que comandan lo relativo al campo (bien delimitado y poco poroso) que las disciplinas han denominado primera infancia. Las semillas de vida, si las miramos etariamente (modernamente) cabrían necesaria y únicamente en este campo. Sin embargo, para las mujeres nasa de Cali, las semillas, no solo son primera infancia, las semillas son una relacionalidad que excede los límites de esta categoría jurídica y disciplinar que ancla el hacer de las dos instancias en mención: el ICBF y la Subsecretaría de Primera Infancia, subordinada a la Secretaría de Bienestar Social.

En otro capítulo le mencioné que una de las cosas que siendo funcionaria pude sentir, es que el que tiene la plata pisa duro y más fuerte. También entendí que la política de primera infancia que hay que implementar en el país, es una ley desfinanciada, no cuenta con un presupuesto autónomo. En cada ciudad, las dependencias que se hayan creado (o no) para esto, deben *gestionar los recursos* para cada proyecto, propuesta, ficha, ejecución en torno a lo que la ley supone un derecho. Por lo cual, es posible encontrar que los derechos se garanticen administrando la pobreza (de los recursos, iniciativas y voluntades), y se garanticen por meses, o incluso no se garanticen, o se garanticen con el trabajo sacrificial de muchas mujeres.

Valiéndome del lenguaje jurídico, podría pensar que las niñas y niños pueden tener derechos a ser cuidados por el Estado la mitad del año, o por el tiempo para el que se gestione el presupuesto. La otra parte del año, las familias deben resolver. La instancia que sí tiene garantizado un presupuesto nacional es el ICBF, con *canastas*, muy inferiores a las que puede poner el municipio si hace la tarea de gestionar los recursos que superen la miserable *canasta*. Esto es la ficha presupuestal, que asigna cuánta plata se pone por niñx que lo suele definir un economista. Y también construye una posición de sujeto para el denominado *agente educativo*.

De lo que más se precia esta institución es de contar con manuales operativos que dejan a cada quien muy claro lo que debe hacer (especialmente para que se le

pague, porque bajo la lógica de la sospecha se paga por evidencias): subir información a las plataformas sobre asistencias, insumos de talla y peso, formatos de planeaciones, documentos que señalizan los perfiles de contratación, el número de agentes educativas, auxiliares, y demás profesionales como los denominados psicosociales. Cada ruedita del engranaje muy bien afinada la una con la otra, todo muy bien definido ¿qué podría salir mal?

Lo que tienen en común ambas caras del Estado, es la delegación naturalizada para que la administración de las ofertas de atención las lleven a cabo las denominadas EAS, *entidades administradoras de servicios*. Entidades con dineros en las arcas -músculo financiero-, para poner la administración mientras el Estado puede hacer los desembolsos. Los términos plantean que hay un *banco de oferentes* y se realizan licitaciones, y las caras del Estado eligen.

Un profesional, una cuidadora, cualquiera que trabaje en este oficio es un contratista de una de estas entidades pero no un empleado del Estado, cumple la labor del Estado sin tener el reconocimiento, y garantías laborales de un funcionario nombrado del Estado. Se asume la cara del Estado, funciones de Estado, y ningún tipo de garantía laboral. En otras palabras, la sedimentada usufructuación de la economía del cuidado por parte del Estado: abaratar costos y las reducciones en el gasto que juiciosa y orgullosamente realizan los economistas, equivalen a precarizaciones para unos y ganancias para otros, que no son ni las niñas/niños, ni los cuidadores/ras, ni las familias, ni las comunidades.

Un operador de servicios selecciona los profesionales (y asigna las sobrecargas para aquellos que asumirán las funciones de quienes no contrata), les revisa y exige documentación para ser contratadas y para el pago de seguridad social (la infernal PILA que muchas veces se debe pagar tras meses de vacío laboral entre contrato y contrato), hace (y retrasa y demora) los pagos, supervisa los muchos formatos que han de diligenciar para cumplir los estándares de los manuales operativos, compra los insumos para las minutas alimentarias y las absurdas dotaciones de materiales pedagógicos.

Los contratos a término fijo suelen sumergir a funcionarios, pero especialmente a las maestras cuidadoras en el terror. En un círculo de maestras que acompañé, algunas me decían que no sabían qué era peor, si trabajar con contratación directa de la administración municipal, donde nunca saben a quién podrían hacerle un reclamo, y donde firman entre 4 y 5 contratos al año, con un salario un poco más elevado que cuando trabajan directamente con operadores que contrata el ICBF, en donde a cambio pueden tener más meses de salario, con el costo de volverse *llenadoras de formatos y sentir cada vez menos a los niños*, como me lo dijo una de ellas en la reunión. He conocido muchas maestras que entre contrato y contrato trabajan en bares, en discotecas, o se hacen el rebusque mientras llega el pago, otras desertan y no quieren volver a saber del sistema público.

A nada de lo anterior, mi entrañable funcionario, lo llama explotación laboral.

Ruta pantanosa del caminar
Lodazal, cama para sus pies
En el fango de la espera
mujeres nasa detienen
con tibieza el paso
gesto sostenido
nueva andanza

Desde la subsecretaría se elige el operador de servicios que administró en su momento Colibrí y que administran las Casas Semillas. Algunos territorios de origen han logrado ser sus propios operadores de servicio, no obstante en Cali nunca se implementó el decreto 1953 de 2014. Actualmente se espera que entre en vigencia en SEIP -sistema de educación propio indígena- a nivel nacional, en el que vienen trabajando por más de una década los distintos pueblos indígenas en el país. Hasta el momento, el tutelaje nacional ha pedido experiencia administrativa y en la gestión de recursos al cabildo para poder ser acreedor a la propia administración y simultáneamente genera su negativa porque *para el Ministerio de Interior no hay indígenas en la ciudad* y no puede haber indígenas en la ciudad.



La nometodología payanesa (Haber, 2017) que camino es consciente de la manera en que los métodos construyen sus realidades científicas en sus maneras de hacer, de mirar, (no)sentir, de contar sus historias y nombrar lo percibido: los dispositivos de inscripción las construyen, explica John Law (2020). Desde estos se promulgan estables realidades en sus asépticas maneras de no vincularse, o al posibilitar la coartada del lugar de espectador. Ondeán la bandera del orgullo metódico ante el conocimiento y despliegue de las normatividades que auguran recorridos exitosos y confirmatorios de todos los supuestos sobre la vida, el cosmos, la realidad sobre las que se engranan. John Law (2020) nos hace pensar que encarnamos y llevamos con nosotros *territorios interiores* y desde allí algunas realidades se producen, y otras se desechan. Es desde estos, que inscribimos o damos vueltas alrededor de nuestros núcleos ciegos.

Esta tesis es un paso atrás. He elegido caminar el camino de realidades desechadas, desestimadas, producidas como no digeribles. Mi designio visceral: caminar y acompañar la producción y creación de otras realidades de la vida comunal-amplia en la ciudad para mujeres, hombres nasa en Cali. Performar otros relatos y otro relatar, ampliar los recorridos posibles del ser-conocer-relacionarnos.

Aprendo a poner en cuestión mi propio territorio interior. Dejo que llegue a su borde y se entere del mismo. A veces solo tocando los bordes y los contornos nos enteramos de que las interioridades son producidas por estos.

Desde el territorio interior de la disciplina psicológica (pruebas psicológicas, instrumentos de medición, teorías de las funciones psicológicas que se supone humanizan) e incluso desde la psicoanalítica, desde sus ropajes y pesadas armazones y argamasas conceptuales que nutren políticas, prácticas educativas, prácticas profesionales clínicas, se promulga que niñas y niños se desarrollan, subjetivan y constituyen *su vida psíquica* en los teatros familiares y sus sombras.

Pareciera que las sombras y sufrimientos de linaje familiar que dan impronta a los afectos y dinámicas psíquicas individuales y societales, tuvieran cercos bien delimitados. Pareciera que las heridas y las afecciones de abuelas, abuelos, y de ahí para atrás, y para adelante, en cada familia pertenecieran al fuero interior de cada hombre y cada mujer. Como si el inconsciente no estuviera también colonizado, especialmente el de quien investiga (Rolnik, 2018). La disciplina psicológica mucho se pregunta e informa sobre el lenguaje, la cognición, los vínculos, la capacidad de simbolización y comunicación de niñas y niños. Desencasadamente, desgeneradamente. A-histórica y a-ontológicamente. Perpetuando el relato de la existencia de una forma de lo humano. Como si no existieran los cyborg (Haraway, 1991). Como si nos fueran transparentes todos los mundos y la manera en que la vida hace urdimbre en estos.

Sigo a John Law (2020), en su idea de que la promulgación es ante todo por su efecto performativo. Interviene co-creando las realidades. No solo las relata. Relatar no es sin consecuencias. La práctica burocrática también es performativa, con la deformación de la manera informada de las disciplinas, genera sus propios instrumentos que generan *efectos de verdad*. Se presumen ciertos.

Basta ver un manual operativo de funcionamiento de cualquier CDI del país. Se pondera lo que se considera necesitan niñas y niños. Lo máspreciado en las realidades burocráticas son los manuales operativos. Son codiciados, tanto como los métodos. La confianza reposa en ellos. Tener un modelo de atención para la estatalidad y la municipalidad, es contar, ante todo, con manuales operativos.

Me atrevo a decir que se yuxtaponen realidades: lo que se cree necesitan niñas y niños, con las realidades virtuales que se crean a partir de lo que se considera que se necesita para que un escenario “opere de manera adecuada”. Esa manera de operar tiene efectos sobre las vidas. Todas las vidas. Las bordea concéntrica y excéntricamente. Las constituye de una manera. Operar no es vivir. Operar no es necesariamente generar condiciones para la vida. Operar genera especialmente condiciones para tener registros y condiciones administrativas bajo el cual emerge el sujeto población. Operar privilegia una planilla que puede ser superpuesta en cualquier mole de cemento y administrada (neoliberalmente) por

cualquiera. Operar crear un régimen de visibilidades e invisibilidades. Me ha interesado caminar las invisibilidades. Perderme en su espesa niebla.

Una institución de cemento y con barrotes tiene efectos de hierro, concreto y encierro. Hay que vérselas con esta materialidad que (in)dispone el encuentro. Las arquitecturas también performan los cuerpos y sus verdades. Promulgan lo posible de sus movimientos y relacionamientos.

Con la bata (¿médica?) y las clásicas anteojeras psicoanalíticas - importa la novela familiar -que es solo familiar en esta disciplina y aún no es novela familiar-colonial- desde la que se urden los peñascos y abismos insondables en el ser de cada quien y contra los que se batallará el resto de la vida.

También importa *la teta* alrededor de la cual se fraguan las edípicas épicas afectivas. Pasa que *la teta* psicoanalítica ha sido muy blanca y su novela dramática, burguesa y urbana (por no decir victoriana). Pasa que el agenciamiento de los métodos comprometidos con la metafísica euroamericana, como explica John Law (2020), ha invisibilizado las marcas, señuelos y cicatrices de las autorías: los lugares conceptuales, corporales y sanguíneos de pensamiento, el suelo que nos camina, los trucos y la magia sobre la que se montan nuestros diseños narrativos, las sensibilidades de ciudad y apartamento o de barrio, o de solares, pueblos, veredas, potreros y mangones que delatan nuestra capacidad de detenernos (¿frente a qué?) o seguir derecho. Los olores que evocan nuestras memorias y que confieren impulso a la desenvoltura del ovillo afectivo que somos al pensar. Las ventanas interiores que obturan nuestra creatividad. Los paisajes y escenas de agua, montaña, valle o sol que nos habitan.

En suma: los trucos escriturales ocultan las maneras como se producen los enunciados que bien podemos asumir como representaciones y descripciones verdaderas de ese supuesto afuera. Y entonces, el penoso gesto escritural puede esconder la cicatriz. O bien nos presentamos al mundo y en nuestros relatos con los que lo performamos, suturadxs. Percatándonos de la herida que también somos.

Pasa que hay *tetas- no- blancas* con novelas comunitarias cuyas épicas afectivas han sido subrogadas por los relatos y narrativas de *la teta -blanca en los relatos representacionales de las disciplinas*. Novelas con desgarros vinculantes (no solo desvinculantes) que trascienden el teatro familiar. De la *teta no-blanca* hemos recibido el cuidado mujeres y hombres caleñxs. En la *teta no-blanca* han reposado las soledades de muchas niñas y niños en Cali. De *la teta no -blanca* poco se habla. *La teta-no blanca*, es la herida que somos.

No hay inscripción académica sobre la manera en que *la teta-no blanca* ha ejercido la crianza de niñas y niños en Cali por siglos, tal vez. No hay inscripción académica que piense los efectos de negar este doble vínculo materno que hemos vivenciado como sociedad y que hemos negado y que Rita Segato (2013), en la

sociedad brasilera se piensa como Edipo Negro. Tampoco hay señuelos de interés por pensar los efectos de ruptura simbólica generados por esta operación abiertamente racista de negación de la manera en que *la teta- no -blanca* nos ha acunado, incluso si ello ha sido parte de un oficio de sobrevivencia. La *teta- no- blanca* tiene un cuarto pequeño, por lo general sin ventana, en casas y apartamentos de la ciudad. La *teta- no- blanca* ha generado recelo de la *teta- blanca* por las cercanías e intimidad con niñas y niños.

La- teta- no- blanca se asoma poco en la literatura. Los relatos literarios que también promulgan y performan el mundo. Jamás son solo literatura. La escritora caleña Pilar Quintana, se asoma en una novela con raigambre autobiográfica a Los Abismos de una novela familiar caleña. Visibiliza sufrimientos espasmódicos, catatonias emocionales, invisibilizadas de mujeres clase media en la opresión de sus realidades matrimoniales y sus tediosos y depresivos encierros hogareños en lo que parecen los años 60. Nos asoma al sufrimiento de una niña y su sensorialidad. A los precipicios de la orfandad que se vive incluso en la presencia de su deprimida madre. Nos insinúa que *la teta- no- blanca* – jamás reconocida- nos puede haber salvado de la orfandad. *La -teta -no- blanca* aparece con vocación vinculante para la niña, pese a sus propios pesares, borramientos de ciudad y desarraigados. A mí me salvó una *teta-negra* de la orfandad urbana. Soy hija de *teta-blanco-mestiza* de linaje pueblerino y de una *teta-negra* embebida en historias del oro de barbacoas Nariño.

Me sumerjo en la novela Abismos de Pilar Quintana. Converso con las mujeres a las que se les designan los cuarticos oscuros de los apartamentos en la ciudad y en su novela. La niña que fue y que sigue habitando en su adultez a Pilar, recuerda, esa otra manera del pensamiento que recoge la vida para unificar los fragmentos. Poco pude ver *la teta-no blanca* en los laberintos de su novela. Aparecían de vez en cuando para preguntarle cosas a la señora de la casa, para llevar y recoger a la niña al colegio. En ocasiones, a escondidas, siendo el mar que recibe el río profundo de preguntas que una niña se puede hacer.

En Cali, se las ha construido como las mujeres del servicio doméstico. Se asoman en su humanidad vinculante en algunas escenas literarias. Y en los desplantes permanentes, porque se las acepta desde su oficio, no en su ser. Sigue reinando el imperio de la incompletud ontológica.

El Centro Cultural de Cali, no hay imágenes de mujeres y hombres nasa, ni misak, kofan, embera, yanacona, epedara Siapidara, o quichua. Las fotografías en sus paredes de ladrillo recuentan la historia de lo que las élites que gobiernan han ido admitiendo progresiva, dinámica e históricamente como cultura en Cali: bailarines de ballet en el teatro Municipal y en el Jorge Isaacs, bailarines de salsa y más recientemente mujeres y hombres afrocolombianos, raizales y palenqueros vía el festival Petronio Álvarez. La cara de la cultura ha sido uno de los rostros bajo los cuales se admite lo que la ciudad y sus élites han expulsado a la periferia. Mujeres y hombres de pueblos indígenas no habitan estas paredes.

Muchos comunerxs nasa habitaron por primera vez el centro cultural en el 2021, cuando lo solicitaron a la municipalidad, junto a los otros pueblos, como espacio para inaugurar la fiesta-ritual colectiva del Inti Raymi. Su fotografía no se instaló allí. Al parecer para vivir en esas paredes hay que pagar algunos peajes, uno de ellos es permitir ser administrado por Corfecali, según me cuenta Adriana.

Leo, siento, intuyo cómo se agrietan las paredes de los cuarticos oscuros de los apartamentos. Cómo el temblor abre las entrañas de un muro edificado para el confinamiento, y cómo mujeres y hombres nasa abren camino en la ciudad. Desestabilizan los relatos de ciudad, de la indigenidad que construyó el Estado, y los de las infancias que petrifican las disciplinas. Como enredaderas que trepan los muros con su propio impulso de la vida, su lucha por poder elegir vivir como nasa transforma la ciudad. Abren paso. Otras historias ya comienzan a ser vividas y contadas, por fuera de los cuarticos oscuros. En y con la ciudad. Relatos de espalda y manos de mujeres indígenas. Mujeres que nos han criado, siguen eligiendo criar la vida, sus vidas, nuestras vidas en Cali. Criar la ciudad.

Dinamizadoras: comuneras y mujer-comunidad.

Su responsabilidad más importante, maestras, es con el cabildo. Ustedes no son islas. Si hay un tema de ritualidad, allí debemos estar como colectivo. La ritualidad es para el proceso, no es un tema individual. En los encuentros y en las asambleas se aprende. Exista atención o no, ustedes primero son comuneras. Hay un proceso político organizativo de 18 años, hay una agenda de trabajo que cumple con el plan de vida y uno de los ejes es el cuidado de las semillas de vida. Estamos en el marco de defensa de derechos de una comunidad.

Las casas semillas son el punto de partida para el fortalecimiento de la identidad cultural. Ubiquémonos dónde estamos ¿quiénes somos? ¿para qué estamos? ¿Cuáles son las apuestas con esas familias y esos bebés?

En las asambleas se aprende, y se puede transmitir a las familias. Ustedes pueden promover el conocimiento del proceso y generar compromisos y sensibilidades en la comunidad. Debemos trabajar en nuestro diseño simbólico de las casas, y en las relaciones humanas y espirituales que ofrecemos ahí

Catalina Achipiz, Octubre de 2021. Reunión con dinamizadoras

¿Qué es ser una mujer/cuidadora/comunidad?

Somos lo que hacemos. Bordar en pespunte, me permite vivenciar la forma en que el atrás da dirección al adelante, se hilvanan. El pespunte es la posibilidad de introducir la aguja y el hilo en un punto del retazo de tela, desde abajo hacia arriba, y luego hacia atrás. Con el pespunte se descubre que es posible salir nuevamente hacia adelante desde atrás. Es posible bordar líneas, figuras, o

simplemente hacer puntadas que podrán hacer un conjunto, avanzando desde atrás.

Bordando en pespunte, y en general desde que a mi caminar llegaron hilos y todo tipo de agujas, descubro maneras de conocer el mundo que se anclan en saberes corporales. Nuestros cuerpos albergan el saber- ser, saber- crear, formas del mundo y de la vida. Muchos saberes ancestrales hacen territorio en los cuerpos de las mujeres nasa. Saber hacer comunidad, también es un saber en el cuerpo, y desde el cuerpo se re-hace lo fisurado. Se sostienen jirones desperdigados, que tal vez no es otra cosa que el empuje de la fuerza imantada del confluir, el revestir lo que ha dejado de ser, para que pueda seguir siendo -incluso con otras formas- como la técnica de bordado Boro Japonés.

Llego a mi primer boro y en general al bordado, después de un año en el que Amalia me ha acompañado con paciencia y amor para que mis dedos, dancen acompasadamente con mis muñecas en círculos y haya tejido mi primera mochila, descubriendo los nudos dobles que permiten que el tejido se mantenga plano, como para la base de la mochila, o los anudamientos simples que permiten que el tejido suba de manera cóncava. Comenzar a tejer, me ha anudado a los recuerdos de mi madre sobre mis abuelas modistas, a sus pies moviendo el pedal de las máquinas de coser Singer, en las noches, para generar ingresos propios que permitieran estudiar a los hijos, a las grandes y pesadas tijeras negras sobre enormes mesas, al crochet de la tía, a mis esponjados vestidos de niña cosidos por la abuela Pércides. Las manos de mis abuelas, se refundieron en los teatros de sombras de una vela e hicieron posible formas y vidas, mi vida, entre hilos y retazos.

En mi primer boro, junté fragmentos textiles propios y de otras mujeres. Unas semanas antes me había dado cuenta de que ya no quería volver a arrastrar un par de jeans viejos, las botas estaban deshilachadas, andrajosas. La mirada de boro me invitó a admitir su transformación incierta y enlazada junto a otros retales. Años antes habría desechado la tela sobrante. La mirada boro es la vida en una nueva composición. Me di al trabajo de hilvanar, puntada a puntada. La revelación de la nueva forma se te entrega, no se anticipa. Cada retal se hacepreciado, precioso por su presencia junto con otros. Es desde mis dedos adoloridos y callosos entreverados con los boros, que puedo aproximarme a cuerpos de mujeres (y también hombres) que saben unificar y enlazar lo que pudo ser jirón desperdigado y conversar con sus saberes que sostienen la vida.

Una mujer comunidad-cuidadora de las semillas de vida, no es el agente educativo que dibujan las políticas de infancia. Un agente educativo, como posición de sujeto y figura de las políticas, es pensado en su hacer por otros. Tecleos en oficinas de la sabana. Tic, tic, tic. Discusiones a puerta cerrada, en las que se ha decidido quién se hace cargo de niñas y niños. Lo que incidirá sobre lo íntimo -asunto público- se delibera privadamente.

El enmarañamiento a saberes expertos no es enraizamiento comunal. Aunque mi sensación es que, en Cali, y con la fuerza arrojada desde el paro nacional, los saberes comunitarios en su estertor, se cocinan a fuego lento en los barrios, en el comadreo de las esquinas. Encuentro cada vez más maestras que se reconocen líderes comunales, en las que emerge el deseo de que el cuidado pertenezca a la comunidad y no a la dueñidad del Estado y a la imagen política del gobernante de turno, que suma a sus indicadores de gestión.

Quiero presentarle algunas de estas mujeres-comunidad, cuidadoras de las semillas de vida. Comuneras y comuneros que re-descubren y me enseñan a diario, entre lomas, carros piratas²⁶, gualas, motoratones y a pie, cómo llevar la vida, de tal manera que el nosotras y el nosotros sea locus de enunciación y morada. Lugar sutil que cobra fuerza mientras se lo habite.

Mujeres-comunidad: lazadas vinculantes del tejido. Saberse vinculada en la puntada. Saber gozar de los entrelazamientos, consuelos y sueños comunalmente. Mujeres que viven la comunidad, no como abstracción de las disciplinas. Tampoco como hábitat moral para los discursos políticamente correctos que enarbolan la corresponsabilidad. No como árido cumplimiento burócrata.

La lucha agónica por re-hacer la vida comunal en la ciudad, no es una garantía férrea de participación permanente, ni de cohesión generacional ni intergeneracional. Reconocerse y vivirse como nasa no es garante de llevar fácilmente la vida comunal. Tampoco es sinónimo de equilibrio permanente, o ausencia de disputas. Ni de exclusión de anhelos y prácticas individuales. No es amalgama indisoluble. No aspira a borrar la singularidad. Tampoco parece un saber explícito. Cuando he conversado con Adriana Menza sobre esto, se sorprende.

-Uno ni se da cuenta, lo hacemos, lo sabemos hacer, es nuestra manera de vivir. Tal vez porque como ustedes vienen de otras maneras lo notan fácilmente- me dijo Adriana en una conversación con los ojos negros, redondos, profundos y bien abiertos.

La vida comunal como la han vivenciado mis manos y pies en el cabildo, admite desencuentros, destiempos, detenciones y desviaciones del camino. Vaivén, ires y venires. Tiene textura, como los tejidos y los bordados. Se sienten al tacto, tienen revés y relieve. No reposa en un anaquel. Los hilos del trabajo vivo y

²⁶ El sistema de transporte público legal en Cali no llega a muchos de los barrios y sectores de la periferia de la ciudad, por lo cual hay diversas maneras en que se ha resuelto por parte de la comunidad esta necesidad, configurándose simultáneamente en una fuente importante de empleo informal en diversos sectores. A las personas con carros particulares que prestan el servicio de transporte se les dice *carros piratas*, y a las personas que transportan en sus motos se les denomina *motoratones*. Existen incluso terminales de transporte no oficiales donde por convención la gente sabe que toma el transporte. Estos sistemas de transporte irregulares son muy frecuentes en todo el Departamento del Valle del Cauca.

esforzado que la sostienen, tienen memorias, y podrían retejer nuevas historias donde vayan.

Doña Elsy enseña e invita a leer a las mujeres tejedoras sus tejidos. La vida comunal, como el tejido, se lee. Convoca al sentir, pensar, decidir, padecer, conflictuarse, afectarse, resolver, asumir, crear, proponer desde ese lugar cuya materialidad se entrelaza entre pasados y presentes comunes. Bebe de una herida comunal. El anhelo, me atrevo a pensar, que sus niñas y niños, no estén imantados a su vida comunal desde la herida, un día.

Jenny Pacho

-Yo no tuve juventud. Salí del territorio a los 11 años a trabajar en casas de familia aquí en Cali- nos contó Jenny a mi amigo Rodrigo y a mí en el parque del Perro, mientras filmábamos un testimonio suyo para un foro de ciudad que llevamos adelante en Octubre de 2021 por iniciativa de Catalina.

Jenny es una mujer-comunidad jovial, alegre, enérgica, con sonrisa pícara. Nasa yuwe hablante. Es madre de Dx`ijan. Dinamizadora de la casa semillas de Siloé. Siempre con una jigra de fique terciada en su hombro hecha por ella misma. Es una de las mujeres de las que más he aprendido estos años. Está poblada de historias y saberes sobre las montañas, las lagunas, los caminos, los espíritus que habitan los territorios. Cuida de todos y de mí. Me ayuda a levantar la carpa, me enseña cómo caminar, cómo cargar peso. Es de las personas con las que más disfruto conversar. La siento muy sabia. Ha dejado sus huellas en los páramos de su territorio, Mosoco. Los sabe caminar incluso de noche, cuidando de no llamar espíritus que podrían hacerla perder. Sabe pedir permiso para adentrarse en los territorios sagrados. Describía a Catalina como una *mujer parada*. Siendo ella misma una mujer que *sabe pararse y hablar duro* con nobleza. Cuida las semillas de vida en la casa de Siloé, junto a Juana y a Doña María.

-De mi infancia si tengo recuerdos muy bonitos, dormíamos en un cuero de vaca en la cocina, todos juntos. Nos levantábamos a las 4:30 am a prender el fogón, ordeñábamos y el café era con esa leche del ordeño, los pericos con un amarillo que jamás volví a comer, con una cebolla verde. Íbamos con mis hermanos por leña, nos resbalábamos por esas montañas-

Cuando Jenny llegó a Cali no había visto un semáforo en su vida. Cuenta que no sabía cómo cruzar una calle. Le tomó mucho tiempo adentrarse en los códigos de la ciudad. No hablaba español. Lo aprendió en una casa de familia. Le prestaban periódicos todos los días para que aprendiera por su cuenta. Fueron muchos años en los que sintió que la gente no la comprendía. Jenny es bilingüe, a fuerza de pulso propio, como muchas mujeres nasa en Cali. Siente que tiene mucho aún por aprender sobre el español, sin embargo, la sigue sintiendo como una lengua prestada. Su interés está más bien en perfeccionar la escritura del nasa yuwe y en aprender las variantes con el nasa yuwe de tierra adentro.

-En la casa de familia me permitieron estudiar. Cuando entré al técnico en infancia, nunca hice una exposición, allá todos eran muy blanquitos, a mí me daba mucha pena hablar-

Pienso lo violento que me resultaría aprender a fuerza de necesidad comunicativa otra lengua. ¿Cómo amar la nueva lengua que nace del dolor de saberse inferiorizado por no hablarla? Llevo algunos años, tratando de aproximarme al nasa yuwe, y por ahora solo consigo familiaridades. Lo encuentro tan complejo y hermosamente fundido con la escucha al territorio, en sus sonidos que recrean el viento, el fuego y a muchos animales. Realmente me parece admirable aprender una lengua que no es la propia, de manera autónoma. La población nasa yuwe hablante en Cali no es grande, pero en territorios de origen tampoco, cuentan en el Cabildo.

Se conversa a menudo en el cabildo de la urgencia de la revitalización de la lengua. En Cali ha sido muy difícil implementar estrategias efectivas. Desean que las semillas de vida puedan hablarla, y que sus familias, si la hablan, ya no vuelvan a sentir la herida colonial de la vergüenza que trunca la transmisión de la misma, y también de una manera de vivir la vida. Las maneras de nombrar dan cuenta de nuestro relacionamiento con la vida y la muerte.

Cesar Augusto, un joven historiador cartagenero que acompaña el proceso del cabildo y hace su tesis de maestría allí, en uno de sus viajes por el territorio, tiene una gran revelación. Una epifanía, para él, que obra en mí. César se da cuenta que en nasa yuwe la palabra *uiis*, define pensamiento, espíritu y corazón. Los tres se nombran de la misma manera. No hay vestigio de la escisión racionalista moderna en esta manera de nombrar-ser. Y cobra sentido para mí develar los yunques de la educación racionalista que acompaña a los niños y niñas y que marca el sendero de nuestras vidas moderno-occidentales. Es un borde ontológico. Abismo. Despeñadero. Sin embargo, cuando escucho hablar a Jenny y a otras mujeres nasa, la lazada que es, me vincula a la otra orilla y puedo entender no racionalistamente, cuando Elvira insiste en decirme que es importante sentir lo que se dice. Sentirlo en el corazón.

Jenny re-aprendió siendo adulta muchas prácticas para llevar la vida como mujer nasa en la ciudad. Creció trabajando como *interna* en *casas de familia*.

-Me identifiqué con las mujeres caleñas y quise usar su maquillaje, planchar mi pelo y *vestir apretado*-

Hizo su bachillerato en el instituto Bolivariano de Cali y posteriormente estudio un técnico en primera infancia. Le ayudó para no perder el nasa yuwe, encontrar amigas con las cuales lo seguía hablando, también con su hermana.

Para Jenny, reconectarse con el mundo nasa en Cali ha sido la posibilidad de volver a *pensar en y desde la madre tierra*. Le gusta tejer sombreros con iraca, la conecta más que el tejido de las mochilas y las jigras. Piensa que en su juventud la atrajo la idea de poder tener dinero en la ciudad. Ahora añora la posibilidad de haber crecido en territorio.

-Sabría más como trabajar la tierra- cuenta con mucha nostalgia.

Jenny vive en los Chorros con su hijo, lo que le ha permitido pensar mucho sobre la finitud de la madre tierra. – En Alto Nápoles no hay agua en el día, solo en las noches- Para ella es muy importante traer su maíz del territorio, de la finca de su madre, para poder alimentar a su hijo con este maíz. Hace lo posible porque se aleje del azúcar. Quiere que se sienta muy orgulloso de ser nasa, aunque sabe que es conflictivo para él. Entiende el nasa yuwe, pero se rehúsa a hablarlo. A su parecer habla una suerte de mezclado. Es conflictivo que en el colegio los otros niños le digan que parece una niña por llevar cabello largo. Ella le enseña que la ritualidad con la que ha crecido está ligada a su cabello y solo a cierta edad le podrá ser cortado.

Tuvo la oportunidad de ser autoridad en territorio, en Tierradentro, aun cuando su tierra de origen es Mosoco. Y aunque allí se reconectó con la medicina tradicional también conoció muchos de los problemas de la vida en territorio. Jenny es muy crítica frente a lo que siente como una suerte de deterioro. Cuenta que las semillas se están acabando, que mucha gente compra semillas de papeleta y esto le preocupa. Cuenta que ya no ha vuelto a ver muchas especies que antes conocía como el cilantro silvestre. Recuerda que cuando estaba pequeña su madre regaba semillas y este crecía como pasto. Sabe que Mosoco está muy amenazado por multinacionales que buscan el agua. Y, sin embargo, sabe que la medicina es una de las prácticas que el pueblo nasa tiene para protegerse. Confía mucho en *los remedios* que permiten ahuyentar y ocultar. También en los que permiten desviar el pensamiento y los intereses. Carga varios remedios en su mochila para poder caminar con tranquilidad en Siloé y en los Chorros sin ser vista.

En medio de una de nuestras muchas conversaciones, Jenny desbarataba algunos hilos de la cuetandera. En esa ocasión me contó que cuando aprendía por primera vez su hermana no se lo permitió diciéndole -¿acaso usted anda desbaratando la vida? La idea es que esa primera cuetandera quede con los primeros errores que se comete y siempre se la pueda leer.

Elvira Dagua

Elvira es de las mujeres con más años en el proceso del Cabildo. Inició el camino con Catalina, y la acompañó en sus últimos pasos en este espacio. La conocí en Colibrí. Suele usar sombrero con un chumbe alrededor. Elvira ha sido autoridad en el cabildo en varias ocasiones. Es la madre de Duvan, joven músico que

participa en varios grupos musicales con jóvenes de otros cabildos y también el grupo musical del cabildo.

Duvan también es hijo de la escuela integral indígena y del proceso del cabildo. Es uno de los pocos jóvenes nasa yuwe hablantes en Cali. Podría pensar que Duvan fue semilla enraizada en pavimento en ausencia de tierra. Mujeres-comunidad como su madre, y sus maestras de la escuela integral, tienen la fuerza de espíritu capaz de perforar concreto para que la vida siga su curso.

He visto a Duvan crecer. Ahora es autoridad y coordinador del grupo juvenil del cabildo y mediador con los grupos de territorios de origen. Estudia diseño audiovisual en la Antonio José Camacho. A él y a Verónica, la hija de doña Luz Dary, les inquieta el futuro del cabildo. Les inquieta que no haya relevo generacional, aunque sienten que ellxs serán los futuros mayores de este proceso. Quieren pensar estrategias para vincular las nuevas generaciones de jóvenes que sienten apáticos con *el proceso*. Interpretan esta situación con el hecho de sentir que muchos jóvenes no se sienten atraídos por las propuestas del cabildo. Les sienten muy adultas y se aburren, según me comentan. -Muchos vienen por el beneficio y luego se van. Y otros tantos, se forman en las universidades y después de graduados se desvinculan del proceso- me comentan. Les interesa pensar y actuar frente a esta lectura que como nueva generación hacen.

Converso con Elvira en las ritualidades, en la cocina del cabildo, en diversas reuniones de los distintos programas a los que pertenece y a las que me invitan como acompañante. Conversamos mientras siembra y toca la tierra con niñas y niños, mientras sonreímos al acompañar a desdramatizar algunos pequeños dramas cotidianos de sus mundos infantiles. Alrededor del fogón en la Laguna de la Estrella, mientras se cocinan los fríjoles, el café, o el arroz y nuestros cabellos y ropas se ahúman. A la laguna no subimos por el mismo camino. Yo subo por las escaleras. Ella sube por los chorros. En general las y los comuneros que viven en Ladera suben por ahí.

Me cuenta que en su casa habla solo nasa yuwe. Habla español, *el idioma prestado*, cuando viene a la casa del cabildo. Allí lo práctica. Cuando le pregunto por su papá me dice que ya está en otro espacio. Tenía la capacidad de *hacer cateo*, a ella *no lo le llegan señas*, pero sí a su hijo. Me cuenta que está muy feliz de que su hijo tenga muchos dones y lo atribuye al cuidado desde la ritualidad que se le hizo siempre. Recuerda el ritual para despertarle dones en luna señorita que le hizo su papá. Recuerda la lagartija que le puso en la mano. Se siente muy orgullosa de que sus papás le hayan enseñado el nasa yuwe y uno de sus sueños es poder aprender las distintas variantes, porque en Tierradentro no se habla ni se escribe de la misma manera que en el norte del Cauca.

Elvira es una mujer-comunidad en Altos de Nápoles. Un asentamiento poblado por muchas familias nasa en Cali. Desde la calle 5ta, no hay cómo imaginar este entrecruzamiento entre la vida urbana, rural y nasa en Cali. Muchas mujeres que

trabajan que viven allí haciendo labores domésticas. Durante el paro nacional de 2020, con la ciudad detenida, en ausencia de gasolina y transporte y sin otra alternativa, tuvieron que seguir bajando a pie hasta las casas donde laboraban. Con Catalina conversábamos de la manera en que muchas fueron desvinculadas laboralmente. Acusadas falsamente de robo. Comenzaron a ser miradas con sospecha.

En una mañana soleada mientras colgábamos la bandera del cabildo en el coliseo del colegio Camacho, que rodearía la minga de pensamiento en torno a los cuidados de la mujer desde los saberes del caminar de la luna, Elvira me contó sobre su llegada a Cali sola, con su hijo de 3 años.

-Llegué como desplazada, pero lo más duro no fue trabajar en la mina sacando carbón, o haber trabajado como vigilante. Lo más duro era dejar a mi hijo encerrado porque no tenía quien me lo cuidara. No quise que ninguna mamita tuviera que vivir lo que yo viví-.

Elvira sabe que haber nacido en *luna sabia* le ha concedido la fuerza necesaria para abrirse paso. Para abrirle paso al nacimiento de una comunidad, pienso yo. Hacia el 2007 Elvira decidió convocar familias del sector, y se ofreció como cuidadora de las niñas y niños. No tenía un lugar, bajo la organización comunitaria se tomaron un lote abandonado, consiguieron plásticos para improvisar techos, gestionó donaciones de fundaciones, e incluso consiguió que la Universidad del Valle subiera a ofrecer modalidades para que las mujeres, incluso ella, pudieran terminar el bachillerato. Años después se vinculó al cabildo y conoció a Catalina y se generó el enlace con el ICBF para el programa familiar.

De Elvira aprendo cómo una mujer- comunidad, está enlazada en un vínculo de confianza con otras familias. Le confían sus hijos. La eligen para que cuide sus semillas. La distinguen vecinal y comunitariamente. Saben quién es. Muchas familias de Altos de Nápoles podrían llevar a sus hijos a hogares infantiles del ICBF. Eligen no hacerlo. Cuando Elvira habla de las familias en cualquier reunión lo hace con afecto. Elvira comentó en una reunión en el Cabildo:

-Yo aprendí con las familias, ellas tienen muchos saberes, hay que preguntarles por sus saberes. Yo las invitaba a mi casa los domingos, hacíamos chocolateadas, chichadas, me enseñaban a tejer y yo ponía algunos materiales. Llevaban los domingos los niños a mi casa. Hay que invitar a las familias desde lo que ellas saben, casi no hay tiempo para compartir esos conocimientos, pero ellas saben-

Elvira cuida de la semilla, del lazo, la cercanía, la proximidad. Le importa saber quiénes son las mamás de las niñas y niños. Su oficio no es una vivencia burócrata. No se vive como empleada del municipio ni de un operador de servicios. La siento en la vocación de su oficio comunal.

-Como yo viví la discriminación, y se lo que es eso, se lo que es llegar a la ciudad, y no saber qué hacer, yo les ayudo a las familias a hacer enlaces, a hacer puentes con salud y con educación.

Aprendo de Elvira, que una mujer-comunidad, tiene criterio propio. No permite que sean las manos en diferido de un burócrata quien enseñe a las familias que acompaña a través de sus manos. Tampoco permite que funcionarios locales tengan la última palabra sobre lo que corresponde a su comunidad; especialmente cuando siente que se desconocen las realidades más próximas.

Una mujer -comunidad se autoriza a tomar decisiones cuando siente que el estertor o la paquidermia del andar estatal, la desidia, el raquítrico presupuesto o el astigmatismo institucional pueden comprometer las vidas de niñas y niños nasa. A una mujer-comunal, decididamente y con fiereza le importan las semillas. Caminando casa por casa, en las pendientes de Altos de Nápoles encontró niñas y niños solos, o siendo cuidados por hermanos mayores. Cuando el Estado no pudo resolver, Elvira mujer-comunal, estuvo allí, infringiendo la burocracia. Resguardando niñas y niños en sus soledades.

-Las familias de la casa semillas no tienen internet y tampoco para hacerles llamadas telefónicas. Salían a la madrugada a trabajar, nunca se quedaron en la pandemia, siempre debieron trabajar. Yo hice visitas aunque esa no era la orientación de la coordinadora y lo tenía prohibido. Me tuve que situar como autoridad indígena ante la coordinadora. Le dije que como autoridad yo tomaba decisiones que consideraba ella no iba a tomar.

Cuando leí el relato *manual para mujeres de la limpieza* de Lucía Berlín (2016), sentí como redención que una mujer que hubiera trabajado en algún momento de su vida haciendo labores domésticas, entre muchas otras cosas, tuviera la libertad de mostrarnos con su pluma, la manera en que mira y se siente mirada. O más bien, no mirada. La narradora y protagonista de ese relato nos abre la puerta de las muchas casas en que hace limpieza. Como lectora padecí que nadie se enterara de su corazón desgarrado aún cuando ella entraba en la intimidad de todos, incluso la de sus pastillas psiquiátricas.

El autobús se retrasa. Los coches pasan de largo. La gente que va en coche nunca mira a la gente de la calle, para nada. Los pobres siempre lo hacen... De hecho, a veces parece que simplemente van en el coche dando vueltas, mirando a la gente de la calle. Yo lo he hecho. La gente pobre está acostumbrada a esperar. La seguridad social, la cola del paro, lavanderías, cabinas telefónicas, salas de urgencias, cárceles, etc. (p 53-53).

Cuando converso con Elvira, escucho y acompaño sus historias, y leo su insumisión a la espera, su subordinación a ser paciente del Estado, la sensación de redención retorna. Acompaño el caminar de mujeres-comunidad, que saben habitar la demora, ejercer la paciencia y abrir camino para caminar por otros lugares a los designados por la historia oficial de la nación.

Altos de Nápoles: ¿Allá donde los indios? ¿Qué van a hacer allá?

A Altos de Nápoles no se sube con dirección. Eventualmente puede subir un taxi que conozca, lo cual no es muy frecuente porque no muchos taxis se animan a subir y tampoco es la opción de la gente que suele vivir en este sector. O se conoce la ruta en guala -jeep- y el lugar exacto en el cual bajar o la indicación para darle *al motoratón*, que sin casco y mucha pericia sabe andar por trocha y camino destapado. Mis recorridos, andares, trabajos colaborativos me habían llevado por Nápoles en algunas ocasiones, pero a Altos de Nápoles no ha habido hilo que me llevara con anterioridad.

La primera vez que subí, en diciembre de 2020, acordé con doña Luz Dary encontrarnos en la estación Caldas del MIO, a una cuadra de esta estación se cogen las gualas que te suben hasta el sector de la Cruz, lugar más próximo a la casa donde se haría el encuentro de fin de año con las familias de la casa semillas de este sector. Anhelaban encontrarse con las familias. Con las que, de otra manera, solo se habrían leído por mensaje de texto.

Sobre Altos de Nápoles había leído en algunas tesis, en los periódicos y escuchado en las conversaciones de las y los comuneros. De asentamientos hablan los funcionarios públicos, de invasiones en el argot de la ciudad. Antiguos terrenos de minas, rodeados por mucha agua y bosque. Una expansión bajo el bucle de la posesión y el desalojo.

La parte más alta fue poblada desde hace varias décadas por familias nasa y yanacona, y como no llegaron en calidad de pacientes del municipio, en minga resolvieron el tema de las basuras y del tanque que surtiría de agua.

Mientras esperamos *la guala* conversamos. Doña Luz Dary es una mujer de historias y anécdotas, la habitan, se relaciona desde ellas y con ellas. Nunca una anécdota es sin contundencia, como ninguno de sus comentarios. Tiene el don de comunicar sin titubear, aun cuando la historia pueda estar cargada de detalles. El susto del día anterior con mi pérdida en Siloé, la llevó a recordar el tiempo en que vivió en Popayán a finales de los 90 y fue presidenta de una organización para la salud de pueblos indígenas.

-Mire profesora a mi menos mal que me hicieron con gusto y no con susto-

En esta organización tenían más de 70 mil afiliaciones, y le correspondía ir a distintas veredas para promover el servicio. En una ocasión *la guerrilla* se llevó a la secretaria por equivocación que iba en el asiento delantero, pensando que era ella. En cuestión de horas la contactaron y le pidieron 100 millones a cambio. Doña Luz Dary, los enfrentó telefónicamente. Los confrontó respecto a su trabajo por el pueblo. Liberaron a la secretaria para que llevara el mensaje de la solicitud del dinero. No renunció a su cargo con el convencimiento de que por susto no lo

haría. Tampoco les dio el dinero. No le asusta morir, tal vez si quedar incapacitada de alguna manera por quedar malherida.

La guala no pasó. Optamos por tomar *motoratones*. Me subí sin casco y le dije que me llevara al sector de la cruz.

- ¿Allá donde los indios? ¿y qué van a hacer allá? ¿no le da miedo la llegada de la minga a la ciudad? -

Cuando llegamos a la cruz, doña Luz Dary me comentó que el señor que la transportó a ella, le dijo que ella no se veía agresiva, *así como pintan a los indios*. También le preguntó si la minga venía a hacer daño, como andaban diciendo por WhatsApp.

El camino destapado, en pendiente de subida y embarrado, se amortigua un poco con el balastro de tejas y desperdicios de material de construcción que la comunidad ha llevado. Casas construidas en pendientes insospechables. Muchas levantadas con madera y guadua, techos de zinc. Sencillas y endeble. Embellecidas con flores y plantas en envases de gaseosa y laticas de pintura. Plantas muy bien cuidadas, verdes intensos y parejos. Frescura, escasez y caótica belleza. No son jardines parejos y podados, es la vida intrépida asomándose en cada entresijo. Altos de Nápoles es la cima de la montaña. Las casas conviven con lo que a la luz del ciudadano de abajo suele ser *el monte*.

El encuentro con las familias se hizo en una casetita que consiguió Elvira prestada.

-Los fines de semana funciona como discoteca, a veces para hacer misas- Me contó la gobernadora.

Cuelgan de las paredes, carteles de cantantes de música carrilera que no reconozco.

Adriana, Elvira, Jenny, Paola, Duvan, organizaron la caseta. Pusieron el sahumero a la entrada. Colgaron sus mochilas de algunas puntillas, también carteles con alusión al *Çxapuç*. Prepararon la bebida a compartir en una olla tiznada. Aún se encontraba tibia cuando llegamos. Me dieron un buen vaso. Se me asemejó a una mazamorra, tiene las pepas del maíz con una suerte de claro, y sin embargo esta llevaba pulpa y pepas de victoria. Jenny Pacho, orienta la casa de Siloé, sin embargo, dispuso sus manos para este encuentro. Dibujó el espiral con aserrín en el centro de la caseta, y puso cuidadosamente sombreritos de llaveros que tejó Adriana, junto con manillas que elaboró Elvira.

Intuí que lo más importante e imposible de virtualizar era la experiencia misma. A lo que se rehusaban era a la ausencia de la práctica, de los sabores y materiales

del mundo con los que redescubren haceres que les contactan con el sentir la vida, como hombres y mujeres nasa.

Altos de Nápoles es el sector donde más niñas y niños Nasa viven conjuntamente en Cali. En ese entonces había cupo para 45 semillas en tres casas.

-Podrían ser más, sin embargo, en la secretaría nos dicen que no hay más cupos-me dijo doña Luz Dary.

Cada vez que hablamos de este tema queda la sensación de lo no dicho. Las niñas y niños que quedan fuera. La desazón de la posibilidad de que *no haya cupos*. Lo no conversable. La materialización de los derechos inconclusa. El cañón al cual pocos se quieren asomar. Las rendiciones públicas de cuentas de la secretaría omiten el abismo. El foco se pone siempre sobre lo ejecutado. Lo ejecutado es en su pliegue, y para muchos procesos, guillotina. Clausura de la posibilidad.

Aprendí que detrás del *no hay cupos* hay humanidades. Aprendí que es una decisión que no haya cupos. En la lógica del cabildo si hay semillas, todas deben ser cuidadas. Desde la institucionalidad, cada cupo es presupuesto, asignaciones, designaciones. Y se puede plantear que no hay cupos. Siempre se elige dónde poner las asignaciones y designaciones, dónde moverlas.

Una de las preocupaciones de doña Luz Dary, es conseguir el espacio físico para las casas en este sector. Las contrataciones de la alcaldía exigen escrituras, hacen visitas con requerimientos normativos que contratistas de turno pueden hacer desde su mirada taxativa con la legalidad. Altos de Nápoles tiene su propia (i)legalidad. Lo paradójico es que las contrataciones directas con el ICBF no hacen estos requerimientos. De continuar en convenio con la secretaría municipal, las dinamizadoras deben buscar en el sector una opción. Otra. Una vez más. Ya no será la casa finca en la que venían trabajando la tierra con la esperanza de que pudiera ser la casa semilla.

Caminan, sudan, se preocupan, tocan puerta a puerta, buscan, se esperan, identifican, hacen el llamado, congregan familias. Desde su saber leer los movimientos de la comunidad en Altos de Nápoles pueden *focalizar* - tufillo de lenguaje burócrata-. Tal vez, y en lenguaje de la vida, puedo decir que se disponen a ser lazadas para enlazar comunidad. Es una lástima que el lenguaje burócrata deje por fuera la posibilidad de leer y nombrar lo vivo.



Vista desde Altos de Nápoles, Cali.
Foto tomada por Vivian Ospina.

Siloé: ¿aprenderá lo que necesita cuando vaya a primaria?

El cierre propuesto por el ICBF para el final de año en 2022, era la última entrega de RPP -ración de alimentación por niño-. Que las familias recibieran su mercado por niño, y firmaran el formato. Las dinamizadoras cumplieron, pero eligieron además trabajar por un encuentro colectivo. Se autorizan a decidir cuándo se trata de cuidar, engrosando la historicidad de la plusvalía racial y patriarcal y los gestos éticos que la envuelven. El cuidado no es *abaratable*, alguien asume el costo de lo *abaritado*. Ellas lo asumen. Se hicieron cargo de buscar un espacio para recibir lo que el ICBF mandataba entregar porque la institucionalidad municipal no incluyó en su ficha dinero pero exige el cumplimiento. Asumieron el abaratamiento de costos del Estado, como ha sido el hábito durante estos años.

El encuentro colectivo requirió de su gestión. Oficio que asumieron desde su saber relacionarse, y estar en los barrios, calles y con las familias. Consiguieron los espacios físicos para poder encontrarse. En Siloé, la casa la prestó doña Vanessa, madre de uno de los niños de la casa semillas.

Para asistir al encuentro con las familias acordé con Nora encontrarnos en la estación de MIO Unidad Deportiva. Desde arriba divisé la imponente montaña, que por lo general desde *el plan*, solo se ve como si fuera en ascenso. Desde el Cable MIO, vi la sinuosidad de los huecos y hundimientos. El vértigo, quizás, de vidas que en los márgenes no se lanzan al despeñadero. Lo contemplan a diario. Nos advierte y llama con su poder abisal.

En el camino conversamos con escepticismo con Nora y doña Luz Dary sobre el nuevo acuerdo de que el siguiente año *la atención* se llevaría a cabo de forma presencial

- Vamos a ver si cumplen, porque ya estamos acostumbradas al incumplimiento de su palabra-

Para llegar a la casa de doña Vanessa nos detuvimos en la última estación. Lleras Camargo. A las afueras circulaban muchas motos que preguntaban si necesitábamos transporte. También muchos carros piratas. Esperamos a Jenny, venía retrasada buscando cómo llegar con el gran balde de chicha que había preparado para ofrecer. También con las diminutas mochilas que tejió pensando cada niño/a y para cada uno de ella/os, durante las noches. Nora llevó las empanadas, los soles, las lunas y las cintas que colgarían y en las cuales ha trabajado en los últimos días buscando entre cartones y cajas.

Encontrarse, compartir alimento, contactar con el maíz, vincularse, ofrecer presencia, tiempo, importancia. Conversar, observar los gestos, sentirse. Todo esto, entiendo, también es cuidar la semilla. No es posible cuidarla desatendiendo la tierra en la que crece. La sensación de esfuerzo no borra la proyección de proceso y esto les permite a Nora y a Jenny hacer lectura de que las familias de esta Casa Semilla en Siloé, son quienes más desvinculadas del territorio de origen se encuentran y por ende para quienes más difícil resulta la práctica de los saberes nasa.

No encontramos pirata que nos llevara al sector Casablanca. Cada una debió subir en *motoratón*. No supe cómo orientar al joven que conducía. Me volvió a bajar al plan. Mi profundo desconocimiento de la loma, se tradujo en mi imposibilidad para discernir por dónde me llevaba. La intuición de momento era que si el MIO cable me había subido, nuestro destino no podía ser bajando. Me habitó la orfandad por un instante. Ráfagas de imágenes me invadieron, ¿cómo transformaron el tembloroso desamparo tantas mujeres nasa que llegaron solas, en fuerza para que la loma les perteneciera y les abrigara en sus entrañas y no les escupiera?

Mientras todo acontecía -luego me enteré- la nej' wesx y las dinamizadoras se asustaron por mi ausencia, contemplaron la posibilidad de un secuestro. No es descabellado, ser nasa, contempla de manera muy cercana estas vivencias desde un pasado que siempre parece presente.

Los bordes montañosos de Cali requieren conocimiento de indicaciones, señales, nombres de lugares porque la dirección no suele ser la orientación. Jenny me esperó en una esquina para silbarle al motoratón cuando pasamos. Juntas subimos una suerte de pasaje por donde no pueden transitar carros, pero para mi sorpresa y pese a la pendiente, la estrechez y la inestabilidad del terreno, suben muchas motos.

Al llegar donde doña Vanessa, me di cuenta que la gestión era compartida. Había solicitado a la dueña de un restaurante cercano prestarle los asientos para el encuentro. Ofreció su equipo de sonido. Nora, Jenny y doña Luz Dary dispusieron con aserrín el espiral en el centro. Un punto central, el *inicio de todo una y otra vez*. Sobre el gran espiral, las mochilas tejidas por Jenny para niñas y niños. Colgaron la bandera del Cabildo, alistaron el himno, dispusieron en una mesita la chicha – no suficientemente *enfuertecida* al gusto de la gobernadora- y las empanadas. Alistaron el *chirrincho* con el que doña Luz Dary *abrió camino* para el encuentro.

Doña Luz Dary enseñó a brindar con los espíritus. Les recordó cómo *se jala* con la botella de chirrincho en la mano derecha. Con los años, mi cuerpo logra recordar la espiral que le habita a este gesto, que se realiza de atrás hacia delante más o menos a la altura de la rodilla. En la parte de adentro de la rodilla para movilizar la energía femenina y en la parte externa de la rodilla para movilizar la energía masculina. En varias ocasiones Doña Luz Dary ha contado sobre la importancia de que la energía circule adentro y afuera.

-Muchos no conocemos de nuestros usos y costumbres porque salimos hace mucho de los territorios a la ciudad, así nos vamos olvidando y no les contamos a nuestros hijos quiénes somos, de dónde venimos, nos vamos olvidando de las raíces. Ya a este punto, tenemos que vivir un proceso de desaprender- dice doña Luz Dary a las 12 mamás que asistieron con sus hijos.

En sus palabras de apertura reiteró la importancia de censarse en el cabildo y ser comunero participativo, *para no tener vacío*. Esta es una preocupación constante de doña Luz Dary. Aun cuando también le preocupa que crezcan en censo y no tener cómo poder acompañar un proceso tan grande.

- Una asamblea más grande requiere un quórum también más grande, también nuestra casa del cabildo se va quedando pequeña- Les recuerda

El encuentro es ocasión para conversar sobre el *Çxapuç*. Las familias también llevaron alimentos para compartir. Las madres del sector Siloé, no son nasa yuwe hablantes. Les resulta enteramente novedosa la forma en que acompañan las dinamizadoras.

Una madre expresó su deseo de que lxs niñxs aprendan el nasa yuwe porque ella no lo habla, aunque sus padres si lo hablan. Otra madre contó que siente la propuesta distinta, y con ella, la posibilidad de *crear otra mentalidad*. Coinciden en que ellas también aprenden. Dicen que no sabían lo que ahora saben sobre el sol y la luna.

Doña Sirley, es comunera muy cercana al cabildo, es abuela de uno de los niños, nos dice que le gusta recordar lo que se ha perdido, -nos da la oportunidad de seguir aprendiendo- cuenta con mucha alegría en sus ojos.

Una madre no indígena, esposa de un padre Nasa, expresa con honestidad que su deseo inicial era que su hijo fuera a *una guardería normal*. Cuenta que cedió porque la abuela es la que cuida de su hijo mientras ella trabaja. Preguntó a Jenny y a Nora ¿las casas van por etapas? ¿aprenderá lo que necesita para cuando vaya a primaria?

Se le dibujó a Jenny un gesto de sorpresa en el rostro. La sentí apresurada en su respuesta. Siento que aquí estará uno de los retos más grandes y de las claridades a continuar construyendo ¿cómo no desdibujar o poner en segundo plano los saberes nasa, frente a saberes que pliegan una humanidad para la escolaridad? ¿Cómo ponderar el espíritu de la educación propia cuando las condiciones de la conversación siempre buscan traducir, asimilar, capturar?

Una de las grandes discusiones sobre las identidades políticas, es la manera en que son usadas como *esencialismos estratégicos*. El caminar del cabildo me enseña que la experiencia identitaria sobrepasa los bordes de lo esencial, sin distanciarse. Esencialismo en apertura, quizá. Lo estratégico en la educación propia cultiva también condiciones para que sea posible amplificar los márgenes de libertad y elección del auto reconocimiento. Pienso que minimiza la coacción del olvido forzoso en una experiencia histórica que anuda la vivencia del ser indígena con la imposibilidad de desafiar los designios marginales de la nación, o la enquistada y perpetua posición desventaja e inasequible en las geometrías del poder. *Esencialismo en apertura*, quizás, para que tener oportunidades distintas a la pobreza, la miseria, las violaciones, el despojo, la vergüenza, el reclutamiento, la enfermedad, no sea una cuestión de buena fortuna, o de contar con la bondad de algunos buenos padrinos/patronos que posibiliten a mujeres estudiar mientras hacen servicio doméstico.

Jenny entregó cada mochilita y le puso un carrito a cada niña y niño adentro. acompañada de un baño de sentidos y palabras, a los que se sumó doña Luz Dary.

-Para nosotras, las nasa, tejer es muy importante. Hay diversos hilos, los entrelazamos para obtener algún resultado, así mismo es la vida, un encuentro de hilos que pueden concluir en algo o no- Tomó su mochila y lo enseñó a las familias - Mi mochila es de lana virgen y tiene un símbolo. Con simbología se comunicaban nuestros mayores. No había escritura. Este es el símbolo de la interculturalidad, y tiene un punto que nos recuerda la importancia de la forma del inicio de cualquier proceso. Estar en la ciudad es reconocer otras realidades todo el tiempo y adaptarnos a ello-.

Para bajar de Siloé, tomamos *una guala*²⁷ que nos llevara hasta el plan. En el camino y sentadas en la parte trasera, conversé con doña Luz Dary sobre dos de las madres que le preocupan. Una de ellas viene de territorio porque bombardearon su casa en Corinto y le pidieron enlistarse en la guerrilla.

-Tuvo que perderse y no se puede asomar ni por equivocación- me cuenta en voz baja y con preocupación doña Luz Dary. Está sola en el cuidado, sin ninguna red en la ciudad. Durante un tiempo vivió en un inquilinato y no contaban con quien cuidara de sus hijos. Le resultaba difícil poder trabajar. De vez en cuando sale a las calles a vender alguna ropita con ellos cerca. No confía en dejarlos con desconocidos en el inquilinato-.

La otra madre que le preocupa, tiene sus hijos con diagnóstico de síndrome de Duchenne.

- Ellos viven en un parque que es como un hueco y solo se accede con unas escaleras muy largas. Para que el hijo pueda ir a los controles se necesita que venga mucha gente de la comunidad a ayudarlo a sacar al muchacho. Por lo general, esta madre está sola al cuidado de sus hijos ya que el esposo trabaja en una finca y no permanece en casa-



Vista desde la casa de "doña Vanessa", Siloé.

²⁷ Las gualas hacen parte de las soluciones de transporte informal de la ciudad que transportan personas por los sectores de Ladera, en barrios tales como Siloé, Terrón Colorado, Altos de Nápoles, Aguacatal, Los Chorros, hasta el centro de la ciudad. Son camperos que pueden atravesar las exigentes condiciones montañosas de los sectores, cuyas rutas las demarcan los conductores que van señalizadas en letreros en que se ubican en la parte inferior del parabrisas del vehículo. La gente también los conoce como *jeepetos*. Pese a que existe el MIO cable como opción de transporte formal, a muchas personas este sistema no los acerca lo suficiente por lo que les implicaría un pago doble, razón por la cual no siempre es la opción de transporte más utilizada. Las gualas operan actualmente organizadas bajo un sistema de cooperativas y cuentan con permisos locales a diferencia de los carros piratas y los motoratones.

Foto tomada por Vivian Ospina.

Artilugios de Estado.

Las dinamizadoras llevan a cabo su planeación de trabajo para las casas semillas en la casa del cabildo. Llenar el formato de planeación es la exigencia, encontrarse colectivamente su elección. Deciden congregarse una vez al mes para pensar-recordar juntas. Sigo el rastro de artilugios estatales-actantes y la manera en que participan de los regímenes de cuidado y la manera en que las dinamizadoras se (des)envuelven con ellos.

Paola carga a su bebé en su espalda con un colorido chumbe. Se lo turnan entre varias mujeres para cargarlo en la espalda. El bebé sabe reposar su cabeza sobre el cuerpo de cada una. Y cada una sabe hacer lo propio para propiciar que el bebé se acomode sobre ellas. Mientras tanto, Jenny las peina, les trenza con gran destreza el cabello. Comenta que así se hace algún dinero en semana también con algunas vecinas. Puede ganarse unos \$15.000 semanales y se ayuda para los tiempos sin contrato y los pagos demorados. A inicios del 2022, las dinamizadoras comenzaron labores desde enero, pero solo tuvieron remuneración por parte del operador de servicios a partir de marzo, cuando después de varios años, las casas semillas tuvieron sede física alquilada.

Deben acomodarse a los requerimientos de planeación que hace el operador, la política local y la política de Estado. Uno de los indicadores del sistema de calidad es que diligencien documentos, especialmente los de planeación. La confianza del Estado reposa en la letra, especialmente los formatos y las actas. Dar cuenta de lo que se ha hecho. Escenificar la transparencia. Esta es la manera en la que también lxs funcionarixs se defienden de todo el sistema de vigilancia de lo que llaman “las ías” (procuraduría, defensoría y contraloría). El terror de la función pública. El Estado defendiéndose del Estado. Gran parte del tiempo de ser funcionario se invierte en escribir actas. Los salarios de los contratistas (es decir de la mayor cantidad de personal en cada dependencia pública) dependen de ellas. Cuando fui funcionaria, entendí que ser funcionarix es asumir la paranoia como compañera de vida. No quise ese matrimonio. No quise tomar la persecución por vida.

Tras las transparencias se oculta la opacidad del Estado, piensan Abélès y Baradó (2015). Y me ayudan con su pensamiento a entender, que la cultura de lo transparente, con su culmen en la contemporánea arquitectura empresarial de vidrio y su régimen de enunciación tipo pecera/vitrina (presente incluso en las universidades, incluyendo en la que trabajo), generan una apariencia de visibilidad que orienta la atención de manera específica. Esto tiene como efecto que desviemos la mirada porque la ilusión de la transparencia trae un aparente halo de confiabilidad.

En la práctica de escribir cuentos, la arquitectura escritural pasa por el diseño del artilugio. El mecanismo que permitirá que el cuento cierre, que cada detalle se

encadene uno a otro, dando la sensación de que nada sobra. Permite la creación de la ilusión y sensación de que el cuento es perfecto. Es verosímil. El encanto obra. Funciona más en la medida en que el lector no se percate de éste. Los documentos y las prácticas de Estado también están sostenidos sobre artilugios. La transparencia es un artilugio. Crear las condiciones para conducir los focos atencionales de otros. Virtuosidad en todas las artes. Práctica ponzoñosa en la acción de Estado y en la empresa privada.

En el cuento *Pan*, la escritora canadiense Margaret Atwood (1986), magistralmente nos ordena imaginar. Evocar sensitivamente. Despierta nuestro apetito. Sucumbimos. Consigue humedecer nuestras papilas gustativas a través de pasos de una rutina cotidiana y sensorial con un pan negro. Luego, visceralmente, y en tres escenas, con el mismo protagonista-pan, la situación se vuelve terrorífica. Un agujijón a nuestro mundo psíquico. El anteriormente añorado pan se torna indeseable por los dilemas en que sin titubear te ha obligado a visualizar la narradora: comer el pan en situación de hambruna y que por ello mueran otros. Comer el pan y negarlo a una hermana casi que moribunda. Un pan que sangra del oprobio cometido de una hermana a otra al negarle el pan viviendo esta última, una situación muy penosa. Como lectores, no nos queda más que hacer caso a los imperativos y sucumbir al espasmo estomacal final. El artilugio sostiene la ficción especulativa perturbadora. Cumple su cometido. Es encantador.

Cuando leo las investigaciones etnográficas de Valentina Pelegrino (2019), la figuro como una detective-hacedora de artilugios estatales. Los ha elaborado al ser funcionaria. Entiende cómo obra el truco en la elaboración de documentos de Estado y lo devela. Entiende el trabajo escritural de esta manera. Devela la pátina que encubre el pastiche de las múltiples inconsistencias y que especialmente buscan sostener la defensa del Ministerio de Interior frente al desacatamiento del auto 004. Artilugio macabro y más cotidiano que el pan.

La paradoja de la espiral pesadillezo de los sistemas de vigilancia y control contemporáneos tiene como efecto que los funcionarios destinen mayor tiempo a dar cuenta de lo que se hace, que haciendo. De estos mismos productores kafkianos son los formatos de planeación. La ficción de la realización pedagógica. La fantasía de que el cuidado de la vida se puede domesticar en casillas. Artilugio perturbador sin encanto. Artilugio que ratifica y construye el poder de Estado. Artilugio que moldea la manera de mirar y que define qué es lo valorable e importante. Los artilugios jamás son inocuos. Son actantes de la política como montaje. Abélès y Baradó (2015) tienen claro que produce escenificaciones, sobreactuaciones y visibilidades; modifican la percepción. Los artilugios son actantes del montaje que rastreo. Hacen actuar y hacen creer.

Una planeación privilegia acciones y actividades a las que se les vincula un presunto objetivo. Me concedo la licencia de una invención: el verbo *artilugiar*. Las dinamizadoras lo tienen claro. Deben participar de la complacencia del

artilugio y la ficción de la calidad. No están exentas de ello. En las universidades tampoco lo estamos, somos expertxs en fabricar informes de calidad y asumir como realidad lo que allí producimos.

Las dinamizadoras diferencian que es un asunto de cumplimiento y lo hacen escuetamente. Me cuentan que han asumido una posición que busca resguardar sus saberes. Sienten que les solicitan información y serán borradas sus autorías, como ha sucedido en diversas ocasiones, como cuando el ICBF le solicitó al pueblo nasa escribir una propuesta para la atención de lo que denominan *modalidad intercultural*, y se apropió de ella. Ninguna persona del pueblo nasa figura en la autoría de lo que después se tradujo y redujo en un manual operativo.

Mientras Duvan toca la guitarra, alternándola con la flauta, recuerdan un episodio de desencuentro con la subsecretaría que les generó una sensación de ruptura, en sus palabras, de ser desconocidas. Las dinamizadoras me cuentan con mucha molestia que funcionarios del municipio les plantearon a ellas y a doña Luz Dary, que el municipio tenía la potestad sobre las casas semillas. En su relato oficial y monumentalista, en la inscripción que tratan de generar, las casas semillas son su iniciativa y gestión ante el alcalde. Les pertenecen. Les reiteraron en reunión que ellas no sabían escribir, y que, en razón de ello, el documento con el que se hacen los trámites ante la municipalidad, había sido de los expertos escribientes. La dueñidad de la letra. Tal vez uno de sus destinos más indignos. Artilugio de borramiento.

- El cabildo ha hecho un proceso largo y conjunto, ¿por qué la institucionalidad trata de invisibilizar nuestros aportes siempre? - le respondió la nejíwesx con tranquilidad al funcionario.

La reunión con lxs funcionarios de la subsecretaría albergó múltiples tensiones, que pusieron en evidencia los distintos bordes abisales: ontoepistémicos y políticos. También que las demandas del cabildo son inaudibles y no porque desde el cabildo no se pueda hablar. Tal vez, si lo pienso desde Ranciére (1996) y su perspectiva del reparto de lo sensible, habría que considerar que la desigual manera en que están distribuidas las legitimidades, las autorizaciones, las voces en la escena política, y en particular, en esta escena política en el que la mutua sospecha iguala la desigualdad de los hablantes.

El presupuesto diseñado en la Secretaría de Bienestar demandaba recortar la presencia de las auxiliares para las casas semillas. En su modo de remota atención, la ficción de la calidad versaba así: una sola maestra que haga llamadas y las suba al sistema ¿para qué necesitarían auxiliares? La auxiliar es una figura de la educación occidentalizada que demarca jerarquía entre el profesional y el aprendiz que estudia, o tiene un nivel técnico, y al trabajar tiene menor remuneración por no tener aún título profesional. Al no tener título profesional se le presuponen menores saberes. En el cabildo no existe tal diferencia entre la

persona que trabaja con el título de auxiliar y las dinamizadoras. Las mujeres-autoridad reclamaban que todas fueran contratadas.

Dependiendo del funcionario y gobierno de turno, el cabildo deberá además defender por qué se sostienen en que una apuesta de educación propia y para el cuidado de las semillas requiere de dinamizadoras que hagan parte del proceso del cabildo. O, en otras palabras, que sean comunerxs. Roca que tozudamente este Sísifo en su castigo en la arquitectura del Estado nación, deberá arrastrar como condena, una y otra vez.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Para la Secretaría de Bienestar sería más funcional someterse al perfil del manual operativo del ICBF, que solicita licenciada/os o técnicos.

- ¿Por qué el interés está puesto en el talento humano cuando debería ser en los niños? - increpaba el funcionario a las dinamizadoras y a la *Ne'jwe'sx*.

La lógica estatal-disciplinar concibe realidades recortándolas. El interés prioritario son los niños, reza la política, y así la deslinda de las cuidadoras. Concibe en su episteme de la separación, que es posible ejercer un oficio de cuidado a expensas de las condiciones laborales de quien ejerce el trabajo. Ese remanente de devaluación social ligado a los oficios de cuidado se hace enteramente visible aquí: nos pueden importar lxs niñxs, no tanto las mujeres que cuidan. Los oficios de cuidado siguen siendo concebidos como labores donde las mujeres les corresponde poner todo de sí y poco aplica el derecho laboral. Lo que se configura en un perverso oportunismo estatal. En las escalas salariales en Latinoamérica, los salarios más bajos son los asignados a las personas que trabajan en el oficio de cuidado a niñxs y educación inicial. El gremio de maestrxs en el país está sindicalizado, el gremio de maestras de nivel inicial y madres comunitarias no.

La moderna política estatal de primera infancia es propicia para usufructuar la economía del cuidado. (Arque)Típica extracción de valor no remunerado que recae sobre la feminización de un oficio.

A diferencia de las maestras de muchos otros escenarios populares con las que tengo relación debido a diversas colaboraciones que he realizado en años pasados, las dinamizadoras se enfrentan a los funcionarios. La modalidad de contratación por servicios del sistema estatal es propicia al silenciamiento. En Cali, las maestras viven con miedo. No han descubierto cómo *caminar la queja* colectiva y solidariamente y ésta se vuelve en un melancólico grito hacia dentro. Seco, como el madroño que madura y nadie retira de la rama. Ni siquiera aspira a podrirse. Se achiquita, pierde color y se endurece.

El municipio solicitaba una maestra versada en poder subir cifras y conteos al sistema y que pudiera velar por los seguimientos numéricos. Las dinamizadoras y las autoridades argumentaron en esa ocasión, que requerían dos personas por casa, una que hablara nasa yuwe y otra que pudiera hacer el trabajo técnico que ellos solicitaban. Caminaron la queja.

Ese día, en el patio del cabildo, las dinamizadoras diligenciaron los formatos solicitados. Son *artilugiantes* a discreción. Sin embargo, el algo más que acontece, la investigación colectiva que se trenza y sostiene la búsqueda del cuidado de la semilla, está lejos de poder ser capturada por el artilugio. Y no se trata de una romantización de las posibilidades de resistencia. Me interesa ratificar la performatividad del artilugio y sus efectos de realidad, los límites en su agenciamiento instrumentalizador y lo que eventualmente puede estar más allá de él, cuando se lo identifica.

Las dinamizadoras suelen mencionar como su trabajo es también con las familias. Les resulta importante preguntarles sobre sus saberes. Confían en que las familias saben, así el Estado desconfíe de que sepan. Valoran sus esfuerzos por estar con lxs niñxs en las madrugadas antes de irse a sus trabajos. Aunque he notado que les cuesta más relacionarse con las familias más desvinculadas del proceso y de su vida como nasas. Les inquietan las familias que sienten “poco comprometidas”.

En esa ocasión, la planeación fue sobre *el día y la noche, sek y a'te*. Interesan los saberes que permitan vivir en armonía con *uma kiwe*. El artilugio no fragmenta su interés por cuidar la relación con otras fuerzas y otros seres no humanos. Les hace hacer hasta un punto y hacen hacer al artilugio otra cosa. El artilugio reclama el protagonismo de un actante en las vidas de los niñxs, lo que concibe como agente educativo y sus acciones y no admite lo que es importante en otros regímenes de cuidado. No admite otras maneras de pensar, saber y de cuidar.

Artilugiar se transforma en abrir la conversa a los saberes y espíritus y fuerzas con los cuales hacen y llevan la vida. También sobre los que quisieran seguir aprendiendo y cultivando en la vida de la ciudad. Rememorar e investigar es traer la palabra de los mayores al encuentro. Se hacen preguntas sobre *sek* y la importancia que tiene en sus vidas. Jenny comenta que ella ha acomodado la cama para que *sek* caiga sobre ella y sobre su hijo muy temprano. No les interesa que los niñxs pinten un sol, les interesa que puedan sentir los primeros rayos de la mañana. *Recibir y saludar al padre sol*. Pienso que puede ser permitir que *sek* haga lo propio sobre nosotros.

Recuerdan como muchas casas de los abuelos se construían considerando la entrada del sol, para que luego se conectara con las tulpas. Las cocinas también solían mirar al sol. Relacionarse con las familias y despertar una relación más amplia con las fuerzas del *sek* y *a'te* parece ser el reto.

El formato les exige construir un objetivo. Recortar la relación. Las dinamizadoras son obstinadas, se proponen seguir el caminar de la luna. Siguiendo esta ruta hacen caso de la invitación a una pregunta motivadora. El formato hace hacer, hace creer que las prácticas son diseccionadas. Supone que el direccionamiento es exclusivo hacia los niños. Las dinamizadoras no consiguen hacerle caso. Tratan de anudar los retazos que supone la mirada de un formato. Les interesa conversar con las familias sobre los cuidados que realizan según el camino de la luna. ¿se purgarán en familia con la luna? ¿orientará la luna el corte de cabello? ¿podarán? ¿tendrán algo que podar?

Nora cuenta con alegría que su hijo Joshua sale cada noche con interés por identificar y diferenciar la luna señorita, de la mayor o la bebé. La conversa gira hacia sus sensaciones sobre la forma en que la luna orienta sus relaciones, sus afectos, los encuentros y desencuentros familiares.

Las dinamizadoras proyectan su acompañamiento hasta octubre. El operador les plantea que no se sabe si los recursos terminarán en este tiempo. Las contrataciones suelen ser a tres o cuatro meses y en cada contratación se vuelven a imprimir y entregar la pesada carpeta de documentos para la contratación, como la primera vez.

Planear es ocasión para conversar sobre estas incertidumbres y los sinsabores que no tienen más escucha que el eco que retumba hacia dentro en estas paredes. ¿A quién le pueden reclamar que su contrato empiece un 4 y vaya hasta un 28 y deban pagar su mes completo de salud, pero no se recibe un mes completo de salario? ¿Con quién conversan sobre su anhelo de que la casa pueda ser casa y no cuentas en el sistema? ¿A quién le pueden contar su molestia por un presupuesto para alquilar una casa de \$350.000 que considera que el valor por niño indígena es de \$30.000? La planeación es circulación de saberes y angustias. El desencanto de artilugio no va más allá de la razón de Estado. Es la razón de Estado.

Casa Semilla Siloé

A la casa semilla de Siloé no podía llegar por mi propia cuenta la primera vez. Los códigos para moverme en estas lomas no me pertenecen. En marzo de 2022, las casas semillas de vida en Cali abrieron sus puertas a las familias, después de que, durante un par de años, la viabilidad y dignidad de la apuesta la sostuvieran en sus cuerpos esforzados dinamizadoras nasa.

Acordé con Juana vernos en la glorieta de Siloé Visible o *el plan*, como lo llaman los habitantes de la comuna. Dos caballos de trabajo en cemento, o caballos arrieros, custodian el portal de entrada al borde montañoso abrazado a principios del siglo XX por yanaconas, mineros de Marmato y campesinos del norte del Cauca, Risaralda, Quindío. Gentes expulsadas violentamente de sus territorios generando gran corriente migratoria campesina en el 48. También fueron expulsados del centro de la ciudad, que solo los admitía como mano de obra.

Ya no se encuentra en la glorieta la escultura de Jacqueline Rentería, medallista olímpica. En los seguimientos de noticias y videos que exploro en las redes, encuentro que David Gómez cuenta que, en Siloé, después del estallido social en el país, la comunidad decidió construir un museo de la memoria, y allí trasladaron el monumento realizado por Pachito Ariza. Él mismo lo desmontó junto al equipo del museo popular y lo trasladó a pie, en una carreta, por las bullosas calles del barrio en las que la gente trabaja, deambula, se rebusca maneras de sostenerse en vida. Risas espasmódicas. Desgarros del mundo. Sin colaboración de la alcaldía, pese a las promesas de embellecimiento en época de Petronio Álvarez. La gente gritó y saludó a Jacqueline mientras la veían acostada sobre la madera de la carreta. Pachito la transportaba. Cuidaban de que Pachito no cayera en un hueco. Se los anunciaban con silbidos. Una viva escena teatral. Exquisita. Teatro del Oprimido. Búsqueda de audibilidad para el subalterno.

Me gusta ir tras los señuelos que desde el suelo en dirección al cielo promulga y proclama aquello que se honra y funda memorias icónicas. Lo peligrosamente - en muchas ocasiones- digno de ser recordado estáticamente. Hierro, cemento - parlante. Monumentos que cuentan sobre la *espacialización de la diferencia*. Diana Bocarejo (2011), puso el acento en la manera en que las prácticas jurídicas construyen una versión ruralizada y de periferia sobre *lo indígena*. Cali es una ciudad con topografías de la diferencia. En sus monumentos la distribución racializada y enclavada de la ciudad. No sólo sigo las prácticas jurídicas como Diana Bocarejo (2011). Me gusta leer los hábitos monumentales en las ciudades.

Durante el paro nacional del 2019, en mi tránsito a Puerto Resistencia para participar de una de las ollas comunitarias, robó mi atención el monumento a los soldados de Ciudad Jardín, rodeado por banderas de Colombia. Mujeres blanco-mestizas del sector arrodilladas, oraban al *Lancero del Pantano de Vargas y el Soldado del siglo 21*, hechos en bronce, junto a una virgen puesta por ellas. Sostuvieron la práctica con regularidad ante *Los Héroes de la Libertad*, como fue bautizado con las aguas benditas de un cura en el 2019, como parte de la conmemoración del bicentenario de la Batalla de Boyacá. Michael Taussig (2015) piensa que, en la totalización de un Estado, lo profano debe encontrarse con lo sagrado. Yo creo que esta conjunción particular es la médula del fetiche, y así lo fetichizado es objeto de excesos. El exceso parece rehuir de algo más.

“el poder del monumento estatal como preservador del tabú también se funda en la transgresión del tabú, también recurre a la teatralidad del cadáver para animar y vivificar al ser estatal (...) streaptease de la memoria como memoria violenta, ahora inactiva pero inquietante” p 197.

La obra la financió y le hace mantenimiento el ejército. La elocuente y eternizadora monumentalidad empacha los relatos visibles de ciudad y país. Fija quiénes son los destinatarios de las deudas históricas. En estos relatos materiales

del municipio, ni a campesinos, mujeres, indígenas, afrocolombianos, se les debe nada. Ni memoria, ni honra.



Juana suele subir a la casa semillas de Siloé en un *motoratón* que la lleva desde su casa. Le tomó perderse 3 veces aprender a llegar, me cuenta. Juana y Jenny no quieren que me pierda como la vez pasada. Juana me esperó en la glorieta, frente a la panadería “La sorpresa”. Es aprendiz de los códigos del sector, como yo, aunque tiene más experiencia. Hicimos lectura de la calle y los motorizados. Preguntamos con una mirada y uno de ellos asintió. No hubo necesidad de palabras para ese acuerdo. Esta vez le indiqué que íbamos para “dos postes”. Le pedí que siguiéramos la moto en la que iba Juana y me entregué a confiar en los códigos del lugar, aunque no sabía para dónde iba ni por dónde me estaban llevando.

-Por esta parte es tranquilo, pero los niños viven lejos y los traen en moto, por eso cuando llueve no vienen- me dijo Jenny al recibirnos en la casa.

Nos abrió las rejas doña María con su delantal blanco y el gorro sobre su cabello recogido. Nos contó que no había agua por un daño en el sector debido a las fuertes lluvias. Cuando llueve de esta manera en Siloé quitan el agua durante todo el día (no porque las montañas estén desprovistas de agua). Sucede a menudo. Jenny y Juana informaron a todas las familias para que no llevaran a las niñas y niños. Ese día las familias tendrían que resolver por su cuenta el cuidado de sus hijos para ir a trabajar.

Acompañé a doña María por unas arepas para el desayuno de las 4. Caminamos unas cuadras con sus hijos de la mano. Levanté la vista a mi alrededor con mucha consciencia de hacerlo. Ninguna casa con repello (deben ser ladrillos N4 o N5) pero todas con plantas muy vivaces sembradas en laticas de pintura afuera de las casas. A esa hora de la mañana mujeres y hombres las estaban regando, de alguna manera. Ese gesto colectivo que privilegió la vida de la planta por encima del baño matutino me dio la bienvenida. Al menos eso imaginé.

De regreso y tras las rejas, una casa pequeña, muy limpia, bien enchapada, casi que brillante. Sin ventanas ni ventilación en sus cuartos. Un salón desocupado, dos mesitas de plástico, una encima de la otra. En la pared de la derecha, capturó mi atención el gran letrero bordado en lana sobre tela de yute para dar la bienvenida. También el espiral, origen de los orígenes; el rombo, unidad de pensamiento; territorio, familia y comunidad y los caminos de la vida. Me explicó Jenny. Conseguir esa tela no es sencillo, escasea mucho, Juana buscó hasta que la encontró a un precio favorable en *almacenes Sí*.

Lanas, hilos, agujas capoteras, pinturas, brochas, pinceles, thinner, trapos, materiales que han gestionado con sus saberes relacionales Jenny, Juana y doña María, y también de sus bolsillos. Debajo del llamativo letrero, que les requirió muchas horas de trabajo conjunto y fuerza para sostener las puntadas que penetran ese rústico y bello material con la capotera, unos trazos en lápiz insinúan una tulpa a medio pintar. En frente, el escudo del cabildo a lápiz- una mujer sostiene a una bebé, ambas rodeadas por 7 tamas-. Al lado y empotrado en un hundimiento de la pared, otros dibujos de un mayor y una mayora y en el centro de ambos, un bebé suspendido en el aire envuelto por un chumbe. En otra de las paredes, un rombo entrelazado a un espiral de la vida.

-Aquí se unen los tres espacios nasa, el mundo de abajo, el del medio y el de arriba, donde ya está doña Catalina- me explicó Jenny mientras me presentaba con orgullo los diseños elegidos.

Los trazos a medio hacer son huella de manos laboriosas, de esfuerzos vivos y procesuales. El único mural terminado se hizo a varias manos, con amistades y simpatizantes que vinieron a dar una manito con la pintada.

En medio del fragante colorido de paredes que comienzan a contar historias que acogen con vivacidad, mi cuerpo sintió el espacio vacío. Pero no es *la nada* de la historia sin fin de Michael Ende. Esa nada que amenaza con devorar Fantasía. Las imágenes y símbolos acompañan el espacio, hacen que no sea un vacío angustiante de esos que te pone en la piel marcas de encierro. Podría serlo. Lo he sentido en muchos hogares infantiles del ICBF donde las niñas y niños empujadas/os por sus blancas paredes que refractan sin ninguna invitación. Hogares donde lxs niñxs deambulan y deambulan, recostándose sobre paredes.

Este es un espacio vacío acompañado por gestos de cuidado de muchas manos. También es un espacio cuya vacuidad tiene rastros de indolencia burócrata de la que Jenny, Juana y doña María no se dejan embestir.

Me senté en el piso a comer arepas con Jenny y Juana mientras ellas informaban a las familias que no habría atención por el tema del agua. Los dos nietos de doña María corrieron a uno de los cuartitos y me llevaron una pieza de un piso de goma colorido para sentarme. Me conmovió su gentileza. Me senté sobre el cuadradito con el que vistieron el suelo para mí.

Juana y Jenny se ríen, y me explican que ellas han usado esas gomas durante los dos meses en que ha comenzado a funcionar la casa semilla porque el operador no ha traído ni mesas ni sillas.

-Al día de hoy nosotros hemos prestado nevera, estufa e implementos para la cocina. El único material pedagógico que nos han dado es un bloque de plastilina negra, una resma para los informes de los niños y un lapicero. Y el contrato se termina en Julio. Si nos cambian de operador este nunca cumplió con lo pactado

y nosotras ponemos todo porque no vamos a dejar a los niños en el piso pelado para comer.

-Jenny ¿y cómo han conseguido las cositas que tienen?, les pregunté sin ingenuidad.

-Nos las prestaron de la otra casa semilla porque allá también les han donado cosas. Aquí muchos materiales y pinturas los traen amigos del cabildo- me respondió Jenny con tono de indignación. El enfado es un tono que no le conozco, aunque si la determinación.

-Además las cosas que nos traen del mercado para los niños se nota que son de las más baratas porque están a punto de dañarse las frutas y las verduras- añadió doña María a la conversación.

-Nos hablan mucho de que pueden venir a supervisar. Tengo muchas ganas de que vengan ¿quién supervisa a los operadores? ¿Funcionan las supervisiones a los operadores? - Se preguntaba Juana mientras dibujaba y cortaba un sol con el cartón que había llevado en sus manos mientras iba en el *motoratón*.

El operador les pidió a Jenny y a Juana quedarse en la casa aun cuando no hubiera agua, porque debían trabajar desde allí. Estuvimos en la mañana pintando la tulpa, sabíamos que no podríamos lavarnos las manos untadas de pinturas de aceite, pero les emocionaba la idea de avanzar en los diseños. Me contaron con orgullo que las familias nasa habían ido llegando sin ellas buscarlas porque los colores y los símbolos les llamaron. Esto aminoró la preocupación de ambas porque al mudarse a este nuevo lugar muchas familias se retiraron porque les quedaba muy lejos para sus hijxs.

Alcanzaron a llegar algunos padres en moto con sus hijxs porque no vieron los mensajes del WhatsApp. Pregunté a Jenny cómo llegaban lxs niñxs a la casa semilla y me contó que la gran mayoría los traen las familias en moto, lo que ha hecho que con el tiempo de lluvias las familias no los traigan porque no quieren exponerlos a una mojada. Recordé el tema de los cupos y las incapacidades de años atrás en Colibrí, y pregunté si esto seguía siendo un problema para ellas.

-Sí porque nos siguen pidiendo asistencia para conservar los cupos y también para que se pueda conservar el servicio de la casa semilla- me responde Jenny mientras revuelve las espesas pinturas.

-Muchas veces los papitos no llevan al médico a los niños, no siempre hay una incapacidad, las mamás a veces confían en los cuidados de ellas en casa- añade Juana mientras continúa dibujando a lápiz en la pared.

Mientras pintábamos las tulpas, la jigra, los leños, me enseñaron sobre la *cxawaswa* que se hace con *el maíz capio*. Jenny y Juana comenzaron a imaginar que

este podría ser el lugar en el cual recibir todos los días a niñas y niños. También que podrían enseñarles a alimentar *el padre fuego* con hojitas de coca. Sienten que tienen el desafío de aprender a comunicar mejor a niñas y a niños las historias del pueblo nasa. ¿cómo podríamos contarles de Juan Tama a nuestrxs niñxs? se preguntan, me preguntan, nos preguntamos.

Les (nos) inquieta, que a diferencia de la casa semillas de Alto Nápoles que tiene tierra para la tulpa, aquí, el operador no les permite salir con lxs niños.

-Tienen que recibir el sol desde las rejas porque, aunque hay un parquesito al lado, no podemos llevarlos-

Ya han conseguido tierra para sembrar algunas plantas medicinales en laticas con lxs niñxs.

En una *pedagogía del sentir* como la que invitó a pensar Durney Giraldo, los materiales con las que niñas y niños entran en contacto no son cuestión menor. A Jenny y a Juana, les inquieta que los juguetes de lxs niñxs sean de plástico. Juana siente que el plástico evoca poder ser tirado. Gestos de brusquedad y fijos. Quisiera que sus niñxs pudieran vivenciar materiales que evoquen otras sensaciones, no solo la planura del plástico. Me cuentan que quisieran pensar qué es lo realmente relevante para la futura escolaridad de lxs niñxs porque de manera tradicional, aprendieron que era importante el gesto de pinza, que permitiría el uso del lápiz. No quisieran hacerlo como ellas lo aprendieron de niñas, haciendo planas repetitivas.

Jenny sabe tejer sombreros y para ello necesita la iraca que traen de Nariño y que ella consigue en Mosoco. Le gusta ésta, siente que no es tan dura. Quisiera que lxs niñxs la conozcan, la toquen, la vivan. Que aprendan sobre la manera en que se siembra y se extrae el material. Cuando me habla de vivirla me da la impresión de que me habla de una manera de vivir en la que se aprecian las texturas y las historias que cuentan y que también se inscriben en las manos y en el ser que teje. Mientras conversamos sobre la áspera firmeza de la iraca, se les ocurre que pueden optar por enseñar a trenzar con materiales más suaves. Van a conseguir lanas. Les parece importante que aprendan a trenzar así sean trenzados sencillos.

Pensé en ese momento, que el trenzado es ya un entrecruzamiento primordial. La primera posibilidad de intuir y palpar el ordenamiento de las fibras. Un saber del cuerpo hacia el mundo y de la madre tierra hacia el cuerpo. Jenny también sabe tejer *ya'ja* (jigras) de fique con sus manos, la que ella siempre usa es tejida con sus manos sabias. No muchas comuneras en el cabildo saben tejerlas. Las *ya'ja*, me cuenta, también se tejen en espiral y entonces me pregunto si el tejido de la mochila y de la *ya'ja* no son también maneras en las que los símbolos sagrados del pueblo nasa habitan los cuerpos y prácticas que cuidan el ser corporal. Dibujar como tejer, es permitir que la forma dispuesta en aire o superficie reverbere y se integre en y desde el propio cuerpo.

-El saber de los espíritus ancestrales y la manera en que guiaron a los mayores está allí. Se teje desde un sentir- profundiza Jenny

Acostadas boca abajo para pintar los maderos de la tulpa y con las palmas pegajosas, las uñas y sus alrededores negros, conversamos sobre su preocupación por conseguir y aprender a tejer *taw* (chumbe) para cargar y poner remedio a lxs niñxs. Jenny me cuenta que el de su hijo, lo hizo su hermana en Mosoco. Me enseñó Jenny, que el *taw* contiene los *nees* del niñx y por eso no puede ser prestado. Con los *taw* pueden llevar los bebés a sus espaldas, así siempre miran el futuro, me cuenta Jenny.

Por lo que Jenny nos comenta, al parecer nadie sabe tejer *taw* en el cabildo. Es un saber que aún no se ha despertado para ese momento. ¿Debemos tener un *taw* para cada niñx? Ambas creen que es importante investigar y consultar a sus mayores.



Jenny Pacho, preparando la tulpa en la casa semillas de Siloé
Foto tomada por Vivian Ospina.



La armonización es una práctica permanente, no un estado de la vida, aprendo junto Jenny. Niñas, niños, espacios, procesos, vidas deben ser armonizadas. El *Thē Wala*, en su relación con los espíritus, puede saber qué plantas serán necesarias para armonizar. Los espíritus orientan.

Durante los primeros meses de la apertura de la casa semilla de Siloé, Jenny y Juana sentían gran preocupación por que muchos niños se caían, se golpeaban, mordían. Jenny consultó a un *Thē wala* y le prepararon el *remedio* que debería usar todas las mañanas. Jenny creó junto a Juana una ritualidad para recibir a niñas y niños y enseñarles de brindar, a conversar junto *al padre fuego*.

En una ocasión, en la que había rodeado con un chumbe a un niño para conversar con él, una persona que pasaba la filmó y la acusó en redes sociales de maltrato. Siento que de manera permanente se deben defender respecto a sus prácticas. El peso de la ontología moderna recae como rayo de Zeus, implacable para juzgar y ordenar el mundo. En este ordenamiento la sospecha recae por fuera del reino del Dios y de Dios.



En el 2023, el torrencioso camino de despertar de saberes movilizó una nueva corriente: el deseo de despertar el saber tejer el *taw* (chumbe) y las cinchas con telares en las mujeres tejedoras del cabildo. También en mí. En la mujer tejedora-bordadora que devengo en este caminar y acompañar a caminar la palabra. Ese otro lugar generoso y corpóreo-sensitivo para habitar la relación y la conversación. Desde este lugar epistémico del cuidar con hilos, las preguntas son mutuas. Me preguntan por el tejido en fique a 4 agujas (de guadua) que he aprendido de mujeres campesinas y que es técnica muy usada en el norte del Valle. Lo comparan. Se sorprenden de lo que puedo pensar como diversidad de tecnologías para enlazar y ser enlazado por la vida.

En voz baja y casi que, en rumores, se revelan las discusiones sobre la manera apropiada de aprenderlo ¿lo deberán aprender en *tel* u *horquetas* tradicionales como en los territorios de origen? ¿cambiará la experiencia si lo tejen con los telares que diseñaron y mandaron a hacer pensando en la posibilidad de tejer con mayor comodidad? La horqueta se hace a partir de una fuerte rama de un árbol. Las primeras que vi las elaboraron las dinamizadoras en la casa semillas de Altos de Nápoles.

Me envuelvo en la experiencia de aprendizaje con el telar. Maribel Yule López, coordinadora de las casas semillas, es la maestra. Ofrece su saber a otras comuneras como parte del tejido de reciprocidades comunales. Así como Pedro, quien ofrece su saber de la enseñanza del *nasa yuwe*. Ambos un fin de semana al mes. La copada agenda del cabildo y la acumulada vida en la ciudad hace que sea difícil tener encuentros para cultivar colectivamente estas prácticas y

aprendizajes con mayor frecuencia. Maribel sabe tejer la *kuetadya'ja* y el *taw*. Es generosa y paciente maestra. Acompaña las dudas que le plantea cualquier comunera con su tejido en medio de las reuniones e incluso por el whatsapp. Revisa las fotos y videos que le envían y realiza así sugerencias. En una ocasión me comentó que desde que trabaja como coordinadora de las casas semillas no ha vuelto a tejer la *kuetadya'ja*. Durante los meses de contrato ya no dispone de la energía que reclama el tejido.

Las mujeres eligen aprender a tejer con los telares diseñados por doña Elsy y elaborados por un carpintero con su orientación. Y en esta ocasión, me sumo al colectivo de aprendices. Me reciben con cariño. Elijo aprender a tejer el *taw* que acompañará el retrato bordado de Catalina.

El taw, tejido rectangularmente alargado, que educa para que la urdimbre sea experiencia-concepto antes que abstracción. La experiencia de saber tejer lo que puede cargar la semilla de vida, chumbar lxs bebés, envolver con protección el propio cuerpo, los sombreros, las tamas, realizar todo tipo de amarres y portar la mochila. Sin la cincha el cuerpo de la mochila estaría incompleto. Encuentro en la cincha la inscripción de lo que sabe resistir. Encuentro en el aprendizaje y conversación, que tejer *el chumbe* es aprender a escribir relatos en su geometría sacra. Performa un mundo en el que emerge la fuerza del sostener. Me da la impresión de que cuando una dinamizadora despierta el saber del tejer el *taw*, despierta un cosmos. Tierra para la semilla.

Probablemente ante la mirada de alguien habitado por las disciplinas occidentales, un bebé chumbado, está solo apretado. Se esgrime el pozo sin fondo para la mirada que duda de la certeza de su orilla.

Tejer *el taw*, a diferencia de otros tejidos que he aprendido a hacer con la lana, y de los bordados, precisa, por más experticia, que solo se teja. Que no se haga nada más simultáneamente. Tejer con los dedos como artefacto que enrolla el hilo templado, precisa fusionarse con el tiempo presente. Entorchar, llama Maribel a este movimiento de envolver parejas de hilos con los dedos, en el que reside el corazón de esta específica manera de tejer. Iniciamos una cincha delgada. Sería muy complejo iniciar con las anchas.

Una está muy proclive al error. Abandonar la pulsión futurista que no está en ningún lugar cuesta.

Disponer y organizar todos los hilos sobre el telar, es decir, la famosa urdimbre, es la parte más difícil a mi modo de ver. Sin la urdimbre el resto está perdido. Se disponen complejamente los hilos. Cada conjunto de hilos hacia adelante y hacia atrás, en el orden de colores requerido para las distintas y posteriores geometrías y también, para la base sobre la que destacarán. Debo decir, que al momento no podría hacer este ordenamiento por mí misma. Los giros que deben darse en la parte inferior en múltiples direcciones para que se sostengan, serán parte de un

aprendizaje posterior. En esta ocasión el ordenamiento que nos enseña Maribel corresponde al tejido *del ojo de ratón*. A cada disposición simbólica a inscribir en el tejer, le corresponde un ordenamiento particular, y una manera de entorchar. Son muchísimos.

Solo este ordenamiento previo permitirá que emerjan las formas al pasar entre ellos el hilo que teje y amarra, después de entorchar los hilos en la dirección que corresponda. Primero los hilos de un borde, luego los hilos que darán la forma geométrica a lado y lado y luego los hilos del otro borde. Entorchar y luego bajar con la macana la trama generada arriba por el entorche, para completar la forma empezada con el entorchamiento de los hilos por los dedos. Es un conteo y una lateralidad precisa. Milimétrica. Una educación sobre otra temporalidad y otra espacialidad en el cuerpo.

-El ojo de ratón es protección espiritual y vigilancia, como la del animal- me cuenta Maribel mientras le explica a Dora como a su vez enseñarme a mí en adelante.

Entorchamiento de dedos, cruce de hilo a la izquierda, bajada de macana, ojo de ratón y cruce de hilo a la derecha.

Entorchamiento de dedos, cruce de hilo a la izquierda, bajada de macana, ojo de ratón y cruce de hilo a la derecha.

Entorchamiento de dedos, cruce de hilo a la izquierda, bajada de macana, ojo de ratón y cruce de hilo a la derecha.

Una y otra vez, rítmicamente, la memoria del cuerpo se despierta, se aviva. Se cultiva la demora y la persistencia, mientras se dibuja con hilos la figura protectora.

Fue en ese momento que recordé que la última vez que hice una tesis, vivía en Buenos Aires (hace 15 años), y mientras la hacía emergió en mí una imperiosa necesidad de comprar un gran telar y aprender a tejer. En ese entonces tejía bufandas cuando no le encontraba la salida a un texto. Hice caso a la necesidad de mi cuerpo de ordenar rítmicamente lo que excedía a la mente. Recordé también que abandoné el tejido y la práctica en el telar al regresar a vivir a Colombia y comenzar mi vida como docente universitaria y su episteme y modos de la vida tan poco compatibles con la misma. En esa ocasión, comprendí de la funcionalidad, autonomía y belleza del tejer. También de su bondad. Pero fue distinto. Sin comunidad. Sin vivencia espiritual.

Solo ahora emerge en mí una manera de vislumbrar a qué se refería Omar Findscue, al plantear que gobierno y comunidad son el tejido en el telar y que la comunidad son los hilos dispuestos y la función de gobierno la que pasa tejiendo y amarrando. Tejer en horqueta trae fuerza y protección, nos contó Omar. Los

hilos verticales, dan fuerza al acompañamiento. Son los *ne'jwe'sx*. Doña Luz Dary, es *ne'jwe'sx*, administra, cuida y protege el territorio. Los hilos que tejen son *pake*. La madera con la que se teje, la macana, es *kita*.

Me parece que la comunidad se va entramando, con cada movimiento, con cada entorche. La comunidad en el esfuerzo del cuerpo y en *su proceso*. En cada comunidad una distinta inscripción y su historicidad. El rastro. La huella hilada.

Mucho se escucha y se lee sobre el tejer como práctica de tejer pensamiento. A mí se me hace una topología. Un lugar corporal desde el cual pensar-ser y moverse habitando la dualidad.

Volver a tejer, educada por maestras-amigas nasa, y por los hilos y los saberes nasa, me permite volver a contactarme conmigo y con ese lugar en el que me habita la escucha corporal y puedo conversar con los saberes del pueblo nasa entre hilos, cadencias, y enredos-desenredos. Un lugar no racionalista. No es un lugar para diseccionar y abstraer. Tejer mi primer chumbe para el retrato bordado de Catalina ha sido mi manera de honrarla.

Re-descubrí la importancia de la justa tensión de los hilos y con ello la invención de doña Elsy de unas tuercas reguladoras para ésta en el nuevo diseño de telar. Este telar precisa ser apoyado en los muslos y que se recueste sobre una pared. Y, sin embargo, Maribel insiste en que la horqueta que se recoge de una rama que se preste por su forma, convoca la espiritualidad que se requiere para tejer. O al menos eso es lo que me parece entenderle.



Experiencia de aprendizaje del tejido del chumbe

Foto tomada por Vivian Ospina

Casa Semilla Fincas

Ubique el hospital psiquiátrico de Cali en la calle 5ta. Ubique el batallón pichincha. Suba (a pie, en carro o en moto-ratón) por la vía que queda en medio de los dos, unos 5 minutos hasta llegar a un colegio que fue de la fundación *Fe y Alegría*. Está del lado izquierdo de la vía. En este colegio abandonado, otrora de monjas, comienza a brotar la casa semillas de Altos de Nápoles. *Abre camino* en medio de un circuito topológico de monjas, soldados y electroshocks.

De las mismas monjas que para financiar los colegios enviaron por muchos años a niñas y niños a vender boletas para que valiéndose de su ternura recogieran los fondos. En medio de hombres armados, que me siguen haciendo pensar, con la boca amarga, en nuestros cuerpos de mujer y el mandato de la barbarie posible de inscribirse en ellos, como bien lo ha pensado Rita Segato (2015). En el cuerpo-territorio de las mujeres nasa, renuente a que esta siga siendo la caligrafía destinada para sí.

También se encuentra muy cerca de una institución asilar, manicomial, desde la que se adormecen las insoportables heridas y sufrimientos de la vida con medicamentos o con corriente eléctrica.

En medio de tres históricas maneras de violentar-silenciar se abre camino la semilla con su tejido relacional-vincular.

Por supuesto, se necesita *abrir camino* para que el único lugar posible de habitar en la piel no sea el que otrxs deciden. Para que los poderes históricos de la nación desde los que se definen los marcos y modos de existencia posible y lo deseable no cierren camino. Para no ser masacradxs por enlistarse o no enlistarse con cualquier grupo armado. Para no ser empujadxs a que el vivir sea oficio de huir. Para que no se drene el borbotón de fuerza política que es flujo para la vida colectiva. Para no tener que hacer de la vida una permanente reparación de profundos ultrajes emocionales y desarmonías espirituales.

¿De qué manera se abre paso la vida en esta casa en el sector de Altos de Nápoles?

Lo primero que tengo que contarle, es que pude entender que no era el lugar que querían inicialmente. Nada asegura que sea definitivo o incluso con una temporalidad de largo aliento. Pero he visto que las mujeres del cabildo siguen el flujo de la vida de manera insospechada. Elvira me contó que habían soñado una finquita arriba... arriba... cerquita donde viven las familias nasa. También, que venía trabajando y sembrando en esa tierrita durante bastante tiempo esperando que ese pudiera ser el lugar para cuidar las semillas. El dueño no aceptó alquilarle a la subsecretaría por todas las reformas que le solicitaban para tener niñxs allí y que tendría que asumir de su propio bolsillo.

Las monjas no pudieron financiar más el colegio. Elvira y Catalina lo encontraron desocupado y con relativamente buena infraestructura. No propiamente la de una casita o una finquita, pero si con lo que deja entrever fue un antiguo preescolar. A Elvira la conocen en el colegio porque allí llevó a su hijo estando muy pequeño. Conocen su trabajo con la comunidad, me cuenta. Les genera confianza y a partir de su mediación, se logró concertar con la municipalidad el alquiler del antiguo preescolar para la casa semillas de este sector.

Elvira, Enelia, Erika, Adriana, Nora, y Pedro se ven contentas/os. Sueñan, como en su momento Catalina, que podría ser el lugar para unificar su proyecto de educación propia. El que el alcalde Jorge Iván Ospina, no les pudo entender y que con el cambio de gobierno se pone en riesgo, una vez más. Los gobiernos se relacionan con *lo indígena* y tratan de *resolver el tema indígena*. En bloque. Sin distinciones reales entre pueblos. Recuerdo en una ocasión, en una asamblea, a un funcionario de la alcaldía empezar su reunión para el plan de desarrollo, preguntando ¿ustedes quiénes es que son?

Pese a que las mujeres-autoridad se lo solicitaron directamente y le presentaron su apuesta para un proyecto de educación propia nasa, en la que pudieran unificar las casas semillas, la primaria y el bachillerato y cuya elaboración acompañé en la interlocución desde el tejido de educación, el alcalde les dijo que eso era imposible. No les concedió el espacio, aunque haya infraestructura desocupada. Tiene un discurso de la *interculturalidad*, en la que presume que todos los pueblos deben estar juntos en un mismo espacio educativo (presumo le hace más fácil la tarea de gobernarles en la lógica poblacional en la que suelen ser pensados). No importa si esta división de las casas semillas o de los distintos espacios educativos implique más desgajes para el tejido de la vida relacional del pueblo nasa en Cali. Para la municipalidad no son visibles los hilos que se busca preservar con una apuesta de educación propia comunitaria.



Las casas semillas no son un universo unificado, sólido, plano; sin espesura. Se puede palpar volumen y relieve al tacto. Hay aspereza, como el fique de la cabuya. Tejer con fique resiente las manos. En la resequedad y callos de las manos las huellas del esfuerzo sostenido del tejer con fibras que huelen a tierra.

Casas semillas: heterogeneidad. Tensión y pulso entre el temblor de la dignificación, la erosión de la precariedad y el permanente acecho de que la financiación y respaldo municipal puede desaparecer. Ímpetu por (¿re?) descubrir pensares, sentires, andares, relacionamientos y también pedagogías propias (que aprendo, son todo lo anterior), al servicio de una lucha política colectiva para afincar una manera de vivir en la que germine la semilla. La utopía

del brote que mueve los linderos de lo imaginable. La complejidad de la fragmentación de la vida en la ciudad excede, y es excedida.



En minga consiguieron las pinturas donadas, pintaron los juegos de madera desvencijados, bordaron carteles, revolcaron y prepararon la tierra, surcaron las extensas hendiduras para sembrar plantas medicinales. En minga, los fines de semana y hasta que el manto de oscuridad lo permitía, trabajaron en adecuar el lugar para la tulpa. Pedro encontró guaduas monte abajo, y construyó la cerca para rodear uno de los grandes árboles del lugar. Creó el hogar en el que vivirían las tulpas. El lugar donde todos los días niñas y niños pueden brindar tempranamente.

-El lugar para que los niños pidan a los espíritus por sus dones. El lugar para el respeto. Si un niño aprende a respetar y a encariñarse con una tulpa, podrá hacerlo con el resto de personas y con la madre tierra- me cuenta en una ocasión Pedro mientras acompañábamos a lxs niñxs en el almuerzo y conversábamos de su regreso a las casas semillas.

En minga han traído bambús y palos de escoba y los han pintado. Han creado los bastones de mando para niñas y niños. En minga recogen tarros de pinturas y envases de plástico de leche y yogurt para crear tambores. En minga se planea traer la paja desde territorio para hacer el techo de la tulpa. En minga recogen tierra del colegio, para las nuevas siembras y en minga deberán resolver qué hacer con las iguanas que se comen las plantas en las noches. En minga deberán pensar cómo hacer realidad un tul, cuando la tierra está llena de hormigas.

-No es que en territorio no tengan problemas, allá ahora se las tienen que ver con los cusumbos en las papas sembradas- me contó Julia una mañana mientras me enseñaba a preparar colada con maíz desgranado y uchucas hervidas y conversábamos de preocupaciones *iguanadas*.

¿En qué tiempos sucede todo esto? Antes de firmar contratos, cada tarde después de que las familias recogen niñas y niños. Después de hacer trabajo en la tierra, o con agujas o pinturas. Antes de bajar media hora caminando a coger transporte.



Brindis en la tulpa de la casa semillas de Altos de Nápoles
Foto tomada por Vivian Ospina.



En Altos de Nápoles se han organizado para acompañar a lxs niñxs en dos salones. En un trabaja Noralba Burbano, que creció en el Caquetá y Enelia y Erika Calambas, nasa yuwe hablantes y nacidas y criadas en el Cauca. En el otro salón comparten Pedro Capayu y Elvira Dagua ambos nasa yuwe hablantes y caucanos. En esta casa semilla no se dividen los grupos por edades como convencionalmente se los puede encontrar en un jardín. Hay dos grupos, ambos con niñxs de diversas edades. Entre lxs dinamizadoras no existe la jerarquía de las institucionalidades, desde las que se dividen las aguas entre auxiliares y las maestras y se ofrece pagos y estatus diferenciales.

El colegio tenía un gigantesco monte al que nadie la había echado mano durante décadas. Sin embargo Pedro y las dinamizadoras vieron lo que una mano que sabe coger machete pudo ver: la proyección de un gran terreno para el *tul*. Sueñan tener un día alimentos suficientes para proveer a todas las casas semillas.

Adriana Salinas, coordinadora del tejido de educación, plantea que desde territorio invitan a que el cabildo pueda pensar que *el tul* puede ser el espacio de investigación y de la pedagogía.

Pedro sabía que había que desmontar el invasivo bambú, y que debía conservar mucho de la orejuela derramada sobre la tierra en vastas extensiones. Supo discernir lo que había de cortar, lo que había de quemar y lo que había de preservar.

-La orejuela podrá ser muy útil para la fiebre de las niñas y niños- me dice Pedro mientras se pone algunas de las plantas sobre la mano para que las toque y las huela.

Era la primera vez en mi vida que me era presentada la orejuela. Pedro alimenta y educa mi herbácea necesidad de leer los territorios. La orejuela derramada sobre el suelo con su violáceos tonos cobró vida para mí. Dejó de ser monte.

En cuestión de 2 semanas desmontaron y limpiaron el terreno con su trabajo en la tardes. Convocaron a las familias. Asistieron pocas. Pusieron una manito después de sus jornadas de trabajo y durante los fines de semana. Las dinamizadoras consiguieron algunas semillas de sus territorios y con las familias y en las mañanas las sembraron con las niñas y niños. Cortaron la guadua necesaria para encerrar y separar cada siembra.

Aprendo que sembrar un *tul*, es despertar saberes y hacerse cargo de aprender a cuidar la vida que se siembra. Asumir la responsabilidad que se tiene porque lo sembrado *te reclama* y no nos podemos desentender.

He compartido la emoción de ver los colinos de plátano y banano, los fríjoles y las habichuelas asomarse dejando saber que la vida sigue obrando. También la frustración que viven porque la iguana y los guatines se comen mucho de lo sembrado. Las lluvias han quemado el cilantro y algunas de las dinamizadoras cada vez llevan menos a lxs niñxs *al tul* porque los pican las pucas y no han encontrado como lidiar con esa situación. Las familias se quejan. Nora, Enelia y Erika dejan de llevar lxs niñxs *al tul*.

Pedro y Elvira son partidarios de que los niñxs se fortalezcan y sienten que es suficiente con aplicarles alcohol antes de bajar. Para Pedro y Elvira, el centro del trabajo pedagógico se debe realizar en *el tul*, en contacto con las plantas, la tierra y aprendiendo a bajar la montaña. A veces no les resulta fácil coincidir la siembra de la semilla con la luna, especialmente cuando caen fines de semana. Muchas de las familias de su grupo son nasa yuwe hablantes, y al menos la mitad de los niñxs que acompañan lo entienden. En el grupo que acompañan Nora, Enelia y Erika no hay familias nasa yuwe hablantes. Recuerdo que en un encuentro que hubo con las familias, la gobernadora les preguntó cuántas familias estaban familiarizadas con los procesos del cabildo y fueron realmente pocas.

Durante los tiempos sin contrato, se organizan para venir por turnos a desyerbar, y echar un ojito. No es posible institucionalizar su relación con la tierra. La tierra no sabe de los tiempos de precariedad contractual, a cambio lxs dinamizadores sí reconocen sus obligaciones no contractuales con la tierra.



Pedro Cayapú, en el tul, Casa Semillas de Altos de Nápoles.
Foto Tomada por Vivian Ospina.



Familias Casas Semillas de Altos de Nápoles conociendo el tul
Foto tomada por Vivian Ospina.



En los salones no hay mesas ni sillas en el centro. Las pocas que hay y que trajo el operador las destinaron para el comedor. Las otras sillas las han conseguido a partir de su propia gestión.

Duvan ha pintado gran parte de los salones. Visita, juega y toca la flauta a los niños a menudo. Montañas, culebras, maíz, colibrís, enormes, coloridas y brillantes abrigan la cotidianidad de niños y dinamizadoras. Invitan a poblar las imaginaciones. También las múltiples espirales en el piso marcadas con cinta de enmascarar y realizadas en el tablero con tiza. El gran salón da la bienvenida con un afiche de Catalina, y con el escudo del cabildo. La entrada principal contrasta con los pocos legibles papeles fotocopiados que ha puesto el operador con las

rutas de atención que mandata informar el ICBF y en donde se plantea que se ofrece “etnoeducación”.

Una imagen me habla. Me dejo acariciar por su elocuencia. Julia, sostiene en su espalda a una niña de año y medio. Enelia cubre la niña sobre su espalda con una sábana y con un chumbe que le da la vuelta a la niña bajo las nalgas y pasa por debajo de los brazos de Julia, y se devuelve por encima de sus brazos para retornar a la espalda de Julia, formando un moño en el pecho de Julia. La niña se acomoda a la espalda de Julia, recuesta su cabeza y se tranquiliza. Julia continúa con sus labores, se desplaza, juega, conversa con otrxs niñxs.

Julia me explica que no todo el día la lleva en sus espaldas, en algunos momentos le ofrece protección de esta manera mientras la niña aprende a relacionarse con lxs otrxs niños más grandes, me cuenta. Julia lo hace por iniciativa propia. La irradia un gesto acogedor y de serenidad. Nos cuenta en el comité del tejido de educación que una abuela le ha recomendado que cargue así a su nieto niño que ahora va a la casa semilla. La mayora le cuenta que ha criado a sus nietos de esta manera en Cali y no ha sido fácil para ella encontrar quién pueda hacerlo porque en los jardines del ICBF no le entienden las maestras.

Julia nos cuenta que aprendió de su familia la confianza de cargar los niños de esta manera. Es importante para muchas familias que se los pueda seguir cargando en la espalda.

Saberes, cadencias, fortalezas, seguridades, potencias, conversaciones acuerpadas, corporeizadas que las mujeres nasa portan en su cuerpo. Les fueron donados.

-Es de generación en generación, mi madre conserva el chumbe con el que me cargó a mí y a mi hija- me cuenta.

Y pienso, que, en un tejido comunitario, la capacidad maternante está distribuida en las distintas espaldas. Se sabe bien- llevar a lxs niñxs mientras se sigue haciendo la vida con las manos libres. Abriendo su mirada, presentándoles el mundo. Saberes para portar el peso de los hijxs en el propio cuerpo y que la vida no pese -tanto-.



Pedro es hijo de un *Thë Wala* de Caldono. Sabe mucho sobre plantas medicinales. Realiza de manera permanente prácticas de *armonización* con sus niñxs. Me ha enseñado que la *yacuma blanca* (planta de protección espiritual), *el descansé blanco*, *la alegría* y *la orejuela*, que consigue en territorio, son importantes para armonizar a cada niñx, a las dinamizadoras y al espacio. Me enseña que esto se debe hacer de manera permanente porque las desarmonías también lo son. También que

ayudan a despertar los poderes del cuerpo/habilidades dados como herencia espiritual de las niñas y niños a través de su *ksxa'w*.

Cuando Pedro me habló del *ksxa'w*, ya lo había escuchado en otras ocasiones a Jenny y a Elvira. Son quienes más lo mencionan. Jenny me contó que a los niños pequeños les puede *dar susto* si ven el *ksxa'w* de una persona. Cuando Jenny me lo contó en la casa de Siloé, casi que lo pasé desapercibido. No sabía ni cómo preguntarle, ni cómo ahondar en la conversación. No sabía cómo seguir escuchando. Ya no porque hiciera agua. A este punto, había permitido el desgarramiento de mis propios hilos disciplinares.

Me tomó varios años que esta presencia cobrara un lugar propio y una relevancia en mi pensamiento, afectos y escritura, y especialmente, el reconocimiento de su actuación en el entramado de la espiral de vida. Tal vez, en primera instancia porque siempre se lo nombra en nasa yuwe, y pese que a intenté pedirle a Jenny que nombrara esta presencia en español, no supo cómo hacerlo. Permanecí varios años, con esa sonoridad (porque no sabía ni cómo escribirlo) en mí. Contuve el impulso precipitado de buscar una definición o una traducción. Incluso, si Jenny hubiera logrado traducirlo en español ante mi pedido, no habría sido suficiente. Es una presencia que se piensa-siente, en nasa yuwe.

Omar Findscue, en una minga de pensamiento mencionó que se nace con uno y que acompaña del lado derecho en el rombo (cuerpo-territorio), del lado izquierdo está *i'khwe'sx*, y también, que la pedagogía del sentir orienta las prácticas espirituales para permitir ser guiado por este *ksxa'w*.

Casi que puedo pensar, que son estas presencias las que ponen de relieve el borde ontológico frente a una concepción lineal del tiempo moderna y el desarrollo en lxs niños. En la espiral de la vida, *se camina hacia las huellas de los mayores*, dice Omar, también que no se puede prescindir de la guía del *ksxa'w* para caminar en conexión con los *dones*.

Agenciamientos y actuaciones como las de los *ksxa'w* desbordan los surcos de la comprensión de conceptos como el de sujeto y el de un único agenciamiento que le pertenece. En la espiral de la vida, existen multiplicidad de agencias que precisan de armonización y que hacen su trabajo para armonizar. La *nasawesx*, lxs comunerxs, y dinamizadores/ras, velan por la relación de cada niño con su *ksxa'w*.

Mientras acompañábamos a lxs niños a almorzar, y les cucharéabamos, y limpiáabamos con ellxs los regueros de comida, Pedro me contaba sobre sus observaciones sobre cómo los días que coincide la luna con la luna de nacimiento de cada niño se intensifican en ellxs las disposiciones de energía con las que han nacido y eso le permite entender cambios en sus comportamientos. En algunas ocasiones Pedro, consulta por algunxs niños en particular a su padre, y el prepara remedio para ellxs. Encuentro que es una práctica que realiza por su cuenta, y

que compensa la ausencia de un *Thē Wala* permanente a quien puedan consultar por las desarmonías de lxs niñxs.

Pedro me permite aprender que un dinamizador resguarda el camino energético-espiritual, y el despertar el relacionamiento amplio y complejo en las semillas de vida y para ello, las prácticas, saberes y mediaciones del *Thē Wala* con su propio *kswa'w* y otros seres espirituales son imprescindibles.



A Pedro y Elvira les importa cuidar. A mi juicio, jugar hace parte de cuidar. Nos cuentan que vendrá a visitar *kubx/el mojado*. Y de repente, un enjambre de gritos agudos destiempla mis oídos. Organizamos las pocas mesas en esquinas junto a las niñas y niños. Con mucho esfuerzo los más pequeños levantan las colchonetas, sus muecas de fascinación estrepitosa los delatan. Las arruman encima de las mesas y, prontamente tienen dos ranchos a lado y lado del salón. Todos se guardan en las casitas con esforzado silencio y redondeando sus cuerpos para caber.

Pedro con tono pausado les invita a salir de casa, y congregarse junto a él, sin esfuerzo lo consigue, y les dice que trajo implementos para trabajar la tierra, y así se animan a sacar palitos. Muchos simulan hacer huecos en el cemento, supongo evocan su estar en el *tul*. Las memorias inscritas en su cuerpo. Pedro, con voz truculenta, nos cuenta que *kubx* es un ser con garras, que aparece en las noches y entra sin hacer ruido a las casas. Se lleva cosas como el café, las galletas, la panela y no hace daño a los niños. Nos miramos unxs a otrxs. Un silencio estruendoso nos inunda. En ese instante recordé, al profesor Jesús Antonio Ulcué, que mientras tomaba clases de nasa yuwe con él, me había hablado de que a este ser le gusta robar gallinas y sapotear la comida. Me contó del apodo que no le gusta el mutxi ya'ja/jigra de mote. También que los mayores si lo cogían lo amarraban y con plantas medicinales lograban saber quién era.

Cae la noche y lxs pequeñxs trabajadorxs vuelven a sus ranchitos, no sin peleas por no caber. Se escuchan los empujones, los pellizcos, y las cabezas bajas que se levantan con prontitud al escuchar que alguien se aproxima. Merodeo con pisadas. También se escuchan las de *la mojána*. Sin avisar y repentinamente, Elvira- mojana, luciendo una máscara con fomi y grapada con ganchos, mete sus manos a los ranchitos, y a veces saca objetos de la casita, de vez en vez un niño. Me da la sensación de que arranca con suavidad y firmeza una zanahoria de la tierra. Es la parte que más disfrutan. La mojána y el mojado los cargan, se los llevan en la espalda, o en los hombros, los sacuden y las niñas y niños se entregan, se desmadejan. Parece que encuentran la redención frente a su larga espera.

Elvira me enseña que *el mojado* es un ser transformado, con cabello largo, uñas de animal, realmente garras. Se transforma en la noche. En territorio suele visitar las

casas. Se desaparecen alimentos. Elvira me cuenta que estas transformaciones fueron formas de enfrentar la invasión de los españoles y se encuentran relacionadas con el poder de las piedras de la laguna de Zumbico en Jambaló.

Elvira sabe que su tatarabuelo fue Colibrí. En las noches hombres y mujeres nasa se podían transformar en animales -mojano tigre, mojano perro, mojano pájaro- si habían entrado en contacto con estas piedras; con ritual y remedio se adquiría esta posibilidad. Elvira piensa que con el tiempo se comenzó a hacer mal uso de esto y por ello se cerró el acceso a la laguna y hoy se encuentra rodeada de guardia.

La mañana transcurre con la lentitud de una profunda exhalación, entre el armado y el desarmado de los ranchitos, entre asomarse por las ventanas y esconderse con celeridad. Esa mañana, les pregunté a algunxs niñxs si les gustaba venir a la casa semillas. Para muchos es *venir al colegio*. Con quienes conversé, me contaron que *ir al tul y poder venir a jugar* era lo que más les gustaba.



Hay que tocar para entrar al salón de Pedro y Elvira. Niñas y niños abren la puerta

-Ewcxa, ewcxa- salen al encuentro entre abrazos. ¿De dónde eres tú? ¿Del Cauca?

Para entrar a este espacio debo estar dispuesta a ir al piso. Obligan a *acuerpar* y dulcificar mi *nometodología*. No hay sillas. Muchas de las niñas y niños están descalzxs. Podemos estar así. La primera sensación es la de un salón vacío, 15 niñas y niños disgregados. Persiguiéndose, aruñándose, quitándose algunos juguetes. Otras buscando armar casitas debajo de mesas, o armando ranchitos con las cobijas, abriendo cajones y armando pistas para carros dentro de ellos acurrucados. En medio del salón reposan sentados con las piernas estiradas Pedro y Elvira, con mucha tranquilidad y con algunos niños que juegan en sus espaldas a rodar y saltar. Elaboran con marcador y sobre un papel bond una planta de maíz. Con una perforadora troquelan un pedazo de cartulina.

Conversar y acompañar, es sentarse y alojar niñas y niños en el regazo, que jueguen con tus pantalones y pelo, que te pidan limpiarles los mocos y amarrarles los zapatos o sacarles de un pequeño gran drama. En el piso, con cinta una gran espiral, un gran rombo. En las paredes muchos carteles van contando el transitar del tiempo y los encuentros en este espacio. Calendarios lunares, imágenes de chozas y tulpas.

Vienen a mi mente escenas de Colibrí, y lo perturbador que era para otras maestras y coordinadoras u operadores, pensar los niños descalzos, y que no

estuvieran todos haciendo algo al mismo tiempo. Pienso en los temores permanentes de los adultos que corretean niñas y niños para que no se suban a distintos lugares porque los sienten peligrosos. O tal vez no, lo que realmente quiero decir, es que en otros escenarios la atmósfera que prevalece es la del temor al riesgo, y la sanción y vigilancia que ello conlleva. Encuentro bullicio, espontaneidad, la vida desafiada y arriesgada incluso en un salón. No es aquí donde habita la herida de la pedagogía burocratizada. La encuentro tal vez en otros gestos, pero ni siquiera aquí son pura herida.

Pedro y Elvira convocan a los niños alrededor del maíz dibujado en el piso. Muchos acuden, otros no. No les obligan a que les interese participar. Algunos prefieren continuar debajo de la casita de cobijas que han armado. Los más grandes se sientan alrededor y mientras pegan pedacitos de cartulinas en las hojas y en la tierra del maíz, Pedro les invita a cuidar la plantita para que crezca, los gestos de manos al pegar se tornan gestos muy cuidadosos. Les resulta desafiante mantenerse dentro de las hojitas. Conversan sobre la chicha, el mote y las arepas con niñas y niños. También les cuenta que es el alimento más importante para el pueblo Nasa.

Santiago, es uno de los niños más altos, le cuesta mucho mantenerse dentro de las hojas del maíz, y Pedro le llama la atención. Santiago estalla en un llanto profundo y nos mira en un gran lamento

- No es divertido, esto no es divertido, no es divertido
- Venga que usted sabe mucho de cuidar maíz- le dice Elvira a Santiago
- Sí, yo sé porque las gallinas de mi abuela se comen el maíz- responde apaciguando el llanto.

Me uno a la conversación y le pregunto a Santiago cómo se le ocurre hacer para proteger este maíz y que no se lo coman las gallinas.

-Podemos hacer una malla para que no entren las gallinas- mientras estira su mano para tomar pedazos de cartulina restantes

Mientras Santiago juega a diseñar las mallas para el maíz, otros niños se animan a hacer en plastilina gallinas para jugar a llevarlas a picotear las matas. Otras continúan haciendo nacer los chocolates y conversan sobre el antojo que les da de comer maíz. Pedro les cuenta sobre el maíz que se separa, el que se guarda para semilla y el que se separa para consumir.

-El maíz también nos enseña, que hay nacimiento, vida y muerte. Un día, por más que le echamos agua al maíz y le cuidemos, no vivirá más, cumplió su tiempo. Así mismo será con nosotros, pasaremos a otro espacio- les dice Pedro a los niños más grandes sentados a su alrededor.

Y encuentro, al escuchar a Pedro, la dulzura para acompañar a navegar las orillas entre la vida y la muerte que también siembra en el sentir de lxs niñxs. Imagino que teje ese barco con la cáscara del maíz y entonces les pertenece esa profunda intuición de saberlas conectadas. Dos orillas bordeadas por las mismas aguas.



Mientras jugamos a la tienda, y mientras Ana y Deyanira “nos venden el chirrincho” con picardía extendiendo su mano empuñada y vacía, y otros pasan hojitas que han traído del tul en sus mochilas y pastico a manera de intercambio, pregunto a Elvira sobre las niñas y niños que egresaron el diciembre pasado.

-La mayoría se fueron para la escuela de Academia, por aquí arriba. Pasa que allá no hay nada indígena, ni maestros, ni nada. Allá no saben que son nasa. Y entonces el proceso nace y muere en la casa semilla.

-Elvira, ¿y por qué crees que no van a la escuela integral indígena?

-A las familias les queda más cerca Academia, queda aquí en Altos de Nápoles, y, además, ahora en la escuela solo hay profe nasa yuwe hablante y la rectora solo permite que les de clase en 5to de primaria. Eso no las anima.

- ¿Y qué pasó con la propuesta que Catalina tenía de unificar en esta sede la casa semillas, la escuela integral y el bachillerato?

-El comité educativo y las autoridades se reunieron con el alcalde Jorge Iván Ospina, pero él dijo que eso no era posible porque se necesitaba una apuesta intercultural, un lugar donde estuvieran todos los indígenas. Eso no nos sirve a nosotros.

La pedagogía del sentir no es retórica y no es educación intercultural. Convoca prácticas que humanan: hacerse humano de una manera y no de otras. La voluntad histórica de una comunidad de promulgar sus propias maneras de cuidar y que la vida, sus vidas, sigan siendo posibles de ser vividas en relación con los *kswa'wyak*/ espíritus mayores, en conexión entre los distintos espacios, enraizando el ombligo, siendo cuidados y energizados por remedios que orientan los *ksxa'w*. El lugar pedagógico, el tul, la asamblea, la tulpa. La voluntad de una comunidad de re-aprender y despertar saberes para volver a *ubicar el corazón en el cuerpo y volver a sentir desde la raíz*. La educación propia y la pedagogía del sentir para el camino hacia el corazón nasa.

La casa semillas, punto hilvan, un hilvanado. Potencia hilvanadora. Si solo se habla lenguaje burócrata será difícil comprender el entramado comunitario, los jirones desperdigados que allí esforzadamente se juntan para hacer la vida vivible y no solo soportable. El aparataje burócrata-estatal traduce el cuidado

como normativa y le moraliza. Sigo como Puig de la Bellacasa (2017), el cuidado como ethos disruptivo, transformativo, no libre de sus afectaciones, malestares y sinsabores, anclados en cuerpos, manos, miradas, gestos, sudores, dientes, pinchazos, agotamientos. Las asperezas en la textura del cuidar aparecen con su relieve y volumen. Me ha interesado darle cuerpo en la escritura a la aspereza del esfuerzo que reclama.

La compleja, sutil y delicada relacionalidad de lo vivible para producir *el cuidado de la semilla* ha precisado que mi conversar, aprender, conocer, encarne descubrir capas cada vez más profundas y procurarme una vida vivible para mí misma mientras camino.



Chumbe en telar de horqueta tejido por niñxs en la Casa Semillas de Altos de Nápoles
Foto tomada por Vivian Ospina.

Aquí los niños no vienen a ser cuidados

Las obligaciones y cumplimientos, telarañas que engrampan. Surgen del enlace entre institucionalidad estatal nacional -ICBF- e institucionalidad local -subsecretaría de primera infancia-. Los cumplimientos solicitan con urgencia *informes técnicos*, en los que reposan documentos de planeación, verificación de carpetas con documentos de niñas y niños (registro civil, certificado eps, vacunas, etc), muchísimas fotos. La evidencia es lo que más interesa. Cuestión de sumo interés lo que llaman *formación de familias*. Encuentros mensuales donde la araña deambula, envuelve y captura con sutileza, sin esfuerzo, desde la red desplegada. Formar es una palabra sospechosa y encubre con glamour sus propias sospechas. Se da forma a lo que se presupone no la tiene, o si la tiene, se espera pueda tener otra.

En mi encuentro con la materialidad del mundo, especialmente la de los hilos y las lanas, aprendo que los materiales no son sospechosos. Sí tienen carácter. No se los forma con soberbia. Se conversa con ellos en encuentros con un vaivén en

los que la transformación acontece en todas las direcciones. Tejer y bordar no es formar, aun cuando de ellos emerjan formas en la vida, y la vida se apertura a nuevos bordes. Reclaman saber silenciarse. Escuchar cómo se entraman los hilos. Saber detectar cuándo un entramado no viene con la armonía esperada y hará nudo. Aunque también se aprende a discernir cuándo el nudo es intencional para sostener, y cuándo el nudo ha llegado deteniendo el andar de las manos.

Participé de una de *las formaciones* que la institucionalidad exige *al servicio* y se me revelaron algunos nudos enredadores con apariencia de sostén. También la sustancia de la viscosidad. Una formación no es como tejer o bordar en colectivo.

Eligieron hacerlo un miércoles a la tarde. Se organizaron de forma tal que las dinamizadoras acompañaban a lxs niñxs en los salones y las familias asistían a la reunión. Me di cuenta de inmediato de que lxs dinamizadoras no participarían de este *encuentro formativo*. ¿Quiénes tienen los saberes que posibilitan formar? ¿qué es lo formable? ¿en qué se forma?

Esa tardé encontré en el salón que se dispone como comedor e insinuando un círculo, algunas mamás muy jóvenes con gestos de temor y papás con mirada expectante. La mayoría en el piso. Algunxs mayorxs estaban de pie. También muchos gestos de tedio. Me dio la impresión de que muchas trataban de invisibilizarse y miraban para diversos lados.

Maribel, la coordinadora de las casas semillas, el psicólogo, la nutricionista y la enfermera revisaban carpetas de cartón café sobre la única mesa dispuesta. Estos últimos tres profesionales son contratados y seleccionados por el operador (no por el cabildo) y trabajan para diversos programas de la subsecretaría en simultáneo. Optimizar recurso, en lenguaje neoliberal. Noté que a la entrada de la casa semilla había un cartel que ocupaba la mitad de la pared, con múltiples folletos sobre infinidad de *rutas de atención* que hasta hace muy poco no estaba. Intuyo que es un criterio muy importante que perseguirán funcionarios del ICBF o de la subsecretaría cuando haga visita. Su falta sería, a sus ojos, un terrible hallazgo de mal funcionamiento.

Antes de iniciar la reunión, Maribel me contó que en unas semanas terminaría el contrato y debían presentar *el informe técnico* de estos meses de operación. Mucho de este espacio tendrá que ver con llamar la atención a las familias sobre *las carpetas incompletas*.

El psicólogo, con ímpetu entusiasta, les recordó que las casas semillas son una atención diferencial de la municipalidad bajo la que se cumple con el enfoque diferencial. Acto seguido, propuso un juego de roles, repartió en papeles blancos unos personajes a lxs diversos asistentes.

Llamó en voz alta los distintos roles. Un niño que repentinamente cambiaba de ánimo, la madre, la maestra, el gobernador, la comisaría de familia, el ICBF, la

Fiscalía, Casa Matria, un arsenal de institucionalidades interminable. Salían, dramatizaban una situación que comprometía a los padres por maltrato, descuido, negligencia, no saber cómo cuidar, alimentar, resolver una situación etc. El psicólogo decía el parlamento al oído cuando debían hacer roles de funcionarios. Nos reímos. Algo me punzó el colon. Las sensaciones gástricas me suelen contar sobre mis malestares afectivos. El cometido explícito sobre el mantel: enseñar rutas de atención. El cometido bajo la mesa: mucho de culposidad.

El psicólogo les explicó que el enfoque diferencial para las casas semillas, posibilitaba que las situaciones se consultaran primero a la gobernadora y fuera ella quien decidiera si ameritaba derivar a *las rutas de atención*.

El siguiente turno lo tomó la enfermera con un tono de voz fuerte.

-Hoy he venido a explicarles que los que aquí los niños no vienen a ser cuidados, vienen a desarrollar actividades pedagógicas y hábitos de aprendizaje. Cuidar es que les corten las uñas, los peinen, los bañen y eso es función de las familias.

Me incomodó el silencio de todas las personas. Incluyendo el mío.

-También he venido a decirles que mis carpetas no están completas, y no voy a mencionar familia por familia, porque no es ético, pero hay muchas carpetas incompletas.

La nutricionista repartió algunas fotocopias con *las minutas alimentarias* por semanas a las familias y explicó sobre refuerzos nutricionales, y también sobre cantidades precisas y porciones estandarizadas con la cantidad de nutrientes que deben tener cada niñx para evitar malnutrición

Una mamá interrumpió por primera vez

-Mi hija se ha estado quejando de que llega con hambre

-Lo importante no es que se llenen, sino que se nutran, y aquí están las cantidades exactas que debe comer cada niño al día

La madre se quedó en silencio, con un gesto plano, perpleja. Yo también. Nadie musitó palabra.

Para el final de la reunión Maribel tomó la palabra. Les propuso continuar la conversa para *despertar los saberes de las plantas que ayudan a cuidar* que ya habían iniciado en otra ocasión.

-Usos terapéuticos- explicitó la enfermera

Para Maribel es fundamental tener clara la diferencia entre *plantas frías* y *calientes*. Les hizo preguntas a las familias y comenzaron a aparecer tímidamente gestos cálidos y sonrisas. Les contó que esta diferencia es muy importante porque a los niños no se les pueden dar *plantas calientes* como la manzanilla, cuando tienen fiebre, sino *plantas frescas* como la sábila.

- ¿Cómo se puede utilizar la sábila cuando los niños tienen fiebre?

- Untándosela en el cuerpo, en las axilas y en la espalda- respondió con interés una mamá que está sentada en el piso y poco ha participado hasta el momento.

-Si uno está en la casa y está tarde y no hay crema para pañalitis y se le quema la cola al bebé, podemos ponerle la baba de la sábila en la cola y nos ayuda a resolver, comentó Maribel.

-Y para qué otras cosas la podemos usar?

-Para los bronquios, licuándola con mango y tomándola, dice otra madre con mucha determinación.

-También la ponemos detrás de la puerta- dice como mascullando otra mamá sentada en el piso.

Estalló una carcajada colectiva. Emergió complicidad. Sabíamos de qué estaba hablando. Mi casa está rodeada de plantas de sábila. Fue lo primero que sembré apenas me mudé a vivir cerca del monte. Maribel añadió que es una gran receptora de energías y cuando lo hace ya cumplió su función y se debe botar.

Cerró la conversación contando sobre la manzanilla, y sobre cómo las plantas calientes sirven para sacar los fríos del cuerpo. Contó como cuando los niños están *malos del estómago* en la casa semilla, les licúan en el jugo manzanilla y así les ayudan.

Ese día noté que, si bien Maribel se relaciona con las familias distinto de los funcionarios no nasa, como lo saben hacer muchas de las dinamizadoras, no sucede bajo este formato de formación lo que suele acontecer en encuentros como *las mingas de pensamiento*, en donde *se brinda y se hace un refrescamiento* para hablar de ciertos temas, y en donde se profundiza sobre ellos, y donde todos los que asisten son seres de saber. Donde se dispone la urdimbre para que algo se pueda tejer colectivamente. En esta ocasión hubo red de araña.



Los laberintos de la institucionalidad estatal tienen su jerarquía, sus efectos y sus afectos desafectados. Del lado de los arreglos de Estado, el pacto de respeto de las *demandas indígenas* se asume bajo la figura del difuso *enfoque diferencial*.

En su régimen de visibilidad, la cara del derecho, de la negociación política, la constitucionalidad. Como instrumento de lucha, posibilita a los pueblos indígenas y ha posibilitado al cabildo nasa en Cali, un caballo litigante sobre el cual cabalgar para que les sea admitida su existencia como nasas en la ciudad.

En su régimen de invisibilidades, la estratificación férrea que ponderan los saberes disciplinares y los cumplimientos burocráticos son aplastantes, incontrovertible, es LA REALIDAD-VERDAD. La colonialidad política de la representación. Lo que importa.

Serán las futuras evidencias de ese incumplir cumpliendo en el funcionamiento que la antropóloga Valentina Pellegrino (2019) ha estudiado tan bien y que permite a los funcionarios líderes de alguna subsecretaría mostrar a sus jefes-secretarios, para que sus jefes muestren a sus jefes y así simultáneamente. El bucle del mostrar que se ha estado cumpliendo. Insumos para construir la evidencia con un diseño narrativo intimidante, y orientar la mirada para que no se disponga en otras direcciones. Efectos de verdad amparados en la ilusión documental de toda suerte de actas de reuniones para contabilizar número de asistentes, informes de ejecuciones, fotos, formatos. Los artilugios de los que he venido hablando y que hacen creer que *se implementa el enfoque diferencial en este caso*.

Si seguimos el camino del artilugio, habrá cumplimiento, y los cumplimientos parciales se asumen como cumplimientos totales. En esta lógica no existen los pacientes del Estado, y tampoco Godot.

Fue en esta sesión que hallé compleja la definición construida de los enfoques diferenciales en torno “al respeto por los usos y costumbres”. Figura que también da un recurso de lenguaje AL Estado, y se despliega como lenguaje DE Estado para nombrar eso que HACEN los indígenas. Figura en todos los documentos.

¿Qué son para el Estado bajo esta figura? Pueblos de usos y costumbres. Vestigio de la usanza, eso que es legítimo porque así se ha hecho siempre, más no porque comporte valor simétrico dentro de la modernidad. Subrepticamente no admite la coetaneidad (Fabian, 2019). Pueblos de usanzas y no de innovación. Pueblos de usanzas desprovistas de capacidad de interpelar los discursos y prácticas modernas. ¿Se les respeta porque así lo han hecho siempre? ¿Derecho cultural sin derecho político al mejor estilo de las definiciones del multiculturalismo neoliberal?

Un recurso de lenguaje con doble filo: no necesariamente admite la diferencia ontológica, pero permite dirimir en apariencia los dilemas de la racionalidad del Estado moderno y de los saberes disciplinares modernos, frente a la historia de

demandas, reclamos, litigios en torno a la necesidad de construir un Estado Colombiano que admita *el pluralismo radical*.

Y también entiendo que si lo que hay a mano es “enfoque diferencial” y “respeto a los usos y costumbres”, también hay ganancias para los pueblos indígenas, así sean acuerdos para seguir siendo (violentamente) administrados mientras se abre el camino para otras luchas con horizonte de mayor espectro. Como la actual lucha por la legislación e implementación del SEIP (sistema de educación propio indígena, que lleva más de 10 años en mesas de concertaciones nacionales), que a se nutre de los senderos trazados por décadas de trabajo en torno al PEBI²⁸ (Rappaport, 2008).

Fue este camino en torno al PEBI el que desde la mirada de Rappaport (2008), abrió la posibilidad de vincular y apropiarse de herramientas de trabajo y pedagogías comunitarias y de educación como parte de las luchas políticas más amplias. Fue en ese camino, nos cuenta la antropóloga, que se descubrieron maneras para que la pedagogía anclara la cosmovisión en la vida cotidiana posibilitando transformaciones radicales de la vida.

Y también cuenta algo que permite poner lente de historización frente a este proceso. Un impulso paradójico. La tragedia de la avalancha de Tierradentro, una gran debacle para el pueblo nasa en su cuna, trajo consigo una fuerza. Tal vez una fuerza espiritual restauradora. Emergió la fuerza de revitalización de la cosmogonía, de prácticas y ritualidades que pervivieron aisladamente, silenciosamente, en la prudencia de los *Thē'wala* y el saber guardar los secretos de los páramos y el monte. Y nos dice Rappaport (2008), que así se sentaron las bases para investigar y consolidar una narrativa cosmogónica unificada que no existía antes de los 90. Se sentó una praxis de revitalización-investigación anclados en otras maneras de conocer-ser, como plataforma de la lucha política. Y entonces la praxis, no está debajo de las piedras pre-históricas como petroglifo inamovible, es también porvenir.

Y, sin embargo, la fría figura de la categoría de usos y costumbres, y del enfoque diferencial, pueden al toque producir gelidez y estulticia si uno se convence (siendo nasa o no nasa) de que no hay nada debajo de ellas, más allá que usanza y debajo de la usanza, pétrea tradición que se ha preservado sin que precise innovadores esfuerzos epistémicos no modernos y la configuración de tecnologías para la (re)generación de la vida y lo viviente en un mundo enfermo de modernidad. Y no porque sean los llamados a ser los nativos ecológicos (Ulloa 2004)) o el único lugar posible para interpelar el desarrollo y el capitalismo (Restrepo 2017). Sino porque donde quiera que haya esfuerzos (no garantés) re-

²⁸ Programa de Educación Bilingüe e Intercultural en el Cauca con orígenes en la década del 70, articulado a las luchas del CRIC, cuya lucha parte de la premisa de que hacer política es hacer educación y hacer educación es hacer política, y en la que se ha buscado no solo desarrollar un camino hacia la educación propia sino impactar otros campos como el pensamiento alrededor de la complejidad de las relaciones sociales interculturales (CRIC, 2004).

generativos estaríamos llamados a conversar y relacionarnos. Y coincido con Eduardo Restrepo (2017) y con Arturo Escobar (2019), de que también hay muchos de estos esfuerzos no indígenas, no afrodescendientes, no campesinos, no rurales.

Ahora, la estolidez se generaría si el efecto que produce la categoría *usos y costumbres*, es generar la sensación e idea de que, frente a ésta, los modernos no podrían tener mucho por aprender, pensar, conversar. Solo visitar en el museo, sacar la fotografía para las redes, comprar una artesanía, y especialmente, convencerse y quedarse tranquilos con la implementación del enfoque diferencial.

Y la estolidez sigue creciendo cuando se asume que los referentes de innovación y conceptualización no son locales y mucho menos, no tan modernos. Los funcionarios con los que me relaciono se sorprenden cuando me preguntan dónde considero que hay innovación pertinente, y respondo que en los proyectos de educación propia del pueblo nasa, en territorio y en Cali. La vanguardia es impensable para un lugar construido sin admitir la mutualidad y el vaivén potenciador de la conexión parcial. Inimaginable para un lugar reservado en los imaginarios de las institucionalidades y las disciplinas, solo para la tradición. Desprovisto de conexiones parciales, lo diferencial sigue otorizando y la zona de contacto de la conexión parcial no es danza.

El trompo tiene la vida

El tuso, la encomienda, los zancos, la arracacha, la desgranada de maíz, la rueda. Maneras de jugar antiguas que habitan las memorias corporales de mujeres y hombres nasa en Cali. La forma en que el territorio, la risa, y el niño/a que fueron habita en sus cuerpos donde quiera que vayan.

Siento que, por lo general, las memorias de muchos de las y los comuneros con quienes converso haya refugio y sosiego en parajes de sus tiempos de niños. Elvira recuerda que en casa no podía jugar porque se le pedía cocinar, traer el agua, llevar la madera, pero que en la escuela sí podía hacerlo. Jenny me explica con un gesto muy vivaz que la rueda la hacían con tubos de manguera que cerraban para que quedaran redondos y con horquetas de madera las empujaban por las lomas. Julia me cuenta que los zancos los hacían con 2 ramas gruesas de madera que pelaban con peinilla hasta dejarles los pedazos salientes sobre los que se treparían. Doña Luz Dary ríe con picardía al recordarse jugando arracacha.

William Daza, es un joven comunero del cabildo, hijo de don Ángel Daza, ex gobernador del cabildo. También es tío de Hanna, semilla de vida que cuidan Pedro y Elvira. William estudia licenciatura en deportes en Cali y ha trabajado como técnico de la secretaría de deportes de Cali. Soñó junto a Catalina llevar a cabo las primeras olimpiadas de juegos tradicionales nasa en Cali y desarrolló

una madeja de saberes que lo vinculan a la sabiduría de su padre y su manera de comprender la espiritualidad que envuelve la manera de jugar en lxs nasa.

Con el tiempo, las colaboraciones conjuntas, y las conversaciones, he descubierto en él una enorme capacidad de crear. Tiene un pensamiento vivaz e ímpetu para concretar los sueños. Aspira a contribuir con el tejido de su comunidad. También a ser investigador académico y tradicional de los juegos nasa. Aspira a publicar y construir conocimiento pertinente para su comunidad y a visibilizar los caminos propios del cabildo en la ciudad y sus aportes a los territorios de origen. Nos desafiamos en el pensamiento mutuamente en cada conversación.

Es parte de esa primera generación de semillas de vida enraizadas en el asfalto. A veces fruto. A veces flor. Flor de plátano, invisible a la esperanza del fruto por el que ha sido sembrado. El ingrato destino de muchos árboles de frutos. A los ojos que se percatan, es una gracia infinita que la flor que también anuncia el fruto, pueda ser solo flor. Entraña belleza.

Desde el Cabildo y en cabeza de William diseñaron una ficha en la secretaría de deportes. Como es habitual la promesa financiera solo llegó a la mitad. No importó a Godot. El cabildo completó el faltante -como siempre-. Sería parte del espiralado andar, con el que se harían a investigar y diseñar unos materiales de juego propios.

Diseñaron unas *miniolimpiadas de juegos tradicionales* donde juntarían familias comuneras, y con niños en la escuela integral indígena y en las casas semillas. Un encuentro ampliamente comunal con una vocación diferente a la deliberativa como lo son las asambleas, pero no por ello menos político. Y con vocación de flor de plátano, a mis ojos. Este encuentro está en el marco de una estrategia comunal más grande: la celebración de los primeros juegos tradicionales nasa en Cali. Un trabajo político educativo, de investigación-revitalización. Una flor-fruto en los paisajes cotidianos de la ciudad.

-No queremos más niños y jóvenes en la guerra. Queremos semillas para la paz-fueron las palabras de apertura del mayor Wilson Valencia, mientras nos contaba de su preocupación por la situación que se vivía en las Delicias- Cauca, por ese tiempo. Por los cerramientos y presiones del narcotráfico.

El 23 de junio Adriana Menza me había enviado un mensaje por whatsapp para que la ayudara a difundir por redes y colectivos amigos. Grupos armados disparaban las oficinas del cabildo donde se encontraba el *Ne'jwe'sx* Henry Chocue, cercando a la comunidad. Semanas (meses, años, décadas) anteriores secuestros, torturas, asesinatos de comuneros. En los últimos años las ráfagas de balas y el manto de la ilegalidad toca y seduce, especialmente a los jóvenes. Las comunidades saben lo que necesitan y quieren resolver comunitariamente sus problemas, es lo que aprendo de la apuesta de una educación propia.

El encuentro para las primeras miniolimpiadas tuvo lugar en el coliseo del Colegio Camacho. El mismo día que la celebración comercial del día del padre en Colombia se llevó a cabo. Llegamos temprano a barrer un basural. Bajo la orientación de William, sacamos y dispusimos los maderos para las estaciones de equilibrio y los zancos, también otros costales, bloques de madera que, junto a las mochilas y jigras, que trajo Julia, permitieron armar la estación para el juego de la encomienda en la que lxs niñxs llevarían en sus espaldas bloques de madera.

Durante preparativos de la mañana, Pedro, Nora, Julia, Enelia, Elvira, y Juana me abrieron una ventana a su memoria. Ninguno conocía el tuso. Me contaron que, impulsados por William, recordaron muchos de sus juegos de infancia y conocieron otros, que ahora presentan a los niñxs y a las familias en las casas semillas. A esos encuentros llegan muchas familias, según me dijeron. En cambio, ese día al encuentro en el colegio Camacho, llegaron muy pocas. Le vi el rostro de contrariada a la *Ne'jwé'sx* doña Luz Dary por primera vez. Sus gestos siempre son honestos. Asoman su sentir con facilidad. Las dinamizadoras se explicaban unas a otras que el tema de tener familias dispersas en Cali no es un tema menor, como tampoco lo es que no hubiera agua en la ladera por las lluvias de la temporada. Desde que empecé a escribir esta tesis la banda sonora ha sido la lluvia.

La poca asistencia no fue un obstáculo para que los cuerpos danzantes, saltarines, corretones aparecieran en adultos y en niñxs. Don Ricardo no se aguantó las ganas de montarse a las barras de equilibrio, la gobernadora saltó una rayuela que llevaron funcionarios de la subsecretaría. Las dinamizadoras se desplomaron en los encostados, corrimos junto a algunas mamás detrás de las ula ulas impulsándolas con las manos a falta de horquetas. Los juegos que más convocaron fueron los de fuerza. En esos no me animé a participar. No quise jalar la cuerda, ni de un lado ni de otro. Mi urbano cuerpo no tiene las huellas de la vigorosidad. No hacen parte de mi acervo corporal tirar, cargar, halar. Mujeres y hombres nasa halaron la cuerda con gusto y risa. Les admiré. Temí por mis manos.

Tampoco fui arracacha. Esa gran hilera de mujeres sentadas que rodean con los brazos el abdomen de la que tiene adelante y a su vez es rodeada por la que tiene atrás. Me gustaría ser flor de zapallo.

-Buenas señora, vengo a visitar, no tengo nada que comer, ¿tiene arrachaca?

-Sí señora, busque la más jecha

-Viche, jecha, viche, jecha

Y mientras tanto, los hombres se turnaban para arrancar las mujeres-arracacha que se enraizaban entre sí, unas a otras, rizomáticamente. Evocando este gesto de entrelazamiento y mutua pertenencia. Sentí el desprendimiento esforzado del tubérculo de la tierra. Mis manos recordaron cuando mis dedos se sumergen en lo profundo, escarbando, tanteando, esculcando la cúrcuma en casa. Hay

desprendimientos festivos como estos. Tal vez conjuran los malditos desprendimientos forzados infestados de ráfagas bestiales.

Las mujeres del cabildo son mujeres con mucho sentido del humor. Y, sin embargo, este día por primera vez les conocí la sonoridad expansiva de sus carcajadas. Nos dolió la panza de la risa. Me estremecí de pensar que las suelo acompañar en el dolor de la vida. Me alivió mucho ese dolor de panza. Sentir un espacio donde el encuentro no fuera la deliberación o el litigio, sino la alegría.

Las niñas y niños sucumbieron a la invitación de la madera en zancos, barras de equilibrio y en el tuso. Muchos de ellos, lxs hijxs de las cuidadoras de las casas semillas y las maestras de la escuela integral indígena. Mujeres comuneras, cuidadoras y madres. La comunidad y encuentros comunales como estos las alojan sin fragmentación.

Semanas después en conversaciones con Mónica, la profe de la escuela integral indígena, me contó que William viene desarrollando una profunda investigación sobre estos juegos. También que estaba llevando este impulso revitalizador al territorio. Desentrañando algunos juegos que allá mismo parecen no tener registro en la memoria corporal de hombres y mujeres nasa.

Le pregunté a Mónica si William era un hijo de la escuela integral. Mónica me dijo que era un hijo del proceso del cabildo porque no había asistido a esa escuela. Ese día pensamos con Mónica en la potencia educativa de la experiencia comunitaria. Nos preguntamos sobre cómo acercar a las niñas y niños a la experiencia y vivencia comunal en casas semillas y en la escuela en la ciudad.

Semanas después, en Julio de 2022, en un encuentro de transmisión de saberes, doña Luz Dary nos comentó que un par años atrás, en una reunión de la ACIN, se hablaba de implementar un caminar en torno a juegos tradicionales aprovechando un presupuesto del Estado transferido y la investigación que venía desarrollando William. En esa reunión desde el territorio se habló de fútbol. Catalina interrogó sobre el asumir y educar a niñas y niños en juegos y deportes no necesariamente propios como el fútbol, cerrando el camino de despertar otras prácticas, nos contó doña Luz Dary. Pude imaginar a Catalina con su voz de trueno y a doña Luz Dary con sus gestos y voz calmos como la panorámica desde la laguna de la estrella. Pude imaginar las palabras de ambas como piedras en el lago que generan ondas que resuenan e irrumpen sin violencia la propia calma. Palabras que ayudan a inquietarse.

En agosto de 2022 se llevó a cabo el primer encuentro de Juegos Tradicionales nasa en Cali. Cuando conversé con Mónica también se nos puso en la mesa de la conversación, que el proceso comunal nasa en Cali, también se abre camino para los territorios de origen. Las ondas y el trueno de aquella conversación, ha hecho posible seguir pensando impensables.



Juego de la arracacha en las miniolimpiadas de juegos tradicionales
Foto tomada por Vivian Ospina



Un gran trompo de madera, dos jugadores cada uno con una cabuya en sus brazos azotan fuertemente el trompo en el piso y con cada azote lo levantan e impiden que caiga al piso. El azote se integra a la danza. Los jugadores con toda la energía de su cuerpo se entregan en conjunto a contemplar la belleza de la danza y el sonido impresiona y convoca la gente alrededor. Suelen terminar extenuados, sudados, con dolor en sus hombros. Impresiona, cautiva, asusta. *El trompo juetiado*, es el juego que más me impactó en el encuentro de juegos tradicionales. Me generó fascinación.

En este encuentro conocí a don Ángel Daza, consejero del cabildo nasa. En medio de sus fragilidades de salud, conversamos tomando chicha sobre sus saberes y sentires sobre los juegos tradicionales. He aprendido el valor de mojar la palabra para conectar con el corazón y conversar con lo que entiendo también es honestidad y armonía. Es el mayor-sabedor del cabildo que más ha impulsado la estrategia de los juegos tradicionales. Ese día habló de su deseo de transmisión a las nuevas generaciones. No desea morir sin haber transmitido.

Esa mañana calurosa, bajo la sombra de una palma, en las canchas panamericanas, don Ángel me permitió percatarme de que el vértigo del abismo se había transformado. Esta vez no lo sentí profundo e inalcanzable, pero no por ello familiar o traducible. No es ésta mi búsqueda. Don Ángel me contó sobre los muchos tiempos que existen para el pueblo nasa. Su manera de entender el juego tiene encuentros y distancias abismales en mi manera de aprehender el jugar.

-Los juegos, y en especial el trompo *fuetiado* y el zumbambico nos dan enseñanza sobre el tiempo, sobre los tiempos. El trompo es signo de la vida. Cuando se toma

y se enrolla la piola se lo hace hacia la derecha y cuando el baila, da vueltas hacia la izquierda. Por la derecha se entra a la vida, y por la izquierda retornamos al otro espacio. Se renueva la energía en cada *fuetiada*. El trompo tiene la vida, cuando gira coge el tiempo de la vida. El caminar de la existencia está en el trompo.

En el trompo la vida, en el trompo, como las casas semillas, un aleph borgiano. Un movimiento al cual asomarse *al andar del tiempo* y recibir sus enseñanzas. Conversamos sobre la madera del trompo. Me contó que en la manera de elaborarlo se activa la relación con la luna. Se debe cortar la madera del trompo en luna menguante, para que no entren polillas. Se corta pidiendo permiso cuando el árbol *está jecho*. En ello reside la duración del trompo. En el trompo *fuetiado* el mundo relacional del pueblo nasa.



Juego tradicional nasa de Trompo *Fuetiado*
Foto tomada por Vivian Ospina.

Última estación del camino escritural

Un mundo relacional no es el paraíso, y, sin embargo, parece mejor equipado que el mundo moderno para existir y prosperar sobre la base de conexiones parciales con otros mundos que forman el pluriverso

Mario Blaser, Un relato de la globalización desde el Chaco.

Relacionarme, trabajar, poner el cuerpo, conversar y dejarme inquietar por el rehacer de un mundo relacional nasa desde un cabildo liderado mayoritariamente por mujeres en la ciudad, el camino andado y por andar. En esta tesis las huellas de mi caminar transmutadas en huellas textuales. Dos aspectos son sensibles en este relacionamiento, si bien la mayor parte de lxs comuneros en Cali habla español, y el cabildo se encuentra en proceso de revitalización del nasa yuwe, ha sido parte importante de este caminar recibir clases de nasa yuwe, primero particulares y luego en el mismo cabildo con lxs comunerxs.

Las familiaridades que he logrado, me permitieron, con el paso del tiempo, comenzar a realizar algunas distinciones sumamente importantes en la manera

en que se compone y entrevera el mundo nasa y su manera de hacer y llevar la vida, a partir del concepto etnográfico relacional *el cuidado de la semilla*, y percatarme con ello de mis propios anudamientos onto-epistémicos y de los conflictos políticos y onto-epistémicos de fondo frente a los regímenes modernos de cuidado a los que se ancla la política moderna infantil y su encarnación en la estatalidad.

La negación del conflicto re-crea y perpetúa el violento gesto de cancelación de *lo radical de la diferencia*, que precisa más que interacción-administración cuando no su borramiento. *Lo radical de la diferencia*, como algo que no es estático, más bien como algo que va cobrando espesor en los propios procesos, conceptualizaciones, apropiaciones de las maneras del vivir nasa en la ciudad. Como algo que también se va activando y crece, conforme se sacude del manto que le niega y “lo chicharroniza”.

Debo mencionarle, que los conflictos ontológicos se me revelaron progresivamente, así como la profundidad de los mismos. Más lentamente que los políticos. Estoy convencida de que hay muchos más, y conforme profundice en el nasa yuwe cada vez podré preguntar mejor, no en búsqueda de una traducción-equivalente, porque muchos conceptos aparecen incluso en la propia traducción que los comunerxs hacen al español. Que los traduzcan no ha significado nunca que desaparezca la diferencia ontológica. Me ha interesado desdoblar escrituralmente su complejidad en la medida en que me ha sido posible.

De las distinciones no podía percatarme finamente en principio, mi mundo se pobló de sensaciones, nudos, imágenes interiores: mis propios recursos para hacerle frente a las limitaciones de mis herramientas epistémicas. De ahí que mi escritura esté decididamente poblada de las maneras de conocer sensibles que me permití desplegar en este relacionamiento. A cada trabajo escritural-intelectual, le precedió y acompañó un movimiento afectivo-sensitivo.

En este proceso de percatación ha sido fundamental el gesto de desaceleración del pensamiento, desde el cual las sutilezas cobran relieve. Hoy puedo pensar, que en principio obró en mi lo que Helen Verran (2012) en *De la Cadena* (2020), nombra como *desconcierto epistémico*, y por ello ha sido la poética y los recursos corpo-literarios los que han estado como posibilidad de dar sentido a los oleajes que se han manifestado con cada paso arriesgado que he dado. Relacionarse, es siempre arriesgado, lo que está en juego es siempre la disposición a ser transformadx.

Genera una tectónica conmoción existencial tener que vérselas para no hacerle el juego al mito moderno y verse profundamente habitada por él, conforme una se siente más lejana del mismo. Tener que arreglármelas para hacer sentido a lo que está más allá de los arreglos modernos para entender el ordenamiento del mundo, sin reproducir los mortíferos gestos de aniquilación de otras maneras de

vivir y cuidar. Esto en mi caso, ha sido posible tomando muy en serio la sugerencia de Mario Blaser (2013), de la orientación etnográfica dirigida hacia el análisis de los propios conceptos analíticos, lo que yo pienso desde mi lugar epistémico como bordadora, como atreverse a mirar el revés de la costura y saber que siempre hay un revés. Detrás y debajo de cada puntada, su revés.

Es una profusa narrativa de relatos lo que ha emergido, en las que he buscado protagónicamente honrar las relaciones, las personas y las amistades nasa y sus luchas, corriendo el riesgo de preguntarme cada día si una tesis doctoral va de honrar. Lo pienso, lo sueño, y sí, va de honrar. Elijo que vaya de honrar porque el mundo nasa de mis amigxs me importa, y conforme me fui involucrando con su existencia y las cosas que les importan, no pude concebir disociada mi manera de relacionarme-aprender de la necesidad de honrar su resistencia vital.

Honrar no significa que todas las cosas que escriba aquí les importen en su totalidad, sin embargo, sí que puedan sentir mi honestidad y el respeto profundo que les tengo y que puede habilitar futuras conversaciones y luchas conjuntas. Y especialmente que, de una manera u otra, contribuye a su lucha por que la manera de vivir que defienden pueda ser respetada más allá de la usufructuación del multiculturalismo neoliberal y de las fangosas implementaciones de los enfoques diferenciales.

Respetada y asumida como digna de ser reconocida (no solo temida) por su relevancia para pensar maneras de admitir el vivir con riqueza y rudo embellecimiento, en sociedades con complejas coexistencias de mundos múltiples (modernos, no modernos y no tan modernos), y para re-pensar el régimen de cuidado infantil contemporáneo fagocitado por la colonialidad representacional moderna. Cuando menos para pensar que hay un más allá, otros posibles. Honrar no significa que la totalidad de mis luchas se conecten con las luchas de mis amigxs, pero en este caminar nos hemos acercado a los bordes afectivos y políticos que compartimos y en los que no solo somos diferencia ontológica.

Las escrituras han performado y siguen performando. Enactúan dice, Mario Blaser (2013). No son sin consecuencias en su participación. Ciertas escrituras académicas performan el único mundo y su ontología de la separación, sus metamarcos, pugnan por convencernos de la distancia entre sujeto-objetos y de los agenciamientos exclusivamente humanos, de los abismos entre concedores e informantes, pugnan por evidenciar que conocen el mundo allá afuera de manera fidedigna. Seguirán pugnando, aunque los latidos de la tierra están en otro lado, y yo pongo mi oído y mi pecho para escucharlos y también para escuchar el mío.

Los relatos y las escrituras aquí entramadas buscan participar del performance de la multiplicidad en y con la ciudad. Son desde los relacionamientos, los enredos, vaivenes de afecciones, los reacomodos y los aprendizajes. Están

movidos y se mueven con las fuerzas que he rastreado, las de la lucha y las del anudamiento/tejido. Son relatos porque su cometido no es probatorio. En ellos hay lugar y hogar para multiplicidad de actantes. Cuentan de otras maneras de sostener los amarres de la vida entre los espacios, cuentan de otros reales en los que el vivir va de aprender a escuchar diversidad de compañeros no humanos que *hacen comprender lo que hay que comprender*. Los relatos ponen en cuestión el metamarco y sus movimientos por absorber lo que va a su paso para que se le parezca. Ponen en evidencia la red de permitidos.

Referencias Bibliográficas

1. Abélès, M. y Badaró, M. 2015. *Los encantos del poder. Desafíos de la antropología política*. Buenos Aires: Siglo XXI.
2. Achipiz, Catalina María. (2020). *El Cabildo Nasa del Municipio de Cali: reivindicación territorial de un pueblo ancestral*. Tesis para optar por el título de Magister en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Pontificia Universidad Javeriana de Cali.
3. Ahmed, Sarah. (2010). Orientations Mater. In: Diana Coole and Samantha Frost (Eds), *New Materialisms. Ontology, Agency and Politics..* London: Duke University Press, pp.234-258.
4. Alban, Adolfo. (2009). Artistas indígenas y afrocolombianas: Entre las memorias y cosmovisiones estéticas de la resistencia". En W. Mignolo y Z. Palermo (Eds), *Arte y Estética en la encrucijada descolonial*. Ediciones Signo.
5. Anzola, Juan Sebastián. (2020). *Uno hace la finca y la finca lo hace a uno: trabajo, conocimiento y organización campesina en Sucre, Cauca*. Bogotá; Santander de Quilichao: Editorial Gente Nueva.
6. Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca-ACIN Cxhab Wala Kiwe (Territorio del gran pueblo). (2020). Propuesta de Cuerpo del SEIP del Tejido de Educación Zonal de la ACIN para enraizar la educación propia en el corazón de Uma Kiwe.
7. Atwood, Margaret. (1986). Bread. In Shapard, Robert y James Thomas. *Sudden Fiction. American Short Stories*. Salt Lake city: Peregrine Smith Books.
8. Auyero, Javier. (2008). Toxic Waiting. Flammable shantytown revisited. En B. Fischer, B. MacCann y J. Auyero (Eds), *Cities from scratch. Poverty and*

- informality in urban Latin America*: London: Duke University Press, pp. 238-260.
9. Auyero, Javier. (2019). Los sinuosos caminos de la etnografía política. *Revista Colombiana de Antropología*, 55(2) 169-190.
 10. Becket, Samuel. (2006). *Esperando a Godot*. Argentina. Ana María Moix (Trad). Rosario/ Argentina: Editorial Último Recurso.
 11. Berlin, Lucia. (2017). *Manual para mujeres de la limpieza*. Traducción de Eugenia Vásquez Nacarino. Bogotá: Alfaguara.
 12. Blaser, Mario. (2013a). Ontological conflicts and the Stories of Peoples in Spite of Europe: Toward a consersation on Political Ontology. *Current Anthropology*, 54, (5) pp. 547-568.
 13. Blaser, Mario (2013b). *Un relato de la globalización desde el Chaco*. Popayán: Universidad del Cauca.
 14. Briones, Claudia. (2020). Conflictividades interculturales. Demandas indígenas como crisis fructíferas. Bielefeld University Press en colaboración con Editorial Universidad de Guadalajara.
 15. Bocarejo, Diana. (2011). Dos paradojas del multiculturalismo colombiano: la espacialización de la diferencia indígena y su aislamiento político. *Revista Colombiana de Antropología*. 47: 97 -121.
 16. Buchely, Lina. (2015). Activismo Burocrático y la vida mundana del Estado. Las madres comunitarias como burócratas callejeras y el programa de cuidado de niños Hogares Comunitarios de Bienestar. *Revista Colombiana de Antropología*
 17. Buchely, Lina & Jaramillo Isabel (2019). Etnografías burocráticas. Una nueva mirada a la construcción del Estado en Colombia. Bogotá: Universidad de los Andes.
 18. Camus, Manuela. (2002). *Ser indígena en la ciudad de Guatemala*. Guatemala: FLACSO.
 19. Cárdenas, Juan. (2022). *El Peregrino Transparente*: Colombia: Panamericana Formas e Impresos S.A.
 20. Chakrabarty, Dipesh. (2000). *Provincializing Europe: postcolonial thought & historica difference*. Princeton: Princeton University Press.

21. Chantal, Mouffe. (2013). *Pensar el Mundo Políticamente*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
22. Chaves, Margarita y Nova, Giselle. (2018). Urbanización indígena en la Amazonía. Apuntes críticos para la definición de políticas territoriales incluyentes. *En: La cuestión indígena en las ciudades de las américas. Procesos, políticas e identidades*. Buenos Aires: CLACSO.
23. Consejo Regional Indígena del Cauca. (2004). *¿Qué pasaría si la escuela? 30 años de construcción de una educación propia*. Bogotá: Editorial Fuego Azul.
24. Chaves, Margarita y Nova, Giselle. (2018). Urbanización indígena en la Amazonía. Apuntes críticos para la definición de políticas territoriales incluyentes. *En: La cuestión indígena en las ciudades de las américas. Procesos, políticas e identidades*. Buenos Aires: CLACSO.
25. De la Cadena, (2011). Política Indígena: un análisis más allá de la política. *Antropología Política*, 2(8), 397-430.
26. De la Cadena, M. (2020). *Seres-Tierra. Ecología de práctica en los mundos andinos*. (Trad. Cristóbal Gnecco). Popayán: Universidad del Cauca.
27. Despret, Vinciane. (2022). *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan*. Madrid: La Oveja Roja.
28. Escobar, Arturo. (2016). Sentipensar con la tierra: Las luchas territoriales y la Dimensión Ontológica de las Espistemologías del Sur. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1): 11-32.
29. Escobar, Arturo. (2019). *Autonomía y Diseño. La realización de lo comunal*. Popayán. Editorial Universidad del Cauca.
30. Esteva, Gutavo y Guerrero Arturo.(2018). Usos, ideas y perspectivas de la comunalidad *En: Comunalidad, tramas comunitarias y producción de lo común*. Oaxaca: Pez en el Árbol.
31. Fabian, Johannes. 2019. *El tiempo y el otro. Cómo construye su objeto la antropología*. Popayán: Universidad del Cauca.
32. Federici, Silvia. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Madrid: Traficante de Sueños.

33. Freud, Sigmund. (1913). *Tótem y Tabú*. En obras completas. Buenos Aires: Amorrortu editores. Tomo III. 1976.
34. Gutierrez Aguilar, Raquel. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Produciendo lo común más allá de las políticas estado céntricas*. Madrid: Traficantes de sueños.
35. Haber, Alejandro. (2017). *Al otro lado del vestigio. Políticas del Conocimiento y arqueología indisciplinada*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
36. Hale, Charles (2005). Rethinking indigenous politics in the era of the “indio permitido”. *NACLA. Report of the Americas* 28(2), pp 16-21.
37. Haraway, Donna (1991). *Simians, cyborgs and women: the reinvention of nature*. New York: Routledge.
38. Harvey, David. (2013). *Ciudades Rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Ediciones Akal.
39. Jaramillo, Isabel C. y Buchely, Lina. 2019. *Etnografías burocráticas. Una nueva mirada a la construcción del estado en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes
40. Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
41. Law, John. 2020. *Después del método. Desorden en la investigación en ciencias sociales*. Trad. Cristobal Gnecco. Popayán: Universidad del Cauca.
42. Lughod, Abu Lila. (2012). Escribir contra la cultura. *Andamios. Revista de Investigación social* (9): 129-157.
43. Menza, Adriana. (2021). *La economía del cuidado y la economía propia indígena: estudio de caso del modelo matriarcal nasa en el municipio de Cali*. Tesis para optar por el título de magister en Interculturalidad, Desarrollo y Paz territorial. Pontificia Universidad Javeriana de Cali.
44. Pellegrino, Valentina. (2019). *Patinar una carpeta: el grupo de trabajo del Auto 004 en la dirección de asuntos indígenas*. Jangwa Pana: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades- vol 18, N1.

45. Perafán, Erika. *América Everywhere*. (2018). Tesis de Maestría para optar por el título de Magister en Antropología. Universidad del Cauca
46. Quintana, Pilar. (2021). *Los abismos*. Bogotá: Alfaguara. Bogotá: Penguin Random House.
47. Rappaport, Joan. (2008). *Utopías interculturales. Intelectuales públicos, experimentos con la cultura y pluralismo étnico en Colombia*. Colombia: Universidad del Rosario, Universidad del Cauca.
48. Rappaport, Joanne.(2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, pp 197-229.
49. Rancière, Jacques. (2000). *El reparto de lo sensible. Estética y Política*. Santiago de Chile: Impreso en los talleres de LOM.
50. Restrepo, Eduardo. (2017). Imaginar el fin del desarrollo sin las garantías de radicales otredades. En Gutiérrez Tatiana y Neira, Andrea. *Convergencias y Divergencias: hacia educaciones y desarrollos "otros"*. Bogotá: Uniminuto.
51. Reyes, Olga Lucia. (2018). *Movimientos de re-existencia de los niños indígenas en la ciudad. Germinaciones en las Casas de Pensamiento Intercultural en Bogotá*. Tesis para optar por el título de Doctora en Educación.
52. Rivera Cusicanqui, Silvia. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible*. Buenos Aires: Tinta limón
53. Rosaldo, Renato. (2000) *Cultura y Verdad. Reconstrucción del análisis social*. Quito-Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
54. Sampértegui, Andrea (2019). *Indigenous Women's Activism, Ecofeminism and Extractivism: Partial Connections in the Ecuadorian Amazon*. *Politics & Gender*: 1-28.
55. Segato, Rita (2002). *Identidades políticas/Alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global*. *Nueva Sociedad* 178, Marzo-Abril: 104-125.
56. Segato, Rita. (2013). *La crítica a la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

57. Segato, Rita. (2016). *La Guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficante de Sueños.
58. Segato, Rita. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
59. Stengers, Isabelle. (2019) *Otra ciencia es posible. Manifiesto por la desaceleración de las ciencias*. Barcelona: Nuevos emprendimientos editoriales.
60. Stengers, Isabelle. (2020). *Reactivar el sentido común. Whitehead en tiempos de debacle y negacionismo*. Barcelona: Nuevos emprendimientos editoriales.
61. Strathern, Marilyn. (2004). *Partial Connections*. Nueva York: Altamira Press.
62. Svetlana, Alexièvich. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Bogotá: Penguin Random House.
63. Suarez, Luis A & Guzmán, Laura (2021). *Acompañemos la vida en el trabajo material: na propuesta de indagación antropológica*. *Revista Colombiana de Antropología*, 58(1): 175-205.
64. Taussig, Michel. (2015). *La magia del Estado*. México D. F.: Siglo XXI.
65. Trouillot, Michel-Rolph. (2011). *Transformaciones Globales. La antropología y el mundo moderno*. Universidad del Cauca. CESO-Universidad de los Andes.
66. Trouillot, Michel-Rolph. (2011b) *Una historia impensable: la revolución haitiana como un no-evento*. *Antropología Política: temas contemporáneos*, pp 351-396.
67. Tuhiwai Smith, Linda. (2016). *A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
68. Vasco, Luis Guillermo. (2002.) *Entre selva y páramo viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
69. Wacquant, Loïc. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

70. Warpe Paz, Amta y Jofré Carina. (2014). *Memorias del Útero: conversaciones con Amta Warpe Paz Argentina Quiroga*. Argentina: Tresdosuno impresiones.